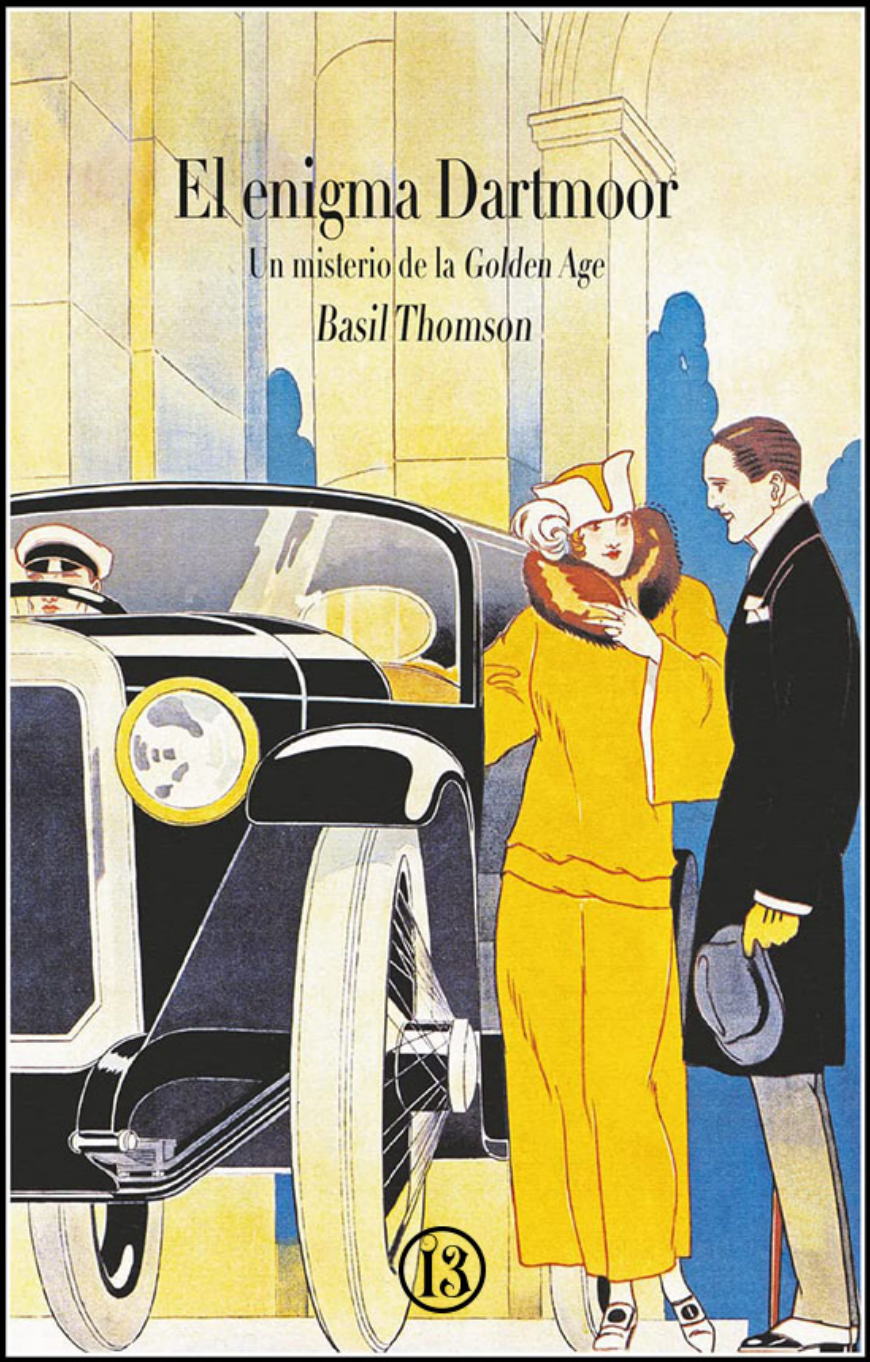
El enigma Dartmoor

Un misterio de la *Golden Age*

Basil Thomson



Inglaterra, 1935. El señor Dearborn, de Winterton, fallece en su casa pocos días después de sufrir un accidente de tráfico en los páramos de Dartmoor. Tanto el juez como un forense dictaminan que la causa de la muerte ha sido la conmoción cerebral sufrida durante el propio accidente. No obstante, una serie de cartas anónimas enviadas a las oficinas de Scotland Yard advierten del posible error que se está cometiendo y piden que se posponga el entierro y se realice una investigación más profunda sobre el asunto.

El elegido para hacerse cargo del caso y desplazarse al condado de Devon es el inspector jefe Richardson, famoso tanto por su juventud a la hora de ascender dentro del cuerpo como por su pericia para resolver casos difíciles. Con la inestimable ayuda del sargento Jago, Richardson comienza unas pesquisas que pronto le llevan a descubrir que por cada detalle resuelto en este misterio surgen nuevas intrigas, y todas ellas convergen en el enigma más sorprendente de todos: el propio señor Dearborn.

Basil Thomson

El enigma Dartmoor

Un caso del inspector jefe Richardson

Título original: *The Dartmoor Enigma*
Basil Thomson, 1935
Traducción: Susana Gonzalez y Blanca Briones, 2022

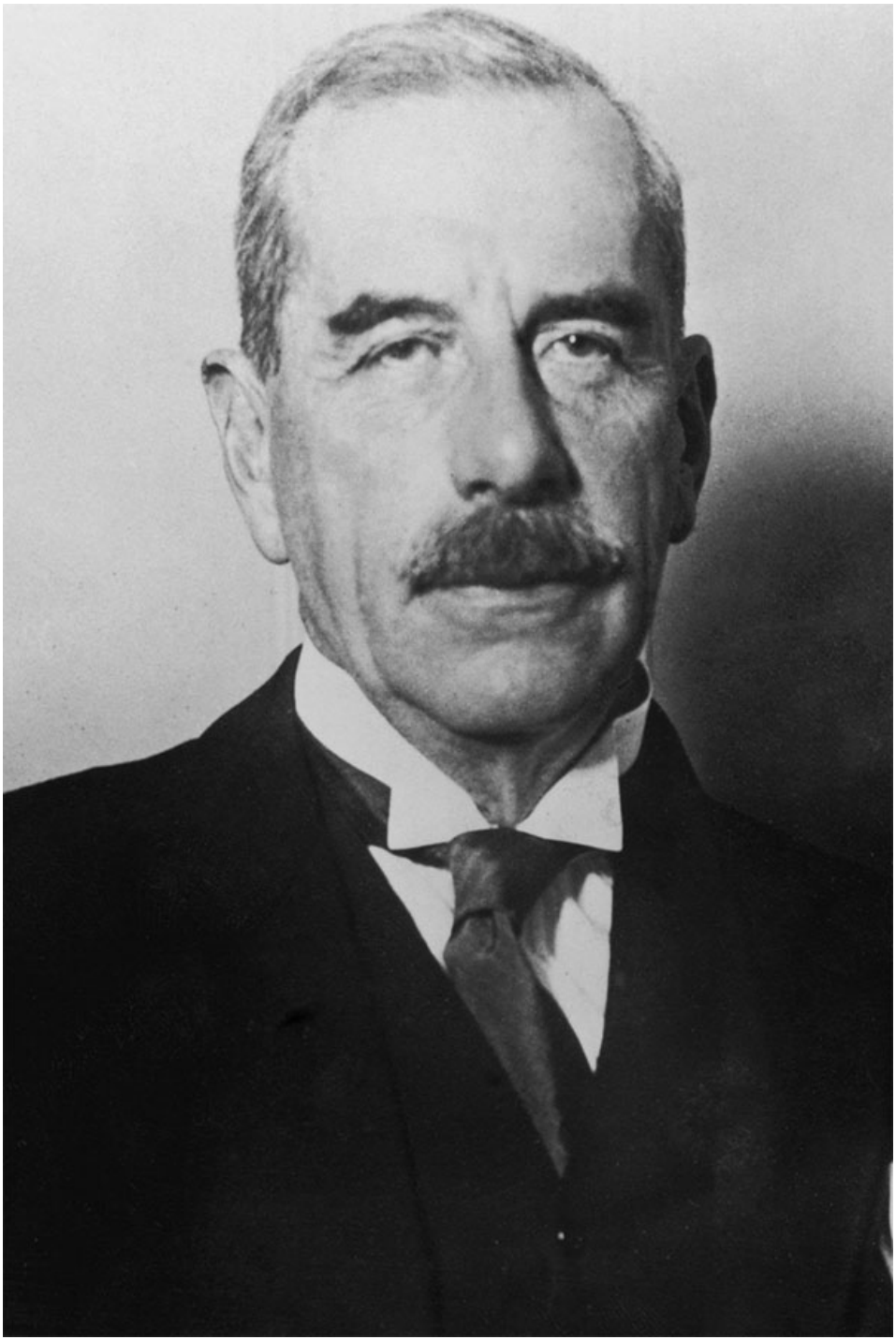
Ilustraciones: The Delineator
Edición y maquetación: Blanca Briones

Introducción: Juan Mari Barasoda

-

Revisión: 1.0

06/05/2023



INTRODUCCIÓN

Sir Basil Home Thomson (21 de abril de 1861 - 26 de marzo de 1939) fue oficial de inteligencia británico y administrador colonial, director de inteligencia durante la Primera Guerra Mundial, primer ministro adjunto de Tonga, comisionado adjunto de la Policía Metropolitana, gobernador de prisiones y escritor. Nació en Oxford, donde su padre, William Thomson —que más tarde se convertiría en arzobispo de York—, era rector de The Queen's College. Recibió su educación en la escuela de Worsley, en Hendon, y en Eton College, entre los años 1866 y 1879. Tras cumplir dieciocho años se matriculó en el New College de Oxford, pero sufría de episodios depresivos y decidió poner fin a sus estudios universitarios tras haber cursado solo dos trimestres. Emigró entonces a Estados Unidos, donde trabajó como granjero en Iowa entre 1881 y 1882, pero, según su biógrafo, Noel Rutherford, su retorno a Inglaterra se precipitó a causa de la mujer de la que estaba enamorado, Grace Webber. Al parecer había escuchado rumores de su intención de casarse con otro hombre, así que volvió a casa y llegó a un acuerdo con la familia Webber: si conseguía seguridad y estabilidad financieras, se tendría en cuenta su propuesta de matrimonio. Con esta idea en mente, aceptó un puesto en la Oficina Colonial a las órdenes del gobernador de Fiji, país al que viajó a principios de 1884. Allí pasó varios años y aprendió los idiomas fiyiano y tongano, pero, tras una estancia posterior en la Nueva Guinea británica, contrajo la malaria y regresó una vez más a Inglaterra.

Una vez recuperado de su enfermedad, contrajo matrimonio con

Grace Webber en octubre de 1889, volviendo a Fiji junto a su esposa como viceprimer ministro de Tonga. La dureza del clima y una enfermedad de su mujer lo llevaron a renunciar al servicio colonial y ambos retornaron a Inglaterra en 1893. Thomson publicó tres libros sobre sus historias en los mares del sur: *South Sea Yarns* (1894), escrito durante su estancia en Fiji; *The Diversions of a Prime Minister* (1894), sobre su trabajo gubernamental en Tonga; y *The Indiscretions of Lady Asenath* (1898). Según el propio Thomson, todos estos libros llegaron a existir gracias a sus lecturas de Rudyard Kipling.

BASIL THOMSON Y LOS CRIMINALES

En 1896 fue admitido para ejercer como abogado en los tribunales británicos, pero, en lugar de trabajar como letrado, decidió aceptar el puesto de vicegobernador de la prisión de Liverpool, una ocupación que cambiaría su vida. Durante los siguientes doce años fue gobernador de las prisiones de Northampton, Cardiff, Dartmoor y Wormwood Scrubs.

«El síntoma indefectible de que algo anda mal con la administración de una prisión de convictos es un intento organizado de fuga. Uno de estos incidentes fue el causante de mi ascenso al cargo de gobernador de Dartmoor, no porque se pensase que tenía alguna habilidad especial en el manejo de reclusos rebeldes, sino porque había sido vicegobernador de Dartmoor durante dos años y conocía el lugar al dedillo». (*The Scene Changes*, 1939).

Desde 1908 hasta 1913 prestó servicio como secretario de la Comisión de Prisiones y, tras doce años de conocer el crimen y a los criminales de cerca —sin pasar por una carrera policial en Scotland Yard—, Thomson fue nombrado comisionado asistente de la Policía Metropolitana de Londres en 1913, convirtiéndose en el jefe del Departamento de Investigación Criminal (CID) en New Scotland Yard. Fue su gran apuesta, su reto personal, un trabajo para el cual se consideraba especialmente capacitado. Plasmó sus conocimientos sobre los criminales en *The Criminal*, libro que publicó en 1925.

Más tarde describió esos años con detalle en *The Scene Changes*, autobiografía publicada en 1939:

«Me hice cargo del Departamento de Investigación Criminal en junio de 1913. A diferencia de mis predecesores, yo tenía ya un gran conocimiento de los criminales, principalmente de los de la clase profesional. En Dartmoor traté a mil doscientos de ellos, casi todos con hasta treinta condenas anteriores. Cuando lees sobre el crimen en las revistas o las novelas de detectives casi siempre hay un asesino. Tienes que estar a cargo de una prisión para poder darte cuenta de que el asesino rara vez es un criminal por naturaleza».

BASIL THOMSON, JEFE DE ESPIONAJE

Al inicio de la Primera Guerra Mundial se creó en Scotland Yard una división encargada del contraespionaje para enfrentarse a Alemania, y esta nueva división se integró en el CID, responsable de la investigación de delitos graves. La nueva «División especial» indagaba en los bajos fondos los movimientos de los fenianos, grupos de irlandeses revolucionarios liderados por la Hermandad Republicana irlandesa, que fue posteriormente responsable del alzamiento de Pascua de 1916.

El CID se convirtió en el brazo ejecutor del aparato de inteligencia militar de Gran Bretaña, mientras que la recién formada Oficina del Servicio Secreto (más tarde conocida como MI6, el Servicio de Inteligencia Secreta) se encargaba de recoger la información que permitiría al CID arrestar e interrogar a los presuntos espías. Como jefe del CID, Thomson estuvo involucrado en los arrestos de varios casos de espionaje de alto perfil, como el de Mata Hari.

Margaretha Geertruida Zelle, su verdadero nombre, era una bailarina holandesa de danzas orientales de singular belleza que en 1916 comenzó a trabajar para el Deuxiéme Bureau, el servicio de información del ejército francés. En noviembre de ese mismo año, el servicio secreto inglés se enteró de la presencia en Madrid de Margaretha. A su vuelta a Holanda desde Madrid, el barco que

transportaba a la bailarina y espía hizo escala en Falmouth y fue detenida por la policía británica, aunque posteriormente quedó en libertad. Basil Thomson se hizo cargo de su interrogatorio ganándose la reputación de «cazador de espías» y, a pesar de la brevedad del caso, fue el mayor reclamo de sus memorias, *Queer people* (1922), título que ha sido cambiado a *Odd people* en su última edición por las acepciones incorporadas al adjetivo *queer*, ya que hacía tanto alusión a personas «extrañas» que ocultaban sus actividades como espías bajo la apariencia de una vida normal, como a las «desviaciones» de conducta de algunas de las personas a las que interrogó, aludiendo a la disipada vida sexual de Mata Hari o a la condición homosexual de sir Roger Casement, también ejecutado por espía. Thomson estuvo involucrado en la difusión de los *Diarios negros*[1] utilizados contra sir Roger para evitar el apoyo público a una reducción de su sentencia de muerte por traición en 1917, en oposición a la defensa que ejerció sir Arthur Conan Doyle.

Así recordaba Thomson su encuentro con Mata Hari en sus memorias: «Esperaba ver a una señora que traería toda su batería de encantos para ponerlos en práctica sobre los oficiales que iban a interrogarla. En la habitación entró una persona severamente práctica que estaba preparada para responder a cualquier pregunta con una cortesía reservada. Se sentía tan segura de sí misma y de su inocencia que suscitaba en todos los que permanecían frente a ella el deseo de ayudarla. Lo único elegante en ella era su andar y el porte de su cabeza… a decir verdad, el tiempo había oscurecido un poco los encantos de los que tanto habíamos oído hablar, pues en esa época la dama debía tener al menos cuarenta años… Era la sagacidad en persona, para cada pregunta tenía una respuesta y, de todas las personas que interrogué durante el curso de la guerra, ella fue la más inteligente…».

Basil Thomson dirigió además las operaciones de investigación de las actividades de las sufragistas y los espías de la Alemania imperial y sus aliados, así como de los irlandeses del Sinn Fein, los bolcheviques y los socialistas británicos, incluido el partido laborista. El trabajo de Thomson como comisionado adjunto de Scotland

Yard representó el lado oscuro del CID. Los éxitos en la detección de criminales correspondían a los detectives, inspectores y superintendentes del Departamento, y eran ellos quienes ocupaban las primeras páginas de los periódicos obteniendo honor, fama y reconocimiento popular.

BASIL THOMSON Y LOS DETECTIVES

Cuando se produjo su incorporación al Departamento de Investigación Criminal como responsable de la División Especial, Basil Thomson aportó su perfil jurídico, su experiencia y una habilidad especial en el conocimiento de la mente humana y de los comportamientos criminales. El CID estaba bien organizado en aquel momento, aunque quizás un poco oxidado. Londres disponía de una organización de investigación criminal asentada y dirigida por profesionales de experiencia contrastada. Se había dividido en veintiuna divisiones, todas ellas con su propia unidad de investigación criminal cuya obligación era saber todo lo que sucedía en cada barrio de Londres. Únicamente en los casos de delitos muy graves intervenía la oficina central, poniendo al frente de la investigación a un inspector jefe, el cargo más alto para un detective de la policía con excepción del rango de superintendente.

El detective de investigación criminal aprendía el oficio en la calle, y así lo remarcó Basil Thomson en su extenso trabajo literario sobre Scotland Yard:

«Solo una vez en la historia del Departamento de Investigación Criminal se llevó a cabo la experiencia de destinar a hombres de educación superior, pero sin practica policíaca anterior, al frente de las unidades. El intento no estuvo acompañado de éxito». (*La historia de Scotland Yard*, 1937).

Basil Thomson aprendió cómo trabajaban sus hombres rodeándose de un equipo compuesto por los mejores. Quería conocer la investigación criminal caso a caso, y el trabajo de sus detectives hombre a hombre.

«Pronto descubrí que los detectives de Londres podían dividirse

en dos clases: el detective tal cual y los sabuesos. Este último pertenecía a la clase de policía honesto, meticuloso y sinsuficiente educación para pasar los exámenes de promoción, que suplía esta deficiencia con su comprensión íntima de los hábitos de la peor ralea de criminales y su conocimiento de los delincuentes a los que investigaba, que le tenían el mismo respeto que un niño travieso tiene por un maestro de escuela estricto y justo». (*The Scene Changes*, 1939).

Para Thomson, los sabuesos habitaban en el mundo criminal, pero se podía confiar en ellos para «jugar según las reglas de ese mundo». Se ganaban la admiración y el respeto de la élite policial y, en consecuencia, se les otorgaba libertad en sus métodos. No era de extrañar que ese tipo de hombres formasen el núcleo de cada una de las nuevas unidades de detectives especializados que surgían.

Thomson quería al mejor sabueso a su lado, y en 1916 propuso incorporar a Frederick Porter Wensley —alias «La comadreja»— a su división; conocía toda su trayectoria como detective en el distrito de Whitechapel y todos los casos que había resuelto. Basil tuvo que hacerse cargo de otras obligaciones al finalizar la guerra y apenas trabajaron un año juntos, pero, hasta su retirada en 1921, el ya nombrado caballero sir Basil Thomson mantuvo su relación y su aprecio por Wensley, de quien dijo en sus memorias: «Conocía el trabajo de cada uno de los setecientos detectives a su cargo, sus cualificaciones y sus habilidades». Además, ambos colaboraron como detectives junto a escritores como Gastón Leroux o Georges Simenon en una investigación promovida en 1934 por el periódico *París-Soir*[2] en relación con el polémico «Caso Stavisky»[3].

DEL RETIRO A LA NOVELA DE DETECTIVES

En 1919, una vez finalizada la guerra, además de continuar al frente de los mejores detectives de Scotland Yard, Thomson recibió un nuevo encargo adicional que generó muchos celos: fue elegido director de Inteligencia del Ministerio del Interior británico, siendo responsable del control general de la inteligencia naval, militar,

extranjera y nacional. En definitiva, creó el servicio secreto inglés. En 1921, la dirección de Thomson fue criticada por gastar en exceso y duplicar el trabajo de otras agencias y, finalmente decidió jubilarse y vivir alejado de las noticias de prensa.

«Tenía sesenta años y había estado trabajado durante cuarenta de esos años, parte de ellos en las islas de los Mares del Sur, en prisiones y en Scotland Yard. Había visto más peligro y crimen que la mayoría de los hombres… Y así, por última vez, crucé las grandes puertas del Yard en Victoria Embankment, camino de una paz largamente negada». (*The Scene Changes*, 1939).

Sin embargo, sir Basil Thomson volvió a ocupar titulares en los tabloides londinenses. En diciembre de 1925, fue arrestado en Hyde Park acusado de «cometer un acto en violación de la decencia pública» con una joven de nombre volcánico, Thelma de Lava. Thomson rechazó los cargos e insistió en que estaba entablando una conversación con la muchacha con el fin de investigar para un libro que estaba escribiendo sobre el vicio en Londres. No obstante, fue declarado culpable de indecencia pública y multado con cinco libras. Los antecedentes de Thelma de Lava como prostituta propiciaron, además de la publicidad en prensa, una sentencia condenatoria.

Thomson no mentía cuando se refería a sus deseos de escribir tras su retiro, aunque sus ocho novelas policíacas protagonizadas por el inspector jefe Richardson fueron escritas en la década de 1930, recibiendo grandes elogios de Dorothy L. Sayers, la gran dama de la edad dorada de la novela policíaca, entre otros. La ficción detectivesca fue su último proyecto personal y profesional y, aunque la diferencia entre el detective real —cuyo trabajo tanto había admirado— y el detective de ficción tal vez era mayor de lo que la gente podía intuir, acercó a su personaje a la calle y a la investigación real de una manera mucho más auténtica que algunos de sus predecesores.

En realidad, Basil Thomson había empezado a escribir mucho antes. Entre 1889 y 1897 publicó en diversos periódicos una serie de artículos sobre sus vivencias en las islas que más tarde recopiló en *The Indiscretions of Lady Asenath* (1898). Entre 1922 y 1923 colaboró

en más de una docena de ocasiones con diversos diarios sobre el trabajo policial, y hay que destacar que fue uno de los escritores que participó en el primer número de la revista *The Detective Magazine* (noviembre de 1923) con el artículo *The Scotland Yard Machine*, preludio de su libro *My Experiences at Scotland Yard* (1923). Su participación en *The Detective Magazine* se convirtió en habitual y sus casos de «true crime» competían con relatos policíacos de escritores de novelas de detectives como Gastón Leroux, Richard Austin Freeman o Arthur Conan Doyle. *The Great Pearl Robbery, The Mystery of Dorothy Arnold, The Mystery of an Orchard* o *The Disappearance of Bessie Bouton* —un caso mediático que puso de relevancia la ciencia forense— son consideradas sus primeras narraciones, aunque fueron muchos los casos criminales que Basil Thomson relató con un lenguaje siempre apreciado por los lectores, otorgándole una reputación que culminó en una importante obra de criminología para su época, *The Criminal*, publicada en 1925 y en la que se permitió poner en cuestión algunas de las teorías de Cesare Lombroso[4].

BASIL THOMSON ENCUENTRA A *MR*. PEPPER

En 1925 Basil Thomson creó un detective peculiar, *Mr*. Pepper, protagonista de quince casos recopilados en un solo volumen, *Mr. Pepper, Investigator*, donde aportó una mirada irónica sobre la novela de detectives que comenzaba a despuntar en aquella época dorada para el género. En el primer relato, *I Meet Mr. Pepper*, el narrador —Middlestone-Jones— conoce a *Mr*. Pepper, *gran* detective americano residente en Londres. Los quince casos del impulsivo *Mr*. Pepper permitieron a la escritora Dorothy L. Sayers —presidenta del Detection Club— valorar de manera muy positiva la obra de Thomson, llegando a seleccionar dos de sus relatos —*The Hanover Court Murder y The Vanishing of Mrs. Fraser*— para formar parte de las dos grandes antologías de relatos detectivescos de la *Golden Age* que editó. En *Great Short Stories of Detection, Mystery and Horror* (1928/1931), Thomson compartió reconocimiento con

escritores de la talla de G. K. Chesterton, Agatha Christie, Anthony Berkeley Cox, Freeman Wills Crofts, E. C. Bentley, Marie Belloc Lowndes o la propia Dorothy L. Sayers.

Dos *nouvelles* seriales por entregas, *Carfax Abbey* (1928) y *The Metal Flask* (1929), sumadas a nuevos relatos en los *pulps* detectivescos de la época, como *The Bournemouth Murder Mystery* (Clues, 1930), acercaron a Thomson a la novela de detectives.

Fue en 1933 cuando se convirtió en el primer policía profesional que publicaba una novela policíaca.

DE LA AUTOBIOGRAFÍA DEL POLICÍA Y SUS «CASOS». A LA NOVELA PROCEDURAL

Si se afirma que Thomson fue un pionero se debe a que aquellos policías que le precedieron publicando casos investigados por ellos mismos nunca fueron realmente novelistas.

Vidocq (1775-1857) fue el primero y más famoso de los policías que deleitaron al público con casos policiales. En 1811, el prefecto de la policía Henry, jefe del departamento criminal de la Policía de París, recibió en su despacho a un ladrón tan inteligente como él, el criminal más escurridizo de Francia: se trataba de Eugéne-François Vidocq. No era la primera vez que Vidocq —contrabandista, ladrón, soldado de fortuna y corsario— intentaba la redención, ya cansado de una vida aún corta pero repleta de detenciones, robos, evasiones y duelos… una vida de la que no esperaba más futuro que la prisión o el cadalso. Estando en la cárcel de Lyon ofreció un trato al prefecto de policía: se evadiría de la prisión y volvería al día siguiente con el compromiso de un salvoconducto y su conversión en informante de la policía. Vidocq cumplió su promesa, pero el prefecto de Lyon creyó que sus «habilidades» tendrían mejor acogida en la capital. Vidocq propuso a Henry crear una «brigada de seguridad» liderada por él mismo. En octubre de 1812, Napoleón firmó el decreto creando la *Sûreté*. Sus resultados fueron espectaculares: solo durante ese año resolvieron quince asesinatos y más de trescientos robos. Vidocq visitaba las cárceles para recordar las caras de los convictos,

iniciando así la fisonomía aplicada a la criminología a través del archivo de descripciones antropométricas. En los años siguientes aplicó la balística para resolver nuevos crímenes, analizó las manchas de sangre, utilizó moldes de huellas de calzado en la escena del crimen e incluso puso en marcha los primeros métodos de investigación de huellas digitales, todo ello mientras recorría los bajos fondos con diferentes disfraces para infiltrarse entre los criminales. Vidocq publicó sus memorias en 1828 creando el género de los casos policiales, un supervenías que recorrió Europa y que se acercaba más a la autobiografía que a la creación del relato de detectives.

James McLevy (1796-1875) fue el primer detective de la policía de Edimburgo, y se dice que fue fuente de inspiración para Sherlock Holmes. Trabajó en la capital escocesa desde 1830 hasta 1860, y sus métodos produjeron resultados gracias al uso de la deducción y la psicología. En 1833 se convirtió en el primer detective oficial criminalista de Edimburgo, y es sabido que durante su carrera llegó a ocuparse de dos mil doscientos casos. Publicó una serie de libros muy populares en la década de 1860, recuperados y reeditados en la actualidad como *Casebook of a Victorian Detective*.

Jerome Caminada (1844-1914), hoy en día reconocido como otro de los modelos usados por Arthur Conan Doyle para creara su detective inmortal, fue el primer inspector de la policía de Manchester. En 1888, cuando se encontraba en el cenit de su carrera, fue el responsable de la detención de miles de criminales. Aplicó a sus investigaciones una serie de conceptos que durante el siglo XIX resultaban casi excéntricos y muchos se tomaban a broma: aislaba los escenarios criminales para no estropear posibles pruebas, analizaba detalles que a otros les parecían nimios, desarrolló una red de informadores con los que se reunía en secreto… En 1895 publico *Twenty Five Years of Detective Life*, recopilando sus investigaciones del mismo modo que ya habían hecho Vidocq y McLevy anteriormente.

Aunque McLevy y Caminada fueron los casos más conocidos, no debemos olvidar al inspector Maurice Moser, quien, a pesar de

no escribirlas él mismo, publicó sus memorias bajo el título de *Memories from Scotland Yard* (1980), bajo la autoría del escritor Charles F. Rideal. Por otra parte, Charles John Arrow Matthews, conocido como Sherlock Arrow o el Sherlock Holmes de Barcelona, se incorporó como jefe de la Oficina de Investigación Criminal de Barcelona (OIC) en 1907 y publicó sus memorias, *My Reminiscenses*, solo tres años más tarde. No obstante, el antecedente más similar al de sir Basil Thomson fue el de sir Melville McNaughten, quien no accedió a la jefatura del CID de Scotland Yard hasta 1889 pero que, sin embargo, dedicó un capítulo de sus memorias, *Days of my Years*, a la recopilación de las investigaciones de Scotland Yard sobre los irresolutos crímenes de Jack el Destripador en el otoño del terror de 1888. Tal vez fue el éxito de esta publicación la que guio la pluma de Basil Thomson; sin embargo, Thomson, a diferencia de sus predecesores, fue capaz de crear un detective y escribir una serie de novelas policíacas, ganándose un nombre junto a los escritores que crearon el género policial.

EL INSPECTOR RICHARDSON. EL REALISMO DE LA *GOLDEN AGE* Y LA NOVELA PROCEDURAL

«La vida real es muy diferente a la ficción detectivesca; de hecho, en el trabajo detectivesco la ficción es más extraña que la verdad. Sherlock Holmes, ante quien me quito el sombrero, trabaja por inducción, pero no, en la medida en que soy capaz de juzgar, por el único método que es efectivo: a saber, organización y trabajo duro». (*The Scene Changes*, 1939).

El inspector Richardson fue el detective con el que Thomson pasó a la historia de la novela policíaca. Este personaje representaba a los mejores hombres que su creador había conocido en Scotland Yard, una sabia mezcla entre el detective que sigue el procedimiento policial y el «sabueso» que conoce el submundo criminal. Ocho novelas protagonizadas por Richardson, escritas durante cinco años, sirvieron a Basil Thomson para ser reconocido por una generación

de novelistas; sin embargo, pasó rápidamente al olvido en la memoria de futuras generaciones de lectores.

A ambos lados del Atlántico, la novela procedural fue un tipo de ficción en la que los métodos y procedimientos reales del trabajo policial eran la base de la trama. Esa pulcritud literaria en los métodos «reales» del trabajo policial reveló la importancia del movimiento hacia el realismo que resultó primordial para el desarrollo del subgénero. Dicho realismo policial no se refería solamente al proceso de investigación del detective, sino también a los temas, personajes, acción y escenario.

«Para identificar una novela procedural, primero debe ser una historia de misterio; y segundo, el misterio debe ser resuelto por policías que utilizan rutinas policiales normales». (*The Police Procedural*, George N. Dove, 1982).

Según la definición de Dove, este subgénero de la literatura policíaca exige al escritor un conocimiento suficiente de los procedimientos policiales, al tiempo que, para seducir al lector, debe ser un maestro en la elaboración de un misterio o un rompecabezas de pistas imposibles. Durante la *Golden Age* de la novela policíaca en las islas británicas imperó el segundo elemento. En su magnífico trabajo *Crime fiction: From Poe to the Present* (1998), Martin Priestman sugiere que la elección más evidente por parte de la mayoría de los escritores de la época fue la del esquema del rompecabezas de pistas, normalmente acompañado del individualismo —a menudo caracterizado por su excentricidad— del detective de la *Golden Age*, siendo Agatha Christie la principal exponente de esta línea literaria. Según el análisis de Priestman, el *whodunnit*[5] fue el fundamento del policial británico, mientras que la novela policíaca procedural fue la excepción con la que pocos autores se atrevieron.

Además del doctor forense Thorndike[6], tres inspectores detectives de Scotland Yard encamaron lo mejor de la novela procedural de la *Golden Age*. El primero fue el inspector detective French, salido de la pluma de Freeman Wills Croft (1879-1957) y protagonista de veintinueve novelas entre 1924 y 1957. French

promocionó a inspector jefe, y más tarde a superintendente, en su extensa carrera policial. Las veintitrés novelas protagonizadas por el inspector Pointer entre 1924 y 1937 fueron la aportación de A. Fielding, seudónimo tras el que se ocultaba una escritora —o un escritor— que buscaba el anonimato. Sobre A. Fielding y su identidad expuse una investigación en el prólogo de *Un cadáver en la mansión Sainsbury* (1929), publicado también por la editorial dÉpoca, y esa identidad curiosamente nos acercaba al inspector Frederick Porter Wensley, conocido como «La comadreja», del que ya he hablado anteriormente en estas páginas y que no fue otro que el primer colaborador de sir Basil Thomson en su ingente tarea de reestructuración del CID. El tercer pilar de la novela procedural protagonizada por inspectores de Scotland Yard lo constituyeron precisamente los libros de Basil Thomson.

En *El enigma Dartmoor*, el inspector Richardson recorre la región de Dartmoor que tan bien conocía su autor. El lector de la novela disfrutará de la cuidada prosa de Basil Thomson y de una investigación perfectamente desarrollada por un profesional de Scotland Yard. Un escritor y un detective indispensables para conocer una de las facetas de la novela policial inglesa de la *Golden Age*.

Juan Mari Barasorda[7]
Septiembre 2022

LISTADO DE PERSONAJES PRINCIPALES

Charles Dearborn: distinguido caballero de misterioso pasado fallecido tras un accidente de tráfico en el que se sospecha que hubo otras circunstancias inherentes al mismo.

Señora Dearborn: esposa de Charles Dearborn que anteriormente ejerció como su ama de llaves.

Teniente Cosway: joven oficial de la marina, vecino de los señores Dearborn y único amigo en la zona de la señora Dearborn.

Dick Pengelly: antiguo trabajador de la Cantera Roja —propiedad de Charles Dearborn— con fama de alborotador.

Susie Duke: hija de la casera de Dick Pengelly.

Señor Todd: gerente del Union Bank de Plymouth y albacea único del testamento de Charles Dearborn.

Jane Smith: actriz británica de gran fama en Hollywood.

Superintendente Carstairs: oficial superior al mando de la comisaría de policía de Winterton.

Inspector jefe Richardson: oficial superior más joven de Scotland Yard, famoso por su rápido ascenso dentro del

cuerpo gracias a su habilidad en la resolución de casos difíciles, lo cual genera envidias entre sus compañeros de más edad e igual rango.

Sargento Jago: oficial júnior escogido para la investigación del caso por su conocimiento de la zona donde tuvo lugar el accidente.

CAPÍTULO I

El superintendente Witchard se encontraba revisando las hojas de gastos en su despacho de Scotland Yard cuando entró su subordinado.

—¿Alguna novedad esta mañana? —preguntó.

—Nada fuera de lo normal a excepción de esta carta, señor. Witchard la leyó con atención y seguidamente revisó el sobre.

¿Un caso de Devonshire? ¿Sabemos algo al respecto?

—No, señor. Normalmente el Registro enviaría este escrito al jefe de policía de Devon, pero pensé que sería preferible que lo viera usted primero.

—Muy bien. Uno nunca sabe a dónde pueden ir a parar estas cartas anónimas.

Volvió a leerla.

—Muchos de los grandes casos que han salido a la luz comenzaron con anónimos. Dejaré que el señor Morden le eche un vistazo antes de enviarla al Registro.

Ya a solas, el superintendente leyó la misiva una vez más.

Lunes

SEÑOR,

Es mi deber advertirle de que existe algún extraño asumto en

tomo a la muerte del señor Dearborn en The Firs, Winterton; me refiero a la persona que tuvo un accidente de tráfico en el páramo. El juez de instrucción dictaminó que la causa de la muerte fue el accidente. Si contara todo lo que sé, tanto el médico que declaró como el juez quedarían en ridículo. Debería impedir el emtierro.

Witchard examinó nuevamente el sobre, que estaba dirigido al jefe de policía de Scotland Yard y llevaba matasellos de Tavistock. El papel utilizado era de lo más común y no mostraba indicación alguna referida a la identidad de su autor. Llevó la carta al despacho de Morden.

—He pensado que sería preferible que viera esto, señor, antes de que caiga en manos del jefe de policía de Devon. De momento no es un caso que nos corresponda, pero es una carta un tanto curiosa.

Morden la leyó y se la devolvió.

—Será mejor que la remita de inmediato, señor Witchard —indicó.

Pero antes de que la misiva hubiera salido del edificio, llegó la segunda posta de correo de provincias a Scotland Yard y el caso empezó a tomar forma. El superintendente del Departamento de Investigación Criminal le entregó a Morden una carta del jefe de policía de Devon que arrojaba nueva luz sobre el caso.

SEÑOR (decía),
Me sentiré sumamente agradecido si colabora conmigo en la investigación de un caso que ha surgido en el distrito de Winterton de este condado. Esta mañana mi superintendente me entregó la carta anónima adjunta, enviada a Moorstead.

Lunes

ESTIMADO SEÑOR,
Le escribo sobre la muerte de un tal señor Dearborn de Winterton. ¿Permitirán que sea emterrado como si

hubiera muerto a consecuencia de un accidente de tráfico como indicó el juez? ¿Y qué pensar, entonces, del golpe en la cabeza que le fue propinado con un robusto palo antes de que se produjera el accidente? Seguro que en estos momentos el asesino estará celebrando haberse salido con la suya.

La persona a la que se hace referencia es un tal señor Charles Dearborn que residía en una casa llamada The Firs en Winterton. El 29 de septiembre regresaba a su residencia atravesando el páramo en su vehículo Austin Seven[8] *cuando el auto se desvió del centro de la carretera —cerca de la cima de Sandiland Hill— y volcó parcialmente en el terreno escarpado que bordea el pavimento. El doctor Wilson, médico auxiliar de la prisión de convictos, que también regresaba a su domicilio, detuvo su coche al ver los restos en la orilla de la carretera, y al encontrar al señor Dearborn respirando pero inconsciente, le prestó los primeros auxilios. Luego lo trasladó a Duketon, donde recuperó la consciencia y pudo dar su nombre y dirección. El doctor Wilson lo condujo entonces a su propia casa y lo dejó en manos de su esposa, diciéndole que no se demorase en mandar a buscar al propio galeno del herido. Sin embargo, el señor Dearborn no lo consintió, declarando que se sentía mejor y que no precisaba atención médica alguna. Pasaron algunos días, y el herido enfermó de tal modo que su propia esposa mandó llamar al doctor.*

»El señor Dearborn falleció dos días después. El lunes 8 se celebró una investigación; el veredicto emitido fue que la muerte se debió a las lesiones sufridas en el accidente automovilístico.

»Mi superintendente ha intentado identificar al remitente de la misiva anónima, pero no ha tenido éxito.

»Personalmente no le habría dado importancia alguna a un anónimo de este tipo, si no fuera porque uno de mis oficiales descubrió un bastón roto ensangrentado —tirado entre algunos helechos y brezos cerca de la cima de la colina de Sandiland— a un cuarto de milla del lugar del accidente.

»Le estaría muy agradecido si pudiera asignar a un detective experimentado para que se haga cargo de la investigación lo antes posible. He dispuesto el aplazamiento del funeral uno o dos días,

a fin de habilitar el tiempo suficiente para realizar una autopsia detallada, en vista de la carta anónima recibida.

—Ya imaginé que pretendería tal cosa, inspector —observó Morden secamente—. Quiere que nos hagamos cargo del caso.

—Sí, señor, se está poniendo un poco difícil. Ya tenemos dos oficiales superiores trabajando en provincias y esto supondría un tercero.

—En todo caso, no podemos negamos. ¿Disponemos de algún oficial de mayor nivel que conozca la zona?

El inspector meditó unos instantes.

—No, señor, pero entre los oficiales júnior está el sargento Jago, que nació en Tavistock y pasó allí sus primeros años. El único inspector jefe del que podríamos prescindir en este momento es Richardson. Es el más joven de su rango, pero tiene una amplia experiencia y, bien sea por azar o por su buena gestión, ha resuelto con éxito sus casos.

—¿Podría empezar de inmediato?

—Sí, señor, esta misma tarde si es necesario.

—Hágalo pasar, entonces.

En unos instantes el joven inspector jefe hizo su aparición. Había quienes sentían resentimiento por su rápido ascenso por delante de otros oficiales superiores a él, pero resultaba imposible sentir malicia alguna hacia un hombre que no se daba en absoluto aires de grandeza, que parecía siempre ansioso por aprender de los que eran inferiores a él en rango y que sentía el máximo respeto por todos los que trabajaban bajo su mando. Su éxito en un caso de París y la cálida recomendación del Ministerio de Relaciones Exteriores le habían proporcionado el último empujón en la promoción.

—¿Me ha mandado llamar, señor? —preguntó a Morden.

—Sí, señor Richardson. Quería preguntarle si está familiarizado con la zona de Dartmoor.

—No, señor. Estuve en una ocasión en la penitenciaría, pero eso es todo.

—Pues bien, esta es su oportunidad. El jefe de policía nos ha

pedido ayuda en un caso difícil que se expone en estos documentos, y le sugiero que se lleve al sargento Jago con usted, pues conoce a fondo el distrito. Haga una copia de estos papeles para llevárselos, fotografíe las cartas anónimas; ya sabe, indague sobre los indicios habituales y preséntese al superintendente en Winterton esta misma noche, si le es posible.

—Muy bien, señor.

—No quiero que pierda su valioso tiempo escribiendo informes, pero si hace algún descubrimiento que *a priori* pudiera resultar prometedor, debe hacérnoslo saber.

Durante la hora siguiente Richardson intensificó las tareas de los distintos departamentos que se encargaban de enviar oficiales a las zonas rurales. No obstante, finalmente consiguió llegar a tiempo al andén de Waterloo junto a su compañero para tomar el expreso de la tarde a Tavistock. Todo se había organizado por teléfono desde Scotland Yard. La primera parte del viaje la dedicó a estudiar la carta del jefe de policía y las fotografías de los dos anónimos.

—Mire bien estas fotografías, Jago, y dígame qué le parecen —indicó Richardson—; tómese su tiempo.

Jago estudió los sobres y sus matasellos y luego escudriñó el texto de las cartas.

—Hay una cosa que me llama la atención, inspector jefe. Estas dos cartas fueron enviadas el mismo día, y el hombre que lo hizo solo pudo haber enviado una desde Tavistock y la otra desde Moorstead si disponía de un coche o un camión.

—¡Ah! Ahí es donde entra en juego su conocimiento local. Es una deducción acertada, pero ¿por qué el propietario del vehículo se esforzaría tanto por mantener el anonimato?

El sargento Jago negó con la cabeza y Richardson sacó un mapa de su bolsillo.

—La distancia es solo de una docena de millas más o menos, no es demasiada para un camión; pero ¿qué transportan los camiones a través del páramo?

—Principalmente granito.

—Ah, ¿quiere decir que existe transporte de granito entre

Tavistock y Moorstead?

—Sí, señor, está la cantera de Rowe a una o dos millas de Tavistock, de donde proviene el mejor granito, y hay una cantera más pequeña cerca de Moorstead.

—¿Ha notado algo especial en la caligrafía de estos anónimos? ¿Diría que los dos fueron escritos por la misma persona?

Jago volvió a estudiar las fotografías.

—Bueno, de ser así, el tipo disimuló su tipo de letra. La caligrafía de la cárta del comisionado se inclina hacia atrás mucho más que la otra.

—Así es, pero se trata de un truco habitual para un autor de anónimos medianamente experimentado.

—¿Cree que ambos fueron escritos por la misma persona?

—Estoy seguro de ello y, si estoy en lo cierto, ya tenemos algo en lo que apoyamos. Primero la falta de ortografía. Escribe «entierro» con una *eme* en la carta del comisionado, y «enterrado» en la del jefe de policía también con una *eme*.

—Pero no entiendo por qué habría querido aparecer como dos personas diferentes.

—Unicamente porque pensó que se prestaría más atención a dos personas que a una, y quería que se le hiciera caso, lo cual me hace pensar que sabe algo y que no es simplemente un camelo.

—Pero, si sabe algo, ¿por qué no acudir directamente a la policía y contarlo?

—Ah, eso es lo que debemos averiguar. Por el momento solo estamos especulando. Supongamos, por ejemplo, que el autor es un exconvicto que acaba de salir en libertad y que vio cómo se cometía el crimen; pudo pensar que con sus malos antecedentes no tendría ninguna oportunidad si se le acusara a él de haber cometido el delito.

—Sí, ya lo entiendo, señor.

—En cualquier caso, usted, con sus conocimientos sobre la zona, nos ha dado algo sobre lo que comenzar a trabajar: la teoría del camión.

Habían pasado por Okehampton y se acercaban a Tavistock.

Richardson recogió sus papeles y bajó su modesto equipaje del estante. El tren redujo la velocidad; un agente uniformado se encontraba en el andén; Richardson se acercó a él.

—Soy el inspector jefe Richardson, de Scotland Yard.

El agente saludó.

—El superintendente Carstairs nos ha enviado a recibirlo, señor. Recibió un telegrama esta tarde.

—Este es el sargento detective Jago, natural de Tavistock.

—Conozco bien a su familia, sargento —dijo el agente estrechando su mano.

Recorrieron con rapidez el trayecto de Tavistock a Winterton por la carretera principal que bordea el páramo. El auto se detuvo frente a la comisaría de policía.

El superintendente Carstairs los recibió en la escalera y estrechó calurosamente la mano de Richardson.

—Me alegra mucho que haya venido, inspector jefe. Lo cierto es que con mi limitado personal jamás podría haber asumido la resolución del caso.

—Pero no podré resolverlo sin su ayuda, superintendente —indicó Richardson—. Es cierto que he traído conmigo al sargento Jago, que ha nacido y se ha criado en Tavistock y conoce a fondo la zona, pero como es lógico no está al tanto de los asuntos del fallecido mientras que ustedes sí estarán al corriente.

—Ese es el problema, inspector jefe. Nadie sabe nada respecto a los asuntos del difunto señor Dearborn, ni siquiera su esposa. Lo único que puedo hacer para ayudarle es mostrarle el bastón roto que fue recogido por uno de mis agentes a un cuarto de milla del lugar del accidente y, seguidamente, mañana por la mañana, presentarle a la viuda y permitirle que la interrogue como usted disponga. Así mismo, me gustaría recordarle que el coche de policía estará a su servicio siempre que necesite transporte. De hecho, le cedo el caso por entero.

—¿El cuerpo no ha sido enterrado todavía?

—No, aún no. El doctor Symon, a quien la viuda llamó para que atendiera al difunto justo antes de su muerte, es un joven sin

demasiada experiencia, y el veredicto de la instrucción se basó principalmente en su testimonio. Imagino que usted deseará tener una segunda opinión médica en vista del hallazgo del bastón roto y la carta anónima que me ha sido remitida.

—No fue la única, superintendente. El comisionado de Londres también recibió una misiva con la misma tipografía. He traído fotografías de ambas cartas para que pueda verlas. ¿Podría echar ahora un vistazo al bastón roto?

—Pase a mi oficina, señor Richardson. Resolveremos todas estas cuestiones enseguida.

Lo condujo a una pequeña estancia, escrupulosamente ordenada, e interpeló a su asistente.

—Procura que no nos molesten, Henry.

—Muy bien, señor.

—Ahora acomódese, señor Richardson, y siéntase como en su propia casa. Este despacho siempre estará a su disposición.

Sacó un manojo de llaves de su bolsillo, abrió un cajón y extrajo de él la parte superior de un pesado bastón con una banda de plata.

—Podrá observar las manchas de sangre en el mango.

—Con un cabello adherido —observó Richardson—. Imagino que las manchas de sangre aún no han sido examinadas para refrendar si se trata de sangre humana, ni se ha comparado el cabello con el del difunto.

El superintendente se rio entre dientes.

—No, me temo que por aquí no trabajamos con tanta presión. El caso es que cuando el jefe de policía me indicó por teléfono que venían ustedes, pensé que era mejor no interferir en las posibles pruebas.

—¿Tiene algún médico en mente, digamos de Plymouth, que pueda hacer un segundo examen del cadáver junto al doctor Symon?

—Bueno, sí; pensé en llamar al doctor Fraser. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien conocido por los jueces de la zona y muy cauto a la hora de emitir una opinión. Si lo considera apropiado, puedo telefonearle esta misma noche para que se presente aquí mañana por la mañana.

—Muy bien, y ahora le mostraré las fotografías de las cartas.

Richardson colocó las dos imágenes sobre el escritorio. El superintendente Carstairs sacó unas lentes, las lustró con un pañuelo y se inclinó sobre las misivas, resoplando agitadamente. Estaba claro que se sentía más cómodo tratando con su personal en el trabajo de campo que comparando documentos. Richardson pudo sentir, más que ver, que aguardaba alguna indicación. Resultaba un espectáculo patético ver a aquel barbudo y curtido superintendente, que rellenaba con creces el sillón de su oficina, inclinándose sobre aquellos documentos respecto a los cuales ya sabía que no podía dar opinión alguna de utilidad. El inspector jefe acudió en su ayuda.

—Puede ver, señor Carstairs, que ambas cartas fueron escritas por la misma mano y que el autor trató de disimular su caligrafía inclinando los caracteres hacia atrás en la carta dirigida al comisionado. Pero la falta de ortografía es la misma en cada una de ellas.

El superintendente afirmó con la cabeza.

—Pues bien, si se fija en los matasellos podrá comprobar que fueron enviadas desde lugares alejados varias millas uno de otro. El autor de las mismas, por tanto, debió estar en posesión de un coche o un camión.

El comisionado Carstairs asintió y le devolvió las fotografías, contento de deshacerse de ellas.

—Y ahora, señor Richardson, imagino que estará cansado después del viaje. He buscado alojamiento para usted y el sargento en un hotel local, el Duchy Arms. Pásese por aquí mañana a las nueve y media y le presentaré a la señora Dearborn.

CAPÍTULO II

El once de octubre fue uno de esos días raramente cálidos y hermosos que parecen enviados para dejar un buen recuerdo del verano que termina a los residentes del páramo, una vez que el manto de niebla y lluvia está a punto de abatirse sobre ellos.

A las nueve y media entró el superintendente para decir que ya era hora de acompañar a Richardson a visitar a la señora Dearborn.

—La llamé por teléfono esta mañana para decirle que iría usted a verla, de modo que la encontrará preparada. El doctor Fraser llegará a la casa a las once y media para el examen médico del cuerpo. Probablemente querrá verle.

—¿Y el sargento Jago, señor Carstairs? ¿Estará la señora dispuesta a recibir a dos de los nuestros?

—Si sigue mi consejo, inspector jefe, sería preferible que la entrevistara a solas. No parece una persona nerviosa, pero imagino que será más comunicativa si está solo. Mientras usted la interroga, el sargento Jago podría revisar el auto, que se encuentra en el garaje privado de The Firs.

La señora Dearborn les abrió la puerta en persona. Era una mujer muy delgada y consumida que aparentaba más edad de la que tenía; se percibía en ella un aire de marchita elegancia. Iba vestida de negro.

—Este es el caballero del que le hablé por teléfono —indicó Carstairs—. El inspector jefe Richardson, de Scotland Yard.

Richardson le estrechó la mano y advirtió que sus dedos eran ásperos como los de alguien acostumbrado al trabajo doméstico.

—¿Quiere pasar al salón, señor Richardson? —inquirió ella—. Allí estaremos más tranquilos. ¿Y usted, señor Carstairs?

—No, yo tengo trabajo que hacer. Pero confío en que le cuente al señor Richardson todo lo que sabe y que no se guarde nada. Mientras conversa con él, me gustaría que su ayudante le echara un vistazo al coche en el garaje. ¿Me permite la llave, por favor?

La dama tomó una llave de un gancho del vestíbulo y se la dio.

—Nadie ha tocado el auto desde que lo trajeron.

El inspector jefe Richardson comenzó el interrogatorio tras hacer una compasiva referencia a su pérdida.

—Creo que lo primero que debo preguntarle es cuánto tiempo llevaba casada con el señor Dearborn.

—Nos casamos en Plymouth hace un año, pero yo ya llevaba dos años cuidando la casa para él antes de eso. Verá, cuando mi padre murió, su pensión expiró con él y yo me quedé muy desamparada. Vi un anuncio en un periódico de Plymouth, en el que se buscaba un ama de llaves, y respondí al mismo. El señor Dearborn me invitó a una entrevista y así fue como lo conocí.

—¿Hasta que respondió a ese anuncio no sabía nada de su esposo?

—No; no había oído hablar de él en mi vida.

—¿Llevaba mucho tiempo viviendo en Winterton?

—No, me dijo que acababa de comprar esta casa.

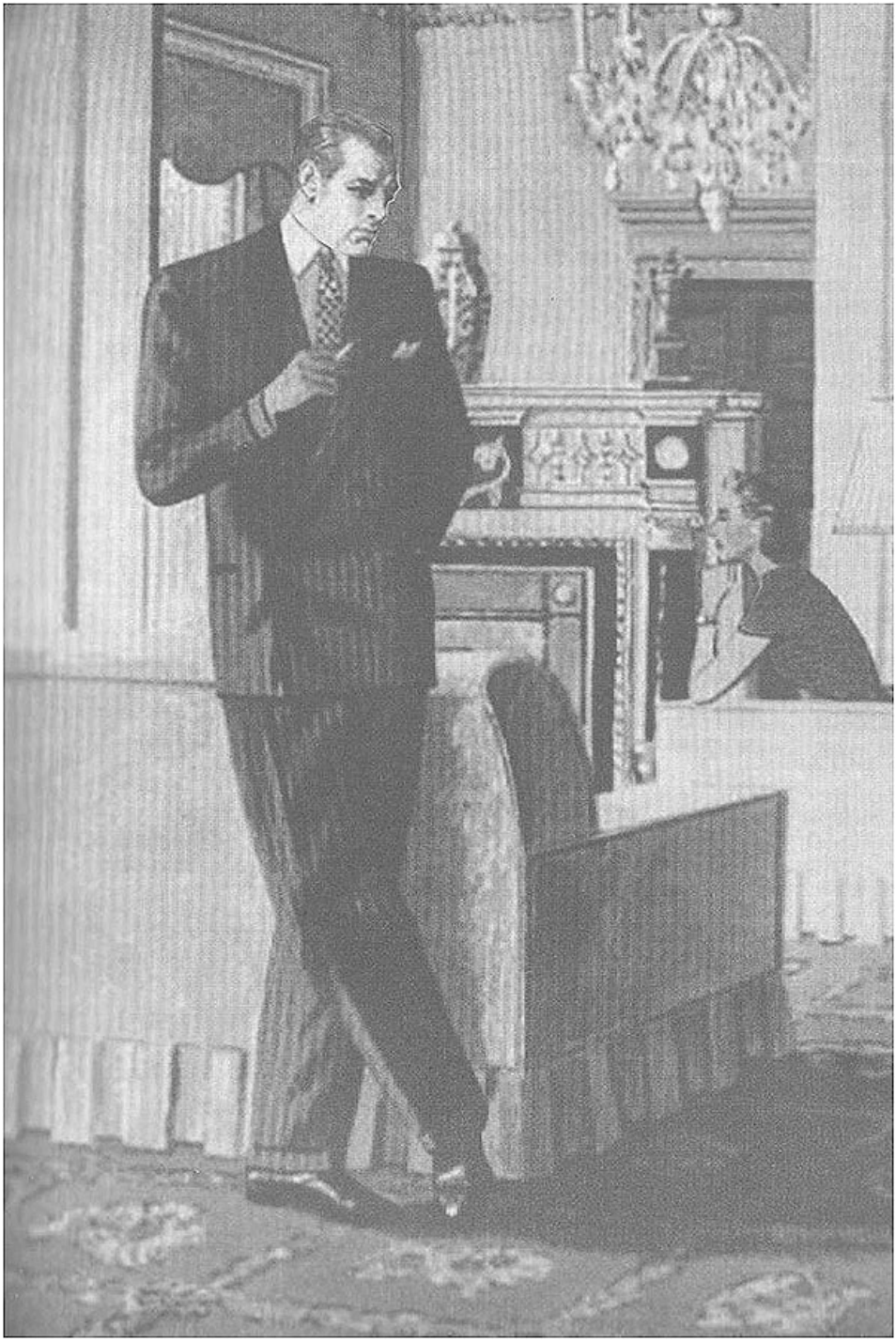
—¿Le dijo quién era el agente de la propiedad que se la vendió?

—No.

—¿Ni de qué parte del país venía? Porque deduzco que no era natural de Plymouth.

—No. Puede parecerle extraño, pero no me contó nada de su vida pasada y no le hice ninguna pregunta, pues pensé que me lo contaría por su propia voluntad si así lo deseaba.

—Entonces, ¿nunca ha sabido nada de su anterior profesión?



—No, nada.

—¿Ni de sus amigos y parientes?

—No; me dijo que no tenía parientes cercanos y, dejando aparte las cartas de negocios de los proveedores, no recibía correspondencia alguna.

—¿Qué edad tenía?

—A eso sí puedo responderle. En el momento de nuestro matrimonio dijo que tenía treinta y ocho años.

—Imagino que poseía cuenta en algún banco de Plymouth.

—Sí. Sé que se trata del Union Bank, pues, cuando me mostró su testamento, vi que el director del Union Bank era su único albacea y me explicó que me dejaba todo lo que poseía.

—¿A qué dedicaba su tiempo?

—Bueno, era un gran lector de periódicos, y eso ocupaba la mayor parte de sus mañanas. Últimamente solía visitar la cantera, pero antes de adquirirla solía dar largos paseos.

—¿Paseaba solo?

—Sí, siempre solo. Cuando se instaló aquí la gente solía visitarlo, pero nunca les devolvía las visitas ni respondía a sus proposiciones para jugar al tenis y similares, de modo que supongo que se cansaron de invitarlo.

—¿Y no han reanudado las invitaciones desde su matrimonio?

—No, pero siempre tengo muchas ocupaciones, cuidando la casa y el jardín.

—¿Tiene sirvienta?

—Sí, una chica de Devonshire que ha estado con nosotros desde que llegué a la casa.

—¿Y jardinero?

Ella sonrió.

—Está usted hablando con la jardinera en este mismo momento. A veces tengo que contratar a algún profesional para que excave, pero por lo demás me ocupo yo misma del jardín.

—¿Desde cuándo tenía automóvil su esposo?

—Lo compró hace unos seis meses. Era como un juguete nuevo para él. Daba largos paseos por el páramo dos o tres veces por semana, excepto cuando hacía muy mal tiempo. Imagino que no era un conductor muy experimentado y que esa fue la causa del accidente.

—¿Estuvo consciente en algún instante entre el momento del siniestro y su muerte una semana más tarde?

—Oh, sí; de hecho estuvo consciente los dos primeros días después del accidente.

—¿Y no le contó cómo sucedió?

—Sí; mencionó que su pedal de freno no funcionaba, pero mi impresión fue que tenía el pie en la palanca equivocada y confundió el acelerador con el freno.

—¿Mencionó haberse encontrado con alguien poco antes del percance?

—No. Como le dije, no conocía a ninguno de sus vecinos.

—De modo que, ¿podemos resumirlo en que ni usted ni su esposo tenían relación con nadie en Winterton?

—Mi marido no, pero yo tengo un amigo en la zona: un joven oficial de la marina, el teniente Cosway, cuyos padres viven en la segunda casa a partir de esta, en esa dirección —señaló hacia Plymouth—. Verá, tengo un gatito siamés. Un día el señor Cosway pasaba con su perro y este persiguió a mi minino hasta un árbol. Refrenó al perro y se disculpó, pero el gatito tenía miedo de bajar, de modo que se quitó el abrigo y se subió al árbol. Me asusté mucho pues, cuanto más ascendía, más alto subía mi felino, y temí que el árbol, que se doblaba por su peso, se quebrara y se mataran los dos. Sin embargo, rescató al animalito y lo bajó en brazos. Desde entonces ha venido a visitar mi jardín una o dos veces. Verá, tiene un empleo en el astillero de Devonport y a menudo viene a Winterton a ver a su familia.

—¿Nunca llegó a conocer a su esposo?

—No, mi marido siempre se encontraba ausente cuando él me visitó.

—Así pues, si su esposo no tenía amigos en Winterton, ¿tampoco tenía enemigos?

Ella pareció alarmada.

—¿Enemigos? ¿Por qué lo pregunta?

Hasta ese momento, sus modales habían sido tan displicentes y sus respuestas tan serenas que Richardson apenas se había percatado de estar tratando con una mujer de carne y hueso. En ese momento no tuvo duda alguna al respecto.

—Las preguntas que me ha hecho son verdaderamente muy inusuales. ¿Siempre interroga a la gente de este modo sobre su vida privada en caso de accidente? Creo que tengo derecho a alguna explicación.

—Tiene toda la razón, señora Dearborn. Debería haberle explicado antes por qué le he hecho tales preguntas. Alguien ha escrito cartas anónimas a la policía sugiriendo que la muerte de su esposo se debió no solo al accidente automovilístico, sino al ataque sufrido a manos de alguien en la carretera, y para aclarar este asunto se realizará un nuevo examen médico esta misma mañana.

—Pero eso es ridículo. Mi esposo estuvo plenamente consciente después de su accidente, y estoy segura de que me habría dicho algo si hubiera sido atacado.

—Bien, solo podemos esperar a conocer el resultado del examen médico, y hasta que se realice no hay nada de qué preocuparse. Verá, señora Dearborn, en la mayoría de los casos las cartas anónimas resultan ser malintencionadas y mal fundamentadas, pero creo que estará de acuerdo conmigo en que sería una imprudencia ignorarlas por completo.

—Lo comprendo perfectamente, y ahora que sé el motivo de sus preguntas, las responderé lo mejor que pueda. El único aspecto en el que puedo brindarle escasa ayuda es el concerniente a los negocios de mi esposo, pues nunca llegó a depositar en mí su confianza.

—Gracias, señora Dearborn. No la molestaré con más preguntas por el momento.

Seguidamente, Richardson se dirigió al garaje, donde encontró al sargento Jago con evidencias en su ropa y en sus manos de haber

realizado una exhaustiva inspección del auto. El sargento había trabajado en un garaje de Tavistock antes de ingresar en la Policía Metropolitana, y dicha experiencia le había sido de gran utilidad; de hecho, hubo un tiempo en que el Departamento de Transportes Públicos de Scotland Yard había competido con el CID[9] por sus servicios.

—Bien, joven —dijo Richardson—, ¿qué ha descubierto?

—El motor está bien, pero el mecanismo de dirección está muy dañado. Los frenos no presentan fallo alguno, y por tanto no pueden ser los responsables del accidente, pero hay algo extraño: estos vehículos siempre están equipados con una manivela de arranque para el caso de que las baterías se descarguen, y no hay ninguna en el auto ni en ningún lugar del garaje. El cuadro de indicadores marca un recorrido de dieciséis millas, lo que significaría que el coche había llegado hasta Moorstead el día del accidente.

—Me gustaría aprovechar este buen tiempo para investigar el lugar del siniestro. Será mejor que venga conmigo y le pediremos al superintendente que nos indique quién encontró el bastón roto. Acompáñeme a la comisaría.

Encontraron al señor Carstairs en su pequeña oficina.

—Por supuesto que pueden disponer de un vehículo policial, y da la casualidad de que el agente que les llevará es el mismo que encontró el bastón roto.

Tocó un timbre y el auto fue puesto a su disposición.

—¡Dios mío! ¡Qué carretera! —exclamó Richardson, mientras ascendían la colina que subía desde Sandiland—. Es muy empinada.

No obstante, el auto tomó la colina en segunda velocidad y, antes de que llegaran a la cima, se detuvo justo a un lado de la vía. El conductor bajó de un salto.

—Aquí es donde encontramos el coche, señor. Estaba casi volcado. Puede ver las marcas de las ruedas allí, en ese brezal destrozado.

—¿Y dónde hallaron el bastón roto?

—Si asciende un poco más por la colina, señor, se lo mostraré. Fui yo quien lo encontró.

Encabezó la subida en dirección a Duketon y se detuvo en un punto donde la colina era un poco menos empinada. El brezo era particularmente alto y denso en este punto.

—Marqué el emplazamiento con tres piedrecitas, señor. Aquí están, y ahí está el lugar donde yacía el bastón roto.

Richardson echó un ojo alrededor. El terreno era accidentado en ese tramo; el tráfico de ida y vuelta a Duketon y los aguaceros habían provocado que se formaran surcos en la superficie.

—Es casi inútil intentar mantener una carretera asfaltada en buen estado con todo el tráfico estival de *char-á-bancs*[10] y camiones. La lluvia baja por aquí como una corriente de agua.

—Lo que me gustaría encontrar es la otra mitad del bastón roto y la manivela de arranque del Austin Seven —indicó Richardson—. Ambos deben estar en alguna parte.

Los tres hombres comenzaron a escudriñar el terreno sistemáticamente, empezando por el margen cercano a la carretera. Richardson fue el primero en gritar. Se agachó y levantó una manivela de arranque ya cubierta de óxido pero no perforada. El sargento Jago se acercó a él e identificó su hallazgo como perteneciente a un Austin Seven. Entonces fue el tumo del conductor.

—Aquí lo tenemos —gritó—; si esto no es la otra mitad del bastón, yo soy holandés.

—Ciertamente parece la misma madera —indicó Richardson—, pero tendremos que encajar las dos piezas antes de poder confirmarlo. ¿Cuál es su teoría sobre lo ocurrido? —preguntó al conductor, con el esbozo de una sonrisa rondando su boca.

—Mi deducción es la siguiente, señor. El señor Dearborn no era un conductor experimentado. Permitió que el motor se detuviera, y luego, como no le apetecía descender la colina sin el auto, se bajó portando la manivela de arranque para hacer girar el motor. Mientras se agachaba para encajarla, un hombre se acercó por detrás y le golpeó en la cabeza con ese bastón.

—¿Y cuál es el motivo?

—Un robo en la carretera, señor. Hay bastantes canteros sin

trabajo en otoño, y uno de ellos no pudo resistir la tentación de tumbar al caballero y registrar sus bolsillos. Luego tiró el bastón roto y la manivela de arranque en el brezo y se escapó con su botín. Ya ven que se trata de un camino muy solitario.

—Pero ¿por qué Dearborn no avisó a la policía en cuanto el médico lo trasladó a Winterton?

—Por una pérdida de memoria, señor. Después de un golpe en la cabeza como ese, una persona puede no recordar nada de lo que le acaba de acontecer. Es cierto que consiguió arrancar el coche de nuevo y seguir conduciendo, pero un hombre en ese estado al volante se estaba buscando problemas. Y lo único que recordaría después sería el accidente.

—Ya veo —indicó Richardson secamente—. ¿Y cuál es su teoría, sargento Jago?

Jago conocía a su jefe en aquel estado de ánimo y no estaba dispuesto a comprometerse.

—Preferiría esperar hasta que hayamos profundizado en el caso antes de expresar una opinión —respondió.

—Hombre sabio; llegará lejos en su profesión —observó Richardson, quien tampoco se comprometió con ninguna teoría propia. Seguidamente se dirigió al conductor—: Le resultará trabajoso poder girar el coche en una carretera tan estrecha. ¿Habría algún inconveniente en continuar hasta Duketon y permitirme echar un vistazo al pueblo?

—De acuerdo, señor, y ya que estamos en ello podríamos dirigimos a la entrada de la prisión, pues allí es donde el médico llevó al difunto cuando lo recogió después del accidente. No está lejos.

Tras ascender otra media milla por la colina llegaron al pueblo.

—¡Deténgase aquí! —reclamó Richardson cuando llegaron a la bifurcación de dos caminos y el coche hubo girado a la izquierda—. ¿A dónde lleva esa otra carretera?

—A Bridgend y a Moorstead.

—¿Y esta?

—A la prisión y a Tavistock.

—¿Y qué camino tomó Dearborn?

—Venía de Moorstead. Lo sabemos por la gente que lo vio pasar.

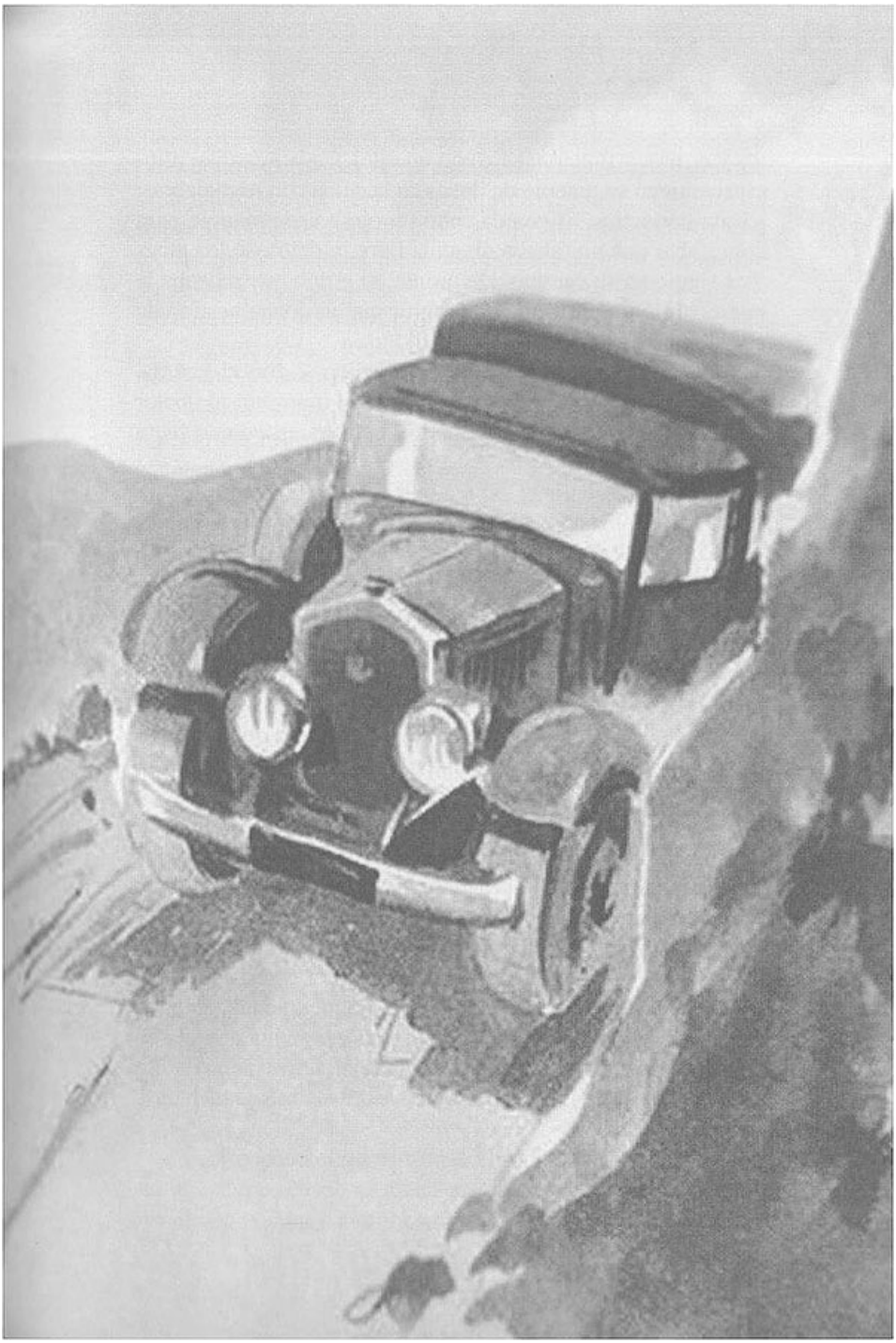
—Bien. Entonces, continúe hacia la prisión.

Pasaron por delante de la iglesia de granito construida por los prisioneros de guerra franceses de la época napoleónica; superaron casitas de campo que lucían espantosas a causa de sus muros alquitranados para evitar la humedad del invierno, y llegaron a la puerta de la prisión, en la que todavía era legible el antiguo lema, *Parcere subjectis*[11]. A ambos lados de la entrada se encontraban las residencias de los oficiales superiores, y la propia puerta era doble, con la garita del guarda civil armado en el centro.

—Me gustaría hablar con el oficial médico que recogió al fallecido. ¿Podría intentar localizarlo? —inquirió Richardson.

El conductor se dirigió hacia la puerta interior y llamó al guarda, a quien explicó que dos agentes de Scotland Yard querían hablar con el doctor Wilson, el oficial médico adjunto, si fuera posible localizarlo.

—Estará aquí en menos de un minuto —dijo el guarda, mirando el reloj de la garita—. Está concluyendo su ronda en el hospital y saldrá a comer.



En efecto, en breves instantes una procesión de funcionarios de prisiones se agolpaba en la puerta interior, pues todos los convictos habían sido confinados para la hora de la cena y los guardias estaban entregando sus llaves. La rutina de esta ceremonia era el resultado de más de cincuenta años de aciertos y errores y funcionaba como un reloj. Cada guardián principal entregó su manojo de llaves de la celda con las palabras: «Todo correcto». El guarda echó un ojo a cada manojo para comprobar que no faltaba ninguna llave, y dejó que los guardias siguieran su camino. De pronto, el grupo que rodeaba la puerta abrió un pasillo para permitir que un joven vestido de civil tomara la delantera.

—Aquí viene el ayudante del médico —dijo el guarda, girándose. Cogió las llaves del hospital y murmuró al doctor Wilson que dos policías de Londres estaban esperando fuera para hablar con él.

—¿De qué se trata? —preguntó el joven médico.

—No me lo han dicho, señor. Los encontrará en ese coche.

Cuando el doctor Wilson se acercó al auto, Richardson bajó de un salto y se presentó.

—Hemos venido para preguntarle por el hombre que recogió usted hace quince días tras un accidente de tráfico.

—Ah, sí, ¿se refiere al señor Dearborn de Winterton?

—¿Sabe que ha muerto, señor?

—Sí —respondió el doctor—. Leí el relato de la investigación en los periódicos; la muerte fue consecuencia del siniestro.

—Tengo entendido que el doctor Symon —quien lo atendió— declaró que la causa de la muerte fue una lesión sufrida en el accidente. Quería preguntarle, señor, si es posible que fuera otro el motivo del deceso.

—Había sufrido un traumatismo en la cabeza, ciertamente, un golpe terrible que le había rasgado el cuero cabelludo y sangraba mucho, pero recuperó el conocimiento mientras yo curaba la herida,

y supuse que su cabeza había entrado en contacto violento con el chasis cuando el auto volcó. En ese caso las pruebas del doctor Symon sobre la causa de la muerte serían correctas.

—¿Cómo se hallaba el coche cuando lo encontró?

—Bueno, estaba medio volcado, es decir, con dos de las ruedas en el aire. Dearborn se encontraba tumbado con la cabeza contra el interior de la carrocería. Supuse que la herida de la parte superior del cráneo era el resultado de un fuerte impacto contra la carpintería del techo, que, por supuesto, está recubierto de material de revestimiento, pero no tan grueso como para proteger la cabeza de una persona lanzada violentamente contra él.

Seguidamente, Richardson le habló de las cartas anónimas, pidiéndole que tratara la información como confidencial.

—Verá, señor, si esto llegara a la prensa podría resultar funesto para mis investigaciones. Se va a realizar un nuevo examen médico.

—¿Quién lo efectuará?

—El doctor Fraser, de Plymouth.

—No podría haber elegido a nadie mejor.

CAPÍTULO III

Cuando el coche se detuvo ante la puerta de la señora Dearborn, los dos médicos acababan de salir. Richardson se bajó de un salto y se presentó como inspector jefe de Scotland Yard. El doctor Fraser era un hombre serio y canoso de entre cuarenta y cincuenta años.

—No deseo inmiscuirme en su conversación, caballeros —dijo Richardson—, pero antes de que se vayan y presenten su informe debo pedirles que observen el coche siniestrado en el garaje, para determinar si las lesiones en la cabeza del fallecido pudieron haberse producido por el impacto contra el techo del auto en el momento del accidente. Se lo pido porque acabo de llegar del lugar del suceso, donde hemos hecho uno o dos pequeños descubrimientos.

El doctor Fraser lo miró circunspecto, como si le molestara la intromisión de un profano.

Richardson se volvió hacia Jago.

—Vaya a buscar la llave del garaje y adelántese.

—Íbamos a inspeccionar el coche de todos modos, inspector jefe, pero este es un asunto puramente quirúrgico.

—Soy muy consciente de ello, doctor Fraser. Mi único deseo era facilitarle todo el material disponible que pueda afectar a sus conclusiones. Por ejemplo, aquí tiene lo que creemos que es la mitad que falta del bastón roto que le mostró el superintendente Carstairs.

El doctor Fraser tomó el resto del bastón, lo sopesó en su mano

y se lo pasó al doctor Symon.

—También hemos encontrado la manivela de arranque del coche del señor Dearborn. La arrojaron en el brezo a unas diez yardas.

—No somos detectives —indicó el doctor Fraser—. Nuestra tarea consiste únicamente en determinar la causa de la muerte, y ambos estamos preparados para hacerlo. No nos corresponde decidir los pasos que se han de dar como consecuencia de nuestro informe. Los hechos que estamos dispuestos a corroborar son que el fallecido tenía un cráneo anormalmente delgado; que murió de una hemorragia cerebral como consecuencia de un golpe contra algún instrumento contundente que fracturó el cráneo en el punto de impacto. Si este fue un golpe contra el techo del coche al volcar, o motivado por algún agente externo como ese bastón roto, es más bien un asunto que deben dilucidar ustedes y no nosotros; no obstante, como parece desearlo, examinaremos el coche cuidadosamente y le daremos nuestra opinión.

Con estas palabras, el doctor Fraser siguió a Jago hasta el garaje y se encaramó al pequeño Austin Seven. Palpó y examinó el techo y luego llamó al doctor Symon para que subiera a su lado.

Richardson no escuchó su conversación, pero vio que prestaban especial atención a una mancha en el techo inmediatamente detrás del asiento del conductor. Se trataba de una mancha de sangre que se había secado. Al poco tiempo volvieron a salir y el doctor Fraser habló.

—¿Dónde encontraron ese bastón roto? —preguntó.

—A unas yardas del lugar donde encontramos la manivela de arranque. Se encontraba exactamente a doscientos setenta y un pasos del lugar donde volcó el coche. Yo mismo recorrí la distancia.

—¿Sugiere, entonces, que el fallecido fue agredido por la espalda con ese bastón mientras se hallaba sentado en el auto?

—En este momento no sugiero nada, doctor —respondió Richardson—; pero debemos tener en cuenta que el bastón y la manivela de arranque estaban a esa distancia del lugar donde el coche volcó con el fallecido dentro. Le corresponde a usted decir si

un hombre que había sufrido una fractura de cráneo pudo poner en marcha su coche y conducir casi trescientas yardas antes de caer en una zanja.

El doctor Fraser se llevó a un lado al doctor Symon y comenzó a hablarle en voz baja. Fraser parecía estar instando a Symon a tomar alguna decisión. Obtuvo su asentimiento y se dirigió de nuevo a Richardson.

—En vista de lo que nos ha explicado, mi colega está dispuesto a admitir que las conclusiones que aportó en la investigación pueden haber sido un poco tajantes, pero debemos tener en cuenta que el fallecido se encontraba consciente y no indicó en ningún momento que le hubieran atacado.

—Entiendo perfectamente el punto de vista del doctor Symon, pero presumo que el juez de instrucción no llevará a cabo una segunda investigación.

—No será preciso, pues la policía indagará todo lo necesario en interés de la justicia. Veré al juez de instrucción y le explicaré las circunstancias.

—Ha resuelto mis dudas por completo, doctor Fraser. Supongo que ha conseguido todo el material necesario para su informe y que ahora el funeral ya puede celebrarse.

—Así es. Nuestro informe se remitirá al superintendente de la policía local.

Seguidamente, y sin decir nada más, los dos médicos se dirigieron a su coche. El sargento Jago contempló sus espaldas en retirada con desaprobación.

—Parecen pensar que estamos causando muchos problemas innecesarios para nada.

—A los médicos les gusta que los profanos los consideren infalibles e incapaces de cometer errores. Esta debilidad no es del todo desconocida entre los oficiales de policía. Usted es joven aún en el servicio, sargento Jago; debería tenerlo en cuenta. Y ahora, a almorzar.

Después de una comida apresurada, Richardson y Jago tomaron el coche de policía para trasladarse al Union Bank de Plymouth. Era

una hora desafortunada, pues tanto el director como el cajero se encontraban almorzando, y los dos oficinistas más jóvenes y el mensajero del banco[12] eran los únicos representantes del personal. A instancias de uno de ellos, Richardson comprobó que el difunto señor Dearborn tenía una cuenta allí.

—Volveré de nuevo un poco después de las dos, si tiene la amabilidad de pedirle al director que me reserve esa hora.

—Debería visitar el Hoe[13] ahora que está aquí y tiene unos minutos libres, señor —observó Jago—. Puedo mostrarle el lugar exacto donde sir Francis Drake se encontraba jugando a los bolos sobre hierba cuando se avistó a la Armada Española.

Condujo a su jefe cuesta arriba hasta el famoso Hoe y le señaló el lugar identificado por los historiadores locales. Era un día perfecto. Más allá de la isla de Drake se podía atisbar una vasta franja de mar en calma que se extendía hacia el faro de Eddystone. Recorrieron el paseo marítimo casi desierto, pues la buena gente de Plymouth se encontraba a esa hora disfrutando de su comida del mediodía.

Richardson consultó su reloj.

—Falta un minuto para las dos. Volvamos al banco y comprobemos si el director es una persona puntual.

El mensajero les indicó que el señor Todd, el director, estaba esperándoles, y los acompañó a una pequeña sala a la izquierda de la entrada, donde les recibió un hombrecillo de animoso aspecto. Richardson le mostró sus credenciales y presentó al sargento Jago como su ayudante.

—He venido a hacerle unas preguntas sobre el difunto señor Dearborn, de Winterton, quien, según tengo entendido, era cliente de este banco.

—Lo era y, dado que soy su único albacea, de hecho debería asistir a su funeral esta tarde.

—Puedo tranquilizarle en ese sentido, señor Todd. El funeral ha tenido que posponerse uno o dos días. Probablemente tendrá lugar mañana, pero en cualquier caso le avisaré por teléfono.

El director pareció sorprendido.

—¿Aplazado? ¡Oh, ya entiendo! —exclamó, tomando la tarjeta de identificación de Richardson—. Ha ocurrido algo desde la instrucción del juez y usted ha venido desde Londres para investigar. ¿Significa eso que se sospecha de algún delito?

—Doy por supuesto que todo lo que le explique será tratado por su parte como estrictamente confidencial. Han sido remitidas a la policía algunas cartas anónimas en las que se alega que el accidente de tráfico no fue la causa de la muerte, y a raíz de una petición del jefe de policía me han enviado para que efectúe las oportunas averiguaciones. La señora Dearborn me indicó que su esposo era cliente de su banco y estoy deseando hacerle algunas preguntas sobre el estado de su cuenta.

—Por supuesto. Estaré encantado de responder a todo lo que quiera cuestionarme.

—Mi primera demanda es cuándo y en qué circunstancias abrió el señor Dearborn una cuenta con ustedes.

—Puedo darle la fecha exacta. Fue hace unos tres años, y la cuenta se abrió de la manera más sencilla posible. El señor Dearborn entró en el banco una tarde y pidió verme. Me dijo que acababa de desprenderse de un conjunto de propiedades inmobiliarias en Londres mediante una venta privada y que traía el importe en efectivo. Imagino que puse cara de sorpresa, pues continuó diciendo que había insistido en un pago en efectivo y que el comprador había cumplido el trato enviando a su banco el dinero en billetes. La cantidad era de veinticinco mil libras. Tomó una pequeña cartera, sacó un fajo de billetes grandes y me pidió que los contara. Fue, como puede imaginarse, una transacción muy inusual, y yo catalogué a mi nuevo cliente como una persona de hábitos excéntricos.

—¿Le indicó si era londinense? ¿O le dio alguna pista sobre su procedencia en conversaciones posteriores?

—Ahora que lo dice, no recuerdo que lo hiciera. Nunca puse en duda que fuera londinense después de escuchar de sus labios que había sido propietario de una casa en la ciudad.

—Imagino que durante los últimos tres años se hicieron

bastante íntimos…

—Íntimos no sería la palabra. Nunca he estado en su casa, si se refiere a eso. Sé que está casado, pero nunca me presentó a su esposa. Por otro lado, acepté ser albacea de su testamento por una cuestión de negocios.

—¿Qué hizo con su dinero? ¿Invertirlo, dejarlo en depósito o qué otra opción?

—Con frecuencia me pedía consejo sobre las inversiones, dado que el máximo interés que podía darle por el capital en depósito era el dos por ciento. Hace unos meses se puso en venta una cantera cerca de Moorstead. Había realizado operaciones bancarias con nosotros y sabíamos que podía convertirse en una empresa rentable. Se lo hice saber, fue a inspeccionarla y finalmente la compró. Desde entonces me han comentado que realizaba visitas periódicas en un pequeño coche que adquirió; supongo que el mismo que conducía en el momento del accidente.

—Tengo entendido que se lo ha dejado todo por testamento a su viuda. ¿Sabe usted quién redactó dicho testamento?

—Me indicó que lo había redactado él mismo. En cualquier caso, la terminología legal parecía correcta.

—¿Pagó él mismo por la cantera?

—Sí; se le ofreció la posibilidad de convertirla en una sociedad anónima con él como presidente, pero no quiso ni oír hablar de ello. Si la adquiría, decía, debía hacerlo directamente y, dado que el precio era bajo, no hice nada para disuadirlo.

—¿Cuánto pagó por ella?

—Siete mil libras.

—Lo que supone que su depósito con ustedes se redujo a unas dieciocho mil…

—Sí. Puedo darle las cifras exactas si espera hasta mañana.

—¿Sabe lo que hacía cuando visitaba la cantera?

—No exactamente. Solo me dijo en una ocasión que había revisado los libros y los pedidos con el capataz.

—¿No sabe si tuvo que despedir a alguno de los trabajadores? Estos operarios despedidos son a veces vengativos si no consiguen

otro trabajo.

—Creo recordar que me comentó que se había visto obligado a echar a un hombre porque provocaba mal ambiente entre los demás. Me pareció entender que el trabajador era comunista y había tenido una discusión con el capataz, un acérrimo conservador. Me pareció una razón bastante improcedente para despedir a un obrero.

—¿Recuerda el nombre del trabajador?

—No, no lo recuerdo, pero era uno de esos agitadores políticos de medio pelo que se encuentra uno en casi todas partes.

—Tengo una pregunta más que hacerle, señor Todd. El accidente automovilístico tuvo lugar el 29 de septiembre. ¿El señor Dearborn cobró algún cheque ese día o el anterior? Supongo que debía cobrarlos regularmente para pagar los salarios en la cantera. Lo que quiero averiguar es si ese día llevaba una suma mayor de la habitual.

—Si espera aquí, examinaré su cuenta.

Dos minutos más tarde el gerente estaba de vuelta.

—Veo que el 29 de septiembre sacó la misma cantidad, casi hasta el último penique, que había sacado todos los viernes desde que poseía la cantera. El sábado era su día de pago; el accidente tuvo lugar en su viaje de regreso y, por tanto, se puede presumir que llevaba muy poco dinero en los bolsillos.

—Eso parece descartar la teoría de que fue atracado por un salteador de caminos. Gracias, señor Todd. Tal vez me permitirá venir a verlo de nuevo si surge algún otro asunto. Creo que esta tarde visitaré la cantera.

El conductor del coche de policía parecía conocer muy bien el camino a la cantera de Moorstead. Recorrió la distancia a una velocidad vertiginosa. Richardson y Jago se apearon y atravesaron la puerta de la cantera como si el lugar les perteneciera. La cantera estaba excavada en la ladera, y el acantilado expuesto por las operaciones de extracción presentaba un color rosa claro.

Jago miró a su alrededor de forma crítica.

—Han dejado que su montón de escombros invada el terreno; pronto llegará a la carretera si no tienen cuidado. Eso es lo que pasa siempre con las canteras saturadas de pedidos.

La atención de Richardson se centró en un hombrecillo de complexión gruesa que brincaba y se deslizaba por la ladera de la cantera dirigiéndose hacia ellos. Era John Lawrence, el capataz, que los había confundido con clientes que venían a encargar granito. Su rostro se descompuso cuando Richardson se presentó.

—¿Son policías de Londres? Pues bien, pasen a mi despacho. Si los hombres se enteran de quiénes son ustedes, no rendirán en el trabajo durante el resto del día.

Tuvo la precaución de no dejar la puerta de la oficina abierta para protegerse de los fisgones. «Oficina» resultaba un extraño nombre para el pequeño cubículo en el que se encontraban los tres hombres. Una estufa de carbón intoxicaba el ambiente; un escritorio desnivelado, construido por manos más acostumbradas a trabajar el granito que a la carpintería, ocupaba más de una cuarta parte del espacio disponible. Había dos taburetes en la caseta, solo dos; Jago hubo de permanecer de pie.

—Quiere saber si el señor Dearborn parecía estar bien el último día que vino a la cantera. Por lo que pude ver, gozaba de su salud

habitual. Revisó los libros y los pedidos; insistió en salir a ver a los hombres mientras trabajaban y me entregó los salarios semanales para que fuesen abonados. No, ese día no le ocurría nada extraño. Se marchó a su hora habitual, un poco después de las cuatro, y esa fue la última vez que lo vi. Supongo que sus albaceas están ahora a cargo de la cantera y la venderán a alguien que no entienda nada de cantería.

—¿Tiene algún problema con los trabajadores?

—No, los hombres trabajan bien si se los deja en paz.

—¿Quiere decir que hay agitadores entre ellos?

—Había uno, pero el señor Dearborn lo despidió en cuanto le dije lo que estaba pasando.

—¿Quién era?

—Un tipo llamado Dick Pengelly, un hombre de Cornualles y un desgraciado donde los haya.

—¿Ha vuelto a agitar a los trabajadores?

—Ahora ya no. Solía venir a la hora de salida para incitar a los hombres a la huelga porque el señor Dearborn lo había despedido sin razón alguna. Se lo conté al señor Dearborn el día anterior a su accidente, y cuando salía de la cantera vio a Pengelly merodeando por allí; puedo asegurarles que le echó una buena reprimenda… habló incluso de llevarlo ante la policía. Creo que lo asustó muchísimo; en cualquier caso, no lo he vuelto a ver por aquí desde entonces, y uno de los hombres me contó que ha abandonado el distrito y se ha ido a buscar trabajo a otro lugar. Diré una cosa a su favor: era un buen forjador de cantera.

—¿Forjador? ¿Quiere decir herrero?

—Bueno, sí, supongo que podría llamarle herrero. Es el hombre que suelda las puntas a las brocas y las templa. Le aseguro que fue muy laborioso encontrar un trabajador para sustituirle. Se necesita muy buen tino para hacer puntas y templar una broca.

Richardson se llevó las dos manos a la frente.

—Ni siquiera sé lo que es una broca —confesó.

—Pues entonces, será mejor que salga conmigo y se lo enseñaré.

Nada le gustaba más al capataz que explayarse en lo referente a

su oficio. Los llevó primero a la herrería, donde el sucesor de Pengelly estaba soldando nuevas puntas a las brocas rotas; les mostró a sus dos visitantes la herramienta esencial en la extracción de granito: la broca, una larga barra con un enorme abultamiento de metal en el centro que permite conferirle el peso necesario para perforar el granito más duro; seguidamente los llevó a la ladera de la cantera donde dos hombres estaban perforando algunos orificios.

—Verán, estos agujeros tienen que tener cuatro o cinco pulgadas de profundidad, y observen también esta pequeña herramienta —dijo, tomando una espátula de hierro utilizada para extraer el polvo de granito de los orificios—; ahora estos hombres tienen que hacer doce agujeros en este granito antes de que pongamos las puntas y las plumas.

—¿Puntas y plumas?

—Sí, estas son las plumas. El herrero las corta con picas y palas viejas —indicó cogiendo dos finas astillas de acero—. Esas son las plumas y esta es una punta —añadió exhibiendo una punta de acero ligeramente más grande que el agujero hecho por la broca—. Cuando se hacen los doce agujeros a tres pulgadas de distancia y se ajustan las puntas y las plumas, uno de estos hombres toma un mazo y clava las puntas una tras otra. Suenan casi como una campana durante los primeros golpes, seguidamente se escucha un sonido sordo y ya sabes que todo el bloque se ha desprendido del frontal de la cantera. Entonces todo lo que tenemos que hacer es meter unas cuñas y hacer rodar el bloque hasta el montón de escombros de abajo, donde se reblandece. En eso consiste el trabajo en la cantera y es un oficio altamente cualificado, se lo aseguro, pues se debe estudiar el patrón del granito y asegurarse de que no haya vetas en él. Ya sabrá, por supuesto, que se puede encontrar cobre y estaño en las fallas, una que va hacia el suroeste y otra hacia el noreste, pero aquí no las hemos hallado.

Cuando regresaban a la oficina y ya no podían oír a los hombres, Richardson preguntó:

—¿A dónde podría dirigirse Pengelly para conseguir otro trabajo como herrero en una cantera?

—¡Ah!, buena pregunta. Podría probar en Rowe, a este lado de Tavistock, o dirigirse a Cornualles, donde hay varias canteras, pero mis hombres aseguran que nunca quiso que nadie supiera adonde iba.

—¿Dónde vivía cuando trabajaba aquí?

—En un alojamiento en Moorstead; no tenía familia.

—¿Conoce la dirección?

—Sí, la tengo anotada en mi agenda —indicó, buscando en un cuaderno de notas muy manoseado y, seguidamente, se la dio—. Señora Duke, Sun Lane, Moorstead.

Richardson anotó la dirección, estrechó la mano del capataz y le indicó que había aprendido más sobre la extracción de granito de lo que podría haber encontrado en los libros.

CAPÍTULO IV

Los dos detectives se dirigieron al coche de policía.

—No hemos perdido el tiempo —dijo Jago mientras caminaba —. Imagino que ahora mantendrá una charla con esa señora Duke en Moorstead.

—¿Cree que todo apunta a que Pengelly es el asesino? — inquirió Richardson.

—Sí, señor, excepto por una cosa. Habría esperado que utilizara una palanqueta en lugar de un bastón, pero supongo que lo analizará todo una vez visite a la mujer en su alojamiento.

—Sí, tendremos mucho que investigar tras esa visita —indicó Richardson pensativo.

Subieron al coche y dieron la dirección de Sun Lane, en Moorstead.

El conductor pareció dubitativo.

—Tendré que preguntar por la zona exacta cuando lleguemos al pueblo —indicó—. Nunca he oído hablar de Sun Lane.

Moorstead era la típica localidad de los páramos. Yacía incluso por debajo del nivel del propio páramo y lo que una vez había sido pantano y brezo ahora estaba cultivado. Por lo demás, podía tener siglos de antigüedad, pues todo el municipio estaba construido de granito, y los postes de las puertas y los dinteles de las casas más antiguas eran de piedra toscamente tallada, con los agujeros de las brocas todavía visibles. El ladrillo tan solo había invadido

recientemente la calle principal.

El auto se detuvo ante una taberna, donde el conductor preguntó por Sun Lane. Al parecer, se trataba de la segunda calle a la derecha y seguidamente la primera a la izquierda.

—Pero no podrá bajarla con ese coche, señor; es estrecha y no hay salida al final, ni forma de girar un coche tan largo como el suyo.

Así que el auto se detuvo al inicio de Sun Lane, que era poco más que un callejón, muy descuidado y mugriento. No había aceras y los habitantes de la callejuela parecían propensos a vaciar sus bazofias ante sus puertas.

Las cabezas despeinadas sobresalían por todas las ventanas a medida que los agentes se abrían paso por la calle. Una mujer con una escoba en la mano barría su pavimentada cocina, que parecía servir también como gallinero. A la pregunta de Richardson sobre la casa de la señora Duke, la mujer tenía una respuesta preparada. «¡Señora Duke, la buscan!», gritó al otro lado de la calle, y una cabeza canosa que necesitaba urgentemente la intervención de un peine apareció en una puerta. «Ahí está; esa es la mismísima señora Duke», dijo la mujer.

La dama en cuestión se despojó de su delantal y se alisó la parte delantera de la falda en honor a unos visitantes evidentemente distinguidos. Los oficiales cruzaron la calle y Richardson comenzó la conversación preguntando si había tenido alguna vez un inquilino llamado Richard Pengelly. No se le escapó que había una cierta rigidez en su actitud cuando respondió afirmativamente.

—¿No está aquí ahora? —preguntó Richardson.

—No, dejó el distrito hace algunos días.

—¿Puede decirme dónde puedo encontrarlo?

—Se lo diría de inmediato si lo supiera, pero simplemente se marchó a buscar trabajo; eso dijo.

—¿Cómo se fue, en autobús o en tren?

—No puedo responderle a eso, señor —indicó, mientras sus ojos emitían un destello de curiosidad—. ¿Para qué deseaba verle? —preguntó—. Tal vez yo pueda ayudarle.

—No creo, señora. Solo quería hacerle unas preguntas.

—Tal vez mi hija Susie sepa a dónde fue. Iré a buscarla si se acomodan.

Al parecer, el local era de cierta envergadura. Richardson había observado que había una puerta lo suficientemente amplia como para admitir un coche, y daba a un patio en el que había marcas de neumáticos de goma. Así pues, la familia Duke poseía algún tipo de vehículo a motor.

Jago estaba a punto de hablar, pero Richardson alzó la mano. Había oído a la señora Duke acercarse a su hija, y sus agudos oídos habían captado las palabras pronunciadas en voz baja: «Creo que son policías, así que ten cuidado con lo que dices».

Susie Duke era una joven de rasgos afilados. Se presentó para el interrogatorio con perfecta entereza y respondió a la pregunta de qué había sido de su antiguo inquilino con explicaciones casi redundantes.

—Así fue, señor. No sé con certeza si el señor Pengelly fue despedido de su trabajo en la cantera con todas las de la ley o no. Él alegó que fue solo por contestarle a su jefe, y que no tuvo nada que ver con su trabajo. En todo caso, hubo de marcharse a buscar otra ocupación, y no fue tarea fácil, pues ya se sabe que cada cantera tiene su propio forjador y rara vez lo cambian. En este momento puede estar a millas de distancia, en Cornualles.

—¿Cómo se marchó?

—Oh, bueno, cuando un hombre busca trabajo por estos lares lo hace vagabundeando; eso facilita las cosas a la hora de encontrar al capataz y pedirle faena.

—Veo que tienen ustedes un vehículo —dijo Richardson con indiferencia.

—Oh, se refiere al camioncito de mi hermano. Sí, lo utiliza para transportar verduras y cargas ligeras, pero ahora no lo tiene aquí. Necesitaba algún arreglo y lo están reparando en Tavistock.

—¿Se encuentra su hermano en Tavistock?

—No, está arriba de baja por enfermedad; fue una suerte que se encontrara lo suficientemente bien como para llevarlo a Tavistock

antes de caer más enfermo.

—¿Se encontrará lo suficientemente bien como para hablar con nosotros si subimos?

—Oh, no deben hacer eso. Al médico no le gustaría, pues podrían contagiarse; tiene la gripe.

El sargento Jago dijo unas palabras.

—¿Sabe a qué taller acude su hermano en Tavistock? ¿Es el de Quilter?

—No sabría decirle. Él sí podría, por supuesto, pero ahora se encuentra durmiendo y no sería bueno despertarlo. Pero es al señor Pengelly a quien buscan, ¿no es así? No a mi hermano.

—Así es. Bueno, no puedo decir que nos haya sido de mucha utilidad, señorita Duke, pero tal vez recuerde más cuando volvamos a verla. Se despedirá de su madre de nuestra parte, ¿verdad?

Y cuando estuvieron fuera del alcance del oído de Sun Lane, Jago se lanzó a comentar:

—No sé lo que piensa usted acerca de esa joven, señor Richardson, pero no me creo ni una palabra de lo que nos ha contado.

—Supongo que pensará que la dejaré en paz tras esta entrevista, pero no quiero interrogarla de nuevo mientras no tenga información de otras fuentes sobre ella. Con una joven de este tipo hay que tener algunos datos en la manga si quiere uno mantenerla en el camino recto. Será fácil deducir la verdad cuando encontremos el pequeño camión que conduce su hermano. Ya es tarde para recorrer los garajes de Tavistock; tendremos que dejarlo para mañana por la mañana.

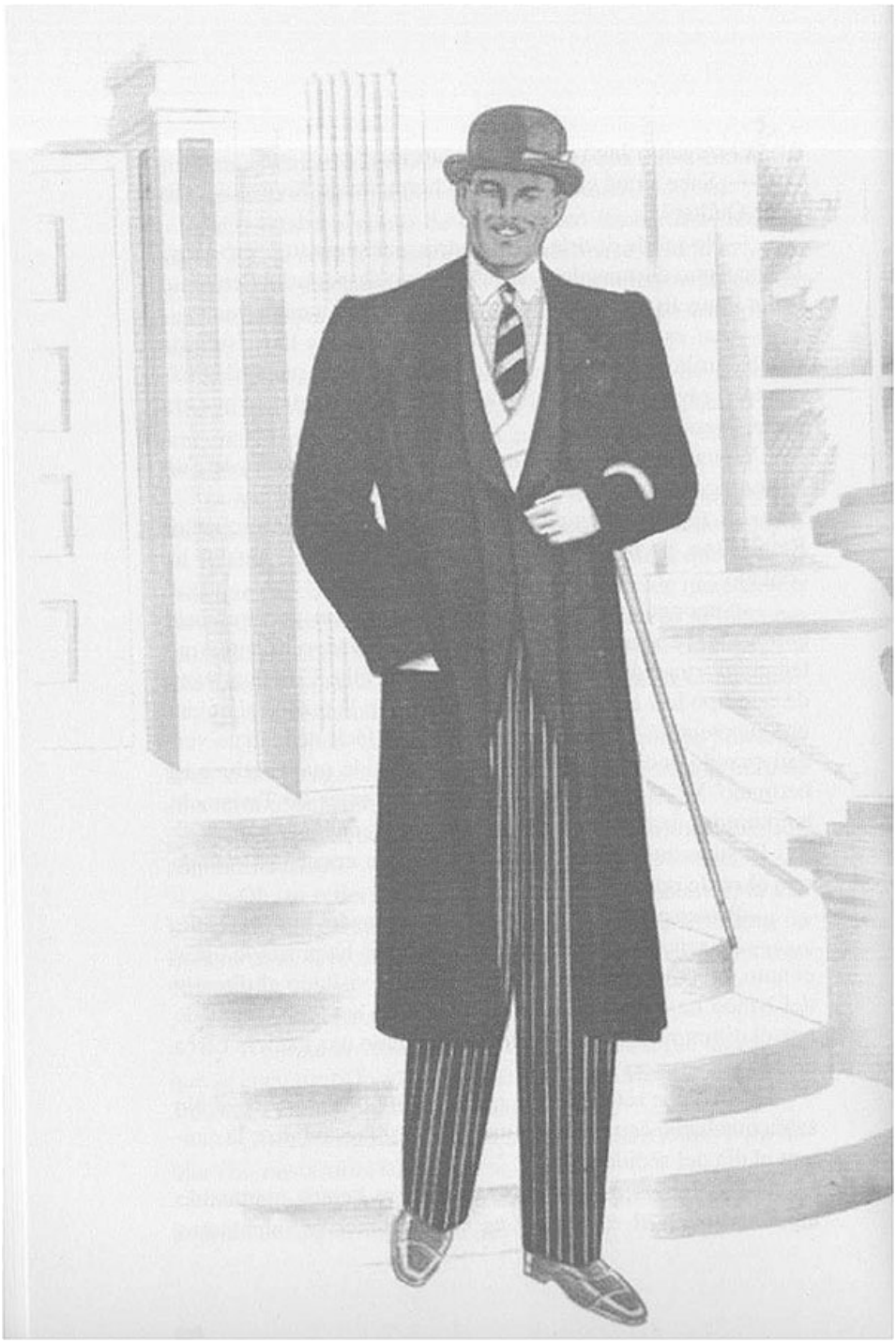
El superintendente Carstairs salió a su encuentro cuando oyó el ruido del coche.

—Parece que ha tenido un día muy ocupado, inspector jefe.

—Sí, señor Carstairs; gracias a que nos ha prestado usted el auto, efectivamente así ha sido. Hemos visitado al director del banco de Dearborn y en la entrevista hemos averiguado que el difunto había comprado últimamente una cantera cerca de Moorstead.

—Ah, debe referirse a la que llaman la Cantera Roja. No sabía

que había cambiado de manos. ¿Había acudido a la cantera el día del accidente?



—Sí. Hemos estado allí esta tarde y hemos mantenido una charla con el capataz, y en estos momentos intentamos localizar a un hombre llamado Richard Pengelly, que fue despedido por Dearborn y puede guardarle cierto rencor. Era el herrero de la cantera. Eso no es todo lo que hemos hecho. Más tarde, nos dirigimos al lugar donde se alojaba el tipo y la hija de su casera nos contó numerosas historias, de modo que mañana, si nos vuelve a prestar el auto, nos proponemos ir a Tavistock para verificar algunas de ellas.

—Bien. Tendrán el coche todo el tiempo que quieran. Veo que ustedes, los oficiales del Yard, trabajan de la misma manera que nosotros en Devonshire, buscando primero el móvil. Aquí no nos hemos mantenido ociosos mientras han estado fuera. El doctor Fraser y el doctor Symon han presentado sus informes, que no coinciden con las conclusiones que el doctor Symon aportó en la instrucción. Sin embargo, eso no debe preocupamos; es un asunto para el juez. Lo que sí nos atañe es que las pruebas médicas dejan abierta la posibilidad de delito y podemos seguir adelante. Por supuesto, en un lugar como este, es imposible mantener las noticias alejadas de la prensa. Ya salió un pequeño artículo en los dos periódicos de Plymouth esta mañana y los reporteros vinieron para obtener más detalles. Tuve que darles algo de información; y, por tanto, les indiqué que era cierto que se habían producido nuevos acontecimientos y que, a petición del jefe de policía, dos agentes de Scotland Yard habían sido enviados para ayudarnos, pero que no sería conveniente tratar de entrevistarlos, pues se encuentran demasiado ocupados. Si no hubiera hablado con ellos directamente, habrían publicado todo tipo de historias fantásticas.

—Creo que fue muy sabio de su parte, señor Carstairs. Y ahora a nuestros asuntos. ¿Cuál de sus oficiales conoce mejor Moorstead?

—Oh, el inspector Viggers conoce Moorstead desde hace más de treinta años. De hecho, nació allí.

—¿Cree usted que podría verlo esta tarde?

—Sí; da la casualidad de que se encuentra en estos momentos en la comisaría para cobrar la paga. Pase a mi despacho y le haré venir.

El inspector Viggers era un hombre curtido por la intemperie, con la cara enrojecida y el cabello color arena; era un poco lento de palabra y aparentemente aprensivo. Parecía un habitante del páramo con uniforme. Si alguna vez había sido instruido en ejercitación y marcha, desde luego ya había olvidado lo que le habían enseñado.

—¿Inspector Viggers? —preguntó Richardson.

—Sí, señor.

—¿Conoce bien Moorstead?

—Debería, señor; debería conocer cada piedra del lugar.

—¿Y cada hombre, mujer y niño de por allí?

Viggers se tomó un tiempo para considerar esta pregunta antes de responder.

—Bastante bien, señor.

—¿Conoce a la gente que vive en Sun Lane?

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Viggers; una sonrisa nostálgica.

—Sí, señor, a la mayoría.

—¿Qué clase de gente vive allí?

—Son los más pobres de la ciudad, pero eso no significa que todos sean delincuentes. Solo son pobres.

—¿Conoce a la señora Duke?

—Sí, señor; ha tenido una vida dura desde que murió su esposo, criando a esos niños. Si no hubiera alquilado un alojamiento, no habría podido ganarse un sueldo.

—Pero ahora tienen un camión.

La sonrisa volvió a aparecer.

—Apenas lo llamaría camión, señor; tiene un asiento para conducir, pero eso es todo. Pertenece a ese hijo suyo, y no sé cómo consiguió el dinero para comprarlo de segunda mano. Dice que le saca provecho transportando los productos del mercado, pero ahora se encuentra enfermo en casa.

—¿Entonces quién conduce el camión cuando está enfermo?

—Su hermana no, no tiene licencia y no podría conducirlo ni

aunque la tuviera. Supongo que el vehículo está parado.

—¿Le daría a la familia Duke una buena calificación en cuanto a honradez?

De nuevo el inspector miró sus botas en busca de inspiración.

—Sí, señor, lo haría. La hija, Susie, es una parlanchína asombrosa; le hablaría hasta a la pata coja de un burro mientras hace un trato, pero no le robaría.

—¿Se ha cruzado alguna vez con su inquilino, Dick Pengelly, que era herrero en la Cantera Roja?

—Sí, señor; es uno de esos agitadores laboristas de Cornualles que siempre están intentando crear problemas. No hay nada malo en él, excepto su lengua. Todo el mundo lo conoce en Moorstead y la mayoría de la gente está harta de él. Solía intentar organizar reuniones los domingos en la plaza del mercado, pero tuvo que dejarlo porque la gente decía: «Vaya, solo es Dick Pengelly», y no se paraban a escucharle. Pero he oído que su jefe lo ha despedido y se ha ido a buscar otro trabajo.

—Se trataba de un hombre pendenciero, supongo.

El inspector rebuscó en su memoria.

—No… no, yo no lo llamaría de ese modo. Era un agitador porque lo llevaba en la sangre.

—Gracias, inspector, eso era todo lo que quería preguntarle.

—Muy bien, señor. Quizá deba decirle que en Sun Lane se rumorea que Pengelly estaba cortejando a la chica Duke.

Se detuvo un momento para ver cómo era recibida aquella información, luego giró sobre sus talones y salió de la estancia.

El sargento Jago entró para saber si Richardson estaba listo para ir a cenar y acostarse en el hotel. Mientras bajaban juntos, Jago preguntó si su jefe había conseguido algo útil del inspector Viggers, de Moorstead.

—Nada digno de mención, salvo que en Sun Lane, donde las lenguas se desbocan, se cree que Pengelly estaba cortejando a Susie Duke.

—¡Ah! —dijo Jago—. Por eso no quiso decirnos todo lo que sabía sobre su paradero. Lo estaba protegiendo, lo que demuestra

que él debía ser culpable de algo. Y además tenía un móvil para el asesinato.

—Es demasiado pronto en el procedimiento para decantarse por alguien, como creo que descubrirá conforme vaya madurando.

Richardson se había entrenado para apartar los casos de su mente tan pronto como se metía en la cama, pero esa noche incumplió su propósito y se quedó despierto reflexionando. Pengelly estaba entre los «posibles», pero ¿llevaría Pengelly, deambulando en busca de trabajo, un pesado bastón que obviamente le hubiese costado mucho dinero comprar? Un bastón «ostentoso»; y, en todo caso, ¿un cantero usaría un bastón? Pero entonces, ¿por qué se hallaría un cuarto de milla, o incluso más, alejado de su recorrido habitual? La cantera de Rowe se encontraba en la carretera de Tavistock, lo que significaba pasar por Duketon, y si hubiera querido engañar a Dearborn podría haberlo hecho con la misma facilidad en la carretera entre Moorstead y Duketon. Se mirase por donde se mirase, se trataba de un rompecabezas. Lo primero que debía hacer era localizar aquel camión en Tavistock, y lo segundo averiguar si Pengelly había solicitado ser contratado en la cantera de Rowe. Tal vez fue esta última resolución la que hizo que los párpados de Richardson se adormecieran, pues más allá de la pista de Pengelly todo resultaba turbio y enigmático.

* * *

Cuando los dos oficiales de Scotland Yard se reunieron temprano en la mesa del desayuno a la mañana siguiente, no hubo ningún cambio de planes. El sargento Jago se fue a organizar el tema del coche de policía mientras Richardson fumaba su pipa en el salón del bar. Doce minutos después de que el coche se detuviera ante la puerta del hotel, ya se encontraban en Tavistock, en el propio territorio de Jago, haciendo la ronda de los talleres de reparación. Las noticias vuelan rápido entre los mecánicos de una

ciudad pequeña, y el sargento Jago se dirigió rápidamente a un pequeño taller recién abierto. Junto a unos cuantos coches abandonados con motores desmantelados, se encontraba el más diminuto de los camiones a motor, con un asiento de conductor y una plataforma plana detrás. Un operario vestido con un mono azul se hallaba tumbado en el suelo bajo su chasis, manipulando las zapatas de los frenos. Al oír voces, asomó la cabeza y se sonó la nariz con un trozo de algodón aceitoso. Al vislumbrar a posibles clientes, salió de debajo del vehículo y preguntó qué podía hacer por los visitantes.

—Hemos venido para ver el camión del joven Duke, de Moorstead —explicó Jago—. ¿Es ese?

—Sí, ahí está, y me pregunto cuánto tiempo se quedará. Ya está listo para salir a la carretera. Estaba comprobando sus frenos cuando llegaron.

—¿Quién lo trajo?

—La joven, la hermana de Ernie Duke, y el tipo que conducía.

—¿Sabe quién era?

—No lo sé, ciertamente. La joven le llamaba «Dick». Dijo que su hermano estaba postrado en Moorstead, pero que en cuanto se mejorara bajaría a llevárselo.

Richardson retomó el hilo de la conversación.

—Nos preguntábamos qué clase de conductor era el hombre que lo trajo.

El mecánico se rio agriamente.

—Les mostraré la clase de conductor que era. ¿Ven esa puerta? —inquirió, señalando la cancela de madera por la que debían pasar los vehículos—. ¿Ven esa marca en la pintura? La hizo él intentando entrar con el camión. Tomó la curva demasiado pronto, rozó el poste de la luz con su parachoques y luego perdió la cabeza e intentó meterlo a toda costa por la abertura. Si no le hubiera gritado que se detuviera, también habría rozado la puerta del otro lado. Entonces se bajó y me dejó conducir a mí el vehículo. Creo que era la primera vez en su vida que tenía un volante en sus manos.

—¿Qué clase de hombre era en apariencia?

—Oh, un tipo enjuto de unos cuarenta años, diría. A juzgar por el estado de sus manos, lo habría considerado un mecánico de taller si no fuera por la forma en que conducía el vehículo.

—Bueno, avisaremos al señor Duke de que su camión está listo y me aventuro a decir que vendrá a buscarlo. ¿Qué día lo dejaron?

—Lleva aquí diez días. Tenía entendido que vendrían a buscarlo a la mañana siguiente.

—Se lo recordaremos. Buenos días.

Los dos oficiales se detuvieron un momento para consultar antes de llegar al auto.

—Diez días —indicó Richardson—; eso nos lleva al día del asesinato, pero no nos acerca más a Pengelly, pues, ¿qué estaría haciendo con un bastón en el asiento del conductor de ese pequeño cacharro, entorpecido por esa joven?

—¿Pero por qué mintió ella al respecto? ¿Por qué no admitió que Pengelly la llevó a Tavistock?

Richardson señaló en silencio un profundo arañazo en la pintura de la farola y la grieta en la puerta del garaje.

—Si estuvieras sentada al lado de un hombre que no ha conducido un auto en su vida y no tiene carnet, no te jactarías de ello, ¿verdad?

—¡Ah! ¿Entonces cree que tenía miedo de que se supiera que Pengelly conducía sin carnet?

—Sí, y también creo que evitó tomar la ruta directa a través de Duketon por miedo a ser detenido por la policía local. Por eso condujo a través de Sandiland hasta Tavistock.

—¿No cree que hubo alguna razón de más peso para que esa joven nos mintiera?

—Por el momento no lo creo, pero si podemos encontrar a Pengelly en la cantera de Rowe, puede que lleguemos a algo parecido a la verdad.

Seguidamente, dio orden al chófer de la policía para que los condujera a Rowe.

CAPÍTULO V

La cantera de Rowe era mucho más extensa que la pequeña cantera cercana a Moorstead. Se había explotado durante muchos años, y el granito gris que produce se puede encontrar por todo el distrito en iglesias, salones públicos y casas privadas, pues es la piedra más resistente y perdurable del oeste de Inglaterra.

Un capataz recibió a los dos detectives en la puerta, que abrió un tanto a disgusto al asegurarle Richardson que eran agentes de policía que venían a hacer averiguaciones. Los condujo a su oficina, que se encontraba separada de una de las casetas en las que se realizaban las tareas de cantería. La conversación se realizó con el timbre musical del acero sobre el acero.

—¿Ha contratado recientemente a un cantero llamado Dick Pengelly?

—No como cantero, pero he tomado a prueba a un hombre que se llama así como herrero y se está desempeñando muy bien en el puesto.

—¿Podemos tener unas palabras con él?

—Sí, pero no le retenga mucho tiempo. Resulta que ahora mismo estamos hasta arriba de pedidos.

Jago intervino.

—¿No podría recurrir a otro hombre para que ocupe su puesto? Imagino que habrá muchos que puedan usar un martillo.

—Bien; si esperan un momento aquí, lo haré pasar.

Mientras esperaban, Richardson ocupó su tiempo en una composición literaria propia; ante él se hallaban dispuestas las dos fotografías de las cartas anónimas. Cuando un golpe en la puerta anunció a su hombre, cubrió rápidamente las imágenes con un pliego de papel oficial.

El agitador no parecía en absoluto el tipo de hombre que esperaban. Se trataba de un tipo enjuto y de rasgos afilados, con una expresión atormentada en los ojos. Evidentemente, el capataz le había informado de la condición de sus visitantes y se hallaba a la defensiva.

Richardson sacó un taburete de debajo del escritorio y dijo alegremente:

—Siéntese ahí, Pengelly.

Conocía el valor de colocar a un sospechoso en un nivel inferior al suyo.

—Prefiero seguir de pie.

—Si no le importa, prefiero que se siente, pues tenemos varias preguntas que hacerle y las responderá más cómodamente sentado que de pie. El sábado de la semana pasada condujo usted el camión del joven señor Duke desde Moorstead hasta Tavistock, ¿no es así?

—Viajé en el camión de Duke, si se refieren a eso.

—Sí, a eso nos referimos. Iba en el camión, sentado al volante.

Pengelly parecía estar a punto de protestar, pero Richardson prosiguió con suavidad.

—Y en lugar de ir por el camino más cercano a la cantera para buscar trabajo, se desvió por la carretera de Sandiland y dejó el camión en ese pequeño garaje de North Street, en Tavistock, para que lo guardaran hasta que acudieran a buscarlo.

—Parece que lo saben todo.

—Sí, sabemos algo al respecto. Por ejemplo, podemos decirle por qué no tomó el camino directo a través del pueblo de Duketon. Fue porque hay un agente de policía destinado allí y usted conducía sin licencia.

Pengelly se mostró desafiante.

—Oh, si eso es todo, conducía sin licencia, pero me aventuro a

decir que ahora que tengo un trabajo la multa no me arruinará.

—No sé lo que impondrá el tribunal en este distrito por conducir sin licencia, pero si quiere confesar en una declaración, me encargaré de que se ponga en conocimiento del juez. Acérquese a este escritorio y escríbalo usted mismo: «Yo, Richard Pengelly, me siento obligado a admitir que el 29 de septiembre conduje un camión de Moorstead a Tavistock por un asunto, pero no tuve ningún accidente». Y fírmelo.

Pengelly vaciló; se mostraba reacio a escribir, pero Richardson no podía determinar si era porque no estaba habituado o porque se olía una trampa. Apostó por la primera posibilidad.

—No tiene que preocuparse por la letra o la ortografía. Lo importante es que lo escriba de su puño y letra.

Con la punta de la lengua en la comisura de la boca y respirando con dificultad, Pengelly se puso a la tarea. Por fin concluyó y Richardson pasó a otro aspecto del viaje en camión.

—Llevaba usted a una joven en el camión: la hermana del joven Duke. Me sorprende que no le permitiera conducir.

Pengelly se mostró sorprendido.

—Ella tampoco tiene licencia. Su hermano no le permite conducir.

—Oh, ¿se trata de eso? Si alguien tenía que meterse en problemas, no debía ser ella. Eso le honra, Pengelly. Ahora, cuando se desvió hacia Sandiland, ¿no tenía otra motivación? Usted sabía que era más o menos el momento en que el señor Dearborn llegaría en su coche de camino a Winterton, y naturalmente tenía un gran motivo para decirle lo que pensaba de él antes de abandonar el distrito.

—No quería volver a ver a ese hombre. ¿Por qué debería?

—Para tener la última palabra. A todos nos gusta tenerla cuando sentimos un legítimo agravio, y él le había despedido sin criterio.

Pengelly se sonrojó al recordar su furia.

—Me temo que si lo hubiera visto le habría increpado, pero no

lo hice.

—No, pero vio su coche parado en el hotel Duchy, así que se le ocurrió esperarlo en la carretera.

Las manos de Pengelly se tensaron; la expresión atormentada volvió a sus ojos.

—No iba a perder el tiempo esperando a un canalla como él.

—¿De modo que siguió conduciendo y lo dejó en el hotel Duchy?

—Sí.

—¿Sabe que tuvo un accidente en la bajada de Sandiland Hill y que lo recogieron inconsciente?

—He oído algo al respecto.

—Gracias, Pengelly. Eso es todo lo que quiero pedirle por el momento.

Cuando se quedaron solos, Jago comentó:

—Ese hombre mentía.

—Hasta cierto punto decía la verdad, creo.

—Sí, porque usted se la sonsacó, pero lo que me extraña, señor Richardson, es cómo sabía usted que Dearborn había dejado su coche parado en la puerta del hotel Duchy.

—No lo sabía. Fue solo un golpe de suerte.

—¿Y esa declaración que le hizo firmar? Me llamó la atención que la redactara de una forma tan extraña.

—Eso fue porque usted no se dio cuenta de que incluía una o dos de las palabras usadas en las cartas anónimas. Quería obtener una muestra de su letra; eso era todo. Ahora echemos un vistazo a su declaración y comparémosla con las fotografías de las cartas.

Richardson puso los tres documentos sobre la mesa y los examinó detenidamente. Negó con la cabeza.

—No. Pengelly nunca escribió estas cartas. Escribe bien «asunto», no «asumto» como en la primera carta anónima. Además, fíjese en la palabra «accidente»: está escrita con mucho más grosor que la misma palabra en la carta al jefe de policía.

—Ya veo. Pero nunca se me pasó por la cabeza que él fuera el autor de las cartas anónimas. No obstante, creo que lo tenemos claro

en el caso de asesinato. Tenía un móvil y admite que vio el coche de Dearborn frente al hotel Duchy. Pudo seguir por la carretera y esperarlo. A falta de pruebas definitivas, ¿qué más se puede pedir?

—No hemos terminado con nuestras investigaciones todavía. Aquí viene el capataz. Recoja rápido estos papeles. No quiero que los vea.

—Bien, caballeros —dijo el capataz—, ¿cómo se comportó Pengelly cuando le presionaron?

—Admitió haber conducido un coche sin licencia, y supongo que la policía del condado tendrá algo que decir al respecto. Por lo demás, salió bien parado. Siento haberle hecho perder el tiempo. Es posible que tengamos que volver a visitarle para aclarar uno o dos puntos menores de su declaración, pero no hasta dentro de unos días. Si es un trabajador competente, yo en su lugar lo mantendría. Buenos días.

Entraron en el coche de policía y Richardson dio la orden de conducir hasta el hotel Duchy, en Duketon. El conductor fue rápido como el viento, cubriendo las cinco millas en seis minutos. Los agentes bajaron de un salto, entraron en el bar y pidieron ver al gerente.

—Oficiales de policía, ¿verdad? —preguntó el encargado—. No recuerdo haber visto antes a ninguno de ustedes.

—¿No? —indicó Richardson—. Bien, no vamos a perder el tiempo con explicaciones. Tengo una simple pregunta que hacerle. El señor Dearborn, que resultó herido en un accidente de automóvil el sábado de la semana pasada, y que posteriormente falleció, ¿pasó por este hotel a última hora de la tarde?

—¡Señor! Cuando los vi imaginé que eran caballeros de la prensa. ¿Hacerse pasar por oficiales de policía es ahora la nueva moda? Supongo que representan a los periódicos de Londres. Encontrarán a un par de sus colegas de la prensa de Plymouth en el salón del bar. Veo que los periódicos quieren convertir la muerte de ese pobre caballero en un misterio; no se conforman con el veredicto del juez de instrucción.

—No tenemos nada que ver con la prensa. Como le he dicho,

somos policías. ¿Podría responder a mi pregunta?

—Tendré que consultar a la camarera. No veo a todos los que vienen a tomar una copa, pero ella lo sabrá. ¡Laura! La última vez que viste al señor Dearborn, ¿tomó algún refresco?

La señora detrás de la barra rebuscó en su memoria.

—Tomó una taza de té, señor Tovey. Verá, fue sobre las cuatro de la tarde: una taza de té y un bizcocho.

—Gracias, señor Tovey, eso es todo lo que queríamos saber.

El encargado los siguió hasta la puerta en su afán de ser de utilidad y los observó entrar en el coche.

—Ahora —dijo Richardson—, lo siguiente que debemos hacer es abordar a esa joven de Sun Lane y tendremos que manejarla con cuidado, pues creo que tiene la clave de todo el misterio. No me sorprendería descubrir que Viggers tenía razón y que está enamorada de ese tal Pengelly.

—Entonces no lo delatará.

—No lo hará si puede evitarlo.

Richardson se inclinó hacia delante para hablar con el conductor.

—Puede dejarnos en la parte superior de la calle y luego quiero que haga una ronda por las tiendas donde venden bastones y compruebe si tienen alguno como el que se recogió en la escena del crimen. Lo ha visto, imagino.

—Sí, y también lo he tenido en la mano.

—De hecho, como es posible que permanezcamos algún tiempo en Sun Lane, será mejor que vaya también a cenar.

En esta ocasión, las puertas y ventanas se encontraban libres de cabezas a medida que los dos oficiales se dirigían a la vivienda de los Duke, o, como lo expresó el sargento detective Jago, a los «Dukeries».

—Quizá sea una hora incómoda para visitar a la joven, señor Richardson, si es que están cenando, quiero decir.

—Por estos lares cenan temprano. Tal vez tenga razón. Será mejor que vayamos a por nuestros propios sándwiches, y que cojamos a la señorita Susie Duke cuando esté bien alimentada y en

paz con el mundo.

Volvieron sobre sus pasos y se detuvieron en un pequeño salón de té a cien yardas de la entrada a Sun Lane. Pidieron té y panecillos, y Richardson dejó su reloj sobre la mesa.

—Les daremos otros veinte minutos —indicó.

—Me pregunto cómo va a empezar su interrogatorio, señor Richardson —dijo Jago.

—Eso dependerá de la joven y de cómo nos reciba. Nunca pienso con demasiada antelación. El gran objetivo de interrogar a las mujeres es tomarles la medida y no contrariarlas. Si lo haces, se vuelven obstinadas y no consigues nada de ellas.

Jago masticó su panecillo, reflexionando.

—A mi entender el interrogatorio de los testigos y la obtención de declaraciones por su parte es una de las bellas artes —indicó finalmente.

—¡Bah! Solo es cuestión de aprender con rapidez y conocer algo del caso antes de comenzar. Me propongo explotar la ternura que esta joven siente hacia su antiguo inquilino. Si tengo suerte, creo que surgirá algo que le sorprenderá.

Miró el reloj que estaba sobre la mesa.

—Ya casi es la hora. Termínese el té mientras pago la cuenta.

A medida que caminaban por la calle, vieron a través de las puertas abiertas que las amas de casa estaban ocupadas en los fregaderos de sus cocinas y que sus hijas llevaban las sobras a las aves de corral en los patios traseros. Siguieron avanzando hasta la casa de los Duke y llamaron a la puerta. La señora Duke, con las mangas remangadas y un tosco delantal de lona para proteger su vestido, abrió la puerta. Retrocedió alarmada al ver a sus visitantes.

—Vaya, son los mismos policías que vinieron ayer. ¿Es por el camión?

—Hemos venido para ver a su hija, señora Duke. No hay nada de qué alarmarse. Tal vez sería tan amable de llamarla.

—No sé si ha salido.

—Espero que no, señora Duke, porque eso significaría que tendríamos que esperar en la calle hasta que llegara la joven, y eso

podría hacer hablar a los vecinos.

—Bueno, si esperan aquí, iré a ver si puedo encontrarla.

La búsqueda tuvo éxito; se oyeron de nuevo pasos en las escaleras y la señorita Susie Duke entró con mucho ímpetu, vestida con su mejor traje de paseo, su estola de piel de conejo y su moderno sombrero. Saludó con una sonrisa, pues, a raíz de su última experiencia con los detectives, pensaba que eran fáciles de engañar.

—Hemos venido por el viaje que hizo en el camión de su hermano el 29 del mes pasado, señorita Duke, el día que lo llevó a Tavistock. No importa lo que nos haya dicho antes; la gente suele cometer errores cuando es interrogada por primera vez por los agentes de policía. Ahora que ha tenido tiempo de reflexionar, estoy seguro de que verá que lo mejor es decir la verdad —dijo Richardson.

—No recuerdo lo que les dije en esa ocasión.

—Estoy seguro de que no lo recuerda, y seguro también de que no quiere que Dick Pengelly se meta en mayores problemas de los que ya tiene por conducir un coche sin carnet.

Para sorpresa de Richardson, la muchacha cambió de color y pareció a punto de romper a llorar.

—Debo decirle, querida —dijo—, que hemos visto a Dick Pengelly y que ha declarado sin tapujos que condujo el camión sin licencia con usted sentada a su lado; que tomó el camino a Tavistock a través de Sandiland. Hizo una declaración por escrito que tengo aquí y quiero que usted haga lo mismo; de este modo, el caso de conducir sin licencia quedará totalmente aclarado.

—¿Dónde está él?

—Oh, está bien. Tiene un trabajo como herrero en la cantera de Rowe, cerca de Tavistock.

La joven pareció sentirse inmensamente aliviada por esta información.

—No quería que se metiera en problemas por mi culpa —vaciló —. No debería haberle dejado conducir.

—Si la policía del condado lo procesa por conducir sin licencia no es un delito muy grave y, como él dijo, puede pagar fácilmente la

multa con su salario. Ahora bien, en referencia a la declaración por su parte, será muy breve. Se la dictaré si quiere.

Richardson retiró el mantel y abrió su maletín para extraer el material de escritura.

—Acomódese en esta silla, señorita Duke, y no se preocupe más.

La muchacha dudó; una cosa era hablar y otra muy distinta plasmar las palabras en el papel.

—Preferiría no escribir nada. Estoy dispuesta a responder a sus preguntas, pero no a dejar constancia de las cosas por escrito.

—Es una pena —dijo Richardson con un suspiro, comenzando a guardar el papel y la tinta en su estuche—. Creía que le gustaría ayudar a Pengelly.

—¿Cómo le ayudaría mi declaración?

—Pues bien, confirmando lo que él me dijo. Pero, por supuesto, está en su derecho de no hacerlo y, por lo que sé, la policía podría presentar otros cargos contra él… cargos mucho más graves.

La muchacha se acercó a la silla.

—¿Qué quiere que escriba?

—Solo unas palabras que puedo dictarle si lo desea. «Yo, Susan Duke, me siento en el deber de admitir que el 29 de septiembre pasado, teniendo asuntos que atender en Tavistock, permití que Richard Pengelly condujera el camión de mi hermano hasta allí a pesar de no tener permiso de conducir, y yo iba con él». Y luego fírmelo. Ya ve, no es nada tan terrible.

La joven tomó la pluma y dijo:

—Pues vamos a ello.

Escribió rápidamente y firmó con una floritura.

CAPÍTULO VI

Richardson tomó la declaración y la examinó. La palabra «asuntos» estaba escrita «asumtos», tal y como aparecía en la carta al comisionado; la caligrafía, además, era obviamente la misma que en ambas cartas anónimas.

—He visto esta caligrafía en alguna parte antes, señorita Duke. Sí, y también el mismo tipo de ortografía. Veo que escribe «asumtos» en lugar de «asuntos».

—Mucha gente lo hace —dijo la muchacha desafiante.

—Sí. Lo he visto escrito así por alguien que se dirigió por carta a Scotland Yard. Tengo aquí una fotografía de la misiva —indicó, rebuscando entre los papeles de su maletín—. Aquí tiene. Verá, esta carta ha sido fotografiada, y de hecho también lo ha sido otro anónimo dirigido al superintendente de la policía de Winterton. Y ahora, casi por azar, tengo a la autora de ambas cartas en mi presencia.

—No sé lo que quiere decir.

—Entonces permítame que se lo aclare. Usted estaba dispuesta a contar mentiras a la policía cuando el delito solo consistía en conducir sin licencia; no obstante, al tratarse de un asesinato no quería que su autor quedara impune. No podía presentarse en comisaría abiertamente, pues, dado que Dick Pengelly se sentía agraviado legítimamente por el hombre asesinado, temía que la policía pudiera imputarle el crimen. ¿No es cierto?

La joven no respondió. Se quedó mirando al suelo.

—Creo que ahora nos entendemos —dijo Richardson—, y estoy seguro de que lo mejor que puede hacer para ayudara Pengelly es contamos toda la verdad sobre lo que vio aquella tarde. Pengelly ya nos ha dicho que vio el coche del señor Dearborn parado frente al hotel Duchy. Sin duda, él se lo indicó.

Sin embargo, aquel alarde no hundió a la joven.

—Usted se cree muy inteligente, ¿verdad? Pero no hay nada que demuestre que yo escribí esas cartas —dijo, tomando la fotografía de la carta dirigida al jefe de policía de Scotland Yard desde Tavistock —. Vaya, mire aquí: la caligrafía de esta carta está inclinada hacia atrás. La otra no lo está.

—Es cierto, no lo está.

—Pues bien, entonces ¿cómo puede tener la desfachatez de atribuirme a mí la caligrafía?

—Porque si copiara esta carta con su propia letra inclinada hacia atrás, su caligrafía sería exactamente así. La gente no puede disimular su escritura únicamente inclinando las palabras. No, señorita Susie, usted no cometió ningún delito al escribir las cartas; al contrario, estaba haciendo todo lo posible para ayudar a la policía. ¿Por qué no ayudarnos un poco más? No quiere que un asesino quede libre, ¿verdad? No quiere que la gente intente atribuir el asesinato a Dick Pengelly. ¿Por qué no nos cuenta toda la historia exactamente como sucedió?

—Supongo que pensó que obligarme a plasmar esa declaración por escrito con el fin de atraparme sería un truco inteligente. Todo lo que quería era conseguir una muestra de mi escritura. Ha sido una treta sucia.

—Verá, señorita Duke, teníamos que conseguir pruebas de quién había escrito esas cartas anónimas, porque el autor, fuera quien fuese, podía ser un testigo importante en el caso. Usted cree que estamos tratando de culpar a Dick Pengelly, pero está muy equivocada. Yo, personalmente, no creo que tenga nada que ver con el asesinato, y le explicaré por qué. El arma utilizada fue un pesado bastón con una banda de plata alrededor; no es el tipo de bastón que

un cantero compraría, y eso descarta a Pengelly como el hombre que golpeó a Dearborn. Como testigo presencial, está usted en posición de apoyar mi opinión, por lo que no debe ocultar nada.

—¡Caramba! ¡Qué inteligentes son ustedes los policías al pensar en ese bastón como una forma de exculpar a Dick Pengelly! —exclamó, y había verdadera emoción en su voz—. Muy bien, le diré la verdad y podrá creerla o no, como desee. Dick no quería conducir por Duketon; el policía local no tiene demasiado que hacer y es un auténtico entrometido, siempre metiendo las narices en los asuntos de los demás.

—¿Por qué condujo Pengelly el camión si no tenía licencia?

—Bueno, verá, mi hermano iba a llevarlo a Tavistock junto con su equipaje para que buscase trabajo allí. Pero cuando Ernie cayó enfermo, dijo: «Esto es una desgracia para ti; pero ¿por qué no coges el camión y lo conduces tú mismo, con Susie acompañándote para que te ayude a seguir el camino correcto? Ella tiene que ir a Tavistock a recoger el dinero que me debe el frutero. Puedes dejar el camión en el garaje y ya me pasaré a recogerlo cuando me encuentre mejor».

—Pero… cuando se desvió hacia Sandiland no fue solo porque Pengelly tuviera miedo del policía de Duketon. Debía tener otra razón.

—Bueno, en cuanto vio el coche del señor Dearborn pensó en detenerlo en la carretera e increparlo, de modo que condujimos colina abajo durante un tramo, aparcamos el camión allí, bien metido en el arcén, y luego volvimos a subir la colina hasta un lugar donde teníamos una vista clara de la cima. Salimos de la carretera y nos sentamos entre los brezos para esperar al señor Dearborn. Dick me dijo: «En cuanto su coche esté a la vista, saldré al medio de la carretera y levantaré los brazos; eso lo detendrá; no se atreverá a pasarme por encima».

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues bien, seguidamente ocurrió algo curioso. Justo cuando apareció el coche del señor Dearborn en la cima de la colina, otro tipo saltó del brezo y levantó los brazos del mismo modo en que

Dick quería hacerlo, y llevaba un gran bastón en la mano. No nos vio.

—¿Y qué sucedió luego?

—Fue todo tan rápido que resulta difícil recordarlo con exactitud. El señor Dearborn salió de su coche con la manivela de arranque en la mano y se produjo una pelea entre ellos. Vi que el hombre con el bastón derribaba al señor Dearborn de un golpe en la cabeza, y que este dejaba caer la manivela de arranque. El otro hombre la recogió y la lanzó hacia el brezo. Al ver que su bastón se había roto arrojó los pedazos tras la manivela. Luego se alejó por la hondonada, y allí se quedó el señor Dearborn tirado junto al auto.

—¿No subieron la colina para ayudarlo?

—Yo quise hacerlo, pero Dick no me lo permitió. Dijo: «Me culparán por esto, eso es seguro. Debemos irnos tan rápido como podamos y mantener la boca cerrada». Y me cogió del brazo y me arrastró hasta el camión. Creo que no hablamos ni una palabra hasta que llegamos a Tavistock.

—¿Qué la impulsó a escribir las cartas anónimas?

—Conocí a uno de los miembros del jurado en la instrucción, y me dijo que lo habían considerado como muerte por accidente. Y entonces pensé: «Esto es increíble. Un hombre es asesinado a plena luz del día en el páramo y el asesino se sale con la suya. Uno de nosotros podría ser el siguiente». De modo que me decidí y envié unas líneas al superintendente. Y luego, cuando pensé en lo lentos que son en Winterton, escribí al jefe de Scotland Yard.

—Pero usted envió una carta desde Moorstead y la otra desde Tavistock.

—Así es. Un amigo mío se dirigía hacia allí y le pedí que me llevara. Quería encontrar a Dick Pengelly y conseguir que me acompañara a la policía. Lo intenté en el garaje, pero no lo habían visto desde el día que dejamos allí el vehículo. De modo que compré una hoja de papel, un sobre y un sello, escribí la carta en un salón de té y la envié por correo.

El sargento Jago había estado tomando notas de su confesión y la plasmó en forma de declaración. Richardson se la leyó.

—¡Señor! No sabía que le había contado todo eso —dijo ella—; pero es la pura verdad.

—¿No quiere añadir nada?

—No.

—Entonces, ¿lo firmará?

—¿Qué? ¿Firmar otra declaración?

—Sí. La primera no serviría en un tribunal.

—¿Quiere decir que me va a presentar como testigo?

—No hasta que atrapemos al hombre que usó el bastón. Cuando lo atrapemos, tanto usted como Pengelly serán requeridos para declarar.

—¿Quiere decir que tendré que ir a las audiencias penales de Exeter[14], jurar todo esto y salir en los periódicos y ser acosada por un abogado con peluca?

—Todos sus gastos serán abonados por la Corona.

—Seguro, y luego me dirá que el rey querrá que suba al Palacio de Buckingham para darme las gracias por lo que he hecho. No, se lo digo con franqueza; no es suficiente.

—Es deber de todos hacer lo mejor para el país. Ninguno de nosotros quiere que los asesinos queden sueltos.

—Cuando le conté todo esto fue porque me había hablado de ese bastón y, de alguna manera, no sé por qué, confío en usted aunque sea policía, y estoy segura de que hará todo lo posible por mantener a Dick Pengelly fuera de este asunto, pues sabe tan bien como yo que él no ha tenido nada que ver en ello. Entonces, ¿dónde tengo que firmar?

Richardson indicó el lugar, secó la tinta y guardó su material de escritura.

—No tiene nada que temer, muchacha, y estoy seguro de que todos le estamos muy agradecidos. Adiós.

Seguidamente salieron y encontraron el coche de policía esperando en la esquina de la calle.

—¿Ha tenido suerte en la búsqueda? —inquirió Richardson.

—No, inspector jefe. He ido a todas las tiendas donde venden bastones y en cada una de ellas me han dicho lo mismo. Los únicos

lugares en los que es probable encontrar un bastón de ese tipo son Plymouth o Exeter. Ni siquiera encontraría uno similar en Tavistock.

—Bien. Entonces hemos aclarado ese punto. Ahora será mejor que volvamos a Winterton.

Al llegar, Richardson encontró al superintendente Carstairs en su oficina.

—Han estado ocupados hoy —le dijo el superintendente.

—Sí, señor Carstairs; lo hemos estado. Hemos visto a Pengelly y hemos aclarado la cuestión de quién escribió las cartas anónimas. Fue una joven de Moorstead.

—¡Qué diablos! ¿De quién se trata?

—La hija de la mujer con la que se alojaba Pengelly.

—¿Cuál era su objetivo al escribirlas?

—La joven ha realizado una larga declaración que tengo aquí por escrito. Será mejor que la lea.

El comisionado leyó el testimonio y sacudió la cabeza.

—Aparentemente ha estado protegiendo a Pengelly todo el tiempo. ¿Existirá una relación amorosa entre ellos?

—Efectivamente, creo que la hay.

—Entonces la declaración de la joven es papel mojado. Ambos sabemos cómo son las mujeres, señor Richardson. Cuando están enamoradas hacen las cosas más disparatadas.

—Así es, pero ¿qué motivo podría tener la muchacha para escribir esas cartas si no fueran ciertas? Todo lo que tenía que hacer, si quería proteger a Pengelly, era mantener la boca cerrada. Luego está la cuestión de ese bastón. Pedimos al conductor del vehículo policial que hiciera una ronda por las tiendas de Moorstead donde se venden bastones, y la respuesta fue siempre la misma: que los lugares más cercanos para comprar un bastón de ese tipo son Plymouth o Exeter.

Carstairs se acarició la barba.

—Todo apunta a que Pengelly es culpable: el móvil, la oportunidad y el carácter. Lo único que hace la joven es introducir a otro sujeto y acusarlo de hacer exactamente lo que vio hacer a

Pengelly. En cuanto al bastón, quizás pertenecía al propio difunto; pudo comprarlo en Plymouth cuando fue al banco o acaso lo tenía desde hace años. No quiero arruinar su teoría, inspector jefe, pero si el caso fuera mío y hubiera algún peligro de que Pengelly saliera del condado, le echaría el guante con la acusación de conducir sin licencia, y luego ya vería si se le puede sonsacar la verdad o no.

—Puede hacerlo perfectamente, señor Carstairs, pues tendré que volver a interrogarlo y presentarle la declaración de la chica. Él solo nos relató una cuarta parte de la verdad. Y también me gustaría visitar a la viuda y preguntarle si su difunto marido poseía un bastón como el que se encontró partido.

El superintendente Carstairs poseía la cuota completa de tenaz obstinación que caracterizaba a los hombres del sur de Devon.

—Si me permite decirlo, señor Richardson, creo que se está metiendo en muchos problemas innecesarios.

—Espero que no, superintendente, porque me apenaría mucho verle dar algún paso del que luego se arrepintiera. Por supuesto, usted no ha tenido la ventaja de evaluar a la joven al entrevistarla, como he podido hacer yo.

—Aun así, no creo que la cuestión de ese bastón sea suficiente para exculpar a Pengelly.

—Hay otro factor rondando mi mente. ¿No cree que si Pengelly hubiera atacado a Dearborn después de asaltar su vehículo, este le habría denunciado a la policía en cuanto hubiera recuperado la conciencia?

—Después de un traumatismo como ese en la cabeza no se puede asegurar cuánto recuerda una persona.

—Pero el señor Dearborn no sufría de pérdida de memoria. Inventó una historia para el bienestar de su esposa: que los frenos habían dejado de funcionar. Sin embargo, el sargento Jago encontró los frenos en perfecto estado. ¿No cree que la versión de la muchacha se ve apoyada por el hecho de que Dearborn pareció ansioso por ocultar todos los indicios del ataque que sufrió? Debo recordarle que se mostró muy misterioso en lo referente a su pasado desde que llegó a Devonshire. Pudo haber reconocido en su agresor

a algún enemigo personal del que no tenemos conocimiento.

—Eso está muy bien, pero significaría que debemos ir persiguiendo por toda Inglaterra a un hombre misterioso cuando tenemos al verdadero agresor delante de nuestras narices.

Richardson cambió de tema con mucho tacto.

—¿Tuvo lugar hoy el funeral?

—No, está fijado para mañana por la mañana.

—¿Y el informe de los médicos? ¿Qué opinó el juez?

—Oh, consideró que ahora que el Yard estaba indagando en el caso, no había necesidad de celebrar una segunda investigación. El informe de los médicos dice claramente que el fallecido recibió un fuerte golpe en la cabeza con un instrumento contundente que le fracturó el cráneo —inusualmente delgado, por otra parte—, y que la lesión no pudo motivarla el impacto de la cabeza contra el techo del vehículo.

—Si el funeral va a celebrarse mañana, señor Carstairs, me gustaría que avisara por teléfono al gerente del Union Bank, que es el único albacea del testamento. Después del sepelio procederá con su lectura ante la viuda.

—Por supuesto que lo haré.

—Entretanto, espero que a la señora Dearborn no le moleste que la visite esta tarde para preguntarle por el bastón y si su difunto marido tuvo uno igual alguna vez.

—Estoy seguro de que no se ofenderá, pero lo que yo quiero saber es si tiene intención de interrogar a Pengelly en la cantera o si quiere que lo traslade aquí acusado de conducir sin licencia.

—¿No podría hacerse el trámite mediante una citación?

—No en este caso, pues existe peligro de que el acusado huya fuera de la jurisdicción.

Richardson reflexionó. Tenía que decidir en conciencia si Pengelly sería más comunicativo como hombre libre en la cantera o detenido en una comisaría. Y tenía que decidirse con rapidez.

—Sí, señor Carstairs, me gustaría que lo hicieran venir. Tal vez podría instruir a sus oficiales para que le digan al capataz que solo se le busca por una infracción de tráfico. Y ahora, si me disculpa, iré a

ver a la señora Dearborn.

Encontró a la dama ocupada en su jardín trasero. Había oído el timbre de la puerta principal y se dirigía a recibir al visitante.

—Le sorprenderá encontrarme trabajando en el jardín, señor Richardson, pero he descubierto que aleja de mi mente todo este cúmulo de problemas y tristeza.

—En realidad, solo he venido a preguntarle si su marido tenía un pesado bastón con un mango curvo y una banda de plata.

Ella negó con la cabeza.

—No, solo tenía un bastón; entre en la casa y se lo enseñaré. No volvió a usarlo tras adquirir el coche.

Le mostró un bastón de madera clara, que se encontraba junto a los paraguas en el vestíbulo.

—¿Ha conseguido averiguar algo más?

—Sí, hemos averiguado quién envió las cartas anónimas, pero no hablemos de ellas ahora. Lo que quiero es que me cuente qué pasó exactamente cuando el doctor Wilson trajo a su marido a casa tras el accidente.

—El doctor Wilson lo ayudó a entrar; parecía muy frágil. Dijo que había que llevarlo a la cama lo antes posible, y que debía llamar a nuestro médico personal. Conduje a mi marido arriba y lo metí en el lecho tras limpiarle la sangre del cuello.

—¿Deliraba o hablaba de un modo confuso?

—No, en absoluto. Hablaba de forma bastante racional, aunque su voz era débil. Le dije que iba a llamar al doctor Symon y no me lo permitió. Le observé en dos o tres ocasiones durante la noche y parecía profundamente dormido. Por la mañana le llevé un poco de té, pero apenas lo probó. Sin embargo, se encontraba bastante consciente. Volví a rogarle que viera al médico, pero se negó. Me pidió que sacara su talonario de cheques del escritorio, y la siguiente vez que lo visité me hizo sentar y me dijo: «Me he cansado de este lugar y, si no te importa quedarte sola un tiempo, aquí tienes un cheque de doscientas libras». No he cobrado el cheque, pero está librado en el Union Bank y la letra no es nada insegura. Continuó diciendo que se iría por un tiempo a buscar un nuevo alojamiento y

luego mandaría a buscarme.

—Cuando hizo esta extraña propuesta, ¿le pareció que estaba aturdido?

—Sí, pero su actitud era tan tranquila y natural que resultaba imposible pensar que estuviera delirando. Intenté tranquilizarle diciendo que lo ayudaría a hacer la maleta en cuanto se sintiera bien. Durante los dos días siguientes apenas me habló. Le llevé la comida, pero no la tocó. Estuvo prácticamente todo el tiempo en estado comatoso. Me asusté tanto que llamé al doctor Symon para que lo atendiera hasta el final.

—¿Su marido parecía tener muy claro cómo ocurrió el accidente?

—Parecía recordarlo perfectamente. Dijo que al bajar la colina sus frenos fallaron, y en una curva de la carretera el coche se desvió hacia la zanja.

—¿Está segura de que no mencionó en ningún momento que alguien había detenido el coche y le había atacado?

—Estoy bastante segura. Desde su visita de esta mañana he estado pensando en las distintas circunstancias y la posibilidad de que estuviera delirando, pero, aunque naturalmente su voz era débil y se resentía de la cabeza, estoy convencida de que su mente y su memoria estaban claras. Pensé en ir a ver al doctor Symon después de que usted se marchara, pero como ya tenía el caso en sus manos, decidí que era preferible dejárselo todo a usted.

Richardson se incorporó.

—Debo disculparme por haberla molestado con esta segunda visita, señora Dearborn. Puede estar segura de que haré todo lo posible para llegar al fondo de este misterioso asunto.

CAPÍTULO VII

Richardson declinó el ofrecimiento de té de la señora Dearborn alegando que su trabajo no le dejaba tiempo para aceptar tales invitaciones. La dama lo acompañó hasta la puerta. En ese momento, el azar quiso que conociera a su único amigo en Winterton. Un joven alto, que caminaba a grandes zancadas por la carretera, levantó su sombrero ante la señora Dearborn y pasaba de largo cuando ella se dirigió hacia él.

—Me gustaría que conociera al teniente Cosway. Señor Cosway, permítame presentarle a este caballero que ha venido desde Londres para ocuparse de mis asuntos. El señor Richardson es un inspector jefe de Scotland Yard.

Cosway retrocedió con fingido horror.

—Me gustaría estrecharle la mano, señor Richardson, si antes me da tiempo a repasar ciertos incidentes de mi vida pasada.

—Está bien, caballero; no he recibido instrucciones para indagar en sus antecedentes.

—Tal vez el señor Richardson le informe de que hay una complicación en las pruebas médicas de la investigación.

Este encuentro informal y casual con el único hombre de Winterton que conocía a la señora Dearborn fue un regalo del cielo para Richardson.

—¿Va en la misma dirección que yo, señor?

—Sí; me dirigía hacia el club de golf, pero preferiría pasar el

tiempo charlando con usted.

Saludaron a la señora Dearborn y partieron en mutua compañía.

—¿Cuál es la complicación, señor Richardson? Seguramente los hechos sobre la muerte de Dearborn se aclararon por completo en la investigación.

—Puedo decirle confidencialmente, señor Cosway, que por la información recibida desde entonces tenemos razones para creer que la muerte del señor Dearborn no se debió a su lesión en el accidente de automóvil, sino a un golpe infligido en la cabeza por algún asaltante.

—¡Dios mío! No puedo decir que me sorprenda del todo. Siempre le he dicho a mi familia que el difunto y llorado señor Dearborn tenía un pasado —un pasado más turbio incluso que el mío— y que por eso se comportaba como un ogro malhumorado cuando la gente intentaba ser amable con él.

—¿Le ha comentado la señora Dearborn que desde el accidente él hablaba de dejar el distrito para siempre?

—No, pero *finalmente* lo ha dejado para siempre; se ha ido a una tierra donde la gente no se persigue con hachas, o eso nos dice el párroco los domingos. No obstante, me veo capaz de desentrañarlo todo. El ansia de oro tentó al difunto Dearborn a abandonar el camino recto y angosto y, como uno no puede desenterrar oro de su propio jardín trasero, hubo de servirse del montante de otro y esconderse aquí en el sur, en las tierras salvajes de Devon; y entonces, Némesis[15], o como quiera que se llamara la dama, se puso a cuadrar las cuentas y dispuso que el escondite fuera desvelado y de ahí que usted se encuentre en esta situación. ¿Utilizó Némesis un revólver para ejecutar el trabajo?

—No, señor Cosway; nada más que un bastón.

—Qué simple y poco cinematográfico. Pero, bromas aparte, lo siento mucho por esa pobre mujer solitaria y me gustaría hacer algo para ayudarla. En cuanto termine el funeral, mi madre tiene la intención de visitarla. No lo ha hecho antes porque temíamos que ese hombre tan canalla pudiera mostrarse grosero con ella.

Richardson sabía por experiencia previa que los jóvenes oficiales

de marina de este tipo podían ser sumamente titiles, y que, en todo caso, cuando superaban el instinto de tratar los temas serios con ligereza se encontraba uno con auténticas y valiosas virtudes.

—Debo confesar que no estamos avanzando tan rápido como desearía, y estoy seguro de que si usted consintiera en ayudarme a desentrañar el misterio de la vida pasada de Dearborn, podría surgir algo de utilidad.

El diablillo bromista retomó sus dominios por un instante.

—Pensar en ser invitado a compartir los secretos del Yard me ha dejado sin aliento. La próxima vez que me adentre en el comedor de Devonport me reconocerán como el hombre del bando enemigo. Algo en mi sinuoso caminar me delatará.

Richardson sonrió.

—Hasta ahora no he notado nada sinuoso en usted, señor Cosway; pero, hablando en serio, estoy seguro de que puede ayudarnos. Cualquier detalle sobre el comportamiento de Dearborn, social o de otro tipo, puede sernos de provecho.

En este punto su nuevo conocido se detuvo en seco y lo agarró por el brazo.

—¡Santo Dios! ¿Cómo he podido olvidarlo? El domingo pasado, justo cuando me dirigía al club de golf, me paró en la carretera un joven cojo que me preguntó si sabía dónde vivía un tal señor Dearborn; pretendía verlo. Le dije: «Ahí está la casa, pero es demasiado tarde para verlo; murió anoche». El chico se puso verde pálido y se marchó en dirección a la estación sin decir nada más.

—¿Cómo iba vestido?

—Oh, diría que algo así como un empleado de la ciudad con sus mejores ropas.

—¿Lo reconocería de nuevo si lo viera?

—Sí, creo que lo haría; para empezar, tenía la cara salpicada de pecas.

—¿No preguntó cuándo se celebraría el funeral?

—No; parecía muy afectado por la noticia de la muerte de Dearborn. ¿Ve lo que esto significa, señor Richardson? Ese pobre muchacho sería un hijo ilegítimo del muerto. Habría acudido para

ablandar el duro corazón de su padre y sonsacarle una bonita suma como precio por su silencio. Y allí estaba, en el lugar equivocado y con unos treinta chelines para su billete de tren de vuelta. Me partió el corazón.

—Si pudiéramos localizar a ese joven… o si pudiéramos saber algo más sobre Dearborn…

—Le he contado todo lo que los lugareños saben sobre él: que era un antipático huraño que quería guardar las distancias con los demás.

—Gracias, señor Cosway. Nuestros caminos se separan aquí. Debo volver a mi trabajo.

—Llaman a nuestra casa «Los Olmos», en caso de que me necesite. Creo que los proveedores de leche, carne y verduras tienen un nombre menos halagador para ella. Sin embargo, «Los Olmos» está pintado en la puerta. Adiós.

Richardson se dirigió a la comisaría, donde encontró al sargento Jago chismorreando con la patrulla de policía.

—¿Algo nuevo, señor Richardson? —preguntó Jago.

—Pase a la sala del superintendente. Tengo algo que contarle. Me he enterado por la viuda de Dearborn que este tenía la intención de huir después del accidente. Supongo que nuestro amigo el superintendente diría que se trataba de un delirio, pero había método en su locura. Le dio a su esposa un cheque de doscientas libras, escrito de forma bastante legible, para cubrir sus gastos mientras él buscaba un nuevo escondite. No lo expresó así, por supuesto, pero eso es lo que quería decir.

—Pero eso es muy importante.

—Lo es, pero también es momento de admitir que nos encontramos en apuros. No estamos avanzando.

—Todavía tiene que ver a Pengelly mañana por la mañana.

—Lo sé, pero Pengelly, aunque sea sincero, no nos llevará más lejos de lo que lo hizo la joven Duke. Dicen que el éxito en el trabajo de los detectives se debe en parte al azar y en parte al sudor de su frente, pero en este caso quisiera saber cuándo va a intervenir el azar. Es obvio que no avanzaremos hasta que sepamos algo de la

vida pasada de Dearborn, y el hombre que más le conocía —el señor Todd, director del banco— no puede decirnos nada, salvo que cree que Dearborn vino de Londres.

—Me pregunto si Dearborn era su verdadero nombre —dijo Jago.

—Cuando un hombre desea ocultar su pasado suele cambiarse el nombre, pero no lo hace de manera oficial, de modo que esa opción es poco prometedora. Tengo la vaga esperanza de que aparezca algo cuando se lea el testamento, pero eso no será hasta mañana, después del funeral.

—Tendrá mucho trabajo mañana, señor Richardson —indicó Jago—. El comisionado ha conseguido una orden de los jueces para que Pengelly salga de la cantera mañana por la mañana temprano, acusado de conducir un coche sin licencia y con riesgo de fuga. Supongo que no podemos hacer nada más hasta entonces.

Al día siguiente, tras desayunar temprano en su hotel, los dos oficiales metropolitanos se dirigieron a la comisaría. El superintendente Carstairs los recibió en la escalinata.

—Buenos días, señor Richardson. Tengo a su hombre esperando en el piso inferior.

—¿Cuál fue su comportamiento en la cantera y durante el camino?

—No dijo ni una palabra.

—¿No le gustaría estar presente, señor Carstairs? Quiero decir, ¿no deberíamos interrogarlo juntos?

El superintendente negó con la cabeza.

—Eso dañaría mi expediente, señor Richardson. Quiero poder alegar que dejé toda la investigación en sus manos. Será preferible que haga subir al tipo a mi despacho, y pondré auno de mis hombres cerca de la puerta por si percibiera que necesita ayuda.

Pengelly entró en el cuarto con expresión de abatimiento en el rostro.

—Oh, claro, es usted, ¿verdad? —le dijo a Richardson—. Creía que me iban a acusar de conducir sin licencia.

—Así será —indicó Richardson jovialmente—. Estimo que

mañana le llevarán ante el tribunal, pero antes querría mantener una conversación sincera con usted sobre otro asunto. Imagino que puede adivinar de qué se trata. Cuando le vi ayer en la cantera no me dijo toda la verdad, solo una parte. No me contó que había parado el camión más adelante en la carretera, y que se había escondido entre los brezos para esperar al señor Dearborn.

—¿Y si le dijera que eso es falso?

—Yo no diría tal cosa si estuviera en su lugar, porque tengo muchas pruebas de que ese fue su proceder. Sé, por ejemplo, que no fue usted quien detuvo el coche del señor Dearborn; que fue otra persona quien lo hizo antes de que llegara a donde se encontraba usted.

Pengelly era un hombre cuya mente funcionaba con lentitud. Permaneció en silencio con los ojos fijos en su interrogador. Luego preguntó:

—¿Quiere decir que ha encontrado otro testigo que vio lo que ocurrió?

Richardson asintió.

—Entonces, si es así, no me importa contarle todo el asunto.

—Habría hecho mejor en contarme toda la verdad desde el principio.

—¿Seguro? Un hombre no coloca su cabeza directamente en la soga a menos que sea un tonto. Estos policías rurales me habrían echado la culpa a mí.

Richardson negó con la cabeza.

—Oh, sí, lo habrían hecho. Usted no los conoce como yo.

—Bueno, deme su versión de lo ocurrido.

—Lo que voy a contarle no es mi versión; es la verdad y nada más que la verdad. Vi el auto de Dearborn aparcado frente al hotel Duchy. Sabía que si esperaba en algún lugar de la colina de Sandiland él aparecería. Detuve el camión en el borde de la carretera después de una curva, y regresé caminando hasta tener una visión clara desde mi posición hasta la cima de la colina. Entonces la muchacha y yo nos acuclillamos en el brezo para esperar, y acabábamos de ocultarnos cuando otro tipo salió a la carretera entre

donde nos encontrábamos nosotros y la cima de la colina.

—¿Qué aspecto tenía?

—Oh, parecía un tipo respetable, pero se encontraba de espaldas a mí y no podría describirle realmente su apariencia. Llevaba buena ropa.

—¿Qué pasó entonces?

—En el momento en que apareció el coche de Dearborn a la vista, el tipo de la carretera levantó los brazos como si fuera una señal ferroviaria. Dearborn no tuvo más remedio que detenerse, quisiera o no, pues de lo contrario habría atropellado al hombre.

—¿Y luego?

—Debe recordar que estaban a más de doscientas yardas de distancia, de modo que no puede pretender que viera con exactitud todo lo que pasó. Recuerdo que vi a Dearborn salir de su coche con algo en la mano —creo que era la manivela de arranque— y el otro individuo fue a por él con un bastón. Dearborn dejó caer la manivela porque el hombre le había causado una herida en la cabeza con el bastón. Creo, pero no estoy seguro, que el bastón se partió por la mitad con la fuerza del golpe. En todo caso, Dearborn quedó tirado en el camino y el otro tipo se alejó por el accidentado terreno. No pude ver qué fue de él. Lo que sí recuerdo es haberle visto recoger la manivela de arranque y los trozos del bastón y lanzarlos al brezo antes de irse.

—¿Y dejó a Dearborn tirado en el camino con la cabeza rota?

—¿Qué otra cosa se podía esperar? Es un camino frecuentado. Estaba destinado a ser recogido por alguien, pero si lo hubiese hecho yo… bueno, habría sido arrestado por asesinato. Nadie me hubiese creído cuando dijera que estaba prestando los primeros auxilios al herido.

—Imagino que está dispuesto a incluir todo lo que me ha narrado en una declaración firmada.

—Sí, por supuesto que sí, y me alegro de haber podido contarlo al fin. Y si quiere que alguien corrobore lo que le he dicho, solo tiene que visitar a la señorita Susie Duke en Moorstead. Ella lo vio todo.

El sargento Jago había estado tomando notas en un sistema propio que combinaba taquigrafía y letra manuscrita normal.

—Puedo redactar una copia ahora mismo, señor Richardson. Si quiere llevaré el escrito a las celdas para que lo firme allí.

—Escuche, señor —indicó Pengelly—. ¿Cuánto tiempo van a retenerme aquí con el cargo de conducir sin licencia? Solo lo hice porque el tipo que conduce el camión estaba enfermo de gripe, y si me mantienen encerrado hasta que se resuelva todo, perderé mi trabajo en la cantera.

—He oído que lo soltarán mañana y, en cualquier caso, si pierde su trabajo, intercederé por usted ante el capataz. Puede que finalmente lo citen como testigo de lo que me ha contado.

Pengelly salió de la estancia con paso alegre.

Richardson miró su reloj y se volvió hacia Jago.

—Hágase cargo del chico mientras estoy fuera. Quiero ver a los asistentes al funeral. Cuando haya concluido la redacción de la declaración llévela a las celdas y haga que Pengelly la firme.

No fue preciso que Richardson acudiese al cementerio de la iglesia. Los dolientes eran solo dos: la señora Dearborn y el señor Todd, del Union Bank. Estaban a punto de entrar en The Firs cuando él llegó. Después de saludar a ambos con simpatía, preguntó al señor Todd si había alguna cuestión tan confidencial en el testamento como para que resultara inapropiado que asistiera a su lectura.

—En absoluto —le respondió—; de hecho, estaba a punto de sugerirle a la señora Dearborn que estuviera usted presente cuando le leyera el testamento.

—Claro que me gustaría que estuviera presente, señor Richardson —repitió la viuda.

Los condujo al salón, donde sin más preámbulos, el señor Todd extrajo de su bolsillo una hoja doblada de papel grueso, se aclaró la garganta y comenzó a leer.

«Yo, Charles Dearborn, de The Firs, Winterton, en el condado de Devon, establezco que este es mi último testamento, con el cual revoco todos los testamentos y disposiciones testamentarias

anteriores».

El testamento era bastante breve; dejaba la totalidad del patrimonio a la esposa del testador, Margaret Dearborn, con la excepción de un legado de cien libras a su albacea, William Todd. Concluía así: «Y por la presente nombro al citado William Todd único albacea de este mi testamento». Estaba fechado el 11 de mayo de 1935.

—Esa fue aproximadamente la fecha en la que se completó la compra de la cantera —explicó el señor Todd.

—¿Quién fue testigo de la firma?

—Llamé a dos de mis empleados para que fueran testigos.

—Disculpe, señor Todd. ¿Puedo ver el documento?

—Por supuesto. Probablemente no conozca la letra del testador, pero puedo asegurarle que la caligrafía es la suya.

—¿Y le entregó esto para la cláusula de atestación, o escribió el testamento en su oficina?

—Esa fue precisamente la parte curiosa de la tramitación. Pidió una hoja de papel grueso, se sentó en mi escritorio del banco y redactó el testamento sin dudarlo un instante. Fue una hazaña increíble en la elaboración de testamentos. Se lo comenté en su momento y me respondió que tenía buena memoria. Imaginé que en algún periodo de su carrera había trabajado en un bufete de abogados.

Richardson le devolvió el testamento.

—Lo que me ha contado, señor Todd, resulta muy interesante. Ahora, imagino, procederá a acreditar el testamento y permitirá que esta pobre mujer disfrute de su fortuna.

—Por suerte el abogado del banco me relevará de todas las formalidades legales, y estaremos en condiciones de adelantar a la señora Dearborn todo lo que pueda necesitar para sufragar sus gastos corrientes.

CAPÍTULO VIII

Richardson salió de The Firs sumido en profundas reflexiones. Inconscientemente, el director del banco le había dado lo que podría ser una nueva e importantísima pista: el fallecido había recibido formación jurídica en un despacho de abogados. Pero un letrado corrupto que hubiera robado a sus clientes 35 000 libras difícilmente habría podido salirse con la suya sin ser detenido y procesado; sin embargo, aquí estaba ese individuo, Dearborn, depositando 25 000 libras en el banco.

¿Era el hombre que le atacó en el páramo un cómplice culpable que por casualidad le había reconocido? No podía tratarse de un cliente al que hubiera robado, pues ese cliente habría acudido directamente a la policía en cuanto hubiera descubierto el escondite del ladrón. ¿Cuál iba a ser el siguiente paso?

El sargento Jago se encontraba en la puerta de la comisaría. Había acudido al juzgado con el superintendente Carstairs.

—Pengelly no dio problema alguno —dijo—. Se declaró culpable y le pusieron una multa de cinco libras. No pudo pagar esa cantidad, así que lo trajimos de vuelta.

—Me alegro. Quiero volver a verlo. ¿Puede traerlo al despacho?

—Iré a ver. El señor Carstairs se encuentra fuera, almorzando, pero imagino que el subinspector no pondrá ninguna objeción.

Cinco minutos más tarde, Pengelly entró en el despacho. Estaba ansioso por exponer su queja, pero Richardson fue más rápido que

él.

—Solo tengo una pregunta que hacerle, Pengelly. ¿Qué edad tenía el tipo que atacó a Dearborn con un bastón? ¿Se trataba de un individuo muy joven, no mucho más que un muchacho?

—¿Un muchacho? Ni mucho menos. Me pareció un hombre de la edad de Dearborn, o incluso mayor, por lo que pude juzgar a esa distancia. Pero mire, señor, no sé lo que estos policías están haciendo. Les he dicho que, si me dejan volver a la cantera, puedo reunir el dinero para mi multa, en parte de mis compañeros y en parte de un adelanto de mi salario. Pero este superintendente no quiere escucharme. Los jueces me condenaron a un mes de prisión si no pagaba, y si me encierran durante treinta días perderé mi trabajo. Me gustaría que hablara con él.

—De acuerdo, Pengelly, lo haré.

En cuanto salió del cuarto, Jago le explicó la situación.

—El señor Carstairs cuenta con retener a Pengelly hasta que haya pruebas suficientes para acusarle de homicidio doloso. Por eso no le deja volver a la cantera para reunir el dinero de la multa.

—Será un asunto delicado. O el superintendente deja el caso completamente en mis manos, como dijo que haría, o tendré que abandonarlo porque él no dejará de entrometerse.

—Me temo que el señor Carstairs pertenece a esa clase de hombres típicos del sur de Devon que se vuelven malhumorados si no se los trata con cuidado. Sería una lástima que abandonara el caso justo cuando parece que estamos a punto de volver a casa.

—Nunca he renunciado a un caso y no quiero empezar ahora. Voy a sentarme en esta silla hasta que el señor Carstairs haya terminado de comer y fumado su pipa, y entonces voy a discutir con él —dijo Richardson—. Aunque no invadiré su territorio más de lo necesario.

—Pero se perderá el almuerzo, señor Richardson.

—Oh, no importa; eso puede esperar.

Jago alzó la cabeza para escuchar.

—Creo que oigo al superintendente. ¿Le digo que quiere hablar con él?

—Sí, y procure que no nos interrumpan.

En la expresión y el porte del superintendente había mucho que le recordaba a Richardson a un niño pequeño al que había sorprendido robando manzanas del huerto de su padre en Escocia. Se levantó apresuradamente de su silla.

—Permítame que le ceda su asiento, señor Carstairs. Me he enterado de que Pengelly se ha declarado culpable esta mañana y ha sido multado con cinco libras. Supongo que le dará tiempo y facilidades para reunir el dinero.

—Tendrá todo el tiempo que quiera —respondió Carstairs con gesto adusto—, pero en cuanto a las facilidades…

—¿Sigue pensando que es el culpable del asesinato?

—Así es.

—Eso es bastante desafortunado, señor Carstairs, porque querré utilizarlo como testigo principal de la Corona contra el verdadero asesino cuando lo hayamos encontrado.

Carstairs, que parecía más obstinado que nunca, emitió una breve carcajada.

—Recordará usted —prosiguió Richardson— que cuando vine aquí me dio a entender que iba a tener carta blanca en la investigación de este caso, y ahora veo que no va a ser así, que uno de los principales obstáculos va a ser usted mismo. Tendré que reconsiderar mi posición.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Richardson? ¿No he hecho todo lo que estaba en mi mano para ayudarle? Pero no puede esperar que descuide mis propios deberes como superintendente de esta división y deje que un hombre que es claramente culpable de asesinato quede en libertad y se fugue.

—Esto me pone en una posición muy difícil, señor Carstairs. Ya he avanzado algo en el caso. He encontrado a la autora de las cartas anónimas; tengo una o dos pistas prometedoras que no le he comunicado porque usted me dio a entender que deseaba que asumiera toda la responsabilidad, y ahora quiere quitarme el asunto de las manos. Siento mucho tener que abandonar el caso, pero en vista de su actitud no parece haber otro camino. Debo regresar a

Londres esta noche y dejar que sea usted quien se haga cargo.

—Vamos, vamos, no vamos a discutir a estas alturas. No puede debilitar mi opinión de que Pengelly es el culpable, pero ¿cómo voy a demostrarlo sin su ayuda?

—Oh, naturalmente, antes de irme le dejaré copias de todas las declaraciones que he tomado…

—Sí, pero si regresa y comunica a sus jefes que abandona el caso porque le estoy obstruyendo, ¿cómo quedaré cuando informen al jefe de policía? No quiero entrometerme. No debe pensar tal cosa. Solo quiero ayudarle. ¿Qué quiere que haga?

—Quiero que permita a Pengelly volver a la cantera, bajo custodia hasta las puertas de la misma, por supuesto, y que le deje moverse entre sus compañeros y hablar con el director para conseguir un adelanto de su salario. Luego, si es capaz de reunir el dinero para pagar la multa, quiero que le posibilite volver al trabajo. Puede hacer los arreglos que quiera con el capataz para que le avise si se marcha.

Al superintendente se le demudó el semblante.

—No le instaría a hacer esto, señor Carstairs, si no estuviera seguro de que me lo agradecerá después. Entonces, si quiere trabajar en el caso conmigo, estaré encantado.

—Muy bien, señor Richardson, haré lo que usted dice, pero me gustaría que recordara, cuando haya aclarado todo este asunto, que mi instinto fue correcto desde el principio. ¿Cuál es el siguiente paso que se propone dar?

—Mi intención es ver al gerente del hotel Duchy en Duketon.

—Entonces necesitará el coche; estará listo para usted a la hora que diga.

Al llegar al hotel Duchy, Richardson pidió un sándwich y un vaso de cerveza en el salón del bar e indicó a la camarera que le dijera al director que deseaba verle. El gerente, oliendo un chisme sensacionalista, no perdió tiempo en obedecer la llamada. Accedió a la sala con paso sigiloso y cerró la puerta tras él con sumo cuidado.

—Pensé que sería usted. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Cuando le visité la última vez, señor Tovey, le dije que éramos

agentes de policía, pero creo que no le mencioné a qué cuerpo de policía pertenecíamos. Venimos de Scotland Yard.

El director ronroneó de satisfacción por ser el único hombre de Duketon al que se le confiaba un secreto tan portentoso.

Richardson continuó:

—Quiero que recuerde la última tarde en la que el señor Dearborn tomó el té en este establecimiento. ¿Recuerda usted, o algún miembro de su personal, la presencia de un extraño en el hotel aquel día? Era el 29 de septiembre, un sábado.

El gerente negó con la cabeza varias veces antes de hablar.

—El sábado es uno de nuestros días de *char-á-banc*, y eso significa que todo el lugar está repleto de extraños. Por regla general hay tal cantidad que no se puede esperar que mi camarera o cualquier otra persona recuerde el aspecto de todos ellos.

—Temía que así fuera, pero permítame hacerle otra pregunta. ¿Recuerda si algún visitante del hotel le habló del señor Dearborn?

El gerente se animó.

—Sí recuerdo un incidente que ocurrió este verano, hace unos dos meses, aunque no llegó a nada. Uno de esos excursionistas vestidos con pantalones cortos —un chico bastante grande— pasó una noche en el hotel. Estaba aquí justo a la hora en que aparece el *char-á-banc*, y estaba solo en el bar cuando empezó a irrumpir la gente. Entonces el señor Dearborn llegó en su coche y entró; la sala estaba bastante llena y supongo que fue eso lo que le impidió pedir algún refresco. Lo recuerdo porque corrí tras él para decirle que le serviría yo mismo, pero no se detuvo, y cuando volvía de la entrada este joven excursionista me llamó y me preguntó: «¿No es ese el señor…?».

El propietario se rascó la cabeza.

—Inspector, he olvidado el nombre por el que me preguntó; no era un nombre muy común. Le dije: «No, es el señor Dearborn». Y él respondió: «No puedo estar equivocado. Si ese no es el señor… —cualquiera que fuera el nombre— es su doble. ¿Dónde vive?», y yo le respondí que en Winterton.

—¿Le dijo algo más sobre el señor Dearborn?

—Creo que le mencioné que había comprado una cantera; no había mucho que contarle porque ni yo ni nadie sabíamos mucho más.

—¿Se fue el joven en dirección a Winterton?

—No puedo asegurarle en qué dirección se marchó.

—¿Había algo peculiar en el muchacho, algo que lo distinguiera?

—Ahora que lo dice, sí lo había. Era de cabello color arena y tenía más pecas en la cara de las que jamás he visto en otra persona. Apuesto a que le llamaban «Pecas» en la escuela.

—Imagino que no tendrá la suerte de volver a verlo este año, puesto que está concluyendo la temporada de excursionistas, pero si lo hace me gustaría que llamara al superintendente de la policía en Winterton.

—¿Es un delincuente? —inquirió el director con creciente interés.

—Oh, no, pero me gustaría hacerle algunas preguntas. Puede ser un testigo importante en un caso que tenemos entre manos. Si por casualidad se acuerda de ese nombre que ha olvidado, no dude en hacérnoslo saber. Por cierto, ¿no hizo registrar al chico cuando pasó la noche en el hotel?

—Bueno, señor, ya sabe como es, gente entrando y saliendo todo el día. No puedo jurar que le hicieran registrarse, sobre todo porque era un excursionista. Espero que no vaya a mencionar esto a la policía de Devon y me meta en problemas.

—No —respondió Richardson con una sonrisa—, la policía de Devon debe ocuparse de sus propios asuntos.

Richardson había dejado al sargento Jago en Winterton con instrucciones de vigilar todo cuanto aconteciera con Pengelly durante su ausencia. Cuando regresó a la comisaría, Jago salió a su encuentro.

—Pengelly sigue en las celdas inferiores —murmuró—. Cuando le pregunté al superintendente a qué hora iba a subir a la cantera, me dijo que no podía hacer nada hasta que usted volviera, puesto que se había llevado el coche.

—Muy bien, pues me dejaré caer para decirle al señor Carstairs

que no necesitaré el auto de nuevo en lo que resta de jornada.

Encontró al superintendente en su despacho, revisando un informe de sus propias subdivisiones.

—No ha tardado mucho, señor Richardson —dijo.

—No, pero he obtenido una información bastante interesante en mi visita al hotel Duchy.

Y procedió a relatar su entrevista con el director, aunque percibió que Carstairs no le escuchaba.

—Supongo entonces que sigue insistiendo en que envíe a Pengelly a la cantera —dijo el superintendente.

—No es cuestión de insistir. Creía que habíamos acordado que se hiciera esta mañana. El coche está en la puerta en este momento.

—En ese caso, perfecto. Lo haré subir, y si paga la multa imagino que debemos dejarlo allí.

—Sí, no hay otro camino posible si he de continuar con el caso.

Carstairs salió pesadamente de la habitación y se le oyó dar órdenes a dos de sus hombres. Al momento, Pengelly pasó por la puerta esposado y fue trasladado al coche. Richardson encontró a Carstairs en la escalera, supervisando la operación. Lo llevó a un lado.

—Hay que quitarle las esposas antes de que llegue a la puerta de la cantera —dijo con decisión—. Todo se arruinará si entra con las esposas puestas. Seguramente el sargento puede llevarlas en su funda y usarlas solo si el hombre intenta huir.

Aunque de muy mala gana, Carstairs dio la orden deseada y el coche se puso en marcha.

—Las cuatro —indicó Richardson, mirando su reloj—; haré que el sargento Jago me acompañe a The Firs, y pediré a la señora Dearborn que nos permita buscar cualquier documento privado que su marido pudiera haber olvidado.

—Desde luego, señor Richardson, no podría hacer nada mejor.

Los dos oficiales se dirigieron hacia The Firs.

—¿Obtuvo algo útil de ese gerente? —preguntó Jago.

—Habría sido útil si no tuviera la memoria como un colador.

Richardson relató el incidente.

—Si hubiera podido recordar aquel nombre creo que estaríamos a una distancia razonable de aclarar el caso, pero si un hombre no recuerda algo, y luego dice que su nombre no era muy común, y le sugieres varios, solo consigues buscarte más problemas. Ya conoce ese tipo de situación. ¿Smith? ¿Jones? ¿Johnson? ¿Wilson? ¿Clark? Diez a uno a que responderá que era Wilson, según su leal saber y entender, y luego, cuando hayas encontrado a tu hombre y responda al nombre de Carter, tu testigo dirá alegremente: «Sí, qué estúpido por mi parte confundir Wilson y Carter». Dada la utilidad que tiene ese tabernero en materia de nombres, bien podría no haberlo visto.

—Pero ese excursionista era pecoso. ¿No habló el oficial naval de un joven con pecas?

—Así es, y no me sorprendería descubrir que ambos se referían al mismo tipo. Desgraciadamente, no podemos sentarnos y hacernos los remolones hasta que un joven pecoso decida apiadarse de nosotros.

Habían llegado a The Firs. Como era habitual a esa hora, la señora Dearborn estaba en su jardín. Había llegado a considerar a Richardson como un amigo personal, y se apresuró a darle la bienvenida.

—Siento molestarla de nuevo, señora Dearborn, pero ahora disponemos de información definitiva y puedo comunicarle que su esposo fue atacado por un extraño. Es más importante que nunca que conozcamos algo sobre su vida pasada, por ejemplo, de dónde procedía. ¿Podríamos revisar sus documentos?

—Me temo que no encontrarán nada; ya he revisado todos los cajones y armarios que utilizaba mi marido, y he comprobado los documentos de su escritorio. Solo había tres o cuatro recibos y una especie de balance de su cantera. Fue muy decepcionante, pero aquí están sus llaves y les sugiero que realicen su propia búsqueda.

La inspección no les llevó mucho tiempo. Tal como había dicho la señora Dearborn, no había prácticamente ningún documento privado, salvo una libreta de ahorros y las cuentas de la cantera. Con ayuda de la esposa, revisaron las ropas del difunto en busca de cualquier nombre o marca que pudiera darles una pista, pero no

encontraron nada; absolutamente nada que pudiera arrojar luz sobre la vida pasada del señor Dearborn. Cuando los agentes se despidieron, se dirigieron a la estación de ferrocarril y preguntaron al hombre que expendía los billetes si recordaba que un joven con abundantes pecas hubiera atravesado la barrera el domingo.

—¿Dice usted que era pecoso? ¿Qué edad tenía?

—Oh, diría que unos dieciocho o diecinueve años.

El maletero del ferrocarril y el farolero se habían acercado a escuchar la conversación.

—Me acuerdo del chico —dijo el maletero—. ¿No lo recuerdas? —añadió dirigiéndose al taquillero—; ¿no recuerdas que te pregunté si habías visto alguna vez una cara tan pecosa? Tenía más pecas que piel en su rostro. Se fue en el tren de la tarde a North Road.

—Ahora recuerdo al muchacho —dijo el taquillero—. Tenía un billete en tercera de regreso a Paddington.

CAPITULO IX

Mientras caminaban de vuelta de la estación de tren, Richardson se encontró sumido en las tinieblas más profundas.

—Buscar en Londres a un joven de pelo color arena y con pecas —y eso es todo lo que tenemos para seguir— sería una auténtica locura.

—¿No se podría hacer publicidad? —preguntó Jago con esperanza.

—¿Qué, y llamar la atención sobre un «defecto» físico como incentivo para que un joven se presente? Probablemente gaste cada chelín que le sobra en comprar lociones para el rostro.

—Pero la gente que se mofa de sus pecas podría responder al anuncio.

—Algunos cientos de ellos lo harían con la esperanza de conseguir un viaje gratis a Devonshire, pero piense en el gasto. ¿Qué diría el tesorero de la Policía Metropolitana al respecto?

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Jago, renunciando al intento de despejar los nubarrones del rostro de su jefe.

—A la estación de policía, supongo —dijo Richardson con hastío.

El sargento de la comisaría estaba de pie en la escalinata, observando la carretera; desapareció en cuanto los vio, al parecer para informar de su llegada al superintendente, pues el propio Carstairs salió a la carrera al umbral.

—Le llaman por teléfono, señor Richardson, y creo que por el tono de la persona le han estado buscando con urgencia.

—¿Dio su nombre?

—Sí. Dijo que era el teniente Cosway; ahora está al teléfono.

Richardson se apresuró a acercarse al aparato.

—¿Es usted, señor Cosway? Habla el inspector jefe Richardson.

—¡Alabado sea Dios! Por fin le encuentro. Venga tan rápido como pueda a The Firs y saldré enseguida a su encuentro a mitad de camino para contarle de qué se trata. Se enterará de algo que le resultará de utilidad.

Richardson se detuvo lo justo para decirle al sargento Jago que se mantuviera a la espera hasta que el coche regresara de la cantera y que luego lo siguiera hasta The Firs con la noticia de si Pengelly había pagado su multa o no. Seguidamente se apresuró a marcharse. Podía caminar con rapidez, pero el teniente naval podía hacerlo aún más rápido y se encontraron a menos de la mitad del camino.

—Prepárese para una conmoción, señor Richardson —le dijo—. Se va a encontrar con algo que jamás había visto antes: el agente publicitario de una estrella de cine, directamente venido desde Hollywood. Probablemente conozca la ralea. Si viajara a bordo de mi barco, lo arrojaría al mar sin consultar siquiera al capitán con la esperanza de que no supiera nadar.

—¿Dónde está?

—Encerrado con esa pobre viuda en The Firs. La dama está intentando encontrar desesperadamente un diccionario de americano hollywoodense. Cuando la dejé había logrado captar el sorprendente hecho de que la clienta de ese hombre es la primera señora Dearborn.

—¡Dios mío!

—Ha utilizado usted las palabras exactas que acudieron a mis labios cuando vi al caballero. Le diré cómo sucedió todo. Mi madre deseaba ser amable con la pobre viuda y me envió a preguntar si podía visitarla. Encontré a la señora Dearborn en el jardín y, mientras estábamos estipulando las cosas, un monstruoso Rolls-Royce se detuvo ante la puerta, y de él salió una criatura con un

abrigo de piel y un cigarro colgando de la comisura de los labios. Vino hacia nosotros y preguntó: «Oiga, ¿es usted la señora Dearborn? Bueno, he venido para darle con delicadeza una mala noticia. La primera señora Dearborn sigue viva. La habrán visto en la pantalla muchas veces a lo largo de su apacible vida: se trata de Jane Smith. Una artimaña mía lo de darle un nombre sencillo… ya hemos tenido demasiados pomposos. Soy su agente publicitario».

—¿Cómo se lo tomó la señora Dearborn?

—Oh, ella estaba muy tranquila. Pidió a ese animal que entrara en la casa, y me dijo que le avisara para que acudiera usted a ocuparse de él. Si no se la ha comido ya, los encontraremos en el salón. Supongo que con su amplia experiencia sabrá cómo manejar la situación.

Llegaron a la entrada. La señora Dearborn había salido del salón y se encontraba en la puerta principal.

—¿Dónde está? —preguntó Cosway, y ella señaló en silencio la estancia que se hallaba a su espalda—. Vamos —dijo Cosway—, lo abordaremos juntos.

Cosway no había exagerado en lo más mínimo el aspecto del visitante. La desvergüenza rezumaba en él; después de todo, era su pan de cada día. Cosway presentó a Richardson como el asesor legal de la señora Dearborn.

—¡Ah! En ese caso es usted justo el tipo que necesito. He venido a buscar el certificado de defunción del fallecido Dearborn y supongo que usted puede proporcionármelo. Le digo, joven, que este va a ser el mejor truco publicitario que Jane ha tenido nunca. No he traído hoy al camarógrafo, pero lo tendré aquí mañana y todos posarán para él. Incluso usted, señor, un oficial de la marina y demás. Puede ponerse el uniforme mañana —no me preocupa el gasto de filmarlo una vez—, y luego dispondremos el certificado de defunción diez veces a tamaño real y, por supuesto, a la segunda señora Dearborn con su aspecto de viuda. ¡Vaya, esto será pan comido!

—Este es el momento adecuado para ese medio bastón —murmuró Cosway—. ¿Lo tiene a mano?

Richardson sacó un cuaderno de notas de su bolsillo y, en cuanto el agente publicitario se detuvo para respirar, dijo:

—¿Podría hacerle algunas preguntas, y que usted las respondiera lo más brevemente posible? ¿Cuándo se casó esta señora a la que usted llama Jane Smith con el señor Dearborn?

—No sé la fecha exacta, pero apuesto a que ella sí.

—¿Dónde se celebró el matrimonio?

—Tampoco puedo decírselo, pero ella lo sabrá.

—¿Tiene una fotografía del hombre con el que se casó?

—No la tengo, no.

—Pero ella sí, ¿verdad?

—Claro.

—¿Puede dejarme su tarjeta de visita?

—Por supuesto.

El agente publicitario sacó de su bolsillo un paquete de tarjetas de gran tamaño y Richardson leyó: «Señor Franklyn Jute».

—Y ahora que tiene mi tarjeta le pido que me entregue la mercancía. El certificado de defunción es lo que necesito. Estoy dispuesto a pagar por él, pero debo tenerlo si quiero volver a Londres esta noche.

Richardson adoptó una actitud de severidad legal que estaba lejos de sentir.

—Se presenta usted aquí, señor, con una declaración sin fundamento, sin el más mínimo indicio, ¿y espera que le demos copias de documentos oficiales? No obtendrá nada de eso hasta que la señora a la que representa aporte sus pruebas. Debe venir ella misma.

—No puede hacer tal cosa. Está ensayando en Twickenham para su nueva película.

—Muy bien; pues entonces, si me da su dirección, iré yo mismo a verla.

—Tiene un apartamento… el número 21 de Arcadia Mansions.

—Bien. Entonces iré mañana.

—Le advierto que no concede entrevistas tan fácilmente. Está ensayando todo el día.

—Excepto en domingo —corrigió Richardson—. No tengo prisa; puedo esperar hasta el domingo, pero si quiere avanzar en el asunto tal vez pueda arreglarlo para que me vea mañana por la tarde a las cinco.

—¡Dios santo! Antes de cruzar el charco sabía que este país era lento, pero no imaginaba hasta qué punto. Eso significa que he realizado todo este viaje para nada, y además aplaza el truco publicitario con el que contaba.

—Porque no ha traído las pruebas.

—Pues bien, si me ha vencido, me ha vencido y no hay nada que hacer. Pero recuerde esto, ni una palabra a la gente de aquí. Nunca doy lo mejor de mí a cuentagotas. Todo o nada es mi lema, todo o nada, así soy yo. Supongo que será una pérdida de tiempo que me quede por la zona si no voy a conseguir nada más sin lo que ustedes llaman pruebas. Es un defecto que tienen todos por aquí y por eso no son capaces de avanzar. ¡Señor! En mi país, un tipo que necesitara pruebas antes de continuar se hundiría. Volveré al Savoy, que es mi alojamiento en la vieja y lenta Londres, y llamaré a Jane para que le conceda una entrevista a las cinco de la tarde. Venga al hotel Savoy mañana a las cuatro y le acompañaré a su encuentro. Hasta la vista.

Oyeron que el Roll-Royce comenzaba a ronronear en la calle, y en ese mismo instante el sargento Jago llamó a la puerta. Richardson salió a su encuentro.

—Pengelly ha pagado la multa —indicó Jago en un ronco susurro.

—De modo que eso está resuelto —dijo Richardson—; y ahora precisamos otro punto de partida.

—¿No llegará esto a nada?

—No puedo asegurarlo todavía, pero pienso coger el próximo tren a Londres.

—¿Y qué hay de mí?

—Se quedará para mantenerse en contacto con la policía del condado hasta que yo vuelva o le envíe un telegrama para que regrese.

—¿Qué nuevas hay?

—Otra mujer que dice ser la señora Dearborn. Iré a examinar sus pruebas.

Richardson regresó a la sala de estar.

—¿Tiene una fotografía de su difunto marido? —preguntó.

—No, tenía prejuicios contra ser fotografiado, pero si me permite acompañarle a Londres, y la otra dama que dice ser la señora Dearborn dispone de un retrato, podría confirmarle de inmediato si se trata de mi esposo.

—¿Está segura de que no le supondría un disgusto? —preguntó Richardson.

—Lo prefiero a quedarme aquí en el sur sin saber lo que está pasando.

Cosway intervino.

—Lo mejor que puede hacer es llevarla con usted, señor Richardson. Quizás sea capaz de aclarar todo el misterio. Además, ambos verán cómo es una estrella de cine cuando se ha sometido a un agente publicitario como un niño pequeño se introduce en los pantalones. Si fuera capaz de mantener mis puños alejados del caballero que acaba de dejarnos, iría yo mismo.

—No viajaré con usted esta noche, señor Richardson —indicó la señora Dearborn—, pues puedo llegar fácilmente al hotel Savoy a las cuatro tomando un tren mañana temprano. Mientras tanto, dedicaré la tarde a recoger muestras de la caligrafía y la firma de mi marido, y cualquier otro dato que pueda serle de utilidad. Cuando llegue a Londres tomaré un taxi hasta el Savoy y preguntaré por el señor Franklyn Jute.

—No lo permitiré, señora Dearborn. Me reuniré con usted en Waterloo y la llevaré al hotel. Adiós, hasta mañana.

El sargento Jago acompañó a su jefe al hotel; durante el trayecto discutieron el caso entre ambos.

—Aunque descubra que Dearborn tenía otra esposa viva antes de casarse con esa pobre señora, confieso que no veo cómo puede ayudarnos —dijo el sargento.

—No nos ayudará en absoluto, salvo como punto de partida. Por

el momento no tenemos nada sobre lo que trabajar, pero si esta estrella de cine estuvo realmente casada con ese tipo, podrá contarnos muchas cosas sobre su vida pasada. Dearborn es un nombre poco común. Si lo adoptó, ¿de dónde lo sacó? El hecho es que cualquier cosa que averigüemos puede resultar un buen comienzo.

—¿Se presentará en la OC mañana por la mañana? —preguntó Jago, utilizando la conocida abreviatura de la oficina central.

—Sí, esa es una de mis razones para ir. Me gustaría saber qué opinan el superintendente y el señor Morden sobre el caso —dijo Richardson consultando su reloj—. No dispongo de demasiado tiempo si quiero coger ese tren en Tavistock. ¿Podría acercarse a la comisaría y comprobar si puede engatusar al señor Carstairs para que le preste el coche mientras yo voy a por mi maleta?

—Tiene razón. Llevaré el auto al hotel y bajaré con usted a la estación.

Richardson cogió el tren por los pelos y llegó a Waterloo a primera hora del día. A las nueve de la mañana ya estaba discutiendo el caso con el superintendente Witchard, del CID. La acogida no fue demasiado alentadora.

—Esta misma mañana he hablado de su caso con el señor Morden —dijo—. Parece que no está avanzando mucho.

—Muy cierto, señor Witchard. Hemos aclarado la cuestión de las cartas anónimas, pero, como habrá visto en mis informes, ahora nos encontramos en un punto muerto. Imagino que quiere que regrese.

—No veo mucho objeto en tratar de convertir un accidente de tráfico común en un asesinato. Después de todo, usted tiene el veredicto del jurado en la indagación: muerte como resultado de un accidente de tránsito. Hay cientos de casos de este tipo cada año. Además, se está acumulando una gran cantidad de trabajo, y con un inspector jefe menos no sé cómo vamos a hacer frente a ello. Pero será preferible que vea al señor Morden y escuche lo que tiene que decirle.

Witchard tocó un timbre y pidió al ordenanza que le avisara en

cuanto llegara el comisionado asistente.

—El señor Morden acaba de llegar, señor.

—Entonces vamos, Richardson. Entraremos ahora antes de que tenga tiempo de abordar uno de los nuevos casos que tiene sobre la mesa. Espere aquí —añadió cuando llegaron a la puerta—; le llamaré enseguida.

Encontró a Morden acomodándose para enfrentarse a su trabajo de la mañana.

—Tengo al inspector jefe Richardson esperando fuera, señor —dijo—. Ha venido a Londres en relación con el caso de Devon. Pensé que le gustaría verle.

—Muy bien. Hágalo pasar.

El superintendente abrió la puerta y se hizo a un lado para permitir que Richardson se acercara a la mesa.

Morden se ajustó las gafas.

—¿Qué le ha traído a Londres, señor Richardson? ¿No consigue avanzar con el caso?

Richardson explicó el objeto de su visita. Morden sonrió.

—Ya ha logrado mucho aclarando el asunto de las cartas anónimas —señaló.

—He tenido suerte en eso, señor, pero no consigo encontrar una pista que me permita esclarecer la identidad de Dearborn.

—A menos que compruebe que esa estrella de cine fue su primera esposa, ¿no es así?

—Sí, señor.

—El señor Witchard sugirió que, con el veredicto del juez atribuyendo la muerte a un accidente de tráfico, podríamos dejarlo estar. No obstante, ¿está usted convencido de que es un caso de asesinato?

—Sí, señor, lo estoy, y también lo está la policía de Devon. Tenemos dos testigos presenciales del ataque, además del arma real utilizada y un certificado médico de que la muerte se debió probablemente a una agresión.

—Ya veo. Usted cree que el veredicto del juez puede ser descartado en vista de las nuevas pruebas. En un caso como este,

creo que está en lo cierto. De todos modos, una cosa está clara: hay que seguir con él hasta resolverlo. ¿No está de acuerdo, señor Witchard?

—Sí, señor, supongo que sí.

—¿Va a ver a esa mujer esta tarde?

—Sí, señor.

—Bueno, hágame saber el resultado antes de regresar. Aunque todo quede en nada, no podemos permitirnos abandonar a estas alturas. Además, si le sirve de consuelo, déjeme decirle que cuando un caso parece realmente desesperado, es el momento en que la suerte suele intervenir para tomar cartas en el asunto.

—Muy bien, señor; si el señor Witchard puede prescindir de mí unos días más… enviaré un informe antes de salir de la ciudad.

—¿Cuándo piensa regresar?

—En el tren de esta noche, si consigo concluir a tiempo.

Es preciso resaltar que entre los más veteranos de la oficina central se produjo una gran satisfacción cuando se supo que su colega subordinado no conseguía progresar en el caso de Devonshire.

—Eso es lo peor de promover a los hombres por encima de su rango —dijo uno de ellos—. A mí también me habrían venido bien unas vacaciones en el sur de Devon.

Pero Richardson, con los ánimos de su jefe aún resonando en sus oídos, abandonó Scotland Yard con paso ligero, pensando que la hora más oscura llega siempre justo antes del amanecer. Todavía existía la posibilidad de encontrarse con el joven de las pecas, y se vio a sí mismo escudriñando los rasgos de cada muchacho que se cruzaba en la calle. Todos los jóvenes de pelo claro parecían tener una buena cantidad de pecas salpicando su rostro, y calculó que los muchachos de esa edad, en una población de unos ocho millones de personas, serían al menos varios cientos de miles.

CAPÍTULO X

A primera hora de la tarde de aquel mismo día, Richardson se situó en la puerta donde se recogen los billetes en la estación de Waterloo. Cuando pasó la primera hornada de gente con prisa y los más pausados desfilaron tras ellos, vio a la señora Dearborn apresurándose hacia él. Su vista era buena, pues lo había reconocido desde una distancia considerable, y sonreía.

—Da confianza encontrar a un amigo esperándola a una —fue su saludo mientras le estrechaba la mano.

—¿Qué ha traído, señora Dearborn?

—No encontré mucho, la verdad. Mi certificado de matrimonio, por supuesto, y el último cheque que me dio mi esposo, que lleva su firma. Todavía no lo he cobrado, y está escrito con más claridad que cualquier otra de sus firmas que encontré en la casa.

—Me temo que el certificado de matrimonio no nos servirá de mucho esta tarde. ¿Se casaron en la iglesia de Winterton?

—No, nos casamos en el registro civil de Plymouth.

—Entonces el certificado solo será una copia del registro, y la caligrafía será probablemente la del registrador o su secretario.

—Además del certificado y el cheque, le he traído esta nota en la que he apuntado las tallas del cuello, zapatos y guantes de mi difunto marido; he pensado que podrían ser de utilidad.

—Por supuesto —dijo Richardson, doblando el papel y guardándolo en su cuaderno—. Y ahora debemos dirigirnos al hotel

Savoy. Ese publicista nos ha citado a las cuatro y ya casi es la hora. Tomaremos un taxi.

Al llegar al hotel les dijeron que encontrarían al señor Jute esperándolos en el salón. Se envió un botones en su busca.

Salió a toda prisa, repleto de noticias.

—Vean, he concertado su entrevista con Jane para las cinco y es una mujer muy ocupada. Les confesaré que ha supuesto un gran esfuerzo acordar la reunión, pero no acepto un no por respuesta. Lo que yo diga va a misa.

Pareció fijarse en la señora Dearborn por primera vez.

—Así que usted también ha venido, señora. ¡Dios mío, lo que podríamos hacer con un fotógrafo en esta entrevista! «Las dos señoras Dearborn, pasada y presente». ¡Una idea como esa debería llevarse a cabo con premura! Pararemos en el camino a buscar un camarógrafo y lo llevaremos a la cita. Jane estará de acuerdo. No deben preocuparse por ella.

Richardson lo miró.

—No haremos nada de eso, señor Jute. Usted me dijo ayer que su intención era obtener todas las pruebas antes de lanzarse a hacer publicidad, y no creo que se aclare todo hoy.

—¡Oiga! Pero ¿su abogado es siempre así? —inquirió Jute, apelando a la señora Dearborn—. ¿Siempre deja para mañana lo que puede hacer hoy? En fin, en ese caso dejaremos fuera al fotógrafo y permitiremos que las dos damas se peleen entre ellas. Yo apoyaré a Jane en todo momento para que pueda regresar a casa con la documentación. Y todo debe aclararse esta misma tarde porque nada la retendrá en Londres un domingo. Se irá a la residencia que tiene a orillas del río.

El portero del hotel hizo una señal a un taxi, y el agente publicitario indicó la dirección:

—Arcadia Mansions, Regent's Park.

Durante el trayecto, Richardson tuvo la oportunidad de estudiar el comportamiento de la señora Dearborn. Se encontraba perfectamente calmada y serena, y la inoportuna presencia del señor Franklyn Jute no parecía perturbarla; no había en ella ningún signo

de ansiedad por la entrevista que se avecinaba y que podía afectar a su estatus. Comenzó a admirar su fortaleza de carácter más que nunca.

Arcadia Mansions era una madriguera de pisos de todos los tamaños, desde los más costosos hasta los más modestos. El señor Jute sabía cómo manejarse en ellos; dejó a Richardson pagando el taxi, condujo a la señora Dearborn hasta las puertas del ascensor y pulsó el interruptor. Un ascensorista se deslizó sigilosamente hacia abajo con su transporte y, cuando Richardson se unió a ellos, condujo a los tres al tercer piso y les indicó que giraran a la izquierda hacia el número veintiuno.

—No te preocupes, hijito, yo ya conocía el camino a este apartamento cuando tú aún succionabas el biberón en la cuna.

Un toque en el timbre atrajo a la puerta del piso a una criada pulcramente ataviada. Pareció reconocer al señor Franklyn Jute, pues sus modales se endurecieron al instante; aparentaba haber sufrido su jocosidad en ocasiones anteriores.

—¿Puedes decirle a la señorita Jane Smith que hay tres visitantes esperando para verla, y que cuanto antes venga, antes se irán?

—¿Qué nombre debo dar?

—Pues ya sabes el mío; eso será suficiente. Los otros dos serán una sorpresa para ella.

—No tardará ni un minuto.

—Sí, pero yo sé lo que significa un minuto para la señorita Jane Smith. Dale una pista para que deje el lápiz de labios y venga de inmediato.

La doncella sacudió la cabeza y se retiró.

—Será mejor que se pongan cómodos —dijo el señor Jute, indicando las sillas de aspecto extremadamente moderno que había en la habitación.

Por una vez, la señorita Jane Smith —o la señora Dearborn— no engañó con el tiempo y acudió con gran rapidez. Richardson se levantó. Se trataba de una mujer joven, con actitud segura y lo que sería sin duda una excelente apariencia cuando fuera reproducida en la pantalla. Se fijó en sus visitantes de un solo vistazo. El agente de

publicidad hizo las oportunas presentaciones.

—Esta es la otra señora Dearborn y ese caballero de ahí es su abogado. Así que ya saben quién es quién.

La dama sonrió ampliamente, mostrando una dentadura perfecta, y rogó a los tres que se sentaran.

—No tendré que retenerlos demasiado tiempo —dijo—. Tengo aquí el papel: mi certificado de matrimonio. Como verán, me casé con Charles Dearborn hace ocho años en la iglesia de St. Matthew, en Abbott's Ashton, Bristol. Mi familia vivía allí; la suya también.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? —preguntó Richardson.

Ella rio brevemente.

—Pensé que alguno de ustedes lo preguntaría. No habían transcurrido dos años cuando cogió su sombrero y me abandonó. No me dio ninguna razón… solo cogió su sombrero y se fue.

—¿Incompatibilidad de caracteres? —sugirió Richardson con delicadeza.

—Supongo que si ese fue el motivo, todo el temperamento lo tenía yo. Él era un hombre mediocre y llorón, siempre queriendo arrinconarse con un libro u otro cuando yo quería que se levantara e hiciera algo para ganarse la vida. Bueno, no necesitamos perder el tiempo con él. Si está muerto —como espero que lo esté, pues esa clase de hombre seguro que está en el cielo—, todo lo que quiero es un certificado de su fallecimiento que me libere para casarme de nuevo.

—Ya veo —dijo Richardson, devolviendo el certificado de matrimonio— que tenía el mismo nombre de pila que el esposo de esta señora. Trae usted a su vez su certificado de matrimonio, señora Dearborn; ¿podría mostrárselo a esta dama?

Jane Smith lo examinó.

—Es correcto; es el mismo nombre. Se casó de nuevo hace tres años, cuando yo estaba en Hollywood; es justo el tipo de cosas que él haría. ¿No le dijo nada referente al hecho de haber estado casado con anterioridad?

La señora Dearborn negó con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba.

Se volvió hacia Richardson.

—Todo lo que quiero de usted es una copia de su certificado de defunción y entonces podremos seguir adelante.

—Creo que debo decirle —señaló Richardson— que el esposo de esta señora dejó una buena cantidad de dinero.

Por primera vez la confianza de la dama pareció flaquear.

—¡Caramba! Eso no es propio de mi Charles.

—Puede que haya ganado el dinero en el sorteo de Irlanda[16] —observó el señor Franklyn Jute.

—Ni siquiera hubiese sido capaz de comprar un boleto —respondió la dama con desprecio.

—Esperábamos que tuviera una fotografía y cartas de su esposo.

—Entonces sus esperanzas los han traicionado —replicó ella—. Había fotografías y cartas, pero recuerdo que las rompí todas y eché los trozos al fuego en su presencia el día antes de que me abandonara.

—¿Reconocería su firma si la viera?

—Puede ser.

—Bueno, aquí tiene un ejemplo —indicó Richardson, mostrándole el cheque de la señora Dearborn por doscientas libras.

Ella observó la firma con atención.

—Es bastante parecida, pero veo que había empezado a disfrazarla. Eso fue para evitar que yo reclamara algo del dinero; justo el tipo de truco sucio que él habría hecho —se volvió hacia la otra mujer—. No tiene que preocuparse por eso, querida; yo gano todo lo que necesito con mi trabajo. Lo único que quiero es ese certificado de defunción y saber que soy libre para casarme de nuevo. Verá, a una chica le ayuda estar casada con el director del estudio en el que trabaja, y ese es mi caso.

—¿Conoce por casualidad las tallas del cuello, zapatos y guantes de su esposo?

—Dado el tiempo que ha pasado no lo recuerdo, pero puedo decirle cómo era. Tenía la talla media en un hombre, con el pelo castaño oscuro, la cara pálida y delgada, bien rasurado y con ese estilo de andar apocado.

—El esposo de esta señora llevaba bigote.

—Eso no me sorprende; se lo dejaría crecer, por supuesto, como un disfraz por miedo a que un día me lo encontrara en la calle y me lo llevara a casa. Verá, era adicto a la lectura de esas novelas de detectives, de modo que tenía muchas ideas para disfrazarse.

El señor Jute, que nunca antes había sido condenado a un período de silencio tan largo, se volvió hacia la señora Dearborn.

—¿Cómo encaja esa descripción con su marido? A mí me parece bastante buena.

—Es una descripción que encajaría con la mitad de los hombres que te encuentras en las calles de Londres —replicó Richardson—; necesitamos algo mejor que eso.

—No veo la necesidad de seguir dando vueltas en círculo —dijo la estrella de cine—. No es dinero lo que busco. Dearborn no es un nombre común y, una vez vinculado a Charles, que era un hombre que escondía su pasado, ¿qué otra prueba necesita? Si tuviera un certificado de defunción de su hombre podría casarme de nuevo enseguida y sin preguntas. No le va a costar ni un céntimo, yo pagaré todos los gastos y, si lo que teme es la publicidad, pronto dejaré de tenerla, ¿verdad, Franklyn?

El señor Jute pareció dolido.

—Soy yo quien lleva la batuta en la música publicitaria —le recordó.

—Lo sé, pero yo soy la chica que puede ponerte las cosas muy difíciles si no consigue lo que quiere, y puedes meterte eso en tu pipa y fumártelo.

Era evidente que el señor Jute debía sufrir en ocasiones la falta de temple de su clienta. Richardson se apresuró a provocar una distracción.

—Si no le importa, quisiera preguntarle si los parientes de su marido siguen viviendo en Abbott's Ashton.

—Oh, sí, siguen allí, pero no conseguirá sonsacarles nada. Yo misma lo he intentado, y lo único que me dicen es que no saben nada de él desde hace seis años, ni siquiera si está vivo o muerto.

—¿No cree usted que si los parientes de su esposo hubieran sabido por los diarios que había fallecido, como usted misma hizo, habrían acudido a hacer averiguaciones, o en todo caso enviado a alguien?

Jane Smith pareció turbada y, volviéndose hacia la viuda, preguntó:

—¿No la visitó nadie?

—Yo no vi a nadie, pero un vecino me dijo que un joven bajó a Devon y preguntó dónde vivía mi esposo —se volvió hacia Richardson—. ¿No le habló el señor Cosway de ese joven con pecas?

—¿Pecas? —gritó Jane, con verdadero triunfo en su voz—. Vaya, ese era su hermano pequeño, Albert. Tenía más pecas que piel en la cara.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó Jute—. Ahora tiene su prueba y le agradeceré el certificado de defunción. Podemos traer un fotógrafo cuando se lo entregue a Jane.

Richardson rio.

—Todavía no hemos llegado a ese punto, señor Jute. Hoy es

sábado. Bajaré a Bristol esta noche y visitaré a la familia del señor Dearborn.

—Pero mañana es domingo —objetó Jane—; seguro que no trabajará en domingo.

—El domingo es un buen día para encontrar gente en casa.

—Mire, caballero —interrumpió el señor Jute—, la publicidad no es importante para los que se dedican a la abogacía, pero para nosotros en el mundo del cine lo es todo. Ya estoy harto de estos retrasos. ¿Qué me impide escribir un titular: «El joven pecoso se convierte en la clave del misterio del destino del esposo de Jane Smith. Asombrosos acontecimientos. Los abogados están fuera de sí», y empezar a trabajar sobre ello? Entonces pondríamos una foto del joven con las pecas retocadas, y una entrevista con él sobre su hermano fallecido. Diremos que asistió al funeral. ¿Qué tiene eso de malo a modo de despedida… con otros detalles sorprendentes que vendrían a continuación?

—¿Y qué ocurrirá si sus sorprendentes detalles resultan ser erróneos y descubrimos que el esposo de la señora sigue vivo? —preguntó Richardson, hablando en un susurro—. No habrá publicidad al respecto.

—No vayas tan rápido, Franklyn —dijo Jane—. No querrás meterte hasta el cuello. ¿Cómo quedarías si ese tipo, Gover Schoost, que se encarga de la publicidad de Dora Spencer, se enterara y te hiciera pasar por un maldito mentiroso a ambos lados del charco? ¿Cómo quedarías entonces?

El agente publicitario se derrumbó, como siempre hacía bajo el latigazo de la lengua de Jane Smith.

Richardson aprovechó la oportunidad de su silencio para levantarse y hacer una señal a la señora Dearborn.

—De acuerdo, entonces —dijo—. ¿Todo arreglado, señora?

—Me parece que usted ha hecho la mayor parte del arreglo —respondió Jane—; y no sé muy bien a qué avenencia hemos llegado.

—Consiste en que yo vaya a Bristol esta noche y que mañana visite a la familia de su esposo. Puede que me cuenten a mí lo que no le han contado a usted.

—Y usted me lo hará saber. ¿Volverá a visitarme el lunes a la misma hora?

—No puedo prometer que vaya a volver a visitarla, pero le haré saber lo que me cuenten.

Las palabras de despedida de Jane a la señora Dearborn fueron:

—No se preocupe por ese dinero que le dejó, querida. Nadie se lo va a quitar.

Richardson hizo una pausa al salir.

—Hay dos pequeños puntos que me gustaría que me aclarara, señorita Smith. El primero es, ¿cuál era la profesión de su esposo?

—La misma que la de su padre. Trabajaba en la gran tienda de cortinas de Bristol donde su progenitor era el encargado. Él le consiguió un trabajo de cajero, pero después de casamos tuvo unas palabras con el jefe y le echó. Después de eso no hizo nada; sus planes de futuro consistían en vivir a mi costa, y cuando se lo reproché cogió el sombrero… ¿Cuál es el segundo punto?

—Tan solo si podría indicarme la dirección de los padres de su esposo.

—Oh, Abbott's Ashton es un lugar pequeño. Todo el mundo sabe dónde viven; es una villa de ladrillos rojos llamada Chatsworth. Pero dudo que consiga algo de ellos.

Ya en la calle, Richardson paró a un taxi que pasaba.

—No volverá a Devonshire esta noche, imagino. ¿Quiere que le elija un hotel?

—Gracias; iré al hotel Treherne en Cromwell Road; ya me he alojado allí antes.

—La acompañaré, porque me gustaría conocer sus impresiones sobre nuestra reciente entrevista.

Tras indicar la dirección, la siguió al interior del coche.

—Ahora —señaló—, cuénteme qué le ha parecido.

—Bueno, los estuve escuchando atentamente a todos ustedes. Me parece que la señorita Jane Smith ha sido siempre una persona muy difícil en la convivencia, y eso bastaría para explicar que su esposo la dejara. Ella dijo que era un hombre muy tranquilo y retraído. Así era mi marido. Cuando me pidió que me casara con él,

me dijo con franqueza que yo tenía un efecto relajante sobre sus nervios, y que había aprendido conmigo lo que era la verdadera tranquilidad.

—De modo que podríamos llamar a eso un punto de semejanza —dijo Richardson.

—Sí, pero por otra parte deduje de esa señora que su esposo era una pobre criatura totalmente incapaz de ganar dinero. Yo diría que mi marido era todo lo contrario. Era un buen hombre de negocios, como le habrá confirmado el director del banco.

—¿Tiene algún otro detalle?

—Solo uno, uno muy pequeño. La señora dijo que su esposo leía novelas de detectives. Yo nunca vi al mío leer nada más que su periódico, pero ayer, cuando estaba guardando parte de su ropa, encontré dos historias de detectives en el armario de su habitación.

—Pues bien —indicó Richardson—, no parece que nos acerquemos demasiado. Cuando examiné esta tarde los dos certificados de matrimonio pude comprobar que la edad de los dos hombres se correspondía bastante, aunque no las fechas exactas de nacimiento.

El taxi se detuvo en el hotel Treherne. La señora Dearborn subió corriendo las escaleras con su pequeño maletín, dejando a Richardson atrás para pagar al conductor. La encontró esperándolo en el vestíbulo.

—Todavía tengo una cosa que decirle, señor Richardson. ¿Por qué no tomamos el té juntos aquí? Es un sitio muy tranquilo.

Richardson miró su reloj.

—No debería arriesgarme a perder el tren. No obstante… está bien.

Ella dio la orden y entraron en el comedor para esperar el té.

—Lo que quiero decirle es lo siguiente —comenzó ella—. Como sabe, mi marido nunca me habló de su vida pasada, pero en una ocasión me dijo que no tenía parientes vivos. Me lo dijo de forma bastante espontánea y eso me hace pensar que puede ser cierto, pues de no ser así se habría limitado a callarse como hizo con todo lo demás respecto a su vida anterior.

—Creo que ese es un detalle muy importante, señora Dearborn.

En ese momento entró un camarero con el té, y su conversación se interrumpió.

Cuando volvieron a estar solos, Richardson sacó su cartera y puso el cheque de la señora Dearborn sobre la mesa.

—Necesito que me confíe este cheque hasta que volvamos a vernos. Intentaré conseguir una fotografía del registro matrimonial de Abbott's Ashton y ampliaré la firma de este cheque al mismo tamaño, y luego pediré una opinión experta sobre la caligrafía —dijo, y tomó su té—. Y ahora me temo que debo despedirme de verdad.

—¿Cuándo volveré a verlo? —preguntó ella.

—Probablemente el lunes en Winterton.

CAPÍTULO XI

Quedarse solo durante el fin de semana resultaba una perspectiva deprimente para el sargento Jago. El viernes por la noche permaneció despierto preguntándose cómo podía utilizar de manera provechosa los dos días que transcurrirían antes del regreso de su jefe de Londres, y antes de cerrar los ojos ya había elaborado un plan de acción que sería muy elogiado por Richardson si tenía éxito y no provocaría daño alguno si fracasaba. Se argumentó a sí mismo que el hombre que había matado a Dearborn se habría adentrado en las ciénagas del lado sur de North Hessary Tor —donde habría huellas de los ponis medio salvajes del páramo, pero ningún camino transitado en dirección a Plymouth hasta llegar a la carretera principal de Tavistock a Winterton—, y que en la hondonada bajo el Tor había ciénagas intransitables incluso para los ponis, llenas de trampas para los incautos no familiarizados con el páramo. El asesino, quienquiera que fuese, evitaría naturalmente cualquier camino público; las huellas de los ponis llegaban a su fin mucho antes de alcanzar el húmedo cenagal y, dado que había roto su robusto bastón, no tendría nada a mano para comprobar la solidez del terreno que tenía ante sí, de modo que bien podría haber tenido que saltar de mata en mata hasta que, con la escasez de luz, acabara sumergido en un tembloroso pantano y quedara enfangado.

Jago tenía un amigo en el cuerpo de policía, un muchacho originario de Tavistock como él; siguiendo su recomendación,

podría ganarse la atención del jefe de policía y ordenar que se buscara en los hoteles y pensiones a algún visitante que se hubiera quedado «empantanado» en el páramo, y que hubiera tenido que lavar y cepillar su ropa y sus botas antes de volver a presentarse adecentado en las calles. Probablemente todo quedara en nada, pero valía la pena intentarlo.

Inmediatamente después del desayuno, Jago tomó el tren a Plymouth y, al informarse en la comisaría, descubrió que su amigo Ned Halliday había sido designado como agente de guardia ese día. Aquello resultó muy favorable, pues no podía entablar conversación con un agente encargado de controlar el tráfico durante, digamos, un cuarto de hora, pero sí podía mantener una larga entrevista con él en un rincón de la sala de los agentes de guardia. Allí lo encontró, cinco minutos después de la llegada del tren.

—¡Santo Dios! —exclamó Halliday cuando vio a Jago—, creí que atrapabas ladrones en Londres. ¿Qué estás haciendo por aquí?

—En este momento estoy tratando de atrapar a un asesino por petición expresa del jefe de policía del condado.

—¿Qué? ¿Estás en el caso Dearborn del que hablan todos los periódicos?

—Así es.

—Pues bien podrían haber enviado a alguien mejor —indicó Halliday, protegiéndose del puñetazo en las costillas que esperaba recibir tras aquella broma.

—¿No puedes mostrarte serio por un instante? —preguntó Jago —. ¿Ni siquiera si te doy la oportunidad de trabajar en tu ascenso?

—Ahora que lo dices… Me vendría bien un ascenso con la paga que conlleva.

—Pues bien, escucha. El asesino que buscamos huyó por el lado sur de North Hessary Tor, y ya sabes cómo son los pantanos por ese lado.

—No lo sé, pero puedo imaginarlo.

—Yo lo sé porque he estado allí. Bien, ese desgraciado rompió su bastón sobre la cabeza del fallecido, y arriesgarse a correr al atardecer por esos pantanos sin un bastón supone jugarse la vida.

—¿Crees que todavía se encontrará allí con el barro hasta la barbilla?

—Puede que sea el caso, y le ahorraría muchos gastos a la Corona si así fuera, pero los asesinos no son, por regla general, tan fáciles de encontrar; por eso acudo a ti. ¿No podrías conseguir que tu jefe enviara lo que llamamos en Londres un comunicado de la comisaría, preguntando en cada hotel y pensión por un hombre que podría haber llegado con barro y lodo en sus botas y ropas, pidiendo que se las limpiaran el 29 de septiembre, un sábado? No puede haber más de un hombre en todo Plymouth que se haya metido en semejante lío. Si topáramos con su pista podríamos saber qué fue de él después.

Halliday consideró la propuesta por un momento.

—Podría hacerse, por supuesto. Unicamente estoy pensando cuál sería la mejor manera de proceder. Imagino que no estarás trabajando solo en este caso.

—No; el inspector jefe Richardson está a cargo del mismo.

—Pues bien, ¿no sería Richardson el más indicado para ver a mi jefe y hacerle una petición formal?

—Lo haría si se encontrara aquí, pero ha emprendido una investigación en Londres y no volverá hasta dentro de un día o dos.

—Te diré lo que puedo hacer: ver a mi inspector y decirle que quieres ver al jefe por un asunto muy confidencial relacionado con el asesinato de Dearborn. Eso hará que se espabile y tome nota, y podrás pedirle exactamente lo que necesitas. Quédate aquí sentado mientras busco al inspector Piggott.

Halliday no regresó solo, sino que trajo consigo al inspector. El sargento Jago se puso en guardia.

—Según entiendo, desea hablar con el jefe de policía. Dígame de qué se trata y veré si se puede arreglar.

—Es sobre el hombre involucrado en el caso del asesinato de Dearborn, inspector.

—¿Y ha sido enviado por el Yard?

—Sí; estoy ayudando al inspector jefe Richardson.

—Acompáñeme entonces; creo que el jefe se alegrará de saber cómo les va.

Subieron las escaleras; el inspector llamó a la puerta del jefe de policía y entró. Regresó e hizo una seña a Jago para que entrara en el despacho y cerró la puerta tras él. Ante el escritorio, en el centro de la sala, estaba sentado un hombre delgado y bien vestido que parecía joven para las funciones que se le atribuían. Comenzó a hablar del tema de inmediato.

—¿Es usted uno de los oficiales implicados en ese caso de asesinato en el páramo?

—Sí, señor; el sargento Jago.

—¿Y cree que el asesino escapó hacia el terreno accidentado del lado sur de North Hessary Tor?

—Sí, señor; tenemos dos testigos que lo confirman.

—Entonces, ¿qué quieren que haga?

—Creemos que el hombre era probablemente londinense, o en todo caso tenía la intención de dirigirse a Londres. Es muy probable que en el crepúsculo se empantanase en el terreno accidentado del fondo del Tor. Había roto su bastón sobre la cabeza del hombre al que mató, y si no tenía bastón y se enfangó debió de encontrarse en un aprieto terrible. Me preguntaba si sería posible que usted, señor, ordenara hacer averiguaciones en los hoteles y pensiones para obtener información sobre un hombre que hubiera entregado un traje y un par de botas para limpiar el sábado 29 de septiembre.

El jefe de policía tamborileó sobre la mesa con los dedos, pensando.

—Si descubrimos que han sucedido las cosas tal como dice aquí en Plymouth, no me parece que eso pueda ayudarle mucho.

—Me ayudaría, señor, si nos permitiera obtener una descripción suya y de cómo se fue, ya fuera en coche o en tren.

—Pues bien, veré lo que se puede hacer. Si quiere volver mañana por la mañana le haré saber el resultado de las pesquisas.

—Como el factor tiempo es importante —indicó Jago—, me

pregunto si le importaría llamarme esta misma tarde a la comisaría de Winterton si se descubre algo. Entonces acudiría a entrevistarme con los testigos personalmente, señor.

—Desde luego. Así se hará, sargento.

Cuando Jago llegó a la comisaría, no parecía haber novedades en Winterton, pero, mientras ordenaba sus notas sobre el caso, el agente de guardia, que estaba al tanto del teléfono de la comisaría, asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Una llamada a la centralita para usted, sargento.

Jago se apresuró a coger el aparato y reconoció la voz de su jefe.

—¿Es usted, sargento Jago? Habla el inspector jefe Richardson. He estado en la OC y el señor Morden quiere que sigamos.

—¿Ha tenido suerte, señor?

—No puedo decirlo todavía, pero tengo una reunión esta tarde. Le llamo para decirle que espero estar de vuelta mañana por la mañana. Imagino que estará aburrido sin nada que hacer.

—No he estado totalmente ocioso, señor. Estoy llevando a cabo una pequeña investigación en Plymouth que puede conducir a algo. Es demasiado largo para contarlo por teléfono.

—Bien, pero tenga cuidado de no malograr nuestros avances. Si me necesita llame a la oficina central y me darán el recado. Adiós.

Se acercaba la hora del almuerzo. Jago bajó al hotel, dejando una nota al telefonista para que anotara por escrito cualquier mensaje que le llegara durante su ausencia. Sentía una extraña confianza en la promesa del jefe de policía de Plymouth.

A su regreso a Winterton supo que había recibido un aviso de la policía de Plymouth en el que se le pedía que llamara a su regreso del almuerzo. Una vez establecida la conexión, una voz extraña le informó de que sería conveniente que el sargento Jago se presentara en la jefatura de policía lo antes posible.

—¿Es en relación a mi entrevista con el jefe de policía esta mañana?

—Sí —respondió la voz—. Tenemos algo que contarle que puede ser de su interés.

Jago decidió que no debía forzar la amabilidad del señor

Carstairs pidiendo prestado el coche de policía. Miró el reloj de la estación y comprobó que, si se daba prisa, podría coger el tren de las 13:17 a Millbay. Se puso en marcha de inmediato. Una vez en la estación de Millbay cubrió el trayecto hasta el ayuntamiento casi a la carrera. Al dar su nombre al oficial de guardia, le hicieron pasar a la sala del inspector.

—¿Sargento Jago, del Yard? Tengo un mensaje para usted en relación con la investigación que pidió que se llevara a cabo esta mañana. Fue un trabajo rápido. Conseguimos la información que precisaba en la primera media hora. Aquí está —cogió un trozo de papel endeble—. El 29 de septiembre, un hombre que se alojaba en el hotel Globe llegó muy tarde, cuando no quedaba nadie de servicio más que el portero de noche. Su ropa y sus botas estaban en un estado lamentable. Dijo que se había enfangado en Dartmoor y que, como era el único traje que llevaba, el portero debía limpiarlo y cepillarlo, y hacer lo mismo con sus zapatos. Se citará al portero de noche si la policía lo solicita.

—¿Dónde está el hotel Globe, inspector? Nunca he oído hablar de él.

—No es uno de los hoteles de primera clase; está en la calle Emmett.

—Gracias. Iré yo mismo de inmediato.

—¿Quiere que alguno de nosotros lo acompañe?

—Como quiera, inspector. No obstante, si anda escaso de personal, creo que podría hacer la investigación yo solo.

—Aquí siempre andamos escasos de personal. Encontrará a la gente del Globe muy servicial.

Ciertamente, el Globe no era uno de los hoteles más elegantes de la ciudad, y un hombre que se hubiera quedado enfangado en Dartmoor debía agradecer que así fuera. Tan pronto como la mujer que presidía la recepción de clientes en el vestíbulo supo quién era su visitante, mostró un vivaz interés. Hizo sonar una campana, y un botones que se había despojado del uniforme salió de algún escondite secreto, frotándose los ojos.

—Ve y llama a Richards, el portero de noche —ordenó la dama

—; el caballero desea verle.

Richards, el portero, era un hombre servicial y diligente de unos cuarenta y cinco años. Jago consideró que no podía llevar a cabo la investigación con dos curiosos escuchando cada palabra. Se dirigió a la mujer.

—Me gustaría hablar con el portero a solas, señora, si dispone de una sala libre.

—Por supuesto; no hay nadie en el salón de café a esta hora. Richards le conducirá.

En cuanto se cerraron todas las puertas, Jago sacó su cuaderno de notas y comenzó su interrogatorio.

—Me han dicho que recuerda perfectamente la noche del sábado 29 de septiembre.

—Sí, la recuerdo bien. Se refiere a la noche en la que un caballero llegó muy tarde con la ropa y las botas llenas de barro y me pidió que las limpiara. Era un señor agradable, y no sé para qué querría meterse en las ciénagas del páramo. Me dijo que había tratado de tomar un atajo; así es como terminan todos enfangados allí, tratando de tomar un atajo, y al final el atajo es más largo.

—¿Dijo en qué parte del páramo se enfangó?

—Entendí que se refería al lado sur de North Hessary, y que se metió en el pantano antes de saber lo que era. Dijo que había perdido su billetera al caerse, que se le había echado el tiempo encima buscándola en el barro, y que luego sus cerillas estaban mojadas y su reloj se había parado… ¡Que Dios me bendiga! Si hubiera escuchado todas las cosas que le ocurrieron, habría dicho que era tonto por haber acudido allí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Oh, cómo se fue hundiendo más y más, y cuanto más luchaba por salir, más se hundía, y entonces tuvo la sensatez de sentarse primero en el fango y luego tumbarse de cuerpo entero; eso evitó que se hundiera de cabeza. ¡Dios mío! Pero estaba hecho un desastre, se lo aseguro. Le hice desvestirse y ponerse el pijama, y luego llevé todas sus cosas a la caldera para que se secaran. Me llevó la mayor parte de la noche conseguir que sus cosas parecieran una

vestimenta decente con un palo y un cepillo de ropa, pero al final lo conseguí y no me importa confesarle que me dio una buena propina.

—¿Notó algo especial en él?

El portero se detuvo a reflexionar.

—Pues no, no sé, salvo que era todo un caballero. Eso se notaba en su forma de hablar.

—¿Qué edad tendría, en su opinión?

—Eso es difícil de decir. Yo lo situaría entre los treinta y los cuarenta.

Jago presionó entonces al portero para que le diera una descripción personal del individuo, y descubrió lo poco que nos fijamos en los extraños que nos encontramos. Aquel desconocido era un simple caballero sin nada peculiar.

—¿Percibió alguna singularidad en su ropa?

—No sé; eran buenas prendas hechas de buena tela, con el nombre del sastre en el interior como lleva todo buen ropaje.

—¿Recuerda el nombre del sastre?

—No, no me fijé especialmente en eso, pero sí recuerdo una cosa, la dirección del sastre en Londres. Era Sackville Street; lo recuerdo porque fui lacayo de un tal señor Sackville hace veinte años.

—Cuando el caballero dejó el hotel, ¿sabe a dónde se dirigió?

—No lo sé, pero imagino que podrán indicárselo en recepción. No obstante, quizá sí sepa algo al respecto, pues, como es lógico, lo primero que tuve que hacer con la ropa fue vaciar los bolsillos. El caballero había sacado su cartera, el reloj y las llaves, y supongo que también su dinero, pero en un pequeño bolsillo encontré la mitad de un billete de vuelta a Paddington, y recuerdo que se lo llevé y le dije: «Debería tener cuidado con esto, señor».

—¿En qué clase viajaba?

—En tercera, como el resto de nosotros.

Jago le dio las gracias y deslizó media corona en la palma de su mano. El portero se lo agradeció efusivamente, pues en el hotel Globe no se deslizan medias coronas en la palma de uno a menudo. Seguidamente, Jago se dirigió a recepción para proseguir con sus

preguntas a la dama del mostrador.

—Espero que nuestro portero de noche le haya dado la información que buscaba —le dijo alegremente la recepcionista.

—Sí, gracias, y ahora quiero pedirle que me facilite usted alguna otra información. Busque el registro del 29 de septiembre e indíqueme los nombres de las personas que se alojaron aquí.

La dama leyó la lista.

—¿Alguno de ellos se fue al día siguiente, domingo, en un tren a primera hora?

—Tres de ellos se fueron el domingo: el señor Ellis, el señor Biddlecombe y el señor Wise, pero no recuerdo a qué hora se fueron.

Se corrigió a sí misma.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo. El señor James Ellis se marchó por la mañana para coger el tren de Londres, y los otros dos almorzaron aquí.

—¿Por casualidad sería el señor Ellis el caballero cuyas ropas limpió el portero de noche?

—Sí, era él.

Jago regresó a Winterton sin sentirse demasiado satisfecho con la información adicional obtenida. Ciertamente, no existía nada que demostrara que el hombre que cometió el asesinato fuera el mismo que se quedó enfangado en Dartmoor, aunque también era cierto que no podía haber dos caballeros tan insensatos como para tentar a la Providencia tomando un atajo hacia Plymouth por el sur de North Hessary Tor. No obstante, Ellis probablemente sería un nombre falso; eso no ayudaría, como tampoco lo haría la dirección de un sastre de Sackville Street. Pese a todo, pensó que obtendría méritos a ojos de su jefe por haber empleado su tiempo de manera provechosa.

A su vuelta a Winterton supo que había recibido una nueva llamada telefónica del inspector jefe Richardson, diciendo que no volvería a Winterton a la mañana siguiente pues le requerían en Abbott's Ashford, cerca de Bristol.

CAPITULO XII

El inspector jefe Richardson llegó a Bristol demasiado tarde como para hacer nada aquella noche. Se hospedó en el hotel de la estación y pidió que le sirvieran el desayuno tan temprano como fuera posible la mañana siguiente. Mientras esperaba su cena, consultó el horario de los autobuses a las ciudades vecinas y comprobó que, si salía a las diez, llegaría a Abbott's Ashton a las doce y media. Le pareció una hora adecuada para llevar a cabo su visita un domingo por la mañana. Toda la familia estaría en casa. El padre, a no ser que fuera un acólito en la iglesia, se encontraría aún en pantuflas y sin afeitar; la madre aún no habría comenzado los preparativos para el almuerzo del domingo.

Abbott's Ashton resultó ser una población de apenas una calle. Bastaba con recorrerla de cabo a rabo para encontrar Chatsworth, la obra maestra de la arquitectura local edificada en ladrillo rojo, con un mirador en la sala de estar y una diminuta torre de ladrillo que coronaba la escalera. Pero Richardson no era crítico en materia de construcciones; suponía que cuando la familia Dearborn hizo su entrada en aquella pretenciosa residencia, con su escalera de pino y su vestíbulo adornado con azulejos, con su sala de estar donde nunca había nadie y su comedor en el que la familia pasaba el día, consideró que había ascendido en la escala social y se sintió inclinada a mirar por encima del hombro a sus vecinos. Tocó el timbre; pudo percibir el débil sonido de unos pasos que se

apresuraron en la escalera y los susurros de una familia que intercambiaba impresiones, pues no era habitual recibir visita de los vecinos un domingo por la mañana.

Abrió la puerta un joven de poco más de veinte años, que retrocedió ligeramente al divisar la imponente figura de Richardson.

—¿Viven aquí el señor y la señora Dearborn? —preguntó el recién llegado.

—Sí.

—¿Es usted el hijo del señor Dearborn?

—Sí.

—¿Podría ver a su padre un momento?

—Se lo preguntaré, si así lo desea. ¿Qué nombre debo dar?

—Dígale simplemente que el señor Richardson desearía hablar con él unos minutos.

El joven pareció recordar las normas de cortesía que había visto en sus mayores y pidió al visitante que entrara y tomara asiento. Lo condujo hasta la sala de estar, lustrosa y ornamental, y fue en busca de su madre.

—Un hombre desea hablar con uno de los dos —anunció una vez hubo llegado al dormitorio, en la planta superior—. Le he hecho pasar al salón.

—No puede ser el del gas —observó la madre—. No vendría un domingo.

—No, no es el del gas; por su aspecto diría que es un caballero de Londres.

—Qué cosa más extraña —refunfuñó ella—. ¿Qué quiere de nosotros un caballero de Londres un domingo por la mañana? —entonces su rostro se iluminó—. Ya sé de qué se trata; es uno de esos que se dedican a los seguros de vida. En fin, tu padre no está presentable. Tendré que bajar yo. Si no está dispuesto a esperar, que no hubiese venido.

La dama se preparó para ofrecerse en sacrificio por la familia, como dedujo Richardson a raíz del temblor del techo sobre su cabeza y el tintineo de la araña de cristal. El constructor había ahorrado dinero en vigas. Entonces, las pisadas se escucharon en la

escalera de pino, que parecía la estructura más sólida de la casa. La puerta se abrió y apareció la señora Dearborn. Se levantó para saludarla. Era una matrona de aspecto afable, que frisaba los sesenta años; de modales agradables, tenía el cabello gris y estaba bien conservada. Richardson se hallaba familiarizado con aquel tipo de madre; conjeturó que no se mostraría elocuente con un extraño acerca de su hijo hasta que se hubiera ganado su confianza.

—Quizá le traigo malas noticias, señora —comenzó—; un tal Charles Dearborn falleció hace dos semanas en el sur de Devon y me urge localizar a sus familiares.

Por un instante su rostro adoptó una expresión de absoluto espanto, y entonces preguntó:

—¿Está seguro de que fue hace dos semanas?

—Así es; fue el 29 de septiembre.

El alivio que reflejó su semblante no escapó a la mirada sagaz de Richardson.

—No es posible que sea pariente nuestro.

—He venido a asegurarme de eso mismo.

—¿Cómo ha averiguado nuestra dirección?

—Su nuera me la facilitó.

La señora Dearborn era demasiado educada como para resoplar; emitió un sonido inarticulado, que venía a ser lo mismo.

—Ah, conque se la dijo ella, ¿eh?

—Sí; no traiciono confianza alguna si le revelo que está tratando de demostrar que el señor Dearborn fallecido hace quince días era su esposo.

—¡Ah! De modo que quería saberlo, ¿verdad? Discúlpeme, pero no alcanzo a entender su papel en este asunto, a no ser, claro está, que sea usted su abogado.

—No, señora. No actúo en su nombre, sino en nombre de la otra señora Dearborn, la viuda del finado. Verá, a ella no le agrada la idea de que su difunto marido hubiera cometido bigamia al casarse con ella.

—Oh, a esa nuera mía no le preocupa la amargura que lleva a hogares ajenos.

—¿Podría decirme dónde está ahora el esposo, su hijo?

Vio cómo su expresión se endurecía, presa de la obstinación.

—Lo lamento, no puedo. No hemos tenido noticias de él desde hace seis años.

—¿Envió usted a alguien —como su otro hijo, por ejemplo— a Devonshire para preguntar si el difunto Charles Dearborn era pariente suyo?

—No, sabía que no había fallecido ningún pariente nuestro.

—Entonces sabe que su hijo Charles está vivo —apuntó Richardson con una sonrisa para disipar la ira de aquella mujer que había caído en la trampa.

—Mire, sé de qué trata todo esto. Ella lo ha enviado a usted para que descubra el paradero de Charles. Todo este tiempo ha tratado de localizarlo y, ahora que tiene dinero gracias al cine, se dedica a contratar a gente.

—Le aseguro, señora, que no estoy aquí en su nombre, sino en el de la legítima esposa del hombre fallecido. Como le he dicho, su nuera quiere reivindicarlo como su marido para así quedar libre y poder contraer matrimonio nuevamente.

—¿Quedar libre? No puede desearlo más que nosotros. Ha destrozado la vida de mi hijo. Desde que ganó aquel certamen de belleza, se gastó cada penique que él obtenía en engalanarse; cuando llegaba a casa cansado después de trabajar todo el día, se encontraba con que no tenía nada que llevarse a la boca porque ella se había marchado a cenar y al cine con algún admirador. Amargó su carácter a base de fastidiarlo, y un día contradijo a su jefe delante de todos en el trabajo y fue despedido, naturalmente; por aquel entonces era cajero. Luego ella recibió una oferta en un estudio cinematográfico y declaró que no iba a mantenerlo; que era mejor que se marchase. Entonces él la dejó y no desea volver a verla.

—Lo comprendo —repuso Richardson con suavidad—. Desearía poder convencerla de que me diera su dirección por el bien de mi cliente.

La dama vaciló.

—Si estuviera segura…

—Le garantizo que no le facilitaré la dirección a su nuera hasta que su propio hijo así lo desee.

Ella soltó una risita.

—Descuide, no lo deseará. No me importa confiarle que está en camino hacia aquí para almorzar con nosotros, y si volviera usted alrededor de las dos y media, podría hablar con él.

—Vaya, si vive en el pueblo podría ir a visitarlo ahora mismo.

—No vive aquí. Trabaja recogiendo leche cerca de Bath, pero normalmente viene los domingos.

—Su esposa me dijo que había estado aquí haciendo preguntas, pero no logró que los vecinos le dijeran nada que tuviera sentido.

La señora Dearborn rio.

—No me sorprende oír eso. No caía bien en el pueblo y ni una sola persona movería un dedo para ayudarla; además, aquí nadie sabe dónde trabaja él.

—¿Cuántos hijos varones tiene, señora Dearborn?

—Solo dos: Charles y Albert, que ha sido quien le ha abierto la puerta.

—Alguien me dijo que tenía usted un hijo con el rostro lleno de pecas.

El recuerdo provocó su risa.

—Ese era Albert. No ha visto usted tantas pecas en su vida como las que él tenía hasta que cumplió catorce años, pero ya han desaparecido. Verá, cuando era niño siempre estaba al aire libre, pero cuando comenzó a tratarse en una consulta médica a los quince años comenzaron a desvanecerse. Aún pueden apreciarse si la luz es buena, pero apenas son perceptibles.

Richardson se puso en pie.

—Debo presentarle mis excusas por haberle robado tanto tiempo, señora Dearborn. Le estoy verdaderamente agradecido por la confianza que ha depositado en mí.

—Bueno, he pensado en la pobre mujer para la que usted trabaja. No debe de resultar agradable descubrir que una ha cometido bigamia.

—¿Está usted segura de que no le importa presentarme a su hijo

esta tarde?

—En modo alguno. Lo esperamos a usted a las dos y media.

Mientras Richardson daba cuenta de un modesto almuerzo en la posada local, repasó mentalmente su trabajo de aquella mañana. En realidad, no había esperado gran cosa de su visita a Abbott's Ashton, salvo comprobar el hecho de que el marido de Jane Smith no era el objeto de sus pesquisas en el sur de Devon. Había dos hombres con idéntico nombre, lo cual ocurre con frecuencia cuando se trata de un apellido común; pero, cuando no es el caso, la explicación habitual es que uno de los dos utiliza un nombre supuesto con algún propósito particular. Partiendo de tal premisa, era muy posible que el Charles Dearborn de Winterton hubiera escuchado el nombre en alguna parte y lo hubiera adoptado. Aquello abría una nueva línea de investigación.

Si bien no tenía consecuencia alguna en cuanto al caso del asesinato, Richardson no podía fingir que no le interesaban los avatares de Jane Smith, quien, gracias a sus esfuerzos, había logrado riqueza y posición en seis años. Podía no ser una persona con la que resultase agradable convivir, pero, cuando menos, tenía carácter, y sin duda su esposo era un pobre hombre… esa misma tarde averiguaría cuán pobre era.

A las dos y media en punto estaba de regreso en Chatsworth, y el muchacho que ya no tenía pecas lo hizo pasar al comedor. El clan estaba sentado en torno al fuego; el humo del tabaco fluía por toda la estancia. La señora Dearborn presentó el huésped a su esposo y a su hijo.

—Le he explicado a mi hijo por qué le he revelado a usted su secreto, y coincide en que, por el bien de esa pobre mujer de Devonshire, no podía hacer otra cosa.

Richardson contempló con curiosidad a Charles Dearborn. Se parecía mucho a la imagen que se había forjado de él: un pobre hombre sin agallas, de impecable honestidad, de naturaleza afectuosa, pero completamente desprovisto del arrojo necesario para prosperar en la vida moderna. Por ese motivo su trayectoria siempre había ido cuesta abajo; hasta ese mismo día se levantaba casi cuando

otras personas se iban a dormir para conducir un automóvil por las granjas cercanas a Bath y recoger leche para las vaquerías de la ciudad. Casi parecía lo bastante mayor como para ser el padre de su hermano pequeño.

Tras una breve conversación intrascendente con el señor Dearborn padre, por quien ya sentía simpatía, Richardson decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Debo informarles de que no soy abogado, ni ejerzo ninguna de las otras profesiones que se les hayan podido ocurrir. Soy inspector jefe de Scotland Yard, y me encargo de resolver el misterio del fallecimiento del difunto Charles Dearborn —percibió, más que vio, la oleada de excitación que suscitaron sus palabras—. El Charles Dearborn de Winterton sufrió una muerte violenta, aunque el jurado la haya atribuido a un accidente de automóvil.

La expresión de la señora Dearborn se tornó ominosa.

—Si esa nuera mía volvió de Hollywood con la idea de ser libre para volver a casarse, y descubrió que un hombre que se llamaba igual que su marido vivía por allí, con la cabeza que tiene, llena de gánsteres y delincuentes, podría haber jugado un papel en todo eso.

—Vamos, mujer —replicó el esposo—, eso es ir demasiado lejos.

—Si hubiera leído tantas novelas de detectives como yo, padre —intervino el hijo mayor—, no le sorprendería nada.

Richardson sonrió.

—Dudo que podamos acusar de nada de eso a la mujer que se hace llamar Jane Smith. El hombre fallecido llegó a Winterton hace unos tres años. ¿Se les ocurre alguien que conocieran hace tres años y que hubiese podido tomar su apellido? Pensamos que no tenía ningún derecho a utilizar el nombre que adoptó.

—¿Hace tres años? Espere, es más o menos cuando empecé en mi empleo actual, ¿verdad, madre?

—Sí, pero no veías a nadie aparte de a los granjeros cuando te llevaban con ellos a recolectar la leche.

—Tengo entendido que cuando estuvo en Bristol era cajero en un comercio bastante grande —continuó Richardson—. ¿Ha trabajado como cajero desde entonces?

El joven negó con la cabeza.

—No, no se puede obtener ese tipo de trabajo sin referencias. Me trasladé a Bath por un tiempo para alejarme de mi esposa, pero durante una temporada no encontré trabajo y mi madre tuvo que enviarme dinero. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que me ofrecieran. Cada mañana leía la sección de anuncios y, al final, acabé limpiando en el Pump Room[17].

—Considero que podría haber logrado que su antiguo jefe de Bristol lo readmitiera —terció el padre—, pero no quería volver a trabajar aquí por temor a encontrarse con esa esposa suya.

—¿Nunca se empleó como chófer privado o sirviente de nadie? Lo pregunto porque el hombre asesinado en Winterton tenía recursos económicos, por lo que pudo haberlo contratado a usted y, posteriormente, adoptar su nombre.

—No, tuve que aceptar todo tipo de colocaciones porque los indigentes no pueden permitirse el lujo de escoger, pero nunca acepté un trabajo de esa clase. Llevo tres años en el empleo que tengo ahora, y estoy seguro de que ninguna de las personas para las que trabajo utilizaría un nombre supuesto. Todos son granjeros conocidos que llevan años donde están.

—Bien, les doy las gracias a todos, pero me temo que el caso seguirá siendo un misterio —se giró hacia Charles—. Le prometo que no proporcionaré su dirección actual a su esposa, pero debo advertirle que removerá cielo y tierra para encontrarlo. Lo quiere a usted vivo o muerto. Muerto, ella será libre para volver a contraer matrimonio; vivo, para divorciarse de usted.

El venerable padre se levantó del sillón, agitado.

—¿Por qué no, hijo? ¿Por qué no dejas que se divorcie de ti y te libras de ella para siempre?

—Ay, dejad que siga como hasta ahora. Todo eso sería un incordio.

—No tanto como usted cree —señaló Richardson—. Ella tiene mucho dinero y los divorcios se tramitan con rapidez en Estados Unidos. Dicho esto, debe hacer lo que considere oportuno.

—No, hijo mío —insistió el padre—. Debes mostrar

determinación por una vez. Sal a la luz y permite que se divorcie de ti.

—Sí —convino la madre—, has permanecido oculto como un delincuente durante seis años, temeroso de volver a tu propia casa por miedo a que ella te encontrara.

—Bueno, pero no la veré a solas; no debe caer sobre mí.

Su madre manifestó, con una luz beligerante en la mirada:

—Deja que venga aquí y yo te ayudaré durante la conversación. Tal vez el caballero tenga la amabilidad de indicarle que puede venir a verte cualquier domingo por la tarde.

—Está decidido, pues —concluyó Richardson—. Se lo diré.

Se despidieron con mutuos buenos deseos. Richardson regresó a la posada para esperar el *char-á-banc* que lo llevara de vuelta a Bristol. Una vez en el hotel de la estación descubrió que, como había temido, era imposible encontrar un tren con destino a Plymouth un domingo por la noche. Reflexionó, presa del arrepentimiento, que había resuelto un misterio sobre la estrella de cine, Jane Smith, pero no había avanzado lo más mínimo a la hora de aclarar el asesinato de Charles Dearborn en Winterton. Pasó la noche redactando notas acerca de lo que había hecho aquella tarde y, dado que no tenía derecho a visitar de nuevo a Jane Smith, se sentó a escribirle una carta para enviarla a su apartamento.

ESTIMADA SEÑORITA SMITH,

Sin duda le interesará saber que he pasado la tarde en compañía de su esposo y su familia. Su marido se encuentra muy bien y cuenta con un empleo estable. Sinceramente, no me atrevo a afirmar que anhelara oír hablar de usted, pero si desea discutir con él la cuestión del divorcio, le complacerá recibirla en la residencia de sus padres, Chatsworth, Abbott's Ashton, cualquier domingo por la tarde a las 14:30 horas. Se reunirá con usted en presencia de su madre.

Atentamente…

A continuación, puso una conferencia para hablar con su sargento en la estación de policía de Winterton.

—¿Es usted, Jago? Richardson al aparato. He tenido un día bastante activo y he esclarecido lo que podría haber resultado una tediosa pista falsa. Tendría que haber vuelto esta noche si el servicio ferroviario lo hubiera permitido, pero en cualquier caso estaré ahí mañana por la mañana. ¿Cómo le ha ido a usted?

—He tenido un golpe de suerte, señor Richardson. Creo que he obtenido una descripción del hombre que buscamos. —¡No me diga!

—Lo juzgará usted mismo cuando le ponga al tanto de lo que ha ocurrido. Se trata de un asunto demasiado confidencial como para discutirlo por teléfono.

—Bien, seré todo oídos mañana por la mañana. Buenas noches.

CAPÍTULO XIII

Eran casi las once cuando el trayecto que atravesaba el país, de Bristol a Winterton, llegó a su fin. El sargento Jago había consultado los trenes y se reunió con Richardson en la estación.

—Su mensaje de anoche por teléfono, Jago, me tiene en ascuas; dígame exactamente lo que ha estado haciendo.

—No puedo colgarme ninguna medalla, señor Richardson. Gracias a mis conocimientos locales del páramo se me ocurrió que un hombre que escapara en la dirección indicada por esa joven, Susie Duke, debió de haberse topado con un pantano al sur de Tor; a mí me ocurrió cuando era niño.

Y se dispuso a describir los pasos que, a instancia suya, había dado el jefe de policía.

—De modo que su descubrimiento es que un hombre que quedó empantanado la noche del asesinato llevaba ropas confeccionados por un sastre de Sackville Street, y que tomó un tren con rumbo a Londres. Hasta ahí, bastante plausible. Sin embargo, pudo haber sido el criado de un caballero a quien su patrón le regaló un traje viejo.

—El personal del hotel me aseguró que se expresaba como un caballero. Claro está, existe el riesgo de que otra persona, ajena a nuestro caso, quedara atrapada en el pantano ese sábado por la noche.

—A estas alturas no podemos permitirnos pasar por alto

ninguna pista, por pequeña que sea. Eso significa que tendremos que hacer una ronda por los sastres de Sackville Street.

—Aún no me ha comunicado el resultado de sus pesquisas, señor Richardson. ¿Ha averiguado quién era el marido de esa estrella de cine?

—En efecto, y hablé largo y tendido con él. Hágame caso, sargento Jago, y nunca caiga en la tentación de llevar al altar a una mujer que tenga ambiciones en el mundo del cine. Si lo hace, acabará lamentándolo.

—¿Tan terrible era la dama?

—En absoluto; al contrario, era cautivadora; pero, como no podía complacer su deseo de encontrar un esposo fallecido, le encontré uno vivo.

—Eso no le va a agradar.

—Probablemente no, pero hay más de un método para librarse de un marido. Existe la posibilidad del divorcio, especialmente cuando, como en este caso, no hay nada que él desee más que divorciarse.

—¿Había alguna conexión entre ese Charles Dearborn y el nuestro?

—No, pero mi viaje a Bristol no resultó una completa pérdida de tiempo, pues considero que nuestro Charles Dearborn utilizaba un nombre supuesto y que lo tomó del marido de la estrella de cine; alguien debió de mencionárselo, acaso de pasada, pero el nombre se le quedó grabado. La mayoría de los nombres falsos surgen así. No es que avancemos rápido con nuestro rompecabezas, pero la realidad es que no estamos estancados.

—¿Cuál es el siguiente paso? —quiso saber Jago.

—En primer lugar, obtener del director del banco de Plymouth la fecha exacta en que el difunto ingresó veinticinco mil libras en billetes; y, a continuación, buscar información sobre robos de joyas o de obras de arte en esas fechas que tuviesen aproximadamente ese valor. Los peristas no pagarían semejantes artículos con un cheque.

—¿Por qué no incluir a los ladrones de dinero en efectivo?

—Porque habría salido a la luz la cantidad de billetes y se habría

frustrado el pago. En este caso, Scotland Yard no habría sabido nada; de lo contrario, las informaciones habrían causado un gran revuelo. Entiendo que el superintendente Carstairs no está esperándome, ¿verdad?

—No lo creo. Me parece que ha ido a alguna parte en el coche.

—En tal caso, partiremos inmediatamente hacia Plymouth, obtendremos la información que queremos del banco, almorzaremos en algún sitio y tomaremos un tren vespertino hacia la ciudad. Mientras prepara nuestro equipaje, haré una visita a la señora Dearborn y le diré que sigue siendo la legítima viuda de su difunto esposo. De camino puede pasar por comisaría y dejar un aviso a Carstairs de que tenemos que ir a Londres por el caso y probablemente regresaremos pasado mañana.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la estación. Iré allí después de ver a la viuda.

Richardson encontró en casa a la señora Dearborn, quien recibió las noticias sin perder un ápice de compostura.

—Estaba segura de que se demostraría que el agente publicitario se equivocaba. Pero ahora tengo algo que puede interesarle a usted. Creo recordar que le dije que encontré dos novelas de detectives entre la ropa de mi difunto esposo. Pues bien, comencé a leer una de ellas y hacia el final de la historia encontré dos páginas que pensé que no se habían separado. Fui a por un abrecartas y entonces observé que las esquinas de las páginas se habían pegado. Al notar el grosor de la página doble me di cuenta de que alguien había introducido un papel, empleando las dos páginas a modo de sobre. ¿Quiere que le traiga el libro?

—Si es tan amable —contestó Richardson.

Volvió en menos de treinta segundos.

—Aquí tiene el ejemplar y estas son las hojas pegadas, de la 301 a la 304.

Richardson palpó las cuartillas. En efecto, había algo guardado entre ellas.

—¿Las abro, señora Dearborn?

—Por supuesto. Consideré más oportuno que las abriera usted

en lugar de hacerlo yo.

Richardson sacó su navaja, que siempre llevaba bien afilada. Introdujo la punta entre las dos páginas y suavemente separó el borde pegado. A continuación, introdujo el dedo y extrajo un billete… un billete del Banco de Inglaterra por valor de quinientas libras. Se lo entregó a la señora Dearborn para que lo examinara. Él, por su parte, frunció el ceño inmerso en sus pensamientos. Aquel billete oculto revestía una gran importancia para el caso, estaba seguro. Le rogó que le permitiera quedárselo durante un tiempo, y añadió:

—Casi olvido que tenía un cheque suyo en mi poder. Ahora que he visto en carne y hueso al esposo de la estrella de cine, no hay necesidad de comparar caligrafías. Ayer ocurrió algo que requiere mi presencia en Londres, pero espero estar de regreso pasado mañana, y la veré entonces. Adiós.

Encontró al sargento Jago en la estación con el equipaje.

—He pagado la cuenta del hotel —anunció—, pero les he pedido que nos reserven nuestras habitaciones, salvo que realmente necesiten disponer de ellas. Nuestro tren parte dentro de veinte minutos.

Empezaron a recorrer la estación de un extremo al otro. Richardson puso al tanto a su subordinado sobre el descubrimiento del billete guardado entre las páginas del libro.

—¿Qué cree que significa eso? —preguntó Jago.

—La primera explicación que se me ocurrió fue que este billete no se depositó en el banco con el resto porque Dearborn temía que su número pudiera haber sido facilitado a Scotland Yard para ser incluido en sus datos. Le gustaba andar sobre seguro, pero su amor al dinero le impidió destruirlo. Tal vez pretendiera costear su defensa en caso de ser descubierto.

—Me parece que la trama se está complicando, señor Richardson —comentó Jago—. Si Dearborn pertenecía a una banda de ladrones, pudo cargárselo uno de sus cómplices por no repartir de manera justa el botín.

—Sin ir tan lejos, considero que el billete bien podría suponer el

punto de inflexión en nuestra investigación. Aquí llega nuestro tren.

Había más personas en el amplio vagón del tren regional, por lo que su conversación se vio interrumpida a la fuerza.

Caminaron desde la estación Millbay hasta el banco, donde Richardson pidió ver al director en su despacho.

—Hace varios días que deseaba verlo —declaró el señor Todd —. Me preguntaba cómo va su investigación.

—He venido hasta aquí esta mañana, señor Todd, para ofrecerle un relato bastante exacto de cómo van las cosas; pero antes, le ruego que me indique la fecha precisa en que el señor Dearborn depositó las veinticinco mil libras.

—Puedo decírselo sobre la marcha pues, como albacea del testamento del difunto, he redactado un escrito.

Se lo entregó a Richardson.

—Tome nota, sargento Jago… 13 de mayo, hace tres años. Me ha preguntado a qué conclusiones he llegado hasta ahora, señor Todd. Estamos seguros de que su cliente utilizaba un nombre supuesto; que las veinticinco mil libras que depositó en su presencia no fueron obtenidas de un modo honrado, y que su asesinato se debió a su transacción con ese dinero. Ahora nos dirigimos a Londres para lograr más pruebas al respecto, si fuera posible.

—Pero si el dinero que tengo que manejar como albacea es robado, ¿resultaría seguro para mí proceder a la validación del testamento?

—A estas alturas, estoy seguro de que sí, aunque no soy abogado como para asesorarle sobre el futuro. Sin duda le parecería extraño que un cliente nuevo se presentara en el banco con veinticinco mil libras y abriera una cuenta de depósito.

—Así fue; no obstante, me permito recordarle que los banqueros tenemos muchos clientes excéntricos, y la única particularidad de la operación era la cuantía depositada.

—Creo recordar que usted me dijo que el montante del dinero lo conformaban billetes de elevado valor.

—En efecto, pero, como comprenderá, no anoté cuántos, como sí hago cuando recibimos un aviso concreto al respecto.

—¿Recuerda si en aquella época hubo algún aviso sobre una gran suma de dinero desaparecida? ¿No le facilitaron ninguna lista con las cifras?

—No; si nos hubieran avisado sobre uno solo de los billetes, habríamos informado inmediatamente al Banco de Inglaterra y a la policía.

—Muchas gracias, señor Todd; esta tarde parto hacia Londres para comprobar cierta información que hemos recibido, pero espero estar de regreso en Winterton antes de dos días.

Cuando los dos policías llegaron a Londres aquella noche, era demasiado tarde para hacer averiguaciones. Acordaron que el sargento Jago se presentaría en el alojamiento de su jefe la mañana siguiente a las nueve en punto y que, mientras Richardson recababa información, Jago visitaría a los sastres de Sackville Street. A la mañana siguiente, se reunieron como habían convenido.

—He estado reflexionando sobre nuestro programa, Jago —comenzó Richardson—. Voy a dedicar la mañana a repasar el archivo de datos de marzo, abril y mayo de hace tres años, para comprobar si en ese período se cometió algún robo por valor de veinticinco mil libras. Me ocupará casi toda la mañana y a usted le dará tiempo de sobra para llevar a cabo sus pesquisas en Sackville Street. Nos veremos para almorzar en Carter's, en el Strand, y entonces decidiremos cuál será nuestro siguiente paso.

El período que Richardson había decidido investigar resultó bastante intrascendente en lo relativo a delitos graves. Sí figuraba, todo hay que decirlo, la colección habitual de bienes robados y desaparecidos, pero no había registro alguno de ningún robo sensacionalista que pudiera alcanzar la cuantía de veinticinco mil libras. Richardson apartó los archivos con un suspiro; de nuevo, parecía que el azar le daba la espalda. Se consoló con la idea de que quizá su ayudante tendría mejor suerte, pero no era sino una vana esperanza.

A decir verdad, Jago contaba con el nombre de Ellis como baza ante los sastres —el nombre que había facilitado en el hotel el hombre que buscaban—. Si además hubiera podido mostrar una de

las prendas incriminatorias, el resultado habría sido diferente, pero un sastre tras otro revisó sus libros en busca de un cliente llamado Ellis sin ningún éxito.

—Verá, señor —le dijo un sastre—. Confeccionamos entre cien y doscientos trajes cada trimestre, y si un cliente decide dar un nombre falso al dueño de un hotel, difícilmente cabe esperar que nosotros lo identifiquemos.

El argumento era irrefutable; sintiéndose alicaído, Jago se dirigió a Carter's, en el Strand. Allí encontró a su jefe igualmente abatido; de nuevo parecían encontrarse en un callejón sin salida.

—¿No ha tenido suerte con el billete de quinientas libras pegado en el libro? ¿No estaba entre los que habían sido suspendidos?

Richardson negó con la cabeza.

—Los únicos billetes suspendidos en esa época eran de poco valor, entre cinco y veinte libras.

—Vaya por Dios, estamos en apuros —concluyó Jago—. ¿Qué hacemos ahora?

—Aún tengo una bala en la recámara, aunque no resulte muy efectiva. No puedo evitar pensar que el hombre asesinado tomó el nombre de Charles Dearborn del esposo de la estrella de cine o de la propia estrella de cine. Esta tarde voy a echar las redes. Solo espero encontrarla en casa y sin ese ser abominable, el agente publicitario —indicó mirando su reloj—. Debo partir ya si quiero encontrarla en casa; tendrá usted que matar el tiempo esta tarde. Nos veremos aquí, pongamos, a las cinco en punto.

Jago adoptó una expresión de perplejidad.

—No acabo de comprender qué espera obtener de ella.

—Espero hacerla hablar sobre las personas que conoció hace tres años… si es que estaba en Inglaterra por aquel entonces.

Un taxi veloz lo transportó a Arcadia Mansions en menos de veinte minutos. Tocó el timbre del apartamento y la doncella abrió la puerta.

—¿Podría ver a la señorita Smith un momento?

La doncella vaciló.

—Tiene ensayo esta tarde, señor, y está descansando.

—Sí, pero no la entretendré. Haga el favor de decirle que el señor Richardson desea verla.

El efecto de aquel mensaje fue casi instantáneo. La dama apareció, ataviada con un pijama de satén negro. Richardson se puso en pie.

—Muy bonito —le espetó ella—, hacerme creer que era usted un abogado cuando todo el tiempo ha sido un sabueso de Scotland Yard. Eso sí, ¡menudo sabueso! —añadió evidenciando su admiración, a pesar de sí misma—. Aquí donde me ve, he estado pagando Dios sabe cuánto a detectives privados para encontrar a ese esposo mío en Abbott's Ashton; en cambio, usted se presenta allí, la familia le invita a entrar y le cuenta toda la historia en media hora. Dígame, ahora que lo ha visto, ¿le sorprende que le diera la patada?

—¿Ya ha estado usted allí? La cita que le concerté era para el próximo domingo.

—Sí, pero no podía esperar. Nadie en mi profesión puede esperar. Recibí su carta ayer por la mañana a las ocho, hice venir al coche, llegué a tiempo de encontrar a la familia almorzando, tuve una conversación franca con ellos y regresé justo para la cena. Un buen trabajo, si me permite decirlo.

—¿Resolvió el asunto con ellos?

—Ya lo creo, y eso que la familia me trató como si fuera escoria, pero no me importó. Mi objetivo era el divorcio; ellos también lo desean. Ahora lo han dejado en mis manos, pero tengo que reconocer que usted preparó el terreno.

—¿Cómo pretende conseguir el divorcio? A no ser que se pueda demostrar mala conducta, no se trata de un asunto sencillo en este país.

—Oh, no debe preocuparse por eso. No voy a contratar a un sabueso privado para que siga a mi esposo mientras recolecta la leche; el pobre patán no es capaz de portarse mal, y no voy a obligarlo. No. Viajaré a Estados Unidos en busca del divorcio. En algunos estados es una cuestión de dinero, nada más. Lo solucionaré, no tema. Pero, caray, le estoy condenadamente agradecida por haberlo hecho posible en un par de días, y si puedo

hacer algo por usted, no tiene más que decirlo. Si estuviésemos en América, hablaría con su superior y le daría a usted un ascenso, pero supongo que en Scotland Yard las cosas funcionan de otra manera.

—Muchas gracias, señorita Smith, pero lo único que puedo aceptar de usted es una entrada para poder verla en pantalla.

—¿Una entrada? Le daré cien entradas. Puede acceder cada vez que pase por delante de un cine en el que estén proyectando una película mía. Ojalá pudiera hacer algo más para demostrarle mi agradecimiento.

—¿Podría hacerle unas cuantas preguntas más?

—Todas las que quiera, pero solamente dispongo de media hora para responderlas.

—¿Estaba usted en Inglaterra hace tres años y medio?

—Vaya pregunta… ¿Hace tres años y medio? Pues sí, ha acertado. Estuve aquí entre marzo y junio.

—¿Realizó alguna pesquisa sobre su esposo, Charles Dearborn, durante esos meses?

—Naturalmente. Iba de acá para allá buscándolo todo el tiempo. Contraté a dos de esos sabuesos que se anunciaban en Londres y no consiguieron nada, pero me cobraron una factura por los gastos que me heló la sangre.

—¿Recuerda sus nombres?

—Pues sí. Había un tipo llamado Prosser y otro llamado Jordan.

Richardson conocía los dos nombres; no era probable que ninguno de ellos le fuera a resultar de ayuda.

—¿Contrató a alguien más?

—Como investigador, a nadie más, pero consulté a un abogado y el muy estirado me dijo que no se trataba de un trabajo para un letrado y me remitió a esos detectives.

El semblante de Richardson debió de evidenciar su interés, pues ella se apresuró a añadir:

—No se moleste en mirarme así, porque no recuerdo el nombre del abogado. Lo único que sé es que tenía una oficina en Bold Street, Bristol.

—¿Y habló con él de su esposo… Charles Dearborn?

—¿De qué otro asunto iba a hablarle? Cuando me dijo con muy buenas maneras que me fuera al diablo, me dirigí a él de un modo que no habrá olvidado, aunque aquello ocurriera hace tres años y medio. A propósito, le interesan las pecas, ¿no es así? Pues bien, el recadero de Bold Street tenía más pecas en el rostro que mi joven cuñado, Albert… si es que no se le han difuminado también.

Richardson se puso en pie.

—Le quedo muy agradecido. Sus respuestas a mis preguntas pueden resultar de gran utilidad.

—Sí que es usted fácil de complacer —comentó Jane Smith.

CAPÍTULO XIV

Cuando los dos policías se reunieron en Carter's para tomar el té, el sargento Jago no pudo evitar fijarse en que el rostro del inspector jefe tenía una expresión más sosegada.

—Veo que ha conseguido información útil esta tarde —observó.

—Tengo algo que podría resultar de utilidad si el mal fario que me persigue en este caso no vuelve a aparecer para estropearlo todo. Recordará que siempre he mantenido la teoría de que el hombre asesinado era abogado, y era obvio que se estaba escondiendo cuando tomó aquella casa en Winterton. ¿Cómo llegó a utilizar el nombre de Charles Dearborn? Se lo diré. La mujer que se hace llamar Jane Smith en el cine se mostraba muy ansiosa por localizar a su esposo del mismo nombre, y con ese objetivo, según me ha revelado esta tarde, visitó a un abogado en Bold Street, Bristol, con tan mala suerte de que no recuerda su nombre, de manera que el censo de abogados no nos servirá. Cuando fue a ver a este hombre, naturalmente daría el nombre de su marido y, al tratarse de un apellido poco común, pudo quedársele grabado al abogado, de tal forma que le vino a la mente cuando buscaba un alias. Como sabe, una de las mayores dificultades a las que se enfrentan los delincuentes es inventar nombres. Como aquel caso de Podmore en Southampton. Ese hombre dio a la policía más de una docena de nombres extraídos de bufetes y calles, todos ellos falsos en lo referente a Southampton, pero sí existían en The Potteries[18],

Staffordshire, donde se crio Podmore.

—Sí, recuerdo haber seguido ese caso —confirmó Jago.

—Supuso una lección para cualquier detective. Demostró que, incluso cuando un delincuente es inteligente, lo que le resulta más difícil es dar con un pseudónimo que dé resultado.

—Ojalá esa mujer hubiera recordado el nombre del abogado al que visitó.

—Sí, es muy típico de una mujer. Ha olvidado lo realmente esencial que necesitamos de ella, pero recuerda que el recadero tenía pecas. Me temo que no nos queda más remedio que poner rumbo a Bristol en un tren que parta mañana temprano, acudir a la policía y preguntar qué ha sido de un abogado que hace tres años y medio tenía una oficina en Bold Street.

—Pero ¿por qué no vamos a Bold Street y buscamos la oficina de un abogado y notario?

—Porque, si mi teoría es correcta y el abogado eligió Winterton como escondite, la oficina ya no existirá. Si tuviésemos un gran golpe de suerte, hasta podríamos dar con el recadero pecoso, que ahora es casi cuatro años mayor que entonces y puede que sea el joven que vino a Winterton y habló con el teniente Cosway. Tal vez su objetivo fuera el chantaje, pero eso no es problema nuestro.

Una vez en Bristol, su primera visita fue la comisaría de policía local, donde Richardson preguntó por el inspector jefe. Ambos fueron conducidos a una estancia con el rótulo «Inspector», donde fueron recibidos por un hombre mayor que Richardson, que escribía afanosamente en una mesa.

—Debo presentarme, inspector —comenzó Richardson—. Soy el inspector jefe Richardson, de Scotland Yard, y este el sargento detective Jago. Estamos investigando un caso de asesinato en el sur de Devon; el jefe de policía reclamó nuestros servicios.

El inspector les dedicó toda su atención y se mostró servicial; no todos los días recibía la visita de oficiales superiores de Scotland Yard.

—¿Conque su caso de Devon los ha traído nada menos que a Bristol?

—Así es, pues no podemos permitirnos pasar por alto ninguna pista, por pequeña que sea. Se trata de un caso sumamente desconcertante y misterioso.

—¿Cómo puedo ayudarles?

—Facilitándonos cualquier información que tenga sobre el bufete de un abogado que ejercía en Bold Street hace tres años y medio. Por lo que sé, el bufete podría seguir allí, pero tengo motivos para pensar que cerró hace tres años.

—¿No sabe el nombre?

—No, ahí está el problema. Hemos dado con un informador que se presentó en el bufete hace tres años y medio, pero lo único que recuerda es que se encontraba en Bold Street.

La mirada del inspector se iluminó.

—Si buscan uno que cerrara hace unos tres años, debe de ser el de Sutcliffe.

—¿Y dónde está Sutcliffe ahora?

—En prisión. Lo condenaron a cuatro años de trabajos forzados por malversar grandes sumas de dinero de sus clientes. No recuerdo la cantidad exacta que se le acusó de robar, pero sé que eran muchos miles de libras. Fue un caso muy turbio. Yo mismo intervine.

—¿Tenía un socio?

—No; trabajaba por su cuenta. Fue un asunto desafortunado, porque era muy popular en la ciudad y nadie habría sospechado un comportamiento deshonroso por su parte.

—Es una cuestión menor, pero, ya que usted intervino en el caso, quizá recuerde si el señor Sutcliffe tenía un recadero.

—En efecto, y es fácil recordarlo porque ese muchacho tenía el rostro más pecoso que he visto en mi vida.

—¿Está en Bristol o por la zona?

—No, desapareció tras el caso Sutcliffe e ignoro dónde está. Les diré todo lo que pueda para ayudarlos, pero primero debo obtener el consentimiento del jefe de policía —advirtió el inspector—; podría localizar el expediente del caso Sutcliffe y conseguir que les dejaran revisarlo. Tal vez al jefe de policía no le agrade la idea de que los documentos salgan de esta oficina, pero podríamos dejarles una sala

para que los examinen. En el expediente encontrarán recortes de periódicos sobre el caso. Creo que el jefe está en su despacho ahora mismo, de modo que, si me siguen, se lo presentaré.

—El inspector jefe Richardson, de Scotland Yard, espera fuera, señor —anunció el inspector—; querría hablar con usted un momento.

—Faltaría más. Que pase.

Richardson se encontró ante un hombre directo, vital, de aproximadamente su edad, sentado en un escritorio inmaculado y, al parecer, absorto en rápidos cálculos que garateaba en su libreta.

—Buenos días, inspector jefe. Conozco a varios colegas suyos de Scotland Yard, pero aún no había tenido el placer de conocerlo a usted.

Para sus adentros, el jefe de policía estaba sorprendido por la aparente juventud del visitante, y se preguntaba cómo habría alcanzado su rango a una edad tan temprana.

—Tome asiento y dígame en qué puedo ayudarlo.

Richardson se acomodó donde le había indicado y se explicó.

—Me han enviado a investigar un caso de asesinato en el sur de Devon a petición del jefe de policía del condado, y las pesquisas que he realizado hasta ahora me han traído a Bristol, señor.

—¿Ah, sí? Debe de tratarse de un asesinato cometido hace una eternidad.

—No, señor; ocurrió hace apenas dos semanas, pero los antecedentes sí se remontan mucho tiempo atrás. Está relacionado con un abogado llamado Sutcliffe.

La actitud del jefe de policía cambió. Pasó a mostrarse atento y vigilante.

—De modo que ese caso ha revivido. Entiendo que usted sabe qué ha sido de Sutcliffe, ¿no es así?

—Únicamente que fue juzgado y condenado hace unos años por malversación.

—Creo que tenemos el expediente del caso, pues nos encargaron la instrucción para la fiscalía de Londres. Si mis hombres logran rescatarlo, pienso que su mejor baza será leerlo de cabo a rabo y

volver a visitarme. Estaré encantado de escuchar sus impresiones sobre el caso, porque conozco a Sutcliffe personalmente y puede que encuentre interesante lo que tengo que decirle —presionó un botón oculto bajo la hoja plegable de la mesa y apareció un agente—. Richards, ¿recuerda el caso del abogado Sutcliffe que fue condenado en audiencia penal? ¿Podría localizar el expediente?

—Eso creo, señor. Veamos, ocurrió hace unos tres años.

—Tengo entendido que un poco más.

—Bien, señor, aún no han llevado la documentación a la sala de expedientes antiguos. No creo que me cueste encontrarlo.

—¡Bien! Que sea lo antes posible.

El jefe de policía se giró hacia Richardson.

—En ocasiones, envidio a su gente de Scotland Yard. No están atados permanentemente a un escritorio de oficina, como nosotros. Imagino que sus obligaciones les hacen salir de la ciudad con frecuencia, ¿no?

—He tenido la suerte de viajar al extranjero dos o tres veces, señor.

—¿Fue usted el hombre que enviaron a París por el caso de nuestro agregado de prensa? —inquirió el jefe de policía con súbito interés—. Seguí aquel caso con atención, pero confieso que no llegué a adivinar la explicación del crimen hasta el final. Lo envidio a usted más que nunca.

La conversación fue interrumpida por dos golpecitos en la puerta. El agente entró cargado con una gran pila de papeles.

—El caso Sutcliffe, señor —anunció orgulloso.

El expediente había estado sepultado bajo capas de polvo, y el bienintencionado intento por limpiarlo con un trapo únicamente sirvió para extender la suciedad acumulada a lo largo de cuarenta meses.

—Disculpe el estado del expediente —se excusó el jefe de policía —, pero me atrevo a aventurar que usted ha tenido que enfrentarse a archivos igualmente sucios en Scotland Yard.

Richardson rio.

—Sí, señor; estoy más que acostumbrado.

—En tal caso, mi agente lo conducirá a una sala vacía donde pueda sentarse a trabajar con su sargento.

Por vez primera desde que asumió el caso, Richardson empezó a sentir que iba por el camino correcto. Fue en busca de Jago y ambos fueron conducidos a una pequeña sala cerca del despacho del inspector, quien les indicó que podrían trabajar sin temor a ser interrumpidos.

—Al fin tengo algo con lo que podemos trabajar —dijo Richardson.

El sargento Jago observó la fecha del expediente y comentó:

—No creo que esto vaya a ser de gran ayuda. Este hombre ha debido de pasar los últimos tres años en la cárcel; no es posible que fuera nuestro Charles Dearborn.

—Puedo estar equivocado, pero tengo la sensación de que descubriremos la identidad de nuestro Charles Dearborn en este expediente.

—Hay muchos documentos que revisar aquí dentro.

—Naturalmente; el señor Walker, que se encargó de aquellos sonados casos de fraude en la ciudad hace veinte años, siempre ha dicho que el trabajo más complicado para un detective son los casos de fraude. ¿Qué le parece si le dicto un resumen de las pruebas y de la conclusión del juez tal como aparecen en estos documentos? Eso nos proporcionará material de sobra del que poder partir cuando regresemos a Winterton.

Trabajaron con el expediente toda la mañana sin interrupciones. El caso se había abierto mediante una denuncia interpuesta ante la policía de Bristol por parte de una clienta, que había sido inducida por el acusado a invertir dos mil librasen la Compañía Minera Sulanka en Borneo Septentrional[19], compañía que carecía de activos; que el acusado, Sutcliffe, figuraba como el letrado de la empresa; que todo el negocio era un fraude, pues un folleto afirmaba que la propiedad consistía en una montaña que contenía oro y que no se había emprendido trabajo alguno en dicha propiedad.

Cuando Sutcliffe recibió la notificación de la denuncia, se ofreció en nombre de su despacho a resarcir las pérdidas de la

denunciante, pero se descubrió que los bienes de su bufete no llegaban ni a doscientas libras, por lo que no había nada que hacer en ese sentido. La policía consultó al fiscal general si invertir el dinero de un cliente en una compañía falsa, de la que el propio letrado era el abogado, constituía un delito.

Mientras tanto, otros clientes de Sutcliffe se alarmaron y comenzaron a exigir que les devolviera el dinero que le habían confiado para que lo invirtiera, y, dado que no podía emitir ningún pagaré ni certificado que demostrara que había invertido ese dinero, optaron por procesarlo. Asumió su propia defensa, pero, como los cheques que le habían entregado habían sido cobrados y no se podía aportar el dinero, no pudo convencer al jurado ni al juez, quien, en su fundamentación, se mostró sumamente severo contra un letrado, un funcionario del Tribunal Supremo, que había permitido que su nombre figurara en una compañía minera falsa y había invertido el dinero de una clienta en dicha empresa. El jurado se retiró durante media hora y regresó con un veredicto de culpabilidad. Sutcliffe fue condenado a cuatro años de trabajos forzados.

—¿Qué opinión le merece el caso, Jago? —preguntó Richardson cuando concluyó el resumen.

—Sutcliffe lo tiene muy negro, sobre todo porque su empleado le había advertido acerca de la verdadera naturaleza de la mina de oro. El promotor de la empresa es quien debería haber sido procesado.

—En efecto, pero se marchó de Inglaterra con rumbo desconocido y no consiguieron dar con él.

—En mi opinión, bien empleado le está a un abogado que solo pasa en su bufete veinte minutos al día para firmar cheques y cartas.

—Sí, ya ha visto que depositó grandes sumas de dinero en su cuenta particular y, al cabo de unos días, retiró ese dinero en cheques a nombre de «sí mismo». Resulta un comportamiento curioso, ¿no le parece? Tanto más viniendo de un hombre con menos de doscientas libras en el banco en la fecha del juicio.

—No le veo ni pies ni cabeza —admitió Jago sinceramente.

—Estoy empezando a vislumbrar la luz al final del túnel —

replicó Richardson—. Mientras le dictaba, se habrá fijado usted en que el promotor de la empresa, el tal Frank Willis, se había licenciado como abogado antes de robar a los pobres con folletos y, según el testimonio del empleado de Sutcliffe, se había considerado la posibilidad de que se convirtiera en socio de Sutcliffe.

—Sí; en tal caso, habrían caído dos, en lugar de uno.

—Tal vez sería buena idea que encabezara sus notas con una lista de los testigos que fueron citados en el juicio: Charles Instone, el encargado de Sutcliffe; John Reddy, el recadero; Walter Pedder, el director del banco de Sutcliffe; y *lady* Penmore, quien entregó a Sutcliffe quinientas libras para que las invirtiera en la empresa fantasma, pero después afirmó que se trataba de un obsequio personal para él.

»Bien… Creo que podemos devolver el expediente al jefe de policía después del almuerzo, y que nos cuente cuanto sepa de Sutcliffe. Vamos. Tengo hambre.

Encontraron un restaurante bastante cerca de la comisaría. Jago tenía ganas de conversar, pues en su juventud había viajado dos veces a Bristol, que ahora era una ciudad moderna llena de animación. Pero comprobó que la atención de su superior estaba en otra parte, y que sus respuestas se limitaban a monosílabos. Conocía aquel estado de concentración profunda y se abstuvo de importunarlo, pero sí se aventuró a expresar una observación.

—Cuando dictaba usted, me dio la impresión de que el encargado Instone estaba ansioso por ayudar a su jefe cuando este cayó en desgracia. Es posible que tanto él como el recadero pecoso sigan trabajando en la ciudad. Quizá el jefe de policía sepa dónde.

—Puede ser —respondió Richardson sin el menor entusiasmo.

De regreso en comisaría, lo primero que hizo Richardson fue subir con el expediente de Sutcliffe y llamar a la puerta del jefe de policía.

—Se lo devuelvo, señor, tras haber hecho un resumen de su contenido. Me está costando trabajo formarme una idea del carácter de Sutcliffe.

—Si lo hubiera conocido tan bien como yo, no le costaría lo más

mínimo. Heredó el negocio de su padre, que fue uno de los hombres de su generación más respetados de Bristol. Consintió a sus dos hijos, y tal vez les dio la educación equivocada al matricularlos en un colegio privado. Sea como fuere, Robert, el hermano mayor, se aficionó mucho a viajar por el extranjero. Se fue a Ceilán y, cuando falleció su padre, destinó su parte de la herencia a adquirir una plantación de té. Ahora es un reputado comerciante en Mincing Lane y bastante acaudalado. El hijo menor, Peter, aprobó con facilidad los exámenes de Derecho, pero no estaba en su naturaleza el ser abogado. Descuidó su profesión, aunque muchos de los clientes del padre continuaron con él. No creo que ese hombre pasara más de veinte minutos al día en la oficina. Su rutina consistía en aparecer con prisas, firmar unos cuantos documentos y marcharse al campo de golf. Yo solía jugar con él cuando tenía el día libre. Era el tipo más simpático que pueda imaginar, pero ya había oído comentarios sobre su forma de desatender el negocio meses antes de la quiebra.

—Sí, pero ¿qué ha sido de todo ese dinero que le confiaron para que lo invirtiera?

—¡Ah! Esa es una pregunta de difícil respuesta. Si le hubiera preguntado a Willis, ese promotor canalla, creo que habría podido contestarle. Verá, Willis tenía una hermana realmente encantadora, y está claro que el pobre Sutcliffe bebía los vientos por ella. No me sorprendió —es una joven muy hermosa— y, si se hubieran casado, estoy convencido de que ella lo habría devuelto al buen camino y lo habría puesto a trabajar. Es curiosa la frecuencia con la que un miembro de una familia resulta una oveja negra; el hermano pequeño de ella, Percy, es el muchacho más bueno que he conocido y tan recto como una vela, pero el mayor es todo lo contrario, aunque seguramente el pobre Sutcliffe tenía otra idea sobre él, y, al estar tan enamorado, no concebía la idea de que algún pariente de la dama no fuese perfecto.

—¿Sabe usted qué ha sido de la familia?

—No, solamente que se marcharon de Bristol. Creo que alguien comentó que se habían trasladado más cerca de Londres, donde

Percy tiene un empleo. Huelga decir que el estafador se desvaneció; me dijeron que se fue a algún lugar del Lejano Oriente, donde la gente no indaga en el pasado de los demás.

—¿Y el empleado de Sutcliffe?

—No, no he tenido noticias de él desde el juicio, pobre hombre. En cualquier caso, no está en Bristol, o yo lo sabría.

—¿Qué hay de John Reddy, el recadero?

—Tampoco he oído nada de él desde el juicio. Ojalá pudiera serle de más ayuda.

—Ha sido de gran ayuda, señor. Tengo la sensación de que las piezas empiezan a encajar y de que, dentro de unos días, podré regresar a Londres con el caso resuelto. Confío en que me permitirá escribirle si me hallo en dificultades.

—Tan a menudo como quiera, inspector jefe.

Ambos hombres se estrecharon la mano.

CAPÍTULO XV

Había mucho que hacer antes de que Richardson se sintiera en disposición de abandonar Bristol. Gracias a la intervención del inspector, que había ordenado revisar los periódicos de aquellas fechas, obtuvo las señas de Charles Instone, el encargado de Sutcliffe, y de John Reddy, su recadero. Se personó en la dirección de Instone y descubrió que se trataba de una casa de huéspedes regentada por las mismas personas desde hacía más de cinco años. La dueña recordaba muy bien a Instone.

—Sí, señor, y no se podría hospedar a un caballero más amable ni más tranquilo que él. No daba un problema en la casa, jamás se quejaba de la comida y siempre se mostraba atento con los demás huéspedes. Era un devoto feligrés. El vicario de St. John's lo conocía bien y solía venir a visitarlo, sobre todo después de que empezaran los problemas con su patrón. El caso provocó un gran revuelo en la ciudad, se lo aseguro, y el pobre señor Instone estaba tan destrozado por ello que no dormía ni probaba bocado.

—¿Qué fue de él tras el juicio?

—Oh, me dijo que se marchaba a Londres para ver a un hermano del señor Sutcliffe, y a intentar encontrar un empleo allí. Pagó su cuenta hasta el día de su partida. Ya le digo que sentí perderlo porque en los tiempos que corren no abundan los huéspedes de bien, ¿me comprende usted, señor? Estoy convencida de que se sentía muy angustiado cuando tuvo que marcharse.

—¿Le dejó alguna dirección a la que enviarle la correspondencia?

—Sí, señor, la oficina de correos de Charing Cross, en Londres, pero nunca ha llegado nada para él. Prometió escribirme, pero no lo ha hecho. Igual no encontró trabajo, pobre hombre.

—¿El vicario de St. John's continúa siendo el mismo que conocía al señor Instone?

—Sí, y bien agradable que es. Si ha pensado ir a verlo, no tengo duda de que le dirá cuanto sepa sobre el pobre señor Instone. Confío en que siga recibiendo noticias suyas.

La siguiente visita de Richardson fue a la vicaría de la parroquia de St. John's. No dio su tarjeta, pues recibir a un inspector jefe no era un buen comienzo para una primera entrevista. Se limitó a indicar su nombre a la doncella.

El vicario resultó ser un hombre vital y enérgico de entre cuarenta y cincuenta años. Richardson fue directo al asunto y le preguntó si recordaba a un antiguo parroquiano llamado Charles Instone.

—¡Ah! Se refiere al pobre hombre que sufrió tanto por el juicio de su jefe, el señor Sutcliffe. El caso provocó una honda impresión en la ciudad. Lo enviaron a prisión.

—¿Ha tenido noticias del señor Instone desde que se marchó de Bristol?

—En una sola ocasión. Se marchó a Londres a visitar al hermano del señor Sutcliffe; no soportaba la idea de quedarse aquí después del conflicto. Me escribió para contarme que se estaba esforzando mucho por encontrar trabajo, de modo que me temo que el señor Sutcliffe no le prestó ayuda. Le envié la dirección de una de las asociaciones vinculadas a la Iglesia con una efusiva recomendación a su favor, pero ya sabe usted el trabajo que cuesta a los así llamados desempleados profesionales encontrar una colocación. Pobre muchacho, me figuro que habrá tenido que descender en la escala social y por ese motivo no ha vuelto a escribirme. El mundo es muy cruel con la gente que pertenece a ese estrato.

—¿Por casualidad no conocerá usted al recadero de esa empresa, John Reddy? La dirección que me han proporcionado es el 17 de Welby Street.

—Oh, eso está en el otro extremo de la ciudad; me temo que no puedo ayudarlo.

Richardson le dio las gracias y se marchó.

Un taxi lo llevó a Welby Street, una calle de pequeñas viviendas de cuatro habitaciones donde vivían miembros de la clase trabajadora. La mujer que abrió la puerta del número 17 se mostró ansiosa por facilitarle información.

—Sí, señor, los Reddy solían vivir en esta casa antes de nuestra llegada. Tan solo ellos dos, la señora Reddy y su hijo, un buen muchacho cubierto de pecas. A la señora Reddy aún le quedaba un año de alquiler, pero nos lo cedió tras llegar a un acuerdo con el propietario, pues el jefe de su hijo se había metido en problemas y me indicó que alguien le había conseguido un empleo en Londres. Tuvo mucha suerte; actualmente no es tan fácil que los muchachos jóvenes encuentren trabajo.

* * *

—¿Qué opina de todo el asunto? —inquirió Jago una vez Richardson le hubo puesto al día de sus averiguaciones de aquella tarde—. ¿Cuál cree usted que era el verdadero nombre del hombre asesinado?

—Podría ser Frank Willis, el promotor de la empresa —sugirió Richardson con cautela—. Tal vez no llegara a abandonar el país.

—Pero ¿se habría apoderado él de todo ese dinero?

—Si Sutcliffe le pagó todo lo que sus clientes habían invertido, ¿por qué no? Recuerde que, en estos tiempos de divisas por los suelos, una mina de oro presentada de un modo inteligente resulta un cebo muy tentador. Tenga presente, además, que este hombre, Frank Willis, fue el origen de todos los problemas de Peter Sutcliffe.

Ojalá tuviésemos un retrato para mostrárselo a la señora Dearborn en Winterton, pero esa clase de personas no frecuenta los estudios de fotografía.

—Entonces, ¿considera que el asesino fue el expresidiario, Peter Sutcliffe?

—Es fácil calcularlo. Sutcliffe fue condenado a cuatro años de prisión, lo que implica que, como mínimo, habrá cumplido tres años de condena. Los funcionarios de prisiones lo incluirían en la categoría especial[20] y, al gozar de buena salud, lo enviarían a Maidstone a cumplir la sentencia. Era la clase de hombre que habría logrado la máxima reducción de la pena. Puede sumar usted mismo.

—Sí —corroboró Jago—; llevaría unas tres semanas fuera de la cárcel cuando se perpetró el asesinato, pero quedan muchos cabos por atar antes de que presente usted su informe. ¿Cómo podría conocer el prisionero dónde vivía Willis, alias Dearborn? ¿Quién pudo haberle informado de la costumbre que tenía ese tipo de conducir hasta Moorstead para pagar a los hombres de su cantera?

—Lo sé. Aún no hemos llegado ni a la mitad del caso. Lo primero que hay que hacer es obtener de Maidstone la fecha exacta en la que Sutcliffe quedó en libertad. Sin duda, un hombre como él habría sido eximido de la obligación de presentarse mensualmente ante la policía. Por tanto, desde su salida de prisión se habría convertido en un hombre libre; y, parece lógico que recurriera en primer lugar a su hermano en busca de ayuda.

—¿Se refiere al hermano de Mincing Lane?

—Exactamente. En el hotel donde se alojó en Plymouth se registró con el nombre de Ellis, pero pudo utilizar su verdadero nombre cuando encargó los trajes en Sackville Street. Mientras yo me dirijo a Maidstone para conocer la fecha exacta en que quedó en libertad, usted debe visitar de nuevo a los sastres de Sackville Street y averiguar si alguno de ellos confeccionó ropas para un hombre llamado Sutcliffe. Después puede buscar en la guía la dirección del hermano en Mincing Lane y me reuniré con usted en Carter's mañana a las dos en punto. El que llegue primero esperará al otro. Debemos regresar a Londres esta misma noche. Afortunadamente,

ambos podemos dormir en un viaje en tren.

—¿Va a pasarse por la OC antes de ir a Maidstone?

—No, esperaré a que tengamos algo más definitivo que comunicarle.

A la mañana siguiente, Richardson tomó un tren que salía temprano hacia Maidstone y se dirigió directamente a la cárcel, donde le comunicaron que el director se encontraba en la sala de los detenidos, pero que pronto estaría disponible. Entretanto, si lo deseaba, podía ver al guarda de prisiones.

Aceptó la oferta del conserje y fueron en su busca. Richardson expuso el motivo de su visita.

—Viene usted por Sutcliffe… ¿Ha vuelto a meterse en apuros? Nunca lo habría creído —comentó el guarda de prisiones—. Era uno de nuestros presos ejemplares.

—¿Qué día quedó en libertad?

—Lo comprobaré —respondió el guarda tomando un libro de una estantería mientras murmuraba—: Sutcliffe, Sutcliffe… aquí está. Salió el 7 de septiembre; fue el único convicto que salió esa mañana. Pero aquí llega el director. Se lo presentaré.

—Pase a mi despacho —indicó el director cuando supo quién era Richardson—. Siempre me alegra ayudar a la gente de Scotland Yard, si tengo ocasión.

—Gracias, señor. El guarda de prisiones me ha informado de que el convicto Peter Sutcliffe quedó en libertad el 7 de septiembre.

—Confío en que no esté siguiéndole la pista por un nuevo delito. Tuve una larga conversación con él antes de que se marchara y le pregunté cómo pensaba ganarse la vida ahora que su bufete ya no existía. Fue completamente sincero; me dijo que todo el mundo en prisión se había mostrado muy amable con él y que lo único que anhelaba era construir una nueva vida. Añadió que, por suerte, aún tenía amigos leales que creían en él y consideraban injusta su condena. Muchos presos afirman lo mismo; no me impresionó, pero sí comenté que parecía que, en su caso, él había tenido un juicio justo. «Sí», concedió, «el juicio fue justo, pero nunca llegó al fondo de mi caso». «¿Quiere usted decir que fue condenado

injustamente?», le pregunté. «En cierto modo, sí, pero en otro era culpable. Desatendí mi bufete y me comporté como un perfecto necio. La realidad es que nunca he tenido madera de abogado». Esto es lo que me dijo, palabra por palabra.

—¿Recibió alguna visita mientras estuvo aquí?

—Sí, en una ocasión le visitó su hermano, quien, por lo visto, es bastante conocido en la ciudad, y en otra una joven… una dama realmente encantadora. Pidió hablar conmigo antes de solicitar verlo a él; temía que él se negase a recibirla en condiciones tan humillantes como las que exigen las normas penitenciarias. Me indicó abiertamente que el preso Sutcliffe había caído en desgracia por su naturaleza en exceso noble y por ser demasiado fácil de persuadir. «Debilidad de carácter», sugerí, pero ella no quiso ni oír hablar de ello. Dijo que en todos los aspectos fundamentales era un hombre del más estricto honor. Comenté: «Ha venido usted hasta aquí; sin duda sería una lástima que se marchara sin haberlo visto». «No lo veré si tal cosa le resulta dolorosa», aclaró ella.

»Pues bien, hice llamar a Sutcliffe y me reuní con él en el vestíbulo exterior. Le dije que iba a hacer una excepción y a permitir que la reunión tuviera lugar, no en la sala de visitas habitual con una pantalla entre él y la visitante, sino en una sala ordinaria, a la vista del funcionario de prisiones, pero sin que pudiera escucharlos. Me di cuenta de que lo conmovió profundamente el mero hecho de que la muchacha hubiera venido a visitarlo, pero contuvo su emoción y tartamudeó unas pocas palabras de agradecimiento.

—¿Recuerda el nombre de ella? —inquirió Richardson.

—No, pero puedo facilitárselo. Todas las visitas tienen que consignar su nombre y dirección —tocó una campanilla y entró un empleado—. ¿Han devuelto los antecedentes penales de Peter Sutcliffe al Ministerio del Interior?

—Sí, señor, los devolvieron la semana pasada.

—Entonces, tráigame el registro de entrada. Quiero darle a este caballero el nombre y la dirección de una visita de Sutcliffe en junio o julio del año pasado.

—Muy bien, señor.

—Supongo que sería una indiscreción por mi parte preguntarle por qué ahora se ha convertido en objeto de investigación.

—Es demasiado pronto para afirmar que estuvo implicado en un caso que estoy investigando en el sur de Devon, señor. Es posible que no haya jugado ningún papel, pero debemos sopesar todas las posibilidades y acometer un gran número de pesquisas un tanto irrelevantes —explicó Richardson, que había reconocido en el director a uno de esos hombres humanos y sensatos que son capaces de controlar una cárcel mejor que su propia lengua.

El empleado regresó con un trozo de papel. El director lo leyó y se lo entregó a Richardson.

—Este es el nombre que buscaba, inspector jefe. La señorita Eve Willis, 17, Brondesbury Road, Bromley, Kent.

—Ha dicho usted que le preguntó lo que pensaba hacer. ¿Se lo dijo?

—Sí. Dijo que esperaba encontrar empleo en un taller que pertenecía a unos amigos.

Con aquel dato, Richardson partió sintiéndose satisfecho con el trabajo realizado aquella mañana. A las dos de la tarde se presentó en Carter's, donde el sargento Jago ya estaba esperándolo. El sargento analizó rápidamente la expresión de su jefe y comprendió que su éxito había superado sus expectativas; pero comenzó exponiendo su mañana de trabajo.

—No he tenido ningún problema con los sastres de Sackville Street, inspector jefe. El nombre que figuraba en el abrigo era Langridge & West. Me dijeron que durante años habían confeccionado las ropas del señor Sutcliffe de Mincing Lane y Park Lane. Comprobaron la cuenta de su cliente y me la mostraron. Al parecer, el hermano mayor es un hombre sumamente elegante; ha encargado nada menos que seis trajes en los últimos dos meses. Pregunté si alguna vez le había acompañado algún amigo para que le tomaran medidas. Me explicaron que el señor Sutcliffe había recomendado el establecimiento a varios de sus amigos, pero nunca llevó a ninguno para que le tomaran medidas.

—En ese caso, supongo que el traje que tuvieron que limpiar en

aquel hotel de Plymouth era un traje viejo que le había dado a su hermano.

—No cabe duda. Tengo la dirección de Sutcliffe en Park Lane, pero no me he acercado hasta allí porque pensé que era mejor que fuera usted en persona. Se trata de uno de esos apartamentos de nueva construcción que están erigiendo en el extremo sur de esa calle. Me parece, señor, que usted tiene algo mucho más interesante que contar.

—Dispongo de una gran cantidad de información detallada sobre Sutcliffe que me ha proporcionado el director de la cárcel, el cual le tiene en alta estima. Fue puesto en libertad el 7 de septiembre, cosa que, naturalmente, le concedió tiempo de sobra para llegar hasta Dartmoor el 29, día del asesinato. Tengo, además, la dirección de algunas de sus amistades en Bromley, Kent; una dama a la que está muy unido. Si no lo encontramos con su hermano en Park Lane, trataremos de entablar contacto con él a través de esa joven.

—En mi opinión, el caso está más claro que el agua —comentó Jago—. El hombre que se hacía pasar por Charles Dearborn debía de ser el promotor de la empresa, Frank Willis, que tenía motivos más que justificados para ocultarse tras un nombre falso. Cuando lo adoptó no tenía ni idea de que iba a resultar su sentencia de muerte.

—Y piensa usted que Peter Sutcliffe lo descubrió y se quedó esperándolo a su regreso de la cantera cerca de Moorstead. Personalmente, me cuesta trabajo encajar su teoría con la idea de Sutcliffe que me he forjado después de hablar con el director de la cárcel. Debemos tener en cuenta que este promotor empresarial es el hermano mayor de una mujer a quien Sutcliffe profesa cariño; celebrar su liberación asesinando al hermano de la joven sería un mal comienzo para su vida conyugal. No, mi instinto me dice que estamos en el camino equivocado y, sin embargo, si me pregunta usted en qué hemos errado, no podría darle una respuesta.

—¡Ay, Señor! —se lamentó el sargento—. Creía que al fin habíamos llegado al fondo del asunto. Puede que no fuera un homicidio premeditado. Dudo que, cuando asestó aquel golpe con el

bastón, imaginase que lo acusarían de asesinato. Un buen abogado defensor habría demostrado con facilidad ante el jurado que el golpe fue propinado en defensa propia.

—En cualquier caso, podemos afirmar que un hombre que llevaba un traje confeccionado por los sastres de Sackville Street —los cuales elaboran prendas para el hermano de Sutcliffe— tuvo un encuentro violento con Charles Dearborn de Winterton, y posteriormente quedó atrapado en el terreno pantanoso a los pies del Tor. Quienquiera que fuera el asesino detuvo el automóvil de Dearborn en la carretera de Duketon a Winterton, y debía tener una poderosa razón para hacerlo. Si ha terminado su cerveza, nos dirigiremos a Park Lane y desafiaremos al hermano triunfador que se aloja allí.

Después de que el ascensor los trasladara silenciosamente a la tercera planta y de que hubieran llamado con insistencia al timbre eléctrico del apartamento de Sutcliffe, un criado abrió la puerta.

—Le quedaría muy agradecido —comenzó Richardson— si el señor Sutcliffe pudiera recibirnos; se trata de un asunto confidencial.

—El señor Sutcliffe se encuentra de luna de miel —anunció el hombre.

—Entiendo. ¿Cuándo lo esperan de regreso?

—Aún faltan varias semanas, señor; está en Ceilán.

—¿Su hermano se ha marchado con él?

—No, señor.

—¿Alguna vez viene al apartamento?

—Nunca, señor.

—¿Podría facilitarme su dirección? Debo verlo en relación con una cuestión que reviste gran urgencia.

—El señor Peter jamás viene por aquí, señor, y desconocemos su dirección —añadió cerrando la puerta con delicadeza.

—Nadie como un sirviente inglés a la hora de resultar tan poco colaborador —observó Richardson mientras bajaban en el ascensor.

CAPÍTULO XVI

En fin, así están las cosas —se lamentó Richardson—. La institución del matrimonio entra en juego y desbarata todos nuestros planes. No queda más remedio que poner rumbo a Bromley lo antes posible y entrevistar a esa joven que visitó a Sutcliffe cuando estaba recluido en Maidstone. Su dirección era el 17 de Brondesbury Road, en Bromley.

Eran casi las cinco cuando llamaron al timbre del número 17. Una mujer entrada en años abrió la puerta y los miró inquisitivamente.

—¿Podríamos ver a la señorita Eve Willis? —preguntó Richardson empleando su tono más persuasivo.

—Oh, nunca está en casa a estas horas, señor —repuso la mujer —; pero a buen seguro la encontrará en el taller.

—¿En el taller?

—Sí, señor. Oh, usted no sabía que está ejerciendo de administrativa para su hermano, el señor Percy, en su taller. Tiene que girar en la segunda calle a la izquierda y bajar unas cien yardas. No tiene pérdida.

Richardson le dio las gracias y, tras emprender el camino, le comentó a Jago:

—Bueno, ya tenemos un dato nuevo. Según el director de la prisión, Sutcliffe dijo que esperaba encontrar empleo en un taller. Puede que esté aquí ahora. Recuerde, ni una palabra sobre quiénes

somos, o dirán que la policía persigue a un hombre que ya ha cumplido su condena.

El taller resultó ser más grande de lo que esperaba; en efecto, había evidencias de que se había ampliado recientemente. Además, estaba repleto de automóviles, algunos de ellos destrozados, otros en proceso de reparación y otros eran últimos modelos. Un joven bien parecido, de aspecto enérgico, se abrió paso con la esperanza de que fueran nuevos clientes. Dirigió una mirada inquisitiva a Richardson.

—Acabamos de presentarnos en el número 17 de Brondesbury Road confiando en encontrar en casa a la señorita Eve Willis, y nos han indicado que viniéramos aquí.

—La señorita Willis se encuentra aquí, efectivamente, pero está muy ocupada. ¿Puedo ayudarlos yo en algo?

—Gracias, pero me temo que únicamente la señorita Willis puede responder a nuestras preguntas. No le robaremos más que un minuto.

El joven no formuló ninguna otra objeción, sino que los condujo a un pequeño despacho con una ventana, donde una joven de asombrosa belleza leía con atención un libro contable.

—Ahí dentro encontrarán a la señorita Willis —anunció, girándose sobre sus talones.

Richardson había decidido de antemano cómo iba a llevar la entrevista.

—Puede echar un vistazo a los automóviles, sargento, mientras yo entro; resultará menos impactante para la joven si solamente tiene que responder ante uno de nosotros.

Golpeó con los nudillos la puerta del despacho y se quitó el sombrero antes de entrar. Cuando ella alzó la vista, comprobó que era aún más hermosa de lo que le había parecido mientras tenía el ceño fruncido ante el libro de cuentas. Acaso, conjeturó Richardson, su punto fuerte residía en una esfera diferente a la de los números.

—Confío en que no lo considere impertinente siendo yo un extraño, señorita Willis, pero he venido a preguntarle si ha tenido noticias recientes de su hermano mayor, el señor Frank Willis.

La pregunta la sobresaltó de manera evidente, pero no trató de

esquivarla.

—No hemos sabido nada de él en los últimos tres o cuatro años —replicó—. ¿Es usted amigo suyo?

—No, pero he oído hablar mucho de él, y un amigo mío preguntó por él hace poco.

Estaba perpleja.

—¿Cómo ha averiguado mi dirección?

—Veamos; alguien debió de mencionarla, o no estaría aquí, pero quién fue exactamente…

—Bueno, nuestra dirección no es ningún secreto.

—Me preguntaba si su hermano mayor habría aportado el capital para el taller, que parece ir viento en popa.

Richardson intuyó que estaba moviéndose en arenas movedizas y pensó que quizá ella se molestaría ante preguntas tan personales, pero era un riesgo que debía asumir. Por fortuna, parecía que cualquier comentario en favor del taller ablandaba el corazón de la joven.

—Supongo —continuó— que actualmente emplean ustedes gran cantidad de mano de obra.

—No tanta como cabría pensar al ver la cantidad de automóviles que tenemos, pero mi hermano, como siempre le digo, vale por cuatro hombres, y hemos tenido suerte con los demás.

En ese momento, una cabeza despeinada emergió desde los bajos de un coche; el cuerpo al que pertenecía se deslizó y tanto la cabeza como el cuerpo se dirigieron al pequeño despacho. La puerta se abrió y el hombre, dirigiendo una incisiva mirada a Richardson, dijo:

—Por favor, reserva tres horas y cuarto al J2786, Eve.

La muchacha anotó las cifras en su cuaderno y dijo:

—Este caballero me pregunta cuándo tuvimos noticias de Frank por última vez.

El hombre se mostró serio.

—¿Es amigo de Frank?

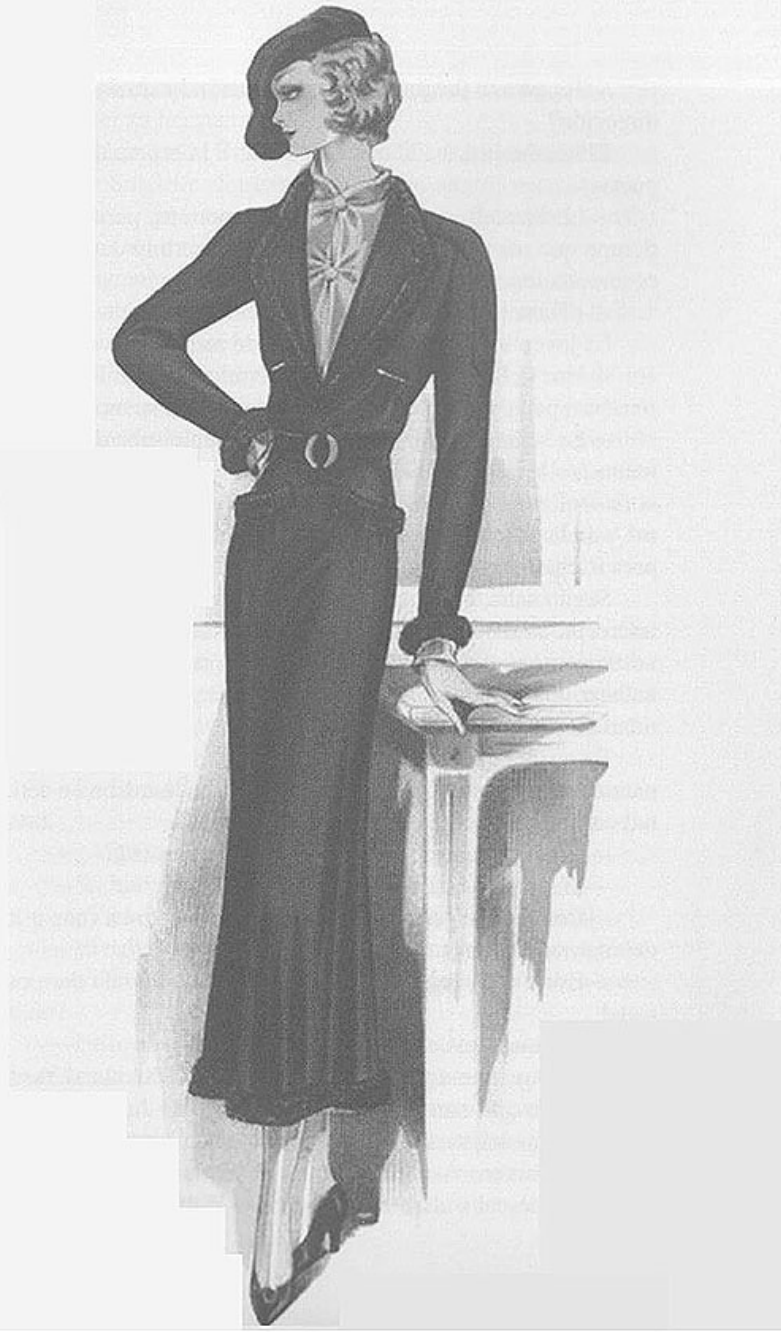
—No —negó ella—; dice que es amigo de un amigo.

—Supongo que la señorita Willis le ha comunicado que hace

una eternidad que no sabe nada de su hermano Frank.

—Sí, así es —confirmó Richardson.

—¿Y bien?



—Tengo una pregunta más. ¿Podrían indicarme su última dirección?

El hombre miró a la señorita Willis a la espera de su respuesta.

—Lo lamento —se excusó ella—, pero ha pasado tanto tiempo que me temo que la he olvidado. Escribió desde Java; eso lo recuerdo.

—¿Tiene un retrato suyo, por casualidad?

La joven vaciló un instante antes de responder.

—No, lo lamento; no tenemos retratos de familia —empezaba a parecer turbada; el hombre acudió en su auxilio.

—La señorita Willis le ha contado cuanto sabe de su hermano. Yo lo conocía muy bien, se lo aseguro, de modo que, si tiene alguna otra pregunta, le sugiero que me la formule a mí —indicó, y se giró hacia la puerta manteniéndola abierta para Richardson.

Según salía, tras darle las gracias a la dama, Richardson interceptó una mirada protectora en el rostro del hombre, que vestía como un mozo de taller pero se expresaba como un caballero; una mirada que le proporcionó una pista sobre la identidad de aquel tipo.

En cuanto estuvieron lo bastante lejos del despacho como para no ser oídos, el hombre se giró hacia Richardson en actitud casi amenazadora.

—Dígame, señor, ¿tiene alguna otra pregunta?

—Sí, una más. ¿Es usted Peter Sutcliffe?

—En efecto —dijo escuetamente. Se mostraba más a la defensiva que nunca.

—Eso me parecía. Llevo varios días tratando de dar con usted.

—Deduzco que es oficial de policía.

—Sí, soy el inspector jefe Richardson, de Scotland Yard, y el hombre que está de pie allí es el sargento Jago, mi ayudante. Estamos investigando la muerte de un hombre llamado Charles Dearborn en Winterton, en el sur de Devon. Naturalmente, no

deseaba alarmar a la señorita Willis haciéndole alguna pregunta que pudiera sugerirle que el hombre fallecido pudiera ser su hermano mayor.

Al decir esto, Richardson estudió con detenimiento el rostro de Sutcliffe. Su expresión no se alteró; permaneció a la defensiva, igual que antes; parecía sospechar que le estaba tendiendo una trampa.

—Dígame una cosa —le urgió—. Si tiene que investigar un asesinato en el sur de Devon, ¿por qué ha venido a hablar con nosotros? Eso es lo que no comprendo.

—Es una larga historia, señor Sutcliffe. Soy uno de los muchos que considera que el tribunal fue muy duro con usted durante su juicio; he leído acerca del proceso. Es posible que fuera culpable de descuidar su obligación de velar por los intereses de sus clientes, pero no creo que fuera culpable de haberse apropiado deliberadamente de sus fondos ni que los utilizara en su beneficio.

La actitud del hombre pareció suavizarse.

—Fui un necio por confiar en la gente —admitió—. Supongo que por ese motivo me merezco todo lo que me ha sucedido. Y ya que me ha revelado tanto, podría continuar y contarme toda la historia. Afirma usted que hubo un asesinato, ¿dónde ocurrió?

—En Dartmoor, cerca de Duketon, en la carretera a Sandiland.

—¿Alguien lo presenció?

—Sí, hubo dos testigos.

—¿Y el móvil? Entiendo que siempre hay un móvil.

—El móvil que se ha sugerido es la venganza por un agravio.

—¿Y aún no conoce usted la identidad del hombre asesinado?

—Utilizaba el nombre de «Charles Dearborn», pero ese no era su verdadero nombre, estamos seguros.

—Ya veo. De modo que, en el transcurso de su investigación, sus sospechas lo han conducido hasta mí como la persona que ha sufrido un agravio que vengar —rio con amargura—. ¡Así razonan ustedes en Scotland Yard!

—Voy a ser muy franco, señor Sutcliffe. Como hombre que ha sufrido un agravio que vengar cometido en Bristol, estaba usted entre los «candidatos». He venido a hablar con usted con la sincera

esperanza de poder tachar su nombre de la lista. ¿Dónde se encontraba el 29 de septiembre?

—Estaba aquí, trabajando en el taller. Si le quedan dudas, vuelva a ese despacho y pregunte a la señorita Willis qué hacía yo el 29 de septiembre. No, no iré con usted. Si lo hiciera, usted podría sospechar que le he hecho una seña para que supiera lo que tenía que decir.

Richardson le tomó la palabra. Dio unos golpecitos en la puerta del despacho; la joven levantó la vista y le indicó que entrara.

—Disculpe que la importune de nuevo, señorita Willis, pero el señor Sutcliffe ha sugerido que le pregunte a usted dónde se encontraba él el pasado 29 de septiembre. Supongo que lleva usted un registro con el trabajo de sus empleados.

—Efectivamente, y me resulta muy útil —corroboró, tomando un folio de la estantería—. 29 de septiembre. Aquí está. Por la mañana estuvo comprobando el encendido del J3420, propiedad del señor Jarrow. Por la tarde, acompañó al señor Jarrow en su automóvil para poner a prueba el arranque y lo encontró satisfactorio. Por cierto, me alegra que me lo haya recordado. El señor Jarrow aún no ha pagado la factura que le envié por la reparación. Debo refrescarle la memoria.

—¿Le parecería muy impertinente que le pidiera ver la entrada en el registro?

—En modo alguno. Léalo usted mismo —le instó con expresión de asombro.

No cabía ninguna duda sobre la anotación realizada con su pulcra caligrafía; Richardson sintió que su mente se liberaba de un gran peso; quienquiera que hubiera abordado a Charles Dearborn, no había sido Peter Sutcliffe. Aquella encantadora muchacha también se habría sentido aliviada de haber sabido lo mucho que había dependido de su respuesta. En todo caso, si «Charles Dearborn» era su hermano escondido tras un nombre falso, no había sido asesinado por el hombre que ella amaba.

Richardson le dio las gracias y volvió con Sutcliffe, que permanecía de pie, mohíno, donde lo había dejado.

—He visto las entradas del registro de la señorita Willis —anunció— y me complace poder afirmar que su horario está perfectamente justificado y, por tanto, queda usted libre de toda sospecha.

—Naturalmente —aún estaba lamiendo su herida—. Ha dicho usted que buscaba a un hombre con un agravio que vengar. ¿Puedo preguntarle qué agravio se supone que he sufrido a manos del hombre asesinado?

—Pensamos que la pérdida de su trabajo como abogado podría atormentarle. Ahora que ya no es usted sospechoso puedo confiarle que manejamos la posibilidad, hasta ahora no verificada por ninguna evidencia, de que Charles Dearborn fuera el señor Frank Willis.

Sutcliffe lo miró y emitió un silbido bajo.

—Lo último que se supo de Frank Willis es que estaba en algún lugar de las Colonias del Estrecho[21].

—Este señor Dearborn apareció en Devonshire hace solo tres años. Habría tenido tiempo de regresar.

—Si quiere que le ayude, tendré que pedirle que me cuente todo lo que sepa sobre Charles Dearborn sin quebrantar el secreto profesional.

—No puedo decirle gran cosa porque era especialista en cubrir sus huellas. Llegó a Plymouth hace cosa de tres años y visitó al director del Union Bank con una gran suma en efectivo… billetes del Banco de Inglaterra. Dio a entender al director que eran producto de la venta de una propiedad en Londres, y que una de las condiciones de la operación había sido que el comprador debía pagar en metálico. Después se dirigió a Winterton, a orillas del páramo, y compró una pequeña casa. Contrató a un ama de llaves con quien contrajo matrimonio hará un año. Se trataba de una dama a quien su padre había dejado en circunstancias muy adversas tras fallecer. Al parecer, el único hombre en quien este tipo depositó algún tipo de confianza fue el director del banco, que le asesoraba en materia de inversiones.

—Ha mencionado usted que ingresó en el banco una suma considerable. ¿Cuánto, aproximadamente?

—Veinticinco mil libras.

—Bueno, Willis podría haber obtenido esa cantidad de mí sin problema. Nunca he sido capaz de entender por qué yo no tenía saldo en el banco cuando ocurrió la quiebra.

—Creo que lo mejor es que me cuente usted exactamente qué negocios llevaba a cabo Frank Willis en su bufete.

—Ahora ya no es ningún secreto. Éramos socios. Ya sabe usted, naturalmente, que se había convertido en abogado, aunque nunca ejerció. Cuando lo conocí andaba como loco a propósito de una mina de oro en Borneo; rebosaba entusiasmo. Creía firmemente en esta mina, pero admitía que requería un gran capital. Según sus informaciones, el corazón de una montaña estaba cuajado de oro prácticamente sólido y para llegar a él tenían que removerse toneladas de rocas. Me contagió su entusiasmo, tonto de mí. Le di carta blanca para emplear dinero que algunos clientes me habían confiado para que lo invirtiera. El final llegó de manera muy abrupta. No disponía de medios para obtener información alguna, pero albergo fundadas sospechas de que toda la historia de esa montaña de oro era pura ficción. Tenía razones personales de peso para no desear inculpar a Frank Willis. Aun así, me cuesta creer que haya sido tan canalla como para robarme veinticinco mil libras y vivir plácidamente de ellas, como parece haber hecho el hombre asesinado.

—No he terminado mi relato —advirtió Richardson—. Hace aproximadamente un año, el director del banco le habló de una inversión —una cantera de granito al este del páramo— que se vendía a bajo precio. Se lanzó a aprovecharla; compró un automóvil y decidió llevar la cantera él mismo con la ayuda de un capataz, lo cual implicaba tener que visitarla al menos una vez al mes para pagar los salarios. Siempre tomaba la misma carretera de Moorstead a Duketon y adquirió la costumbre de dejar el coche fuera del hotel mientras tomaba el té. Inmediatamente después de marcharse del hotel lo abordaron y lo asesinaron.

—Resultaría típico de Frank Willis comprar una cantera e intentar dirigirla él mismo.

—Usted podría ayudarme sugiriendo cualquier otra persona que hubiera descubierto su identidad y pudiera tener alguna rencilla con él.

—Bueno, huelga decir que yo no fui el único que perdió dinero en este proyecto ilegal del oro. Tal vez podría facilitarle una lista de alguno de los que recuerdo de memoria.

—Si pudiera conseguir un retrato de Frank Willis, podría lograr que lo identificaran, pero no deseo agravar los males de la señorita Willis presionándola para que encuentre uno. Ya me ha dicho que no posee ninguno, pero a menudo se toman fotografías familiares que posteriormente caen en el olvido.

—Veré si puedo rescatar alguna fotografía antigua. Puede que me lleve tiempo; sugiero que vuelva usted mañana. Imagino que tendrá que realizar otras pesquisas mientras tanto.

—Así es. Quiero averiguar qué ha sido de su antiguo empleado y recadero. Le diré por qué. Al parecer, la gente se refería a él como «el muchacho de las pecas».

Sutcliffe rio.

—No me sorprende; tenía más pecas de la cuenta. Pero no puedo indicarle su paradero actual, y también ignoro qué ha sido de mi empleado, Instone. Llegó hasta mis oídos que mi hermano los contrató a ambos en su oficina de Mincing Lane; puede que sigan allí.

—Ese extremo es fácil de aclarar, señor Sutcliffe. Estoy especialmente ansioso por ver al muchacho, pues, por lo visto, un joven cubierto de pecas se presentó en Winterton un día o dos después del asesinato, pidió la dirección de Charles Dearborn y, al enterarse de que estaba muerto, palideció y regresó a la estación sin mediar palabra. En fin, ya le he robado bastante tiempo. Volveré mañana por la tarde sobre esta hora.

—Le quedo muy agradecido, señor Richardson, y puede estar seguro de que haré cuanto esté en mi mano para ayudarlo. ¿Me concedería un favor? ¿Podría recurrir a mí para tratar estas cuestiones, en lugar de a la señorita Willis? Estará de acuerdo conmigo, creo, en que merece que le evitemos esa angustia hasta

saber con certeza en qué terreno nos movemos.

—Por supuesto, se lo prometo. Y ahora, debo hacer venir a mi pobre sargento, que lleva más de media hora estudiando la anatomía de cada marca de automóvil. Adiós.

CAPÍTULO XVII

El sargento Jago encontró a su jefe extrañamente reservado en el trayecto de regreso a Victoria. Él mismo empezaba a tener una sensación que no era exactamente falta de confianza en su superior, sino desasosiego al pensar hasta dónde permitiría que su instinto eclipsara los hechos objetivos que pudieran ser probados en un tribunal de justicia. Por otro lado, temía que la reputación de Richardson como investigador de casos difíciles pudiera verse resentida en la oficina central. Se aventuró a insinuar sus dudas.

—Supongo que ha despejado por completo cualquier sospecha que pudiera existir sobre Peter Sutcliffe como posible asesino.

—Por completo.

—Pero ¿qué hay del traje cubierto de barro que fue adquirido en Sackville Street?

—Al margen de quien lo comprara, Peter Sutcliffe nunca lo llevó puesto.

—¡Uf! —refunfuñó Jago, receloso—. Ojalá estuviera tan seguro como usted. No se me olvida que lo único en lo que nos hemos podido basar es en la suposición de que el hombre que se hacía llamar Charles Dearborn escogió ese nombre porque lo escuchó una vez cuando Jane Smith fue al despacho de Sutcliffe para pedirle que buscara a su esposo.

Richardson emitió un gruñido para mostrar su conformidad y añadió que, tratándose de un caso en el que no había ninguna pista

segura de la que partir, no había más remedio que hacer deducciones y formular teorías.

—En cualquier caso —agregó—, este caso es el más interesante en el que he trabajado hasta ahora y estoy resuelto a dar caza a Frank Willis cueste lo que cueste; el Departamento puede irse al cuerno.

—¿Cuál será su próximo paso? —quiso saber Jago.

—Nos dirigiremos a Mincing Lane para ver qué pueden contarnos sobre esas dos personas que perdieron sus empleos cuando Peter Sutcliffe fue condenado; a saber, Instone, el empleado, y el muchacho pecoso. Ya sabe por qué deseamos localizar al chico; fue visto en Winterton. Y quiero entrevistar a Instone por si puede decirnos algo sobre Frank Willis.

En Mincing Lane se vieron en jaque. El empleado de caja al que los remitieron explicó que su patrón estaba fuera en una larga luna de miel. Él mismo no recordaba bien lo que había sido de Instone. Entendía que su trabajo en el bufete de un abogado no era una gran cualificación en un negocio como el suyo, y que el señor Sutcliffe lo había recomendado en otros bufetes de la ciudad, pero ignoraba cuál habría aceptado sus servicios. En cuanto al muchacho, John Reddy, había dominado sus funciones con rapidez, y tras trabajar en el despacho doce meses, se había marchado para «perfeccionarse». Eso era cuanto podía decirles.

—¿Y si ponemos un anuncio para dar con esas dos personas, Instone y Reddy? —sugirió Jago.

—Sí, iremos de inmediato a una agencia de publicidad. Después quiero aclarar un punto sobre el que solo puede ilustrarme la auténtica señora Dearborn.

—¿Se refiere a la estrella de cine que se hace llamar Jane Smith?

—En efecto. Únicamente ella puede decirnos si el abogado de Bristol al que visitó era Sutcliffe en Bold Street. Recordará que la última vez que la vi no fue capaz de recordar el nombre del abogado al que acudió en Bristol, únicamente la calle. Voy a refrescarle la memoria.

Tras visitar la agencia de publicidad, el ferrocarril del distrito los

condujo a pocos pasos de Arcadia Mansions. Mientras subían en el ascensor, Richardson explicó a su compañero que estaba a punto de ver a una inglesa americanizada, un concepto con el que no estaba familiarizado. Llamaron al timbre; la doncella de la señorita Smith abrió la puerta.

—¿Se acuerda de mí? —comenzó Richardson—. Estoy seguro de que la señorita Smith me recibirá, si está disponible.

—Tendré que anunciarlo, señor. La señorita Smith está atendiendo a dos caballeros ahora mismo. Le comunicaré en un susurro que está usted aquí.

—¿Alguno de ellos es su agente publicitario? Porque, en ese caso, preferiría volver en otro momento.

—¡Oh, no, señor! Me figuro que son oficiales de la marina.

Esperaron en el pequeño vestíbulo a que la doncella los anunciara. Regresó sonriente, y los invitó a pasar al salón.

Habían interrumpido un cóctel íntimo. Uno de los invitados saludó tímidamente a Richardson; se trataba del teniente Cosway.

—Esto es una reunión familiar, señorita Smith. Todos somos detectives. Verá, los sabuesos siempre cazan en pareja. El inspector jefe Richardson tiene a…

—El sargento Jago, del CID.

—Exacto; y yo tengo al teniente Penmore de la Marina Real.

—Déjese de sabuesos —intervino la anfitriona—. Estamos aquí para divertirnos. Desconozco la clase de cóctel que preferirán ustedes dos, caballeros de Scotland Yard, pero si son sensatos, permitirán que yo misma les prepare uno.

Richardson probó la bebida y la calificó como impecable.

—He venido por un asunto oficial, señorita Smith. Recordará que la última vez que estuve aquí me dijo que el abogado al que visitó en Bristol, con el propósito de encontrar a su esposo, la remitió a investigadores privados, pero no consiguió recordar el nombre de ese abogado. ¿Se trataba de Sutcliffe?

—¡Qué hombre! ¡Y qué memoria! —exclamó la dama—. Era Sutcliffe, sin duda; no Sutcliffe, Sutcliffe & Sutcliffe, como la mayoría de los abogados, sino simplemente Sutcliffe. Un tipo de

maneras agradables, pero no estaba dispuesto a localizar maridos. Me echó de allí.

Richardson vació su vaso y se levantó.

—No interrumpo más su fiesta, señorita Smith, pero le diré que sus cócteles son una verdadera inspiración. Le agradezco mucho su hospitalidad.

Los dos oficiales navales se pusieron en pie igualmente.

—Nosotros también debemos marcharnos, señorita Smith.

—Mire lo que ha hecho —le dijo ella a Richardson en tono de reproche—. Ha interrumpido uno de los cócteles más formidables que he ofrecido jamás. Dígame, ¿volverá otro día? Por lo general termino los ensayos sobre esta hora, y la próxima vez no permitiré que se escabulla tan fácilmente.

—¿Podemos acompañarlos un rato? —preguntó Cosway cuando estuvieron en la calle—. Mi amigo Penmore y yo hemos estado indagando un poco por nuestra cuenta. Deseaba hacer una buena obra con esa pobre mujer, la señora Dearborn, de The Firs, y se me ocurrió que nuestra amiga Jane Smith, también conocida como la señora de Charles Dearborn, sabría si su esposo tenía varios primos con ese nombre, pero me ha salido el tiro por la culata. Tales parientes de su esposo, según explicó con palabras poco diplomáticas, eran damas no susceptibles de contraer matrimonio debido a su aspecto. Dijo que tenían la palabra «solterona» tatuada en la piel desde que nacieron… o algo por el estilo. Penmore puede confirmar que cuando nos interrumpieron ustedes, ella estaba empezando a conducirse de manera desatada y divertida. Lo tiene a usted en un pedestal, señor Richardson. Naturalmente, eso siempre actúa como un freno. Pero, hablando en serio, por lo visto nuestra viudita de The Firs opina que debe de haber algún motivo para la coincidencia de los nombres.

—Pienso lo mismo —declaró Richardson—, pero no se trata de un vínculo de sangre. El hombre que falleció en The Firs había escuchado ese nombre y se le quedó grabado.

Penmore tomó la palabra.

—Cuando ha hablado usted con la señorita Smith hace un

momento, le he escuchado mencionar el nombre de Sutcliffe. ¿Se trataba de Peter Sutcliffe, el abogado de Bold Street al que un juez y un jurado enviaron a prisión por cuatro años?

—Sí —confirmó Richardson—, el mismo.

—Qué coincidencia tan extraordinaria. Mi madre es la madrina del pobre diablo, y Peter Sutcliffe era su ojito derecho. Nunca creyó que fuera culpable.

—Le dio un billete de quinientas libras para que lo invirtiera en una mina de oro suya —apuntó Richardson.

—Hizo cuanto pudo por ayudarlo. Cuando la interrogaron acerca de ese billete, faltó a la sagrada verdad y aseguró que había sido un regalo que le había hecho.

—Puede que le sorprenda escuchar que llevo en mi cartera ese billete de quinientas libras.

—¡Que me aspen!

Cosway le dio una palmada en la espalda.

—Te dije que mi amigo Richardson era el mejor sabueso del mundo y no me creiste.

—¿Sabe si su madre guardó un registro del número del billete que le dio?

—Si no lo hizo puede obtenerlo de sus banqueros. ¿Por qué no se acerca a visitarla? Vive en Bath. Se echará a sus brazos cuando sepa que usted no cree en la culpabilidad de Sutcliffe.

—En ese caso, ¿tendría la bondad de decirle que espere una visita mía mañana? Es decir, si piensa usted ir a verla.

—Oh, sí, iré esta noche y Cosway viene conmigo… y, por cierto, Cosway, tenemos que darnos prisa si queremos tomar ese tren.

Cosway paró un taxi que pasaba y ambos jóvenes dijeron adiós a través de la ventana. Ya a solas, los dos policías se dirigieron a la estación de metro.

—Tal vez piense que todo esto ha sido una pérdida de liempo, Jago, pero sé por experiencia que un detective no suele hacer demasiados amigos. Y nunca sabe cuándo uno u otropuede resultarle provechoso. Aún es pronto para mostramos confiados, pero creo que

empiezo a ver la luz. Sabremos más mañana, cuando lleguemos a Bath, pero primero iremos a Bristol a visitar al director del banco de Sutcliffe.

—¿Por qué? —inquirió Jago.

—Para averiguar si sacaron dinero de la cuenta de Sutcliffe en billetes de elevado valor. Le llevaré conmigo para que pueda escuchar las preguntas y las respuestas. Por suerte, tenemos la noche libre para poner al día nuestro informe.

Jago sabía que estos informes de su jefe recogían escrupulosamente todas las circunstancias del caso; suspiró al pensar en la cantidad de trabajo que tenía por delante, pues su jefe tenía un truco que consistía en cerrar los ojos y dictar como si estuviera leyendo un documento oculto en su memoria.

A la mañana siguiente, antes de las once, estaban en Bristol, en el banco donde Sutcliffe tenía la cuenta. Fueron conducidos al despacho del director de la sucursal, el cual, una vez Richardson hubo explicado el motivo de su visita, le comunicó que no podía llevar a cabo tal averiguación mientras esperaban.

—Qué contrariedad —indicó Richardson—; tenemos que ir a Bath hoy y es posible que no volvamos antes de que cierren.

—Si esperan aquí veré lo que puedo hacer —aseguró el director —, pero supone tener que rebuscar libros de contabilidad de hace casi cuatro años. De todas formas, quizá sea factible.

Y así se hizo. En menos de veinte minutos el director regresó, luciendo una amplia sonrisa ante la idea de cuánto impresionaría la eficacia de su labor a esos fríos agentes de Scotland Yard.

—Deseaban saber si se sacó dinero de la cuenta de Sutcliffe en billetes de elevado valor del Banco de Inglaterra. Me ha parecido mejor transcribir las retiradas en metálico de los doce meses que precedieron al cierre de la cuenta. Aquí tienen.

—Muy amable por su parte. ¿Podría llevarme este documento?

—Naturalmente. Lo he elaborado para ustedes.

En el tren con destino a Bath, Richardson extrajo el papel de su bolsillo y lo estudió. Sin duda, daba que pensar. Durante un año entero se había sacado dinero de la cuenta de Sutcliffe casi todas las

semanas en billetes del Banco de Inglaterra, la mayoría por valor de cien libras, aunque en dos ocasiones habían ascendido a quinientas libras. ¿Para qué podía querer tanto dinero en efectivo? Por supuesto, recibía cuantiosas sumas de clientes para que las invirtiera en los proyectos ilegales de su futuro socio, Frank Willis, pero ¿por qué esa persona iba a esperar recibir dinero para invertirlo en sus empresas en efectivo y siempre en billetes de elevado valor del Banco de Inglaterra? El Charles Dearborn fallecido en Winterton había depositado veinticinco mil libras en su banco de Plymouth en billetes de valor también elevado. Sin duda, se trataba de otro eslabón en la cadena, pero ¿acaso la cadena conducía hasta Frank Willis? Sutcliffe podría zanjar la cuestión si pudiera facilitarles un retrato de Willis que pudieran mostrar a la señora Dearborn de Winterton, y si pudiera decir durante cuánto tiempo había estado asociado con Willis antes de la quiebra.

El tren se detuvo en Bath y Richardson retomó a la realidad del momento.

—No podemos irrumpir en casa de *lady* Penmore en plena hora del almuerzo. Tendremos que tomar un refrigerio a base de bocadillos en el bufé y llegaremos a su casa a las dos. Para entonces habrá terminado de comer.

Más tarde, un taxi los llevó al domicilio de *lady* Penmore, que vivía en una de las pintorescas casas de piedra construidas hacía siglo y medio. El hermoso mobiliario databa de finales del siglo dieciocho.

La doncella se apartó para permitir que el joven Penmore saludara a los recién llegados.

—Vengan arriba —les instó—, mi madre los está esperando.

Lady Penmore no se ajustaba en modo alguno a la idea que Richardson se había forjado de ella mentalmente —una dama anticuada, a tono con todo lo que la rodeaba—. De rostro curtido, resultaba extrovertida y tan enérgica en sus movimientos como una muchacha de dieciocho años; e igual de enfática en sus prejuicios que una periodista.

—De modo que usted es el famoso Richardson, de Scotland

Yard, ¿eh? Jamás lo habría adivinado si me lo cruzara por la calle. Supongo que, bajo ese exterior tranquilo y modesto, oculta más secretos y escándalos familiares de los que se encuentran en el fichero de un periódico de sociedad. No importa, puede que haya oído toda clase de horrores referidos a mi pasado, pero veo por su expresión impasible que no da crédito ni a la mitad de ellos. Vayamos a lo que nos ocupa. Mi hijo dice que está usted aquí para demostrar la inocencia de mi ahijado, Peter Sutcliffe, aunque no me explico de qué puede servir eso una vez que el pobre desgraciado ha cumplido tres años de condena. No obstante, parece tener pruebas ahora.

—Bien… —comenzó Richardson, con cautela.

—Tiene usted mi billete de quinientas libras, y lo encontró en el bolsillo de Frank Willis.

—Aún no hemos verificado la identidad del hombre que estaba en posesión del billete.

—¡Santo cielo! ¿Todos los de Scotland Yard son tan cortos de entendederas? ¿Qué más quiere? Por supuesto que se trataba de Frank Willis; huiría a Winterton con sus ganancias ilegítimas y se cambiaría el nombre. ¿Lleva el billete consigo?

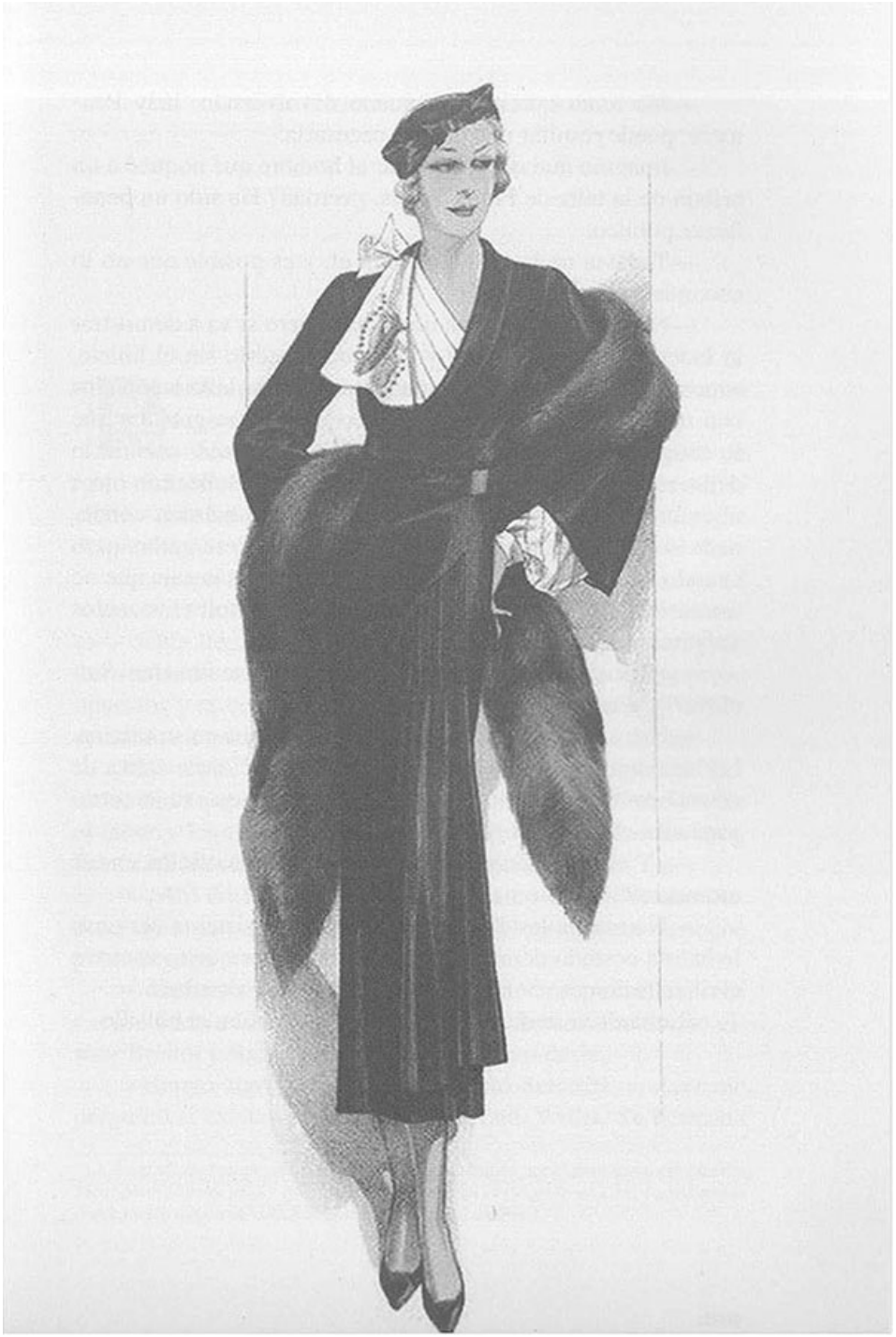
—Así es, *lady* Penmore. Si me proporciona el número de su billete, le mostraré el que encontramos para compararlos.

—¡Dios mío! Ni siquiera confía usted en mí. En fin, como quiera.

Se dirigió a un cajón de su escritorio y sacó un trozo de papel que leyó a Richardson.

Él extrajo de su cuaderno un sobre que contenía el billete encontrado adherido a las hojas de una novela policíaca. Los números eran idénticos.

—Bueno, pues bien está lo que bien acaba. He recuperado mi billete. Lo llevaré al banco mañana; ayudará a sufragar mi impuesto sobre la renta.



—Me temo que aún no puedo devolvérselo, *lady* Penmore; puede resultar una prueba necesaria.

—Imagino que no va a juzgar al hombre que noqueó a un bribón de la talla de Frank Willis, ¿verdad? Ha sido un benefactor público.

—Todavía no hemos dado con él, y es posible que no lo encontremos nunca.

—No, al ritmo que van no lo creo; pero si va a demostrar la inocencia de mi ahijado y no puede hacerlo sin el billete, supongo que debo dejar que se lo quede. Me lavo las manos con respecto a ese joven idiota, que primero se presta a que le chupe la sangre ese canalla, Willis, y después, cuando lo dejan salir de prisión, se pone a trabajar en un taller con otros miembros de esa corrompida familia. No lo habrían condenado si hubiera contado todo lo que sabía de esa gente, pero cuando un hombre está enamorado… En fin, más vale que no me extienda sobre eso, o corro el riesgo de emplear vocablos vulgares y escandalizarlo.

—¿Recuerda cómo le hizo llegar el billete al señor Sutcliffe? ¿Se lo entregó en persona?

—No; ese joven necio nunca se encontraba en su oficina. Lo introduje en un sobre sellado con instrucciones acerca de cómo invertirlo, y se lo dejé al recadero para que se lo entregara a mi ahijado tan pronto como llegara.

—¿Y el señor Frank Willis no estaba en la oficina en ese momento?

—No me molesté en preguntarlo; a mi sistema nervioso le habría costado demasiado esfuerzo el tener que mostrarme civilizada con ese hombre. Nunca he podido soportado.

Richardson se despidió con el billete aún en el bolsillo.

CAPÍTULO XVIII

Por fin parece que tenemos algo definitivo —comentó Jago mientras ponían rumbo a la estación.

—Veo que siente alivio al comprobar que existe un nexo definitivo entre el asesinato en Dartmoor y el caso Sutcliffe —observó Richardson con un guiño—. Confío en que dispondremos de más información antes de que acabe el día.

Tuvieron suerte al llegar a la estación a aquella hora. El expreso de Londres —uno de los mejores trenes del momento— debía llegar en siete minutos. Como es habitual cuando un tren suele ir tan abarrotado, tomaron asiento en rincones opuestos y se comportaron como si fueran extraños. El vagón se llenó; el tren arrancó y Richardson se dispuso a dormir.

Más tarde, tomaron un taxi para ir de Paddington a Victoria, dado que ya llegaban tarde a su reunión con Sutcliffe en el taller y los trenes de la *Inner Circle*[22] tardaban media hora. Eran casi las siete cuando llegaron a Bromley.

—¡Ah! Al fin han llegado —exclamó Sutcliffe, animándose súbitamente—. Me he ofrecido a hacer el tumo de noche para asegurarme de que los vería.

—Lamento que no hayamos podido ser puntuales —se excusó Richardson—, pero esta mañana hemos tenido que visitar Bristol y Bath, y por eso llegamos tan tarde.

—Tengo algo para usted —anunció Sutcliffe—. Ayer me

preguntó si existía algún retrato de Frank Willis. Su hermana le dijo que no, lo cual era cierto hasta donde ella sabe, pero la anciana que durante años ha trabajado para la familia, y que los adora a todos, me dijo que tenía una fotografía, bastante reciente, en la que aparecía el «señorito Frank», como ella lo llama, junto a su hermano y su hermana. Se mostró muy reacia a desprenderse de ella siquiera durante unas horas, pero le aseguré que se la devolvería lo antes posible. Confío en que no me defraude en este sentido.

—Descuide —replicó Richardson—. Me encargaré de que saquen una copia mañana por la mañana y le devolveré el original.

Ante aquella afirmación, Sutcliffe se dirigió al despacho y regresó con la fotografía cuidadosamente envuelta en papel. Richardson abrió el paquete y lo observó detenidamente. Se parecía a la mayoría de los retratos familiares que incluían a dos muchachos y una muchacha, con la diferencia de que aquella imagen no caía en la banalidad gracias a la belleza de la joven. Richardson no había visto nunca el cadáver del hombre enterrado en Winterton, por lo que no podía extraer conclusiones acerca del retrato del hermano mayor, cuyas facciones le recordaban vagamente a la hermana.

—Gracias, señor Sutcliffe. Haré que se la muestren a la viuda del hombre asesinado o, mejor dicho, que le muestren la copia, y usted recuperará el original mañana por la mañana, a las once como muy tarde. Y ahora, me gustaría hacerle un par de preguntas. ¿Cuánto tiempo llevaba Frank Willis con usted cuando se produjo la quiebra?

—Cuando dice cuánto tiempo llevaba conmigo, ¿se refiere a cuánto tiempo había dispuesto de mi oficina para él solo? Veamos, la crisis se produjo en mayo y había empezado a venir a la oficina en diciembre… cinco meses antes.

—¿Antes de diciembre nunca había visitado la oficina?

—No, por la poderosa razón de que no se encontraba en Inglaterra.

—Pasemos a sus finanzas. ¿Mantenía usted su cuenta personal al margen de las finanzas de la empresa?

—Debería haberlo hecho, desde luego, pero me temo que no lo

hice. Verá, el bufete era de mi exclusiva propiedad, y todos los fondos que se recibían iban destinados a mí personalmente.

—Tendría una cartilla de ahorros, supongo.

—Sí, pero a decir verdad no la revisaba demasiado. De vez en cuando echaba un ojo a mi saldo, pero dejaba todo eso en la oficina.

—¿Cuánto tiempo estuvo a su cargo el personal del despacho?

—Oh, Instone, mi encargado, había servido a mi padre antes de que yo continuara con el negocio. Debió de pasar diez años en la empresa. El muchacho, Reddy, se incorporó al terminar los estudios.

—¿Asumió usted su propia defensa en el juicio?

—En efecto, pero conté con la inestimable ayuda de mi empleado, Instone, que prácticamente preparó mi defensa. Él fue quien me proporcionó toda la información necesaria, de modo que parecía absurdo gastar una fortuna en un abogado. Los hechos estaban en mi contra.

—¿No citó usted a Frank Willis como testigo en el marco de su defensa?

—No, se encontraba en el extranjero. Si quiere que lo diga crudamente, había huido.

—¿Ha conservado algún documento de su antiguo despacho?

—Mi hermano quedó a cargo de todos los libros y documentos del bufete, y me parece que se guardan en un cuarto del piso superior o en el sótano de su oficina en Mincing Lane.

—Me gustaría mucho revisarlos —declaró Richardson—; no con el fin de llevar a cabo una auditoría de sus cuentas, sino para comprobar si hay alguna carta que pueda ser de utilidad en mi investigación.

—Muy bien, le llevaré a Mincing Lane mañana por la mañana. El encargado es muy solícito y estoy seguro de que buscará los documentos y nos dejará examinarlos a nuestras anchas.

En aquel momento sonó la gran campana del taller, avisando de la llegada de un cliente para aparcar su coche. Sutcliffe pulsó un interruptor y todas las lámparas se iluminaron. Se aproximó un automóvil con la primera marcha metida y un joven con aire más

bien altivo apagó el motor y se apeó.

—Lo quiero lleno de gasolina, aceite y agua para mañana a las ocho de la mañana, que vendré a buscarlo.

—Muy bien, señor —contestó Sutcliffe.

En ese momento un segundo coche hizo sonar su bocina en la puerta del taller y entró despacio, como el anterior. Richardson y el sargento se retiraron discretamente; todo apuntaba a que Sutcliffe iba a estar ocupado durante una o dos horas.

—Demos un paseo por la calle principal, y así elegiremos un fotógrafo para que saque la copia de este retrato. Unicamente debemos evitar los establecimientos de moda que exhiben retratos de jovencitas cursis en sus escaparates; para lo que queremos, nos vienen mejor los comercios más modestos.

Encontraron lo que buscaban en una tiendecita bastante humilde un poco más adelante de donde se hallaban. Richardson se aventuró a tocar el timbre. El dueño, al parecer, vivía en el piso situado encima de la tienda y estaba ansioso por atender clientela a cualquier hora.

—Dispénseme por importunarlo cuando ya ha cerrado —comenzó Richardson—, pero tengo que obtener una copia de un retrato de grupo urgentemente. ¿Podría usted encargarse?

—Deje que le eche un vistazo. Oh, naturalmente, es coser y cantar. Puedo hacerlo ahora mismo y no tendrá queja del precio.

—Se lo agradezco. Volveré mañana temprano, entre las ocho y las nueve. Cuidará del original, ¿verdad?

—Puede confiar en mí, señor.

—Vamos —dijo Richardson—, creo que por hoy ya hemos hecho bastante, y la cama nos espera. Debemos volver a casa.

A las ocho de la mañana siguiente, los dos agentes de policía estaban de vuelta en Bromley. Su primera parada fue la tienda del fotógrafo, quien les entregó dos excelentes copias del retrato familiar y el original ceremoniosamente envuelto en papel de seda. Desde allí se dirigieron al taller, donde encontraron a Sutcliffe esperándolos ataviado con sus mejores galas.

—Sabiendo que vendrían me he quitado el mono y me he

aseado —explicó—. Estoy listo para partir rumbo a Mincing Lane cuando quieran.

—Aquí tiene el original de la fotografía que me prestó anoche —repuso Richardson—. He conseguido unas copias extraordinarias.

—Está claro que ustedes no pierden el tiempo. Permítame que deje esto en la oficina con una nota y partiremos hacia Mincing Lane.

—¡Pobre desgraciado! —comentó Jago—. No quisiera cambiarme por él. Se ha pasado la noche ocupándose de los coches y ahora vamos a arrastrarlo a la ciudad.

—Es probable que, si supiera las cosas que tenemos que hacer, fuera él quien no se cambiara por usted —observó Richardson—. Zapatero, a tus zapatos.

En Mincing Lane los recibió el encargado, un hombre que había prestado servicios en la compañía de té durante muchos años. Peter Sutcliffe lo llevó aparte y le explicó el objeto de su visita. El anciano rio y dijo a Richardson:

—No todos los días tenemos el honor de que nos visite un inspector jefe del CID. Me temo que nos vimos obligados a guardar los documentos que desea entre las ratas del sótano, y no respondo del estado en el que se encuentren.

Dio orden al conserje y los condujo a su santuario para que aguardaran allí. Al poco rato, llamaron a la puerta y entró el conserje, ligeramente falto de aliento por el peso del cajón que acarreaba, el cual estaba cubierto de polvo y moho.

—Si va a abrir el cajón aquí, señor —advirtió—, le aconsejo que dé la vuelta a las alfombras y tenga una escoba a mano. Yo quitaré los tomillos.

Las ratas no habían mordisqueado lo bastante el cajón como para abrirse paso hasta su interior, pero todos los demás elementos perniciosos para cualquier archivo —polvo, moho y humedad— habían estado muy ocupados. Era evidente que aquello iba a resultar un trabajo sucio. Por fortuna, todos los libros se encontraban al fondo del cajón y a Richardson solo le preocupaban los documentos que se encontraban en la parte superior. Se arrodilló junto a la

gaveta y comenzó a sacarlos, mientras Jago permanecía de pie junto a él con un plumero.

—¿Qué está buscando? —quiso saber Sutcliffe—. Quizá pueda ayudarlo.

—Quiero muestras de la letra de Instone, su empleado, y de Reddy, su recadero.

—Oh, no hay problema en encontrar eso. ¡Aquí tiene! Esta es la letra de Instone; solo es una lista de documentos, pero sirve tan bien como cualquier otra cosa. Y aquí, qué casualidad, hay una muestra de la letra de Reddy. Y ahora, ¿qué más desea?

—Me gustaría poder disponer de cualquier carta de esa mujer, Dora Straight, que presentó una denuncia ante la policía de Bristol sobre sus negocios relativos a esa mina.

—Dudo que vaya a encontrar eso. No recuerdo que me escribiera jamás. ¡Ahí va! ¿Qué es esto? Una carta que nunca se ha abierto.

Sutcliffe rasgó el sobre y leyó su contenido. Se lo entregó a Richardson. Se trataba de una misiva de tono agresivo y que llevaba la firma de «Dora Straight»; precisamente el documento que estaban buscando.

—A la dama ni se le pasó por la cabeza que todo este veneno permanecería sin abrir durante más de cuatro años —observó Sutcliffe con una risita amarga—, y que ahora va a ser utilizado por el CID.

—Únicamente la buscaba por su dirección —aclaró Richardson, sacando su lapicero—. Quiero citarla. ¿No le importa que me lleve estos documentos?

—En absoluto.

Después de dar las gracias al encargado y despedirse de Sutcliffe, los dos policías consultaron su horario y pusieron rumbo a Waterloo.

Tenían el vagón para ellos solos, por lo que pudieron discutir el caso con absoluta libertad.

—No me ha quedado claro para qué quería usted esos documentos —admitió Jago.

—¿Ha olvidado que aún no hemos determinado la identidad del hombre asesinado? Parece que una serie de personas creen que era Frank Willis. Yo también lo creía hasta ayer mismo; pero lo sabremos a ciencia cierta cuando le mostremos a la señora Dearborn la fotografía que llevo en el bolsillo.

—Entonces, ¿quién cree usted que era?

—Tengo mi propia teoría, pero no la voy a compartir con usted hasta que veamos de nuevo a la señora Dearborn. En todo caso, empiezo a ver la luz al final del túnel. Confío en que el superintendente Carstairs enviará el coche a recogernos. Debemos ver a la señora Dearborn antes de que se vaya a dormir.

El sargento Jago fue el primero en divisar el coche de la policía cuando llegaban a la estación de Tavistock.

—¡Veo el coche! —gritó—. Llegaremos a tiempo.

El chófer les dispensó una calurosa bienvenida.

—El señor Carstairs se preguntaba esta mañana, sin ir más lejos, cuándo volvería a verlos —comentó.

—¿Ha ocurrido algo en nuestra ausencia?

—Los periódicos han publicado todos sus movimientos, consiguiendo despertar un gran interés entre el público en lo referente al caso y pintándolo a usted como «un hombre misterioso que finalmente siempre da en el clavo». Se llevarían una amarga decepción si no lo consiguiera en esta ocasión.

—¿Han importunado los reporteros a la señora Dearborn?

—Siempre hay un par de ellos rondando la entrada de The Firs. Ayer tuvo que telefonear al señor Carstairs para que viniera y hablara con ellos —indicó el agente y rio al recordar la escena—. Tendrían que haberlo escuchado hablar con ellos como si pertenecieran a la clase media baja. Los puso en su sitio y se escabulleron para librarse del castigo de su lengua.

—¿El señor Carstairs nos está esperando?

—Sí, saldrá al porche cuando lleguemos.

Aquella fue una predicción acertada. El superintendente se acercó al coche para estrecharles la mano antes de que se hubieran apeado.

—Lo hemos echado seriamente en falta, señor Richardson. Pase un momento por mi despacho y póngame al día de sus avances.

—No hemos perdido el tiempo, señor Carstairs —aseguró Richardson en cuanto se cerró la puerta—. Pero no podré informarlo de nuestras conclusiones hasta que vea a la señora Dearborn en The Firs. Si le parece bien, la visitaremos ahora mismo para hablar con ella antes de que se acueste. Entonces podré revelarle la verdadera identidad de su difunto esposo, entre otras muchas cosas. ¿Desea acompañarnos?

Carstairs negó con la cabeza.

—No, gracias, señor Richardson. Mantengo mi decisión de dejar el caso en sus manos, pero quisiera escuchar las conclusiones a las que llegue una vez la haya visitado.

La señora Dearborn no se había acostado. Diríase que los estuviera esperando, a juzgar por lo rápido que abrió la puerta después de que sonara el timbre. Los hizo pasar a la sala de estar y les rogó que tomaran asiento.

—No le haré perder el tiempo —comenzó Richardson, extrayendo de su bolsillo un gran sobre que contenía las fotografías y los documentos—. Primero me gustaría que observara este retrato —se trataba de la fotografía de la familia Willis—. ¿Alguno de estos dos hombres es su difunto esposo?

Los contempló detenidamente y sacudió la cabeza.

—No —contestó con decisión—. ¡Pero qué muchacha tan encantadora! La que está sentada entre ellos.

A continuación, fue el turno del documento en el que figuraba la letra de Charles Instone.

—¿Reconoce esta letra?

—Se parece un poco a la de mi marido, pero la suya era más descuidada, ya sabe a qué me refiero. Quizá habría escrito con esta letra si se hubiera esforzado.

—Gracias, señora Dearborn. Eso es todo lo que quería preguntarle hoy. Pase usted una buena noche y tendremos otra charla mañana.

—Quisiera saber un poco más. ¿Quién era mi marido?

—Espero poder decirle su verdadero nombre mañana. Esta noche lo único que debe hacer es irse a la cama y procurar dormir bien. ¡Buenas noches!

De vuelta a la comisaría, el sargento Jago empezó a interrogar a su jefe.

—¿Quién era Dearborn, entonces?

—Si no lo ha adivinado ya, creo que no debería aclarárselo… Pero lo haré. Era Charles Instone, el empleado de confianza de Peter Sutcliffe.

—Pero ¿cómo consiguió todo ese dinero?

—Robando de manera sistemática a su jefe hasta acumular unas veinticinco mil libras en un solo año.

CAPÍTULO XIX

a a notificárselo al superintendente Carstairs? —preguntó Jago en cuanto la comisaría estuvo dentro de su campo visual—. Me he fijado en que estaba ansioso por tener noticias.

—Naturalmente. Se lo diré enseguida.

Mientras se acercaban, observaron a un agente que había estado vigilando la carretera desde los escalones de la entrada del edificio, sin duda para informar a Carstairs de su llegada. Lo encontraron de pie en la puerta de su despacho; resultaba evidente que aguardaba impaciente las noticias.

—Pase, señor Richardson. ¿Cómo va todo?

—Bastante bien. Tenía que ver a la señora Dearborn para que identificara algunos retratos y caligrafías, y ahora ya conocemos la verdadera identidad de su marido.

—¡Ah! Algo es algo, sí. ¿Quién era?

—El encargado de un abogado de Bristol que se llamaba Charles Instone.

—¿El encargado de un abogado? ¿Y cómo encaja eso con ser propietario de una cantera y además un hombre rico?

—Era rico porque le había robado veinticinco mil libras a su jefe. Aún no he averiguado el resto de sus fechorías, pero confío en que ahora podré hacerlo.

El superintendente se quedó tan atónito ante aquella revelación que solo pudo chasquear los labios. Al fin, consiguió hablar.

—Ha hecho un trabajo extraordinario, señor Richardson. Ignoro cómo ha podido realizarlo y no voy a preguntárselo, pero debo felicitarle. Entiendo que puede probarlo, ¿no es así?

—De cabo a rabo cuando llegue el momento, pero ahora empiezo a sentir la necesidad de dormir, e imagino que a usted le ocurrirá lo mismo, de modo que le deseo buenas noches. A propósito, si pudiera prescindir de su automóvil mañana, quisiera realizar unas pesquisas en Duketon.

—Faltaría más. Puede llevárselo a donde guste.

A las ocho, cuando el vehículo arrancaba su largo trayecto hasta Duketon, el sol brillaba sobre el páramo, lo cual era un milagro en aquella época del año. Richardson pasó por la escena de la tragedia albergando sentimientos muy distintos de aquellos que lo habían deprimido al comienzo de la investigación. En aquel entonces todo apuntaba al fracaso; ahora, la veleta estaba orientada en dirección a la victoria.

—Pare en el hotel Duchy —ordenó al chófer—. Será mejor que me acompañe, Jago. Quiero que tome nota de la conversación que voy a mantener con el dueño.

A aquella hora tan temprana, el bar y las otras estancias de la planta baja parecían sumamente desangeladas. Estaban barriendo y fregando los suelos de granito; el propietario estaba limpiando el mostrador del bar en mangas de camisa.

—Me temo que va a encontrar todo hecho un desastre —confesó—. Por lo general no esperamos visitas tan temprano.

—No le robaré más de cinco minutos —aseguró Richardson—. ¿Dónde podríamos hablar un momento tranquilamente?

—Pase al salón trasero, señor. Allí no nos molestarán.

Y le indicó el camino.

—Se acordará de mi última visita, señor Tovey, cuando le informé de que éramos oficiales de Scotland Yard.

—Lo recuerdo muy bien.

—¿Y recuerda que me habló de un joven turista que se alojó una noche en su establecimiento y le preguntó por el señor Dearborn? Lo confundió con otra persona. No pudo recordar el nombre que le

dio…

—Si ha venido de nuevo a preguntarme por el nombre, le diré lo mismo. Lo único que puedo decirle es que si volviera a escucharlo podría reconocerlo.

—Sí, pero le ruego prudencia cuando yo sugiera un nombre. No trate de complacerme diciendo sí a no ser que esté completamente seguro. De su respuesta dependen muchas cosas, señor Tovey.

—Usted diga el nombre y si no estoy completamente seguro, se lo haré saber.

—¿Era Sutcliffe?

Tovey negó con la cabeza.

—¿Willis?

—No, no era ningún nombre común como ese.

—¿Era Instone?

—¡Sí! —la afirmación fue casi un grito—. ¡Sí! El nombre era Instone. Podría jurarlo en cualquier tribunal.

Richardson ordenó al chófer que los llevara a The Firs, en Winterton.

—¿Va a necesitar el coche de nuevo hoy, señor? —preguntó el conductor.

—Aún no lo sé, primero tengo que hablar con el superintendente Carstairs.

Encontraron a la señora Dearborn en casa. Estaba saliendo de la cocina, limpiándose las manos.

—Disculpe que me presente en su casa tan temprano —se excusó Richardson.

—Al contrario. Hace más de una hora que espero su visita. Iré un momento a la cocina a apagar el gas, y enseguida estoy con ustedes en el salón.

Al cabo de un momento, se reunió con ellos.

—Iba a decirme quién era en realidad mi marido —comenzó ella—. Naturalmente, a estas alturas ya he deducido que utilizaba un nombre falso. ¿Cómo se llamaba realmente mi esposo?

—Charles Instone.

Ella se quedó mirándolo.

—Imagino que eso invalida nuestro matrimonio.

—Tendrá que recurrir a un abogado para esa cuestión, señora Dearborn. No puedo asegurarle qué efectos tendrá sobre la viuda una ceremonia matrimonial con una persona que ha proporcionado un nombre falso.

—¿Por qué motivo ocultaba su identidad? —inquirió—. No tenga reparo en decírmelo; prefiero saber la verdad.

—Bien, trabajaba como empleado de un abogado de Bristol y lamento decirle que malversó una gran cantidad de dinero de su jefe.

Los ojos de la señora Dearborn reflejaron el horror que le provocó aquella revelación.

—¿Quiere decir que vivo de un dinero robado?

—Me temo que sí.

—En ese caso, debe ser devuelto a su legítimo dueño, por supuesto, y yo debo encontrar empleo en alguna parte.

—Le aconsejo que no tome ninguna decisión precipitada. Espere a que todo este asunto se aclare.

—Pero ¿qué hay de esta casa? Al menos puedo ponerla en manos de agentes inmobiliarios para que la vendan. En ningún caso quiero quedarme aquí.

—No hay nada que le impida vender la casa si encuentra un comprador, y no creo que le resulte difícil. ¿A dónde piensa trasladarse cuando se marche?

—A Londres. Creo que me resultará más fácil encontrar allí el trabajo para el que estoy capacitada que en alguna villa rural. Dejaré la casa en manos de los agentes hoy mismo y partiré hacia Londres mañana.

—¿Dónde podré localizarla, en caso de que tuviera que hacerle más preguntas?

—En el mismo hotel donde me visitó la última vez. Supongo que si necesitara consultarle algo podría comunicarme con usted a través de Scotland Yard, ¿no es así?

—En efecto, sus cartas siempre llegarán a su destino, pero la veré a menudo hasta que el caso esté cerrado; y ahora, debo despedirme y desearle buena suerte.

Cuando Richardson comunicó al superintendente Carstairs que debía poner rumbo a Clifton para realizar unas pesquisas, este le ofreció el automóvil de todo corazón.

—No —se negó Richardson—. Es una sugerencia muy amable por su parte, pero recorrer más de cien millas con el coche y permitir que regrese vacío sería abusar de su hospitalidad. Haremos el trayecto en tren.

—Pero ¿volverán más tarde?

—Aún no lo sé, superintendente. Debo elaborar un detallado informe para mis superiores en Scotland Yard y esperar a ver qué deciden. Mientras tanto, ¿puede ocuparse uno de sus ayudantes de organizar el viaje a Clifton?

En menos de cinco minutos el itinerario había quedado establecido. Irían en automóvil hasta North Road y tomarían el ferrocarril. Los transbordos del tren parecían cuadrar bien.

Richardson echó una ojeada al reloj.

—Supongo que deberíamos irnos.

—He pedido el coche, señor —anunció un ayudante—. Me parece que ya está en la puerta.

Richardson estrechó la mano del superintendente y ambos intercambiaron expresiones de buenos deseos.

—Volverá muy pronto, señor Richardson, aunque solo sea para tener una charla con el asesino —garantizó Carstairs entre risas.

La opción de los trenes resultó magnífica. Los dos agentes llegaron a Clifton entre la hora del té y la hora de la cena, a tiempo para interrogar a la dama que se había identificado como Dora Straight. Se dirigieron a su casa en taxi; una residencia de aspecto lujoso para una mujer soltera. Richardson entregó su tarjeta a la doncella y pidió ver a la señora de la casa por un asunto urgente.

—Hoy tiene partida de *bridge*, señor-objetó la muchacha.

—Por favor, dígale que lamento mucho importunarla en una ocasión como esta, pero sería suficiente con que jugaran la baza del muerto[23] durante unos minutos.

La doncella se precipitó escaleras arriba y dio el recado. Debió de dejar la puerta abierta, pues por la escalera les llegaron

expresiones de protesta e indignación. Pudieron escuchar: «Pero no se trata de la policía normal; es Scotland Yard». Siguió un silencio, que quebró una voz petulante: «Ven, Alice, continúa mi mano. Volveré en cuanto pueda».

—¿Tendrían la amabilidad de seguirme, caballeros? —dijo la doncella.

Los condujo al comedor situado en la planta baja y cerró la puerta tras ellos.

Cuando se abrió de nuevo dio paso a una dama de estatura elevada y de aspecto masculino, con corte de pelo a lo paje veteado de gris y con el rostro encamado, que en aquel momento tenía una expresión amenazadora, cual nubarrón que presagia tormenta.

—Tomen asiento —les ordenó—, y díganme de la manera más sucinta posible qué asunto los ha traído hasta aquí.

—Tengo entendido, señora, que es usted la autora de esta misiva —indicó Richardson, y le entregó la carta que habían encontrado sin abrir en el cajón de papeles del despacho de Sutcliffe.

Ella la tomó, leyó el contenido y contempló la fecha.

—Pero esto fue escrito hace más de tres años —observó.

—Sí, señora, pero hasta ayer no llegó a manos del caballero a quien está dirigida. Ha pasado tres años fuera, en el campo.

—¡Bah! ¿Qué sentido tiene andarse con rodeos? Sé tan bien como ustedes que ha estado en prisión y, es más, me siento orgullosa de haber contribuido a que así fuera.

—¿Enviando una carta al jefe de la policía de Bristol?

—Exacto. Su cómplice y él me estafaron dos mil libras y, naturalmente, tan pronto como perdí el dinero decidí vengarme de ellos.

—¿Le advirtieron de que la mina de oro de Borneo, en la que el señor Sutcliffe ofrecía invertir en participaciones, era un fraude?

—En efecto.

—¿Le importaría facilitarme el nombre de la persona responsable de dicha advertencia?

—Ya lo creo que me importaría. Ese aviso fue realizado a título confidencial.

—Por parte de un hombre que robaba a su jefe de manera sistemática.

—¿A qué se refiere?

—Oh, ¿no lo sabía? El señor Charles Instone, autor de la advertencia y, por tanto, decisivo en el proceso contra su jefe, se hizo con una cuantiosa suma de dinero que pertenecía al mencionado empleador. Estoy seguro de que una dama como usted, con su innato sentido de la justicia, no dudará en ayudarme revelándome todo cuanto sabe una vez que ha tenido conocimiento de los hechos tal y como sucedieron.

—Y, mientras tanto, a mí me roban dos mil libras con falsas promesas y sin que yo tenga derecho a compensación.

—Las dos mil libras que invirtió en la mina de oro probablemente le serán restituidas.

—¿Le han enviado aquí para decirme esto?

—No, señora; me han enviado aquí para investigar las circunstancias del asesinato del difunto señor Instone.

—¿Instone, asesinado? ¿Cuándo?

—El pasado 29 de septiembre.

—¿Quién lo mató?

—Eso es lo que tengo que averiguar, y pensé que podría contar con su ayuda. Deduzco que el aviso que recibió usted vino del difunto señor Instone. ¿Le llegó por carta o de viva voz?

—Por carta, naturalmente. La tengo arriba.

—¿Podría verla?

—Pues… el pobre hombre puso la condición de que la mantuviera en secreto. Dijo que, al escribirla, estaba arriesgando su empleo como una deferencia hacia mí.

—Sí, pero dado que está muerto, difícilmente puede hacerse valer esa condición; en especial, si tenemos en cuenta que debemos procurar que se haga justicia con los que están vivos.

—Supongo que tiene razón —concedió en tono vacilante—. Echaré un vistazo a la carta para asegurarme de que no hay nada que no sea justo divulgar. No se levanten; permanezcan sentados hasta que baje.

Le llevó un rato encontrar el escrito. Eso, o la partida de *bridge* había distraído a la anfitriona en su camino hacia el piso superior. Sin embargo, finalmente apareció con la misiva en la mano.

—Dispensen que haya tardado tanto. He tenido que emplearme a fondo para dar con ella. No me parece que contenga nada que no deba enseñarles. Aquí la tienen.

Mientras Richardson la leía, comprendió que se trataba de uno de los documentos más repugnantes que se había visto obligado a examinar.

ESTIMADA SEÑORA:

Siento que es mi deber, velando tanto por los escrúpulos de mi propia conciencia como por el bolsillo de usted, transmitirle una advertencia. La compañía minera de Borneo Septentrional, en la que se le ha incitado a invertir una generosa suma, constituye, mucho me temo, no solamente una empresa muy arriesgada, sino un fraude. He leído la propuesta con el corazón atenazado ante la idea de que una persona interesada en mantener la reputación de la compañía a la que estoy vinculado pudiera invitar a sus clientes a invertir dinero en una mina de oro que, en realidad, no existe. En el pasado, muchos hombres acabaron en prisión por faltas mucho más leves que las falsas afirmaciones de las que rebosa esta propuesta. Mi única esperanza reside en preservar el buen nombre de mi jefe advirtiendo a sus clientes que no deben invertir suma alguna en ella. Por otro lado, siento que tengo derecho a implorarle que trate esta carta con la más estricta confidencialidad, por cuanto, si la dirección de la empresa supiera de su existencia, me despedirían por el «delito» de haber intentado salvar la reputación de la compañía.

Soy, estimada señora,
Su fiel servidor,
CHARLES INSTONE

—¿Podría quedarme con esta carta, señora? —inquirió Richardson.

—No, pero si desea hacer una copia… Me pareció que la había escrito un hombre de muy altos principios. ¿No lo cree usted también?

—Antes de que exprese mi opinión, deje que le formule dos preguntas. Cuando recibió la carta, ¿había pagado usted el importe de sus acciones?

—Naturalmente.

—¿No se había limitado simplemente a solicitar acciones en la mina?

—No, ya había entregado el dinero. No recibí la carta hasta varios días más tarde. Creo que llegó después de que las acciones fueran adjudicadas.

—¿No le llamó la atención que la advertencia del señor Instone llegara tarde? Si todo lo que afirma en este documento sobre sus motivaciones fuese cierto, ¿no le habría escrito cuando se recibió su solicitud de las acciones, de manera que hubiera tenido tiempo para cancelarla?

—Debo admitir que nunca me había planteado tal cosa. De modo que, ¿considera usted que tenía motivaciones ocultas?

—Así es. Un tal Frank Willis había estado frecuentando la oficina últimamente.

—Sí, el señor Instone lo mencionó en una entrevista que mantuvimos. Dijo que no confiaba en él.

—Tal vez el sentimiento de desconfianza fuera mutuo —se giró hacia Jago—. ¿Ha terminado la copia de la carta?

—Justo en este momento.

Richardson devolvió la misiva a la dama con una elegante reverencia.

—Le quedo muy agradecido, señorita Straight. Confío en que pueda retomar su partida en el piso superior sin tener que afrontar pérdidas demasiado graves.

—Gracias —indicó, y por vez primera durante aquel encuentro se permitió reír casi con alegría.

Cuando salían de la casa y ponían rumbo a la estación, Jago observó:

—Le felicito por la forma en que ha llevado la conversación, señor Richardson. ¡Dios mío! Cuando entró en el salón estaba que echaba humo.

—Sí, la temperatura subió unos diez grados.

—Pero usted enseguida hizo que descendiera. ¿Cómo sabía que había recibido una carta de ese sinvergüenza de Instone?

—Ha sido una de esas suposiciones que uno realiza en este trabajo. Le confesaré un secreto. Si está seguro de que algo ha ocurrido, no pregunte al testigo si ocurrió, porque le dirá que no; hable del asunto como un hecho que ambos conocen y, nueve veces de cada diez, no se arriesgarán a mentir al respecto.

—Lo que no entiendo es el motivo por el que Sutcliffe no presentó más batalla en su juicio. La verdad habría salido a la luz.

—Bueno, verá, él culpaba de todo a Frank Willis, y no quiso delatarlo por el bien de su hermana. Instone fue lo bastante astuto como para recurrir a la mina de oro fraudulenta con el fin de ocultar sus propios robos.

CAPÍTULO XX

Tuvieron tiempo de tomar unos sándwiches en la estación antes de coger el siguiente tren hacia Londres.

—Llegaremos muy tarde, o a primera hora de la mañana —comentó Richardson—; pero eso será preferible a quedarnos de brazos cruzados en Clifton, pudiendo llegar a Londres para retomar el trabajo mañana temprano.

—¿Qué vamos a hacer en la ciudad?

—Dirigirnos a Bromley y confirmar la coartada de Sutcliffe para el 29 de septiembre. Ahora mismo solamente se sustenta en la palabra del caballero y la de su joven señorita, y opinemos lo que opinemos al respecto, no será suficiente para el señor Morden. Además, quiero cumplir la promesa que le hice a Sutcliffe haciéndole saber quién era en realidad el hombre que se hacía llamar Charles Dearborn.

—¡Perderá los estribos! —exclamó Jago.

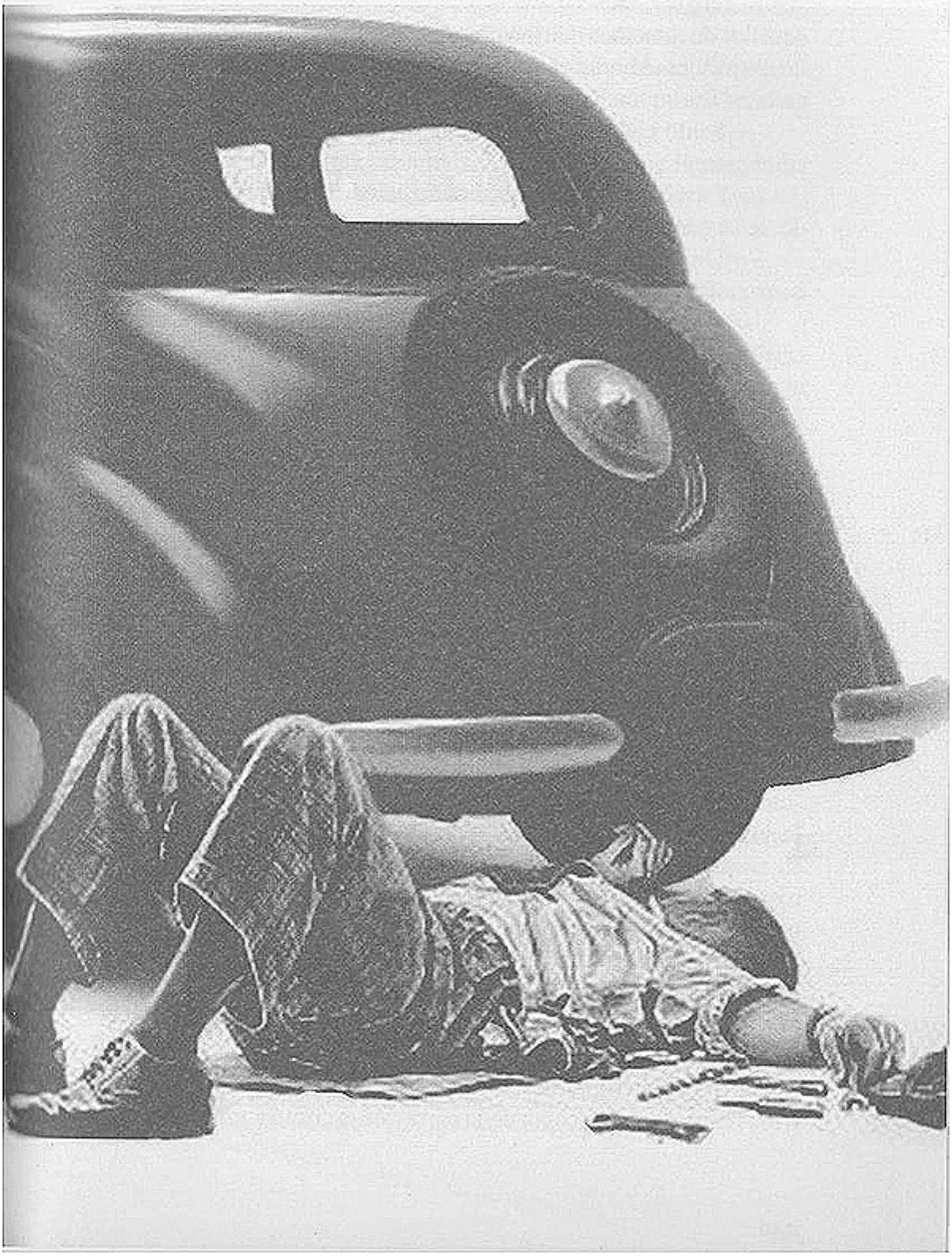
—No; creo que le sorprenderá comprobar que se quedará muy aturdido, pobre infeliz. Es el ejemplo perfecto de la desdicha en que se puede sumir un hombre cuando se dedica a la profesión equivocada. Si usted hubiera tomado los hábitos, Jago, ¿cree que habría llegado a ser arzobispo de Canterbury?

—La verdad es que no —respondió entre risas—; pero no respondería por usted.

A la mañana siguiente regresaron de nuevo al taller de Bromley.

Peter Sutcliffe emergió de debajo de un automóvil con el rostro manchado de aceite.

—Ah, así que por fin han vuelto; estos dos días han sido los más largos que recuerdo.



—Tengo noticias para usted —comenzó Richardson—; aquellos documentos que me prestó, y la fotografía, han resultado muy útiles. Ahora conocemos la identidad del hombre asesinado en Dartmoor. Se trataba de su empleado, Charles Instone.

—¡Santo cielo! Creí que había dicho que era un hombre adinerado.

—Y así es, pero el dinero era de usted… era dinero robado de su cuenta.

—¡Dios mío! Qué estúpido fui al confiar en él. Pero no consigo explicarme cómo lo hizo.

—Al parecer, fue bastante sencillo. Usted no revisaba su cartilla, y supongo que firmaba cheques a ciegas, sin fijarse en el nombre del destinatario.

—Me temo que en ocasiones los firmaba en blanco.

—Bien, en ese caso, ¿le sorprende que un hombre que no era de naturaleza honesta se haya aprovechado de sus negligencias financieras?

—Pero se había instruido con mi padre. Dejé todo el negocio de las inversiones en sus manos. Sabía más que yo al respecto.

—Naturalmente, pero si le sirve de consuelo, le diré que, al parecer, su falta de honestidad con el dinero comenzó solamente un año aproximadamente antes de la quiebra. Ese año logró desfalcar veinticinco mil libras de su dinero y el de sus clientes.

—No entiendo cómo pudo pensar que podía salirse con la suya.

—Creo que pensó que era hora de poner pies en polvorosa, y por ese motivo fue lo bastante astuto como para hacer que un inversor, una mujer, interpusiera una denuncia ante la policía alegando que la mina de oro en la que usted estaba interesado era un fraude. Confiaba en que se pondría en marcha una investigación de manera que, en mitad de la confusión que surgiría, podría escabullirse discretamente con todo el dinero robado en billetes grandes. Y eso fue precisamente lo que ocurrió. Tengo aquí una copia de la carta

que escribió a una de las inversoras cuando todavía estaba a su servicio. La tiene usted, Jago. Gracias. Adelante, señor Sutcliffe, léala.

—¡Dios mío! Uriah Heep[24] era un aficionado si lo comparamos con este tipo. Me está bien empleado por haber confiado en él.

—Y ahora, una cosa más. Desearía que me llevara hasta el hombre a quien acompañó a casa en su automóvil el pasado 29 de septiembre.

Sutcliffe dejó escapar una risa amarga.

—Veo que no va a creer mi coartada de ese día sin un testigo que la respalde.

—Se equivoca. Personalmente, tengo plena confianza en su palabra. Pero me debo a mis superiores.

—Naturalmente. Vayamos, pues.

Arrancó uno de los coches propiedad del taller e invitó a Richardson a sentarse a su lado, mientras Jago ocupaba el asiento trasero. Se dirigieron a la avenida principal y recorrieron casi toda la ciudad antes de girar en una callejuela y detenerse en una sastrería.

—Será mejor que bajen y realicen sus pesquisas. Yo esperaré en el coche.

El sastre —un joven de unos treinta años— salió afanosamente para dar la bienvenida al recién llegado que, suponía, sería un nuevo cliente.

—No —negó Richardson—, no soy un cliente. Solo he venido para preguntarle la fecha en que regresó con su automóvil a casa después de ser reparado. Tengo entendido que alguien del taller lo acompañó a dar una vuelta con él antes de entregárselo.

—En efecto, pero tendría que comprobar la data del registro en mi agenda —dijo, y se dirigió a una estantería en busca del libro en cuestión—. Aquí está. Veo que la fecha fue el 29 de septiembre.

—Gracias, señor. ¿Tendría la bondad de darme una tarjeta de visita que incluya su nombre y dirección?

—Faltaría más. No le pregunto por el motivo de su consulta. Supongo que está considerando citarme como testigo en algún caso.

Confío en que recordará lo valioso que es mi tiempo.

—Lo haré —aseguró Richardson—, pero dudo que tengamos que molestarlo. Buenos días.

—En fin —dijo Sutcliffe cuando Richardson volvió a sentarse a su lado—, espero que ahora mi coartada sea irrebatible.

—En efecto.

—Bien; entonces permítame que le cuente algo curioso que ha ocurrido esta mañana. He recibido una carta de Borneo preguntándome si aún deseo que mi nombre figure como uno de los directores de la Compañía Minera de Oro Sulanka, y se adjuntaba una carta privada del secretario en la que me decía que, desde que se había invertido el capital adicional aportado por el señor Vilner, el socio capitalista americano, y se le habían adjudicado acciones, la empresa estaba en proceso de reestructuración. La carta dice también… deje que se la lea —extrajo un escrito de su bolsillo y leyó —: «El capital aportado por usted y el señor Frank Willis ha generado dividendos, pero los directores consideran que el Consejo debería componerse principalmente por miembros que residan en Borneo. Como sabe, el valor del oro como metal es muy elevado actualmente y las nuevas perforaciones en la piedra han puesto de manifiesto que el mineral se encuentra en una veta de fácil acceso y sin límite conocido. Por tanto, se trata de una propiedad muy valiosa».

—De modo que la buena suerte le sonríe, señor.

—Bueno, hay una postdata. «Nuestro subdirector ha viajado a Inglaterra y se entrevistará con usted durante su estancia en el país. El Consejo considera que, dado que usted fue uno de los pioneros que contribuyó a que la propiedad saliera a la luz pública, merece un trato de favor».

—Supongo que aceptará y se irá, ¿no es así, señor? —inquirió Richardson.

—Aún estoy tratando de tomar una decisión al respecto. He de confesarle un secreto familiar. Me he comprometido en matrimonio.

—Le felicito, señor. La señorita Willis es una muchacha

encantadora.

—¡Oh! De modo que ya lo sabía. ¿Hay algo en Scotland Yard que ignoren ustedes?

—¿A qué dirección le fue enviada esta carta, señor?

—Fue dirigida a la atención de la señorita Willis en Brondesbury Road, lo que significa que su hermano Frank se encontraba allí en aquel entonces. Lo que no comprendo es por qué Frank no ha escrito.

—¿No cree que sea él el subdirector que viene a entrevistarse con usted? —preguntó Richardson.

—En ese caso ya tendría que estar aquí. Comenzó el viaje antes de que fuera escrita esta carta. Es muy misterioso. Pero quiero hacerle una pregunta respecto a lo que debo hacer en relación con ese dinero robado, parte del cual pertenece a mis antiguos clientes y el resto a mí mismo. ¿No me dijo que el tal «Charles Dearborn» dejó una viuda?

—Así es.

—Pues bien, no pretendo que esa pobre mujer sufra en modo alguno.

—Creo que sería sensato por su parte, señor, que no hiciera nada al respecto por el momento. Deje el caso en mis manos y yo lo presentaré ante mis jefes de Scotland Yard para que me aconsejen. En este momento no conocemos la identidad del hombre que detuvo el automóvil de Instone y lo atacó. Hasta que lo sepamos, será muy difícil aclarar el caso. Estoy intentando localizar a su antiguo recadero, John Reddy. Incluso puse un anuncio, pero no he obtenido respuesta. Lo único que sabemos es que viajó a Winterton el día después del fallecimiento de Instone, y que en cuanto supo que Instone había muerto regresó a la estación. También sabemos que cuando paseaba por Dartmoor con anterioridad reconoció a Instone y le comunicó quién era al gerente del hotel, pero desde entonces ha desaparecido.

—Imagine que pongo un anuncio diciendo que su antiguo jefe de Bristol desea verlo y que doy la dirección del periódico. Eso garantizaría una respuesta.

—Me gustaría que lo intentase.

Habían llegado al taller. Sutcliffe aparcó el automóvil y fue a lavarse las manos mientras los dos policías aguardaban. Cuando volvió, Richardson redactó el anuncio y lo llevó a la oficina de correos. Aparecería en tres ocasiones en los principales diarios matutinos y vespertinos. Sutcliffe corrió tras él para preguntarle a dónde podía enviarle un telegrama si el joven aparecía, y le indicaron que enviando un telegrama a Scotland Yard siempre le sería remitido.

A continuación, tras llegar a un acuerdo con una agencia de publicidad, los dos policías pusieron rumbo a la oficina del CID, y Richardson le pidió al superintendente Witchard que le organizara una entrevista con el señor Morden.

—Oiga, joven —dijo el superintendente—, ha dispuesto de una generosa cuenta para gastos; y, al parecer, ha estado de viaje de placer por todo el país. ¿Cuándo va a concluir el caso?

—Lo cerraré cuando usted me lo indique. No se puede llegar al fondo de un caso tan difícil como este sin examinar cada uno de los indicios, lo cual implica ir de acá para allá interrogando a posibles testigos. Este es un asunto mucho más complicado que el asesinato en el taller de Southampton. ¿Por qué no me acompaña a ver al señor Morden y me ahorra contar la historia dos veces?

—Muy bien, lo haré, pero le advierto que tendrá que responder a unas cuantas preguntas.

El superintendente abrió camino hasta el despacho de Morden y le hizo entrar.

—Bien, señor Richardson, hemos estado esperando sus noticias. ¿Cómo le va?

—Consideré que sería más conveniente comunicar mis progresos en persona. El hecho principal que ya ha sido respaldado por las pruebas es la identidad del hombre asesinado.

—Si es que fue asesinado… —intervino el superintendente.

—He encontrado dos testigos del asesinato, señor —aclaró Richardson—. El hombre que se hacía llamar Charles Dearborn, y que en realidad era empleado de un abogado de Bristol y se llamaba

Charles Instone, robó veinticinco mil libras a su jefe y a sus clientes del bufete; posteriormente se cambió el nombre a Dearborn, se fugó a Plymouth hace tres años y depositó el dinero en un banco con el pretexto de que era el producto de la venta de una propiedad inmobiliaria en Londres. Más tarde adquirió la casa donde vivía en Winterton y publicó un anuncio en busca de un ama de llaves; seguidamente contrató a una persona para el puesto y se casó con ella utilizando el nombre de Dearborn. Todo esto lo pueden corroborar los testigos.

—¿Cómo pudo robar una suma tan grande sin que se enterara su jefe?

—A eso iba, señor. Su jefe no era en modo alguno apto para ejercer la profesión de abogado; desatendía su negocio y pasaba gran parte del tiempo jugando al golf. Había heredado el negocio de su padre, que había tenido un bufete bastante próspero. Muchos de los clientes de su padre siguieron con él y habrían continuado así. La quiebra llegó cuando indujo a varios de ellos a invertir su capital en una mina de oro de Borneo. Su empleado, el tal Instone, escribió una carta desleal a una dama que había invertido una cuantía generosa en la mina y la incitó a interponer una denuncia ante la policía de Bristol alegando que la habían inducido a invertir en una mina ficticia. Se emprendieron pesquisas y averiguaron que el abogado no tenía activos, pues Instone se los había robado todos; y dicho abogado, un hombre llamado Peter Sutcliffe, fue acusado de un delito de malversación de los fondos que le habían sido confiados. Incluso entonces se comportó como un necio. Decidió asumir su propia defensa y lo hizo francamente mal; fue condenado a cuatro años de prisión e inhabilitado para ejercer su profesión. Todo esto también puede probarse. Dispongo de una copia de la carta que Instone escribió a la dama que interpuso la denuncia a Sutcliffe, y podría presentar la carta original.

—Muy bien. Parece que el tal Instone era un granuja muy astuto.

—En efecto, señor. Aunque tenía veinticinco mil libras en el bolsillo, después del juicio se pasó alrededor de una semana

buscando trabajo como si fuera un indigente.

—Bueno, parece haber aclarado la identidad del fallecido, pero no la del asesino.

—Aún no, señor, pero si dispusiera de más tiempo, creo que también podría hacerlo.

—¿Ha investigado a todas las personas que podrían tener un motivo para matar a ese hombre? ¿Ese abogado, Sutcliffe, por ejemplo? A estas alturas ya habrá salido de prisión.

—En realidad salió de prisión con anterioridad al 29 de septiembre —el día del asesinato—, pero tiene una sólida coartada que ya he comprobado.

—¿Quién más podría tener un motivo para asaltar el automóvil de Instone y golpearle la cabeza?

—Sé de alguien, señor, pero por lo visto está fuera del país. La persona a la que estoy tratando de localizar ahora es el recadero de Sutcliffe, John Reddy, quien resultaría un testigo muy valioso si lográsemos dar con él. Publiqué un anuncio en la prensa buscándolo, pero sin éxito. No obstante, hoy he conseguido que su antiguo jefe, al que parece ser que estaba muy unido, publique un nuevo anuncio: tres inserciones en los principales diarios. Tal vez obtenga resultados en esta ocasión.

—¿Ha advertido ya a los agentes de la Unidad Especial de la Policía Portuaria, facilitándoles una descripción del sospechoso y de este muchacho, John Reddy, y pidiéndoles que procedan a detenerlos y enviarlos aquí?

—No, señor, no lo he hecho.

—Pues adelante, hágalo de inmediato.

—Lo haré, señor, en cuanto disponga de una descripción detallada del sospechoso por parte de alguien que lo conozca bien. Esta misma mañana he sabido que el caballero está regresando a casa desde Borneo, y sé a dónde se dirigirá en cuanto llegue a Inglaterra.

—No le preguntaré el nombre mientras sepa que está haciendo todo lo que está en sus manos para atraparlo. Siempre es mejor dejar que el policía a cargo de un caso trabaje a su aire, pero confío en que

no haga nada arbitrario que pueda provocar críticas a este departamento por parte de la prensa. Antes de que tal cosa ocurriera, preferiría que fracasara. ¿Qué piensa sobre el caso, señor Witchard?

—Supongo que es preferible que el señor Richardson siga adelante tras haber llegado hasta aquí, señor.

—Estoy de acuerdo. Si se sale con la suya causará revuelo. Quisiera hacerle una pregunta más, señor Richardson. ¿A qué ámbito social pertenece este sospechoso suyo?

—Es directivo en una próspera compañía minera de oro en Borneo, señor.

—En tal caso, tenga cuidado con lo que hace, o tendremos a todos los periódicos financieros siguiéndonos el rastro.

El superintendente Witchard se mostró más amigable mientras bajaban juntos las escaleras.

—Si hubiera sabido lo lejos que había llegado con el caso, no le habría reprochado el tema de los gastos —admitió.

—Mientras usted esté satisfecho, superintendente, soportaré todos los reproches que me quiera hacer.

—Me sorprende que no se le ocurriera ponerse en contacto con la Unidad Especial de la Policía Portuaria. Envíeme el nombre y la descripción del hombre que busca y enviaré una circular, no solamente a nuestra policía portuaria de ambos lados del Canal, sino también a la policía de las terminales de las aerolíneas.

—Dispondrá de ello esta tarde, señor Witchard.

Seguidamente, Richardson se dirigió a la sala de los sargentos en la planta baja en busca de Jago. Le hizo señas para que saliera al vestíbulo.

—Venga —lo apremió—; debemos regresar a Bromley tan rápido como podamos.

—¿De nuevo a Bromley?

—Sí, le explicaré los motivos cuando estemos en el tren.

CAPÍTULO XXI

Richardson se mostró poco comunicativo, más allá de informar brevemente a Jago de que se dirigían a Bromley para conseguir una descripción física de Frank Willis con el fin de distribuirla entre los oficiales del puerto. El inspector reflexionaba sobre cómo podría obtener esa información de Sutcliffe sin despertar sus sospechas de que la policía investigaba a su futuro cuñado. Le disgustaba la hipocresía de su cometido. Afortunadamente llevaba consigo la fotografía de grupo de la familia Willis.

Encontró a Sutcliffe trabajando en el sistema de encendido de un coche, una tarea relativamente limpia.

—Hemos puesto su anuncio —dijo Richardson—, y espero que nos reporte alguna respuesta del joven Reddy. Por otra parte, he estado pensando en lo que me comentó ayer sobre la mina. ¿Se ha decidido ya a marcharse?

—Tan solo he hablado del asunto con la señorita Willis. A ella le complace conocer nuevos países y afirma que no le importa en lo más mínimo emprender ese difícil camino, pero me temo que el clima le afectaría y, por supuesto, no pienso instalarme allí sin ella.

—No obstante, a su cuñado no parece haberle afectado.

—No, pero es diferente para un hombre.

—¿Es bastante mayor que su hermano y su hermana?

—Sí; déjeme pensar, debe tener unos treinta y ocho años.

Richardson sacó del bolsillo la fotografía de grupo.

—Supongo que en la actualidad no se parece a esta imagen, después de pasar todos estos años en el Lejano Oriente.

—Estaba muy quemado por el sol cuando volvió a casa antes de mi condena. Pero no creo que haya cambiado mucho; estos hombres rubios de buena presencia no aparentan su edad, y aún menos si tienen un carácter desenfadado como el de Frank. Fui terriblemente injusto con él. Pensé que me había robado prácticamente todo lo que poseía y posteriormente supuse que él era el hombre asesinado en Dartmoor. Cuando usted trató de conseguir una descripción suya para comprobar si se ajustaba a ese tipo, me olvidé por completo de comentarle que tiene una pronunciada cojera provocada por la coz que le propinó un caballo.

—Pues bien, me interesará mucho estar al tanto de lo que decida sobre su partida. Por supuesto, no se irá hasta que todo este asunto se haya aclarado y el dinero malversado por Instone haya sido devuelto a sus legítimos propietarios. Estaré en el Yard durante los próximos dos o tres días. Por favor, telegrafíeme si recibe alguna respuesta del jovencito Reddy. Adiós por el momento.

De regreso a Londres, Richardson sacó lápiz y papel y comenzó a redactar una descripción del hombre que debía ser detenido en los puertos. Si sus conjeturas eran correctas y Frank Willis era el hombre que había tenido el fatal encuentro con Instone, podría encontrarse aún en Inglaterra y, por tanto, debía ser detenido en cualquier puerto del país. La descripción de su borrador decía lo siguiente:

Hombre de unos treinta y ocho años, cabello rubio, bien parecido, muy quemado por el sol, de un metro setenta y cinco, y que camina con una marcada cojera. Nombre, Frank Willis, aunque puede estar viajando con denominación falsa. Este hombre debe ser detenido en cualquier puerto, ya sea al salir de Inglaterra o al regresar al país, y escoltado y conducido a presencia del Superintendente, Departamento CID, New Scotland Yard.

Le pasó la nota a Jago y le pidió que la copiara con buena caligrafía, pues Jago había adquirido la habilidad de escribir de forma legible en el tren.

Una vez terminada la descripción, Richardson recortó la fotografía grupal de tal manera que solo apareciera en ella el hermano mayor, y la adjuntó al aviso con un alfiler. Mientras estaba ocupado en ello, Jago comentó:

—He pensado mucho en nuestro caso, señor Richardson. ¿No cree que el hermano mayor del señor Sutcliffe, el comerciante de té de Mincing Lane, pudo ser el asesino? Tenía un móvil para hacerlo, ciertamente, si sabía que Instone había robado a su hermano y esto había motivado que lo enviaran a prisión.

—Esa idea se me pasó por la cabeza e hice algunas averiguaciones sobre él, pero es un hombre que por su carácter habría acudido a las autoridades en lugar de tomarse la justicia por su mano. Aun así, preferí confirmarlo y pregunté a su jefe de personal en Mincing Lane por la fecha en que su patrón había salido de Inglaterra en su viaje de luna de miel. Fue el 26 de septiembre, tres días antes del asesinato.

Al llegar a Scotland Yard, Richardson se dirigió directamente al despacho del superintendente Witchard.

—Aquí tiene el aviso para los oficiales del puerto, señor. Pensé que podrían preparar una circular incluyendo la fotografía que encabeza la nota.

Witchard leyó la descripción con el ceño fruncido.

—No es tan detallada como me gustaría, pero supongo que es todo cuanto pudo conseguir.

—Sí, señor; nunca he visto al caballero en persona.

—Está la cojera, por supuesto, pero un hombre que es consciente de ella y piensa que puede estar siendo investigado, generalmente intentaría disimularla durante unos pasos. Lo que no podría disimular son las quemaduras del sol. ¿Por qué dice que se debe impedir que salga por cualquier puerto? ¿Acaso piensa que puede encontrarse en Inglaterra en este momento?

—Sí, señor; si cometió el asesinato se halla en el país desde el 29

de septiembre como mínimo. En cambio, si llega directamente desde Borneo, que puede ser el caso, tendré que comenzar a buscar a otro hombre que tuviera un móvil para el asesinato.

Richardson y Jago pasaron un día ajetreado en la oficina central, recopilando notas sobre el caso para el informe final. Richardson no confiaba demasiado en que el anuncio de Peter Sutcliffe obtuviera respuesta, pero a las diez de la mañana siguiente el mensajero dejó un telegrama sobre la mesa del inspector jefe. Richardson lo abrió y leyó:

INSPECTOR JEFE RICHARDSON,
NEW SCOTLAND YARD.
Venga inmediatamente.
SUTCLIFFE.

Se lo pasó a Jago diciéndole:

—Meta todos esos papeles en el cajón, ciérrelo y coja su sombrero. Este puede ser nuestro gran día.

Cruzaron a toda velocidad la estación de metro de Westminster y en cinco minutos estaban en Victoria, recogiendo sus billetes para Bromley.

Nadie salió a recibirlos cuando entraron en el taller. Uno o dos de los empleados levantaron la vista de su trabajo y eso fue todo. Se escuchaba un murmullo de voces provenientes del otro extremo de la nave, donde dos o tres coches abandonados formaban una especie de «pantalla» que invisibilizaba lo que pudiera ocurrir tras ellos. No fue hasta que doblaron la esquina de dicha «pantalla» que vieron a Sutcliffe, el cual se encontraba sentado en el estribo de uno de los autos conversando con un joven de pelo dorado y rostro densamente cubierto de pecas. Cuando Sutcliffe se incorporó de su asiento, el joven comenzó a alejarse de él.

—No te vayas, Reddy. Aún no he terminado contigo. Quiero presentarte a dos amigos míos, el señor Richardson y el señor Jago.

El joven hizo una incómoda reverencia, pero Richardson insistió

en estrecharle la mano.

—Este es John Reddy, señor Richardson, mi antiguo oficinista y el mejor que he tenido. Creo que ya le hablé de él.

—¿Eres el joven que estuvo de excursión por Dartmoor en verano y reconoció al señor Instone en el salón del bar del hotel Duchy? —preguntó Richardson.

—Así es —indicó Sutcliffe—, acaba de contármelo.

—Y después viniste a Winterton, y cuando te dijeron que el señor Instone había muerto te fuiste sin hacer pregunta alguna. Ya ves, lo sé todo —dijo Richardson con una sonrisa—. Vamos, vamos, no hay nada de qué avergonzarse.

—Yo solo estaba por el vecindario —dijo el joven.

—Mira, Reddy; no solías comportarte así cuando te conocí en Bristol. ¿Por qué no les cuentas a estos caballeros toda la historia sin guardarte nada? Verás, al final todo saldrá a la luz, y si te has reservado cosas, parecerás muy insensato. Todos pensarán que tienes algún motivo para ocultar la verdad —señaló Sutcliffe.

El muchacho parecía estar a punto de romper a llorar.

—No quiero ocultar nada —balbuceó.

—Entonces, ¿sabías que Instone me estaba robando a mis espaldas?

—No lo sabía con certeza, pero no me fiaba de él, y cuando lo vi en Dartmoor y el hostelero me dijo que se llamaba Dearborn, tuve la certeza de que pasaba algo raro.

El primer instinto de Richardson fue cambiar de tema y dar al chico tiempo para recuperarse.

—Cuando dejaste Bristol te fuiste a trabajar a casa del señor Sutcliffe en Mincing Lane, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Por qué te marchaste?

—No me gustaba mucho el trabajo y, por supuesto, cuando me ofrecieron un trabajo mejor en una compañía naviera, el señor Sutcliffe me aconsejó que lo aceptara. Fue muy amable al respecto.

—Nunca pensaste entonces que el cambio te pondría en contacto de nuevo con el señor Frank Willis, ¿verdad?

El muchacho lo miró con los ojos abiertos como platos.

—No sé a qué se refiere.

—Oh, sí, lo sabes. Seguro que te acuerdas de aquel día en los muelles cuando observabas a los pasajeros del transatlántico holandés bajar por la pasarela. Te asustaste al ver al señor Willis entre ellos. Tuvo que cruzarse contigo de camino a la aduana. En ese momento le hablaste y le preguntaste si se acordaba de ti.

El rostro del joven había mudado a una palidez espantosa.

—Déjame pensar —continuó Richardson con confianza—; creo que puedo darte la fecha exacta si tú la has olvidado. Fue hacia el 26 o 27 de septiembre.

—Si tanto sabe sobre el asunto, no veo por qué quiere interrogarme al respecto —respondió John Reddy hablando en voz baja.

—¿De veras? Bueno, puedes contarme muchas cosas que yo no sé… por ejemplo, no sé dónde te reuniste con el señor Willis y le contaste que el señor Instone vivía en Winterton con un nombre falso y…

—Fue en el hotel Charing Cross, aquella misma noche, por si quiere saberlo.

—Imaginé que habría sido allí. Entonces él te confesó que nunca se había fiado de Instone y que tenía muchas ganas de ir a Dartmoor y enfrentarse a él; y tú le indicaste que habías oído decir al gerente del hotel de Duketon que Instone vivía en Winterton; que había comprado una cantera de granito cerca de Moorstead, que acudía a sus instalaciones en coche dos o tres veces por semana y que generalmente paraba a tomar el té en el hotel Duchy a la vuelta. Él añadió que ese hombre se llevaría el susto de su vida si le esperara en la carretera, detuviera su coche y luego pusiera fin a todo este asunto.

John Reddy asintió.

—Bueno, ahora te toca a ti seguir con la historia. ¿No dijo el señor Willis que haría tal cosa antes de visitar a sus amigos en Bromley, pues le gustaría quitarse esa cuestión de la cabeza antes de verlos? Pues bien, voy a tomarte declaración y seguidamente la

firmarás. No debes tener miedo; no te va a acarrear ningún tipo de problema.

—Pero…

—Oh, ya sé lo que vas a decir. Me vas a decir que sería una falta de lealtad hacia el señor Willis que confía en ti, pero no dejes que eso te afecte en absoluto; es tu obligación contar todo lo que sabes, y ese deber es más elevado que cualquier promesa que puedas haber hecho al señor Willis. ¿Conoces su dirección?

El muchacho guardó silencio.

—Vamos —lo apremió Sutcliffe—. Le harás un bien mayor al señor Willis contando toda la verdad que dejando que te la saquen a la fuerza. Por supuesto que conoces su dirección, dado que te carteas con él.

—Su dirección es el Hotel Terminus, St. Lazare, París; allí es adonde le escribo.

—Lo que no consigo entender es por qué no regresa —dijo Sutcliffe.

—Es a causa de lo que ocurrió el 29 de septiembre —confesó Reddy de mala gana.

—Oh, sabemos lo que pasó —afirmó Richardson—; y tenemos el bastón que el señor Willis rompió sobre la cabeza de Instone.

Reddy se avivó.

—Ya veo —observó el chico— que usted cree que fue un asesinato. No fue nada de eso. Instone atacó primero al señor Willis y él estaba desarmado salvo por ese bastón. Tuvo que defenderse.

—Y luego te pidió que volvieras a Winterton y averiguaras si Instone estaba muy herido —dijo Richardson—, y tú regresaste y le preguntaste a un caballero el camino a la casa del «señor Dearborn», y él te respondió que llegabas demasiado tarde porque Dearborn había muerto. Eso fue lo que te hizo retornar directamente a Londres y enviar la noticia al señor Willis en París, y desde entonces ha permanecido allí.

—Sí, le dije que había muerto, y luego vi en los periódicos que habían enviado a los agentes de Scotland Yard, de modo que le escribí y le dije que era preferible que se quedara donde estaba hasta

que el asunto hubiera pasado.

Richardson se volvió hacia Sutcliffe.

—¿Cree que podríamos utilizar el despacho de la señorita Willis para tomarle una declaración formal? Puede llevarnos alrededor de una hora.

—Creo que sí, pero me aseguraré.

Mientras Sutcliffe estaba ausente, Richardson dijo:

—Quiero que nos cuentes todo, Reddy. No te compliques pensando que puedes estar perjudicando al señor Willis. Más bien es todo lo contrario.

—¿Pero y si es juzgado por asesinato?

—No será juzgado por asesinato o, si lo fuera, sería absuelto con total certeza. Puedes confiar en mí.

—¡Pueden venir! —gritó Sutcliffe desde la distancia.

—Venga, Reddy, te tomaremos declaración.

En aquel momento Richardson ya había logrado inspirar confianza al muchacho. Ofreció su testimonio de buen grado y de manera ininterrumpida. Terminaron en una hora y el muchacho pudo volver a su trabajo. Entonces Sutcliffe ocupó su lugar en el pequeño despacho. Estaba deseando hacerle una pregunta a Richardson.

—¿De dónde sacó toda esa información sobre el encuentro de Reddy con Frank Willis?

—De mi cabeza y en parte de usted.

—¿Cómo que de mí?

—Usted me dijo que la carta que contenía información sobre la mina de oro había sido dirigida a la atención de la señorita Willis, y que el subdirector estaba de camino a Inglaterra. Eso fue tan interesante como cuando me indicó que Frank Willis tendría que haber aparecido ya. En cuanto Reddy me dijo que estaba empleado en una compañía naviera, pensé que podía arriesgarme a sugerir que ambos se habían encontrado en los muelles. Por supuesto, observé su rostro detalladamente para ver cómo avanzaba mi «película». Al primer indicio de desacuerdo por parte del chico habría cambiado de inmediato mis suposiciones, pero, como ha visto, el tiempo jugó a

mi favor en todo momento.

—Ya veo, así es como ustedes llegan a sus objetivos. Fue una treta excelente. Pero ahora, lo que debemos resolver es cómo podemos conseguir que Frank Willis regrese. Es un pájaro cauteloso, excepto en el asunto de las inversiones arriesgadas.

—Hay una cosa a la que me opongo, señor Sutcliffe, y es el uso de la fuerza. Sería muy fácil para nosotros movilizar a la policía francesa para poner a Willis a bordo de un barco que cruce el canal sin ninguna orden de extradición, pero entonces él llegaría en un estado de ánimo que no nos beneficiaría. Lo deseable sería persuadirlo para que viniera voluntariamente por su propio interés y que hiciera una declaración sincera de todo lo ocurrido.

—Ya veo que eso sería en lo que a usted respecta, señor Richardson, pero supongo que el caso no depende exclusivamente de su palabra. La acusación vendría de una autoridad superior.

—Sí, si es que viene, pero esa autoridad superior solo podría trabajar en base a mis informes y las declaraciones de los distintos testigos.

—¿Cree que decidirán no llevar el caso a los tribunales?

—Así es.

—Entonces me parece que lo mejor será que viaje a París y lo traiga conmigo.

—Muy bien, señor Sutcliffe, pero debe avisarme sin falta por telegrama indicándome el barco en el que llegan ambos; de lo contrario puede haber problemas con nuestros oficiales del puerto. Yo mismo me reuniré con ustedes en el navío y los acompañaré hasta Londres.

CAPÍTULO XXII

—¿Tenemos que esperar hasta que vuelva Sutcliffe? —preguntó Jago en el trayecto de regreso a la ciudad.

—Mientras Sutcliffe está en París tratando de convencer a su futuro cuñado de que vuelva a casa y dé la cara, nos escabulliremos a Devonshire y tomaremos una declaración más detallada a Pengelly y Susie Duke acerca de lo que vieron cuando empezó la pelea. Después debemos despedirnos de nuestro amigo, el superintendente Carstairs, y ver cómo se toma nuestro último descubrimiento.

Tras enviar un telegrama solicitando un coche que los recogiera en Tavistock, tomaron el tren. Viajaron solos en el vagón y, cuando llegaron, el coche los estaba esperando.

—¿Ha ocurrido algo en nuestra ausencia? —inquirió Richardson.

—Nada, señor; todo ha estado muy tranquilo.

—¿Ha venido algún periodista?

—No, señor, hasta los periódicos nos han dejado en paz. Cuando regresó usted a Londres, pensaron que había abandonado el caso.

—¿Y qué hay de The Firs? ¿Ya está a la venta?

—Sí, han colgado un cartel y mucha gente ha visitado la casa, la mayoría porque piensan que allí se cometió un asesinato.

En la comisaría se reunieron con el superintendente Carstairs, quien no estaba particularmente preocupado por el resultado de la

investigación.

—Bueno, señor Carstairs —comenzó Richardson cuando estuvieron a solas—, no ha sido fácil, pero finalmente creo que hemos llegado al fondo de este misterio.

—¿De veras?

—Así es.

—¿Y quién cree que cometió el asesinato?

—Un hombre del que nunca le he hablado hasta ahora; un caballero llamado Willis, Ha estado ocultándose en París todo este tiempo, esperando a que cesara el revuelo. Ya nos hemos encargado de que lo traigan.

—¿Qué motivo tenía para el crimen?

—Ejercía como abogado e iba a asociarse con el jefe de Instone. Decidió parar el automóvil de Instone cuando volvía de Duketon y enfrentarse a él por haber malversado el dinero de la empresa. Ideó un plan desastroso. Se ocultó en el brezo hasta que el coche estuvo a la vista y seguidamente se plantó en mitad de la carretera para detenerlo. No podemos saber si Instone —o Dearborn, como se hacía llamar— lo reconoció o pensó que se trataba de un bandido, pero me inclino a pensar que supo quién era sin lugar a duda. Saltó del automóvil con la manivela de arranque en la mano y fue a por Willis, quien solamente tenía un bastón para defenderse. Se produjo una pequeña escamaruza en la carretera y, como sabemos, Willis partió el bastón en la cabeza de Instone, huyó a South Hessary Tor y se quedó enfangado en su base.

—¿Puede probar todo eso?

—En efecto, tengo testigos para cada parte de la historia, y nos traerán de París al implicado hoy o mañana, de modo que también contaré con su declaración.

—Entonces, ¿es esta la última vez que le veo?

—No exactamente. Para terminar de atar cabos, quisiera tomar una segunda declaración a Pengelly y a esa joven, Susan Duke, por separado. Recordará que hubo testigos oculares de la pelea. ¿Me prestaría de nuevo su automóvil para cumplir mi propósito?

—Naturalmente. ¿Cree que se abrirá un proceso judicial?

—No; creo que el fiscal general rechazará el caso. Con todo, era justo que se esclareciera. Su jefe de policía recibirá una copia de mi informe, por supuesto, y usted podrá verlo.

Se dirigieron en primer lugar a la cantera de Rowe y preguntaron si Pengelly aún trabajaba allí.

—Sí —confirmó el capataz—; trabaja como herrero. ¿Desean verlo?

—Así es, pero no lo retendremos mucho tiempo. Bastará con que responda a algunas preguntas y que firme con su nombre.

Pengelly fue conducido desde la fragua hasta la oficina. Saludó a Richardson con aire de cauta neutralidad.

—Vamos a ver, Pengelly, quisiera que recordara lo que vio en la carretera de Duketon a Sandiland cuando fue noqueado el hombre al que llamaban Charles Dearborn.

—Eso ya se lo he contado.

—Me consta, pero determinar quién comenzó la pelea es ahora de vital importancia. Procure revivir la escena, no sé si me explico.

—Pues, como ya le dije, estábamos a unas doscientas yardas, pero no creo que me perdiera gran cosa, porque, como usted ya sabe, yo también esperaba al señor Dearborn. El otro hombre —que, a juzgar por sus ropas, se trataba de un caballero— levantó los brazos como en una señal ferroviaria; el coche paró, y lo siguiente que vi fue al señor Dearborn blandiendo la manivela de arranque y dirigiéndose directamente hacia el otro hombre como si pretendiera golpearlo. Creo que le atizó una vez, pero no podría asegurarlo. Entonces el otro hombre le dio un golpe en la cabeza con su bastón y Dearborn cayó como un peso muerto.

El sargento Jago había ido plasmando por escrito velozmente cada una de sus palabras. Leyó la declaración completa y Richardson entregó su pluma a Pengelly para que la firmara.

Pengelly sacudió la cabeza.

—¿Cómo sé qué uso se le dará a mi declaración si la firmo? Ahora tengo un buen empleo y no quisiera perderlo.

—No lo perderá —aseguró Richardson—. Lo único que queremos es sacar a la luz la verdad. Hasta ahora no le he

defraudado, y no pretendo empezar ahora. Es mucho más probable que conserve su trabajo diciendo la verdad, mientras que, si se niega a firmar la declaración, podría perjudicar su puesto en la empresa.

—Está bien; firmaré.

—Ahora, a Moorstead —ordenó Richardson al chófer—. Tenemos que tomar declaración a esa muchacha de Sun Lane.

—¿Los dejo entonces al comienzo de la callejuela, como la última vez?

—Sí.

La joven estaba en casa; no dio muestra alguna de sentir vergüenza cuando Richardson le hizo tomar asiento y le leyó su propia declaración firmada.

—¿No tiene nada que añadir a este testimonio? —preguntó cuando hubo terminado de leerlo.

—Nada en absoluto.

—En su declaración, afirmó: «El señor Dearborn saltó de su automóvil con la manivela de arranque en la mano y hubo un pequeño forcejeo entre ellos». Si estaba usted lo bastante cerca como para ver la manivela, tuvo que ver quién asestó el primer golpe.

—Pues claro que lo vi. El señor Dearborn se dirigió a aquel hombre con la manivela en la mano y lo golpeó en la cabeza, el hombre rechazó el ataque con su bastón y después le devolvió la agresión. Pero todo sucedió tan rápido que no pude ver cuántos golpes se propinaron.

—¿Le importaría añadir esa parte a su testimonio y firmarlo?

—Por supuesto que lo firmaré; no es más que la verdad.

Jago había añadido sus palabras a la anterior declaración y había anotado la fecha. Señaló el lugar donde debía firmar. La muchacha escribió su nombre.

—Ahora ya solo nos queda despedirnos del superintendente Carstairs y volver a Scotland Yard cuanto antes —observó Richardson a medida que el automóvil ganaba velocidad en el camino de vuelta—. Espero encontrar un telegrama de París a nuestro regreso.

El superintendente Carstairs estaba en su despacho.

—Bien —empezó—, ¿han conseguido todo lo que querían?

—Sí, señor Carstairs; y ahora lo único que nos falta es despedirnos de usted y agradecerle cuanto ha hecho por nosotros. Lo destacaré de manera especial en mi informe.

Se estrecharon la mano.

—¿Cómo piensan irse?

—Habíamos pensado en tomar el tren hasta North Road.

—De eso nada. Llévense el automóvil, ya sea hasta Tavistock o hasta la estación de North Road, como prefieran. Si parten de inmediato, podrán tomar el expreso en Tavistock.

Durmieron en el tren y, al llegar a su destino, se dirigieron a sus casas para asearse y desayunar.

Una vez en Scotland Yard, les informaron de que habían recibido un telegrama de París. «Llegamos a Victoria mañana a las 15:21».

—Qué rapidez —comentó Richardson—. Esto implica que debo llegar a Dover antes del mediodía —echó un vistazo al horario —. Puedo lograrlo si me voy ahora mismo. Debo encontrarme allí para recibirlos, de lo contrario quedarán retenidos por la Unidad Especial de la Policía Portuaria. Entretanto, usted puede continuar con el informe.

En Dover, Richardson no tuvo problema alguno, después de dejarle claro al sargento de la Unidad Especial que él mismo se haría cargo del prisionero en cuanto llegase.

—Entonces, ¿le explicará usted el asunto al superintendente, señor Richardson? Verá, actuando así estaré incumpliendo las órdenes de esta circular.

—Sí, pierda cuidado. Me encargaré de que se anule la circular, por supuesto.

—¿Ha visto alguna vez a ese hombre? —preguntó el sargento.

—No, pero conozco al caballero que lo acompaña.

—Muy bien, en ese caso sígame y seremos los primeros en llegar a la pasarela. Veo las señales del barco; llega puntual.

La cubierta estaba atestada de gente cuando el navío atracó en el muelle. Resultaba imposible distinguir rostro alguno en medio de

aquella multitud, pero, una vez los pasajeros fueron abriéndose camino hacia la pasarela con su equipaje de mano, se hizo más fácil reconocer a las personas. Fue en la pasarela donde Richardson vio por vez primera al hombre que llevaba persiguiendo todos aquellos agotadores días. Precedido por Sutcliffe, un hombre más bien alto, esbelto, con el semblante quemado por el sol hasta alcanzar un tono oscuro que producía un llamativo contraste con su cabello rubio, avanzaba cargando con dos maletas y abriéndose paso con los hombros rumbo al embarcadero. Sus facciones bien definidas le recordaron a Richardson a su hermano y su hermana de Bromley. El oficial de la Unidad Especial se adelantó para recibirlo, pues lo había reconocido gracias a la descripción. Sutcliffe saludó con la mano a Richardson; al cabo de un momento, los cuatro hombres se encontraron. Sutcliffe se encargó de las presentaciones.

—Este es el señor Frank Willis, subdirector de la empresa de la que le hablé; y este caballero —añadió girándose hacia Willis— es el inspector jefe de Scotland Yard que está interesado en hablar contigo.

—Comprendo. Su interés en mí consiste en arrestarme… no como hacen en las películas americanas, con un revólver apuntando a mi estómago, sino al caballeroso estilo inglés, que ni siquiera se sirve de unas esposas.

Richardson rio abiertamente.

—No está detenido, señor. Solamente va a acompañarme a Scotland Yard para tomarle declaración. En cuanto a lo que pueda sucederle después, eso dependerá principalmente de usted.

—¿Por casualidad habrá algún restaurante en Scotland Yard? Esa travesía me ha dejado con un hambre de lobo.

—Hay un restaurante para el personal —respondió Richardson —, pero no podría recomendárselo a nadie que estuviera acostumbrado a la cocina francesa. Podríamos almorzar en el tren.

—No —intervino Sutcliffe—, detesto los coches-restaurante. Queremos un sitio tranquilo.

—Bien —declaró Richardson—, en ese caso almorzaremos juntos donde gusten tan pronto lleguemos a la ciudad.

—En tal caso, confío en que permita que lo invite —repuso Willis—. No, no debe negarse; se entiende que al final de la comida, si lo desea, me pondrá las esposas sin atención a ningún protocolo de hospitalidad, ni tontería alguna por el estilo. ¿A dónde vamos? Antes había un restaurante pequeño y decente cerca de los almacenes del ejército y la armada; ¿qué tal si probamos?

—Donde quiera, señor; estoy en sus manos.

—¿No me diga? Tenía entendido que era al revés. No importa; no discutiremos por tecnicismos. Vamos, Sutcliffe.

Tal vez fuera el ruido del tren el que motivó que Willis permaneciera en silencio durante el trayecto. Había comprado un diario inglés y lo leyó meticulosamente, prestando especial atención a la sección financiera. Hasta que el expreso no se adentró en los suburbios, no dejó el periódico y miró por la ventana. En Victoria, encabezó la comitiva mientras recorrían la calle al ritmo que les permitían los viandantes. Seguidamente, durante el almuerzo, la conversación se limitó a la historia y las posibilidades de futuro de la Compañía Minera Sulanka de Borneo.

—Ya hemos superado este trance —anunció Willis—. No le voy a aburrir con cifras en este restaurante de cuarta. Aquí los camareros ponen la oreja siempre que se habla de negocios y, por otra parte, no le interesaría lo más mínimo, señor Richardson, pero quiero que sepa que no fui la sabandija que usted pensó que era cuando puse pies en polvorosa y dejé a Sutcliffe solo ante el peligro.

—Su defecto ha sido siempre la imprudencia —terció Sutcliffe —. Tenía plena confianza en que la mina resultaría un éxito, pero necesitaba dinero para sufragar los gastos de explotación. Incluso entonces, probablemente todo habría salido bien de no ser por los

tejemanejes de algunos accionistas.

—Si hubiera ocurrido seis meses más tarde —continuó Willis—, no hubiese habido ningún problema. El dinero se habría empleado en labores de desarrollo y habríamos tenido algo que presentar. En cambio, pensaron que estaban invirtiendo su capital en una empresa ya operativa, cuando la realidad era que no se habían empezado las obras. Siempre he estado convencido de que la manzana podrida en todo este asunto era Instone; que fue él quien persuadió a aquella mujer, Straight, para presentar una denuncia ante la policía e inició todo el embrollo.

Richardson sonrió para sus adentros al recordar los documentos que tenía en su poder y cómo probaban la exactitud de las conjeturas de Willis.

—No me dejó en la estacada, como pensó todo el mundo en aquel momento —aseguró Sutcliffe.

—No, me marché porque creí que podía servirle mejor desde Borneo que si me hubiera quedado a su lado como un huésped más de Su Majestad. Siempre tuve esperanzas en esa mina y pensé que, si podía demostrar que se trataba de una inversión sensata, podría conseguir el indulto para ti; pero no conté con lo duro que resultaría mi objetivo sin poseer capital alguno para invertirlo en su explotación. Uno siente una impotencia horrible al saber que está parado sobre una colina de oro puro sin los medios necesarios para llegar hasta él. Casi había llegado al punto de intentar perforar un túnel con mis propias manos —una tarea imposible, por cierto— cuando me topé con un americano, un tal señor Viner, y lo llevé a ver la propiedad. Él sabía mucho de minas; había estado empleado en una explotación minera en Nuevo México. Lo primero que hizo fue comenzar a remover en el arroyo inferior y después excavó arena de la orilla. En cada criba encontraba multitud de diminutas pepitas desgastadas por el agua. A continuación, regresó a la colina y encontró lo que yo había pasado por alto: un túnel antiguo en la roca, del que no me había percatado al encontrarse cubierto de zarzas y malas hierbas. Los buscadores de oro de aquella época debieron sentirse extenuados, pues el túnel terminaba unos cuarenta

pies antes de lo que debía.

Richardson estaba cada vez más interesado.

—¿Qué le llevó a pensar que la mina contenía oro?

—La esposa del rajá me comentó que sus joyas de oro provenían de allí. Al parecer, cuando los buscadores de oro estaban cavando el túnel, dieron con una veta de oro muy reducida que pronto se agotó. No obstante, me contó que la leyenda decía siempre que el corazón de la colina estaba repleto de oro puro.

—No sé nada de minas de oro —admitió Richardson—, pero he oído hablar de personas que han encontrado oro en grandes cantidades sin ayuda de nadie; que han visto estalactitas de oro colgando del techo de una cueva.

—Sí, tal vez lo haya leído usted en los artículos que publica la prensa. Es posible, naturalmente, que un hombre encuentre pepitas en terreno arenoso sin ayuda. Esa clase de descubrimiento fue la que impulsó a los buscadores de oro, comenzando por California, pero esta colina nuestra estaba protegida por muchos pies de roca sólida que había que dinamitar antes de poder llegar al metal.

—¿De modo que este americano le financió?

—Efectivamente. En un principio no reestructuramos la empresa, pero se convirtió en el principal accionista. Huelga decir que, ahora que los rendimientos han sido tan elevados, podemos dar a los accionistas originales, entre los cuales Sutcliffe es el mayoritario, la elección entre las acciones o el reembolso de su inversión. Por ese motivo he venido.

El almuerzo había terminado y se había pagado la cuenta; solamente quedaba la visita a Scotland Yard, donde el diligente Jago se hallaba presto a tomar notas de un interrogatorio trascendental.

—¿Necesita algo más de mí? —inquirió Sutcliffe.

—No, señor Sutcliffe; creo que será preferible que no esté presente.

Para un hombre del que se esperaba que en unos pocos minutos confesara un asesinato a sangre fría, Frank Willis se mostraba extraordinariamente distendido.

—Supongo que lo que quiere de mí es la verdad y nada más que

la verdad, y eso es lo que voy a darle —aseveró Willis—. En el despacho de Sutcliffe trabajaba un recadero llamado Reddy, aunque entre nosotros utilizábamos comúnmente el apodo de *Pecas*. Este muchacho había visto por casualidad en una hostería de Dartmoor a un hombre que reconoció como Instone. Este caballero nunca había sido de su agrado y, cuando supo a través del dueño que utilizaba el nombre de Dearborn, le agradó aún menos, especialmente cuando le informaron de que el hombre había adquirido una cantera y un automóvil; aquellos eran lujos que jamás se había permitido cuando era el encargado de la oficina de Sutcliffe.

»Debe saber que durante tres años no me he comunicado con los míos, pues no quería que supieran mi dirección en el caso de que a la policía se le ocurriese molestarlos. Estaba desembarcando en el muelle de Londres cuando el azar quiso que divisara al *Pecas*. Se dirigió a mí y me dijo que había un asunto muy importante que debía contar a alguien, y que yo serviría igual que cualquier otro, de manera que lo llevé a mi hotel y allí me enteré de que Instone se encontraba en el páramo. Le aseguro que me sorprendió mucho, pues explicaba cómo era posible que no quedara dinero en el banco. Ese canalla de Instone había robado todo. Pues bien, tomé la decisión de enfrentarme a él y enjuiciarlo si era posible. Ante todo, quería ver la cara de ese granuja cuando me reconociera. Pensé que había tramado bien mi plan. Recorrí a pie todo el camino desde Winterton hasta quedar a una milla de Duketon, y me senté en el brezo a esperar a que llegara su automóvil. Ya caía la tarde cuando apareció por la colina. Estaba solo. Corrí hasta el centro de la carretera y le hice señas para que se detuviera. Frenó, pero en cuanto me vio, esa rata salió a toda prisa del coche con la manivela de arranque y me atacó con ella. No hubo ocasión de decir ni una palabra. Intentó atizarme en elcráneo y conseguí que el golpe fuera en el brazo, pues me protegí con él la cabeza. Entonces el tipejo volvió a atacarme. Le propiné un puñetazo en la mandíbula con la mano izquierda, pero no fue suficiente. Él estaba armado con una manivela de arranque, pero yo solo tenía mi bastón. Le golpeé con él y el bastón se me partió en la mano. Cayó sobre la carretera como

un saco de carbón. Confié en no haberlo matado, pero no quería que mi regreso a casa se viera arruinado por otro escándalo publicitario, así que hui por el campo a espaldas del Tor.

—Y se quedó atrapado en el pantano —concluyó Richardson—, y tuvo que pedirle al conserje nocturno de su hotel en Plymouth que limpiara sus ropas; su traje —confeccionado por Langridge & West de Sackville Street— quedó inservible.

—¡Cielo santo! Ese traje fue confeccionado antes de que yo abandonara Inglaterra, pero, claro, apenas lo había utilizado. Parece que ha estado siguiendo los pasos de ese gran profesional llamado Holmes, y este —señaló a Jago, que escribía afanosamente en el escritorio— sin duda será el doctor Watson en carne y hueso.

—¿Le informó Reddy de que Instone había muerto?

—Sí; lo envié para que lo averiguara y me lo comunicó a su regreso, de modo que, por supuesto, yo debía pasar desapercibido. Entonces le di a Reddy mi dirección para que me escribiera a París, y me fue enviando relatos espeluznantes sobre cómo los sabuesos de Scotland Yard me seguían la pista. Y ahora, ¿qué va a hacer conmigo?

CAPÍTULO XXIII

Eso no me corresponde a mí determinarlo, señor —replicó Richardson—. Debo rogarle que permanezca en esta estancia mientras consulto a mis superiores.

Richardson se dirigió a hablar en primer lugar con el superintendente Witchard.

—El caballero sobre el que ayer emitió usted una circular a los oficiales de la Policía Portuaria ha venido hasta aquí voluntariamente. Me reuní con él esta mañana en Dover y acaba de declarar y firmar una confesión completa, de manera que puede retirarse el aviso.

El superintendente anotó algo a lápiz en su libreta.

—Y ahora, señor, me gustaría obtener una resolución del señor Morden.

—¿Ha enviado al hombre a Canon Row[25]?

—No, señor, no he formulado cargos contra él. Simplemente está esperando en la sala del inspector jefe con el sargento Jago. ¿Podemos ir a ver al señor Morden ahora?

Witchard se puso en pie con modos más bien bruscos.

—Acompáñeme entonces, le llevaré ahora.

Richardson relató ante Morden cuanto había hecho desde la última vez que se habían visto.

—Mi duda, señor, es qué debemos hacer con este tipo, Willis. Es un hombre de recursos y puede costearse su defensa. Admite que

propinó el impacto que provocó el fallecimiento del tal Instone, alias Dearborn, pero alega que se trató de un golpe en defensa propia, y hay dos testigos oculares del incidente que pueden confirmarlo.

—¿Pretende alegar homicidio con una circunstancia eximente? —quiso saber Morden.

—En efecto, señor. Eso en caso de que se presenten cargos contra él, lo cual depende del fiscal general.

—¿Quién no ha leído los periódicos a estas alturas? Si presenta usted cargos en su contra tendrá que comparecer ante un tribunal. Si no formula cargos en veinticuatro horas, es posible que huya.

—No creo que huya, señor.

—¿Qué opina usted, señor Witchard?

—Considero que toda la investigación ha sido una pérdida de dinero, señor. Tendríamos que haber abandonado el caso en una fase anterior a esta, si es que finalmente iba a desestimarse. Las declaraciones por escrito de estos dos testigos oculares suyos bastaban para probar que el golpe fue asestado en defensa propia.

—Disculpe, señor. Todo dependía de quién fuese el agresor. El hombre que detuvo el automóvil podía tener la intención de asaltar al ocupante y, en ese caso, como es natural, tendría que enfrentarse a una acusación, pues el pasajero del vehículo podría haber utilizado la manivela de arranque para defenderse. Pero ahora sabemos que el ocupante era el agresor; saltó del coche y asestó el primer golpe. Iba armado con un instrumento de metal, mientras que el otro hombre únicamente tenía un bastón de madera para caminar. Me permito sugerir que el hecho de salir del automóvil demuestra que Instone fue el agresor, aparte de la evidencia de los dos testigos oculares. Hasta que no llegué al fondo del caso, no hubo prueba alguna de quién era el atacante.

—Entiendo su razonamiento, señor Richardson —declaró Morden—; pero la cuestión que debemos dilucidar es si el tal Willis debe ser detenido e imputado, o qué hacemos con él. Si formulamos acusación en su contra, el magistrado lo liberará bajo fianza y comenzará el circo de la prensa.

—No creo que se dé a la fuga si le permitimos regresar a su casa,

señor. Lo único que desea es que el caso se resuelva en un sentido o en otro.

—¿Qué dice usted, señor Witchard? —inquirió Morden.

—Siempre es más seguro recurrir a la vía legal, señor; así nos evitamos cualquier agitación contra la policía.

—Estoy de acuerdo —concedió Morden—, pero este caso es excepcional, y si el señor Richardson está convencido de que podemos confiar en él, me inclino a dejar que este hombre se marche a casa con el compromiso habitual de que se persone en estas dependencias siempre que sea requerido para ello.

—Muy bien, señor.

—Entretanto —continuó Morden—, debe usted llevar esos documentos en persona al fiscal general, explicarle las circunstancias de viva voz, entregarle dichos informes y seguir sus instrucciones. Como sabe, por el momento se convierte usted en su servidor.

—Entendido, señor; mientras tanto, y con su permiso, quisiera aclarar todo el asunto económico entre los distintos testigos hablando personalmente con ellos.

—¿Qué asunto económico?

—Bueno, señor, tengo un billete de quinientas libras que pertenece a *lady* Penmore y que se encontró entre las cosas de Instone; se demostró que lo había robado. Y luego está la cuestión del dinero que recibió la viuda de Instone por su testamento; se trataba de dinero robado y ella desea devolverlo a sus legítimos dueños sin necesidad de procedimientos legales.

—Una mujer extraña —comentó Morden en voz baja.

—No nos preocupa el dinero invertido por la señorita Straight en esa mina de oro. Willis se encargará de todo eso directamente.

—Parece un caso muy complicado, pero como usted conoce todos los detalles, será mejor que lo deje todo en sus manos. No implicará muchos gastos por desplazamiento, ¿verdad?

—No, señor; únicamente un viaje a Bath.

—Bien; en ese caso, todo está resuelto a la espera de la decisión del fiscal.

Richardson volvió a su despacho y le explicó la situación a

Willis.

—¿Quiere decir que puedo irme a casa? —preguntó, atónito.

—Así es; con la condición de que se presente siempre que se le requiera.

—Le quedo muy agradecido, señor Richardson. Le aseguro que en el futuro recordaré que cuando se cometa una injusticia contra otro hombre, siempre es mejor recurrir primero a la policía. Si no le importa dar la mano a un homicida, me gustaría estrechársela. Adiós.

Tras comprobar que el informe para el fiscal general no podría estar preparado hasta el día posterior por la tarde, Richardson consultó los trenes que partían hacia Bath la mañana siguiente, y decidió emplear esa noche en llegar a un entendimiento con la señora Dearborn, como aún se hacía llamar.

* * *

—Me preguntaba cuándo vendría a verme, señor Richardson. Quiero que me hable con toda franqueza del dinero que me dejó mi difunto marido, y me explique cómo lo obtuvo.

Richardson le expuso todo el asunto con gran delicadeza; y pudo ver, por la expresión de ella, que estaba haciendo encajar aquella información con las piezas del rompecabezas que ya conocía.

—De modo que no me pertenece nada de ese dinero —concluyó —, si todo fue producto de un desfalco.

—Pero el señor Sutcliffe, que es su legítimo dueño, desea que acepte usted una parte del dinero.

—No aceptaré más que lo necesario para mantenerme hasta que encuentre un empleo. Tal vez él tenga la amabilidad de recomendarme para algún puesto.

—Mañana por la mañana voy a encontrarme con una persona que podría hacerle la clase de oferta que usted aceptaría. Me encargaré de que la dama le escriba, y usted misma arreglará la

cuestión del dinero directamente con el señor Sutcliffe.

Al día siguiente, a las doce en punto, Richardson se presentó en la residencia de *lady* Penmore en Bath. Sus palabras de bienvenida fueron francas.

—Y bien, inspector jefe, ¿a quién ha detenido por ese asesinato? Confío en que no a mi pobre hijo, aunque tendría que haber sido arrestado hace tiempo con el único fin de enseñarle que debe obediencia a la ley y a su madre.

—Encontramos al hombre que mató a Instone, *lady* Penmore.

—En ese caso espero que sea debidamente recompensado, pues, si hubo un hombre que se buscase su propio asesinato, ese fue el granuja de Instone.

—Tengo en el bolsillo su billete de quinientas libras, *lady* Penmore.

—¿Espera que me eche en sus brazos y le bese antes de devolvérmelo?

—No —rio Richardson—, pero sí le pediré un favor.

Le habló de la viuda de Instone y de su necesidad de encontrar un empleo remunerado.

—¿Me está diciendo que existe una mujer en Inglaterra que ha heredado veinticinco mil libras y quiere renunciar a ellas sin recurrir a la justicia? ¿No ha hecho llamar usted a los dos médicos habituales para que la declaren demente?

—No; está muy lejos de la demencia. Simplemente quiere hacer lo correcto.

—¡Qué mujer tan extraña! Me gustaría conocerla. ¿Le agradan los perros, los gatos y demás?

—Creo que sí.

—Entonces llenará un vacío desolador. Siempre he querido una asistenta que evite que mis mascotas se amolden unas a otras.

—¿Qué se amolden, *lady* Penmore?

—Sí; el canario cabe dentro del gato y el gato cabe dentro del perro, y no hay paz en esta casa. Siempre he querido una asistenta que se ocupe de mis mascotas, pero nunca he sabido cómo dar con una. Que venga a verme.

Richardson se puso en pie y comenzó a darle las gracias.

—Oh, así se hacen las cosas. Una charlita agradable y usted abandona la casa con quinientas libras menos.

Richardson sacó el sobre que llevaba en el bolsillo.

—Se lo entrego, *lady* Penmore, con la condición de que, si es necesario en el juicio, usted lo aportará como prueba.

—¿Me llamarán como testigo? —preguntó con los ojos brillantes—. Me encantaría decir a un juez y a un jurado británicos lo que pienso de ellos.

A su regreso a Londres, Richardson comprobó que su informe estaba listo y a la espera del dictamen del fiscal general. El asistente del fiscal, un jurista con amplia experiencia en Derecho Penal, escuchó pacientemente su relato y leyó toda la documentación que acompañaba al informe.

—Puedo darle un adelanto sobre la marcha —dijo—. No tendríamos ninguna posibilidad de éxito en este caso y sería un desperdicio de dinero público. Se le entregará un dictamen por escrito en este sentido cuando le explique los detalles al fiscal general.

—¿Entonces puedo comunicar a Frank Willis que no será imputado?

—Por supuesto.

A las seis en punto, Richardson se presentó en el taller de Bromley, donde dio a conocer las buenas noticias.

—Supongo que si hubiera habido un juicio —reflexionó Willis —, la inocencia de Sutcliffe habría quedado fuera de toda duda a los ojos del mundo.

—En cierto sentido, así sería, señor, pero muchos habrían afirmado que no tenía derecho alguno a permitir que le robaran el dinero de sus clientes.

—Tiene usted razón —reconoció Sutcliffe—. Era mi deber proteger su dinero y permití que ese canalla lo robara.

Hemos tenido una mañana de lo más animada con la viuda —añadió—. Se negó a conservar ni un solo penique más allá de los gastos para mantenerse dos semanas.

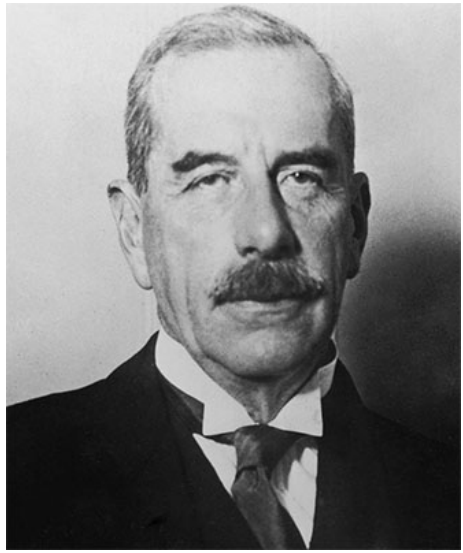
—Aunque, después de mucho suplicarle, se avino a aceptar algunas acciones en nuestra mina —apuntó Willis.

Apenas había terminado de hablar cuando sonó el teléfono. Sutcliffe fue a atender la llamada. Regresó sonriendo.

—Veo que no ha estado ocioso, señor Richardson. La viuda acaba de llamar para decir que *lady* Penmore le ha ofrecido un empleo como asistenta de sus mascotas con unas condiciones muy ventajosas, y ha aceptado.

—Me parece, señor, que es el tipo de mujer que será mucho más feliz de esa manera que como heredera de veinticinco mil libras.

Richardson se despidió de sus nuevos amigos con el pesar que siempre le embargaba cuando ponía un exitoso punto final a un caso.



SIR BASIL THOMSON (1861-1939). Célebre novelista británico que fue jefe del CID (Departamento de Investigación Criminal) de la Policía Metropolitana durante la Primera Guerra Mundial. Publicó extraordinarias novelas de misterio con gran éxito durante la «Golden Age». Su obra permanecía inédita en castellano hasta la fecha.

Notas

[1] Se afirma que los conocidos como *Black Diaries* (Diarios negros) fueron escritos por el revolucionario irlandés Roger Casement, y en ellos daba cuenta de numerosas relaciones homosexuales con hombres jóvenes. Cubrían los años 1903, 1910 y 1911, y fueron entregados a Scotland Yard tras el arresto de su autor en abril de 1916. Posteriormente, el gobierno británico comenzó a repartir copias de algunos de los pasajes de los diarios para obstaculizar cualquier petición de clemencia o perdón. <<

[2] El *Paris-Soir* fue un importante periódico de circulación diaria en París entre los años 1923 y 1944. Inmediatamente antes de la ocupación de la capital francesa, el *Paris-Soir* consiguió una tirada de dos millones y medio de ejemplares, la mayor circulación de un periódico en Europa en ese momento. <<

[3] El Caso Stavisky, fechado en diciembre de 1933, fue el nombre dado a una crisis política francesa acontecida como consecuencia de la muerte en circunstancias misteriosas de Alexandre Stavisky, alias *El bello Sacha*, un conocido estafador de origen ruso bien relacionado con círculos próximos a la clase política dirigente. Este escándalo simbolizó la crisis de la Tercera República Francesa (un régimen inestable bajo sospecha de corrupción) y llevó a la caída del gobierno de Camille Chautemps y al desencadenamiento de los disturbios antiparlamentarios del 6 de febrero de 1934. <<

[4] Ezechia Marco Lombroso (1835-1909), conocido con el pseudónimo Cesare Lombroso, fue un criminólogo y médico italiano fundador de la escuela de criminología positivista, conocida en su tiempo también como la Nueva Escuela. Buscó los orígenes biológicos del crimen y planteó que las causas de la criminalidad estaban relacionadas con la forma, causas físicas y biológicas. Sus explicaciones se centraban en la biología, esto es, en todo rasgo que permitiera discernir biológicamente la figura del criminal de aquellos que él consideraba personas normales. <<

[5] Los términos *whodunit o whodunnit* provienen de la contracción en una sola palabra de la pregunta inglesa *Who has done it? o Who's done it?*, y hacen referencia a una variedad de trama compleja dentro de la novela policíaca, en la que un enigma o una especie de rompecabezas es su principal característica de interés. <<

[6] Alusión al doctor John Evelyn Thorndike, detective de ficción creado por el autor británico R. Austin Freeman (1862-1943) y protagonista de veintiuna novelas y cuarenta relatos. <<

[7] Juan Mari Barasorda (Bilbao, 1960). Lector aficionado a la novela policial. Ha sido Vicegerente de RRHH en la Universidad del País Vasco y Director de RRHH de la Ertzaintza (policía autonómica). Forma parte del equipo redactor de la revista digital de novela negra y policial «Calibre 38» (www.revistacalibre38.wordpress.com), y es coordinador de los Encuentros literarios sobre género negro «Bruma Negra» (www.brumanegra.wordpress.com). <<

[8] Referencia al Austin Seven o Austin 7, un utilitario fabricado entre 1922 y 1939 en el Reino Unido por la marca Austin. Apodado «Baby Austin» por su pequeño tamaño, fue uno de los automóviles más populares producidos para el mercado británico de su época y se vendieron muchas unidades en el extranjero. El número «7» de su denominación hace referencia a la potencia fiscal del primer modelo. <<

[9] Siglas que corresponden al *Criminal Investigation Department* (Departamento de Investigación Criminal). En el Reino Unido y muchas antiguas colonias británicas, es el nombre genérico de una fuerza policial especial a la que pertenecen la mayoría de los detectives ataviados de civil. Este departamento se encarga de investigar delitos graves y se divide en tres secciones: delito violento, delito contra la propiedad y víctimas especiales. <<

[10] En francés en el original. Se trata de un tipo de vehículo tirado por caballos o un autobús antiguo, generalmente descapotable, común en Gran Bretaña durante las primeras décadas del siglo XX. <<

[11] En latín en el original: *Respetar a los sometidos*. La cita completa pertenece a Virgilio (*Eneida*, VI, 853): *Parcere subjectis et debellare superbos (Respetar a los sometidos y derribar a los soberbios)*. Traducción rítmica de Antonio Alvar Ezquerra. <<

[12] Durante el siglo XIX y hasta la década de 1960, la banca recurría a ciertos empleos que hoy en día han desaparecido. Uno de ellos era el de *bank messenger*; que se encargaba de cobrar en efectivo los adelantos que los bancos proporcionaban a los comerciantes una vez alcanzada la fecha de vencimiento. Este trabajo requería honestidad y rigor, y por ello ofrecían el puesto a hombres de avanzada edad en lugar de a personas jóvenes. Eran fácilmente reconocibles a causa de su uniforme, inspirado en el que se usaba en el Banque de France. <<

[13] Referencia a Plymouth Hoe, conocido localmente como Hoe, un gran espacio público orientado al sur en la ciudad costera inglesa de Plymouth. Se encuentra junto a los acantilados que forman el paseo marítimo y domina las vistas de Plymouth Sound, la isla de Drake y, al otro lado, desde Hamoaze hasta la montaña Edgcumbe en Cornualles. Cuenta la leyenda popular que fue en este lugar, el 20 de julio de 15S8, donde el capitán sir Francis Drake, que se hallaba jugando a los bolos sobre hierba, recibió las primeras noticias de avistamientos de la Armada Española. La leyenda dice que Drake insistió en acabar su partida antes de partir en su nave. <<

[14] *Assizes* en el original. Audiencias penales que se llevaron a cabo en Inglaterra y Gales hasta 1972, cuando fueron abolidas por el Tribunal de Justicia junto a las Audiencias trimestrales (tribunales locales del condado que se celebraban cuatro veces al año), y sustituidas por un único y definitivo tribunal conjurado. Las *Assizes* eran arbitradas por las Audiencias trimestrales y se ocupaban de los procesos más importantes, mientras que los delitos menores se estipulaban sin demora por los Juzgados de Paz en juicios de escasa trascendencia (llamados también Juzgados de primera instancia). <<

[15] Referencia a «Némesis», diosa de la justicia retributiva, la solidaridad, la venganza, el equilibrio y la fortuna. Castigaba a los que no obedecían a aquellas personas con derecho a mandar sobre ellos y, sobre todo, a los hijos que no obedecían a sus padres. Recibía los votos y juramentos secretos de amor y vengaba a los enamorados infelices o desgraciados por el perjurio o la infidelidad de sus amantes. Su equivalente romana es «Envidia», aunque en el lenguaje usual se utiliza la palabra Némesis con el significado de alguien que es artífice de una venganza en cuanto a justicia retributiva; una persona enfrentada a otra o enemiga mortal suya. <<

[16] *Ireland Sweeptakes* en el original. Su nombre completo es *Irish Hospitals Sweepstakes* (Sorteo de los Hospitales Irlandeses), lotería establecida en el Estado Libre de Irlanda en 1930 como Sorteo de los Hospitales del Estado Libre de Irlanda para financiar hospitales y servicios médicos que la hacienda pública no podía cubrir en ese momento. Debido a la escasa población, la gente de Irlanda no podía recaudar fondos suficientes, así que una cantidad significativa del dinero se recaudó en Reino Unido y Estados Unidos, a menudo entre los irlandeses emigrantes. Los boletos potencialmente ganadores se sacaban de tambores giratorios, generalmente a manos de enfermeras en uniforme. Cada uno de estos boletos se asignaba a un caballo que se esperaba corriera en una de las varias carreras que se celebraban en la época. Los boletos que atraían a los caballos favoritos tenían así una mayor probabilidad de ganar y una serie de caballos ganadores tenían que ser elegidos en el sistema acumulador, lo que permitía premios enormes. <<

[17] Edificio histórico en Bath de enorme importancia social en la ciudad desde hace más de doscientos años. Lleva el nombre del agua que se bombea al salón desde las aguas termales de los adyacentes baños romanos. En la actualidad es un restaurante, y los visitantes todavía prueban el agua (y los cuarenta y tres minerales que contiene) en sus visitas. <<

[18] Región al norte del condado de Staffordshire, en Inglaterra, que constituye el principal fabricante de porcelana y cerámica del país. <<

[19] Borneo Septentrional fue un Estado y protectorado británico, bajo el mandato de la Compañía Británica de Borneo Septentrional de 1882 a 1946 y, posteriormente, fue una colonia del Reino Unido de 1946 a 1963. Estaba ubicado en el extremo noreste de la isla de Borneo. Actualmente, es el estado de Sabah en Malasia Oriental. <<

[20] En el sistema penitenciario inglés de la época, la «categoría especial» o «categoría estrella» era una división administrativa para delincuentes sin antecedentes concebida para garantizar su separación del resto de convictos. <<

[21] Las Colonias del Estrecho (en inglés y oficialmente *Straits Settlements*) eran unos territorios británicos en el sudeste asiático, que se crearon en el año 1826 como parte de los territorios controlados por la Compañía Británica de las Indias Orientales. A partir del 1 de abril de 1867 quedaron bajo control directo de las autoridades británicas. Consistían en varios asentamientos situados en Malaca, Penang, Dinding y Singapur, todos ellos en la península de Malaca, y desde 1907 también Labuán, ubicado al norte de la isla de Borneo. Fueron disueltos el 1 de abril de 1946 debido a la reorganización británica de sus dependencias en el sudeste asiático después de la Segunda Guerra Mundial. Con la excepción de Singapur, estos territorios actualmente forman parte de Malasia. <<

[22] La *Inner Circle* fue una vía férrea londinense construida por el Ferrocarril del Distrito Metropolitano entre 1863 y 1884. Su circuito se amplió a lo largo de los años, y actualmente está incluido dentro de la *Circle Line* del Metro de Londres. <<

[23] El *bridge* es un juego de cartas con cuatro jugadores divididos en dos equipos. Los jugadores sentados uno frente al otro en la misma mesa forma pareja. En una pareja, quien juega la mano es el «declarante». El jugador a la izquierda del declarante hace la «salida inicial» después de haber hecho la «subasta», y a continuación, el compañero del declarante que se denomina «muerto», coloca todas sus cartas boca arriba encima de la mesa. <<

[24] Personaje ficticio creado por Charles Dickens en su novela *David Copperfield* (1850), que urde una trama para robar dinero a otros personajes del relato. <<

[25] Canon Row es una calle histórica en la ciudad de Westminster en Londres, y popularmente conocida como la ubicación de la estación de policía Canon Row, que abrió sus puertas en julio de I902 como una extensión de los Norman Shaw Buildings, sede por aquel entonces de New Scotland Yard. <<